Los iberos
ayer y hoy

Arqueologías
y culturas

Carmen Aranegui Gascó



Marcial Pons **Historia**

Estudios

LOS IBEROS AYER Y HOY

Arqueologías y culturas



Esfinge de Haches, Bogarra, siglos V-IV a.C. (fot. Museo de Albacete).

CARMEN ARANEGUI GASCÓ

LOS IBEROS
AYER Y HOY

Arqueologías y culturas

Marcial Pons Historia
2012

© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es

ISBN: 978-84-92820-72-6
Depósito legal: M. 17.956-2012

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Maquetación: Francisco Javier Rodríguez Albite

Impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Madrid, 2012

Ha habido muchas civilizaciones que no han dejado otros documentos a las generaciones sucesivas que aquellos que pueden verse, tocarse y medirse e, incluso cuando no es este el caso, ha habido momentos en que ver ha dado la impresión de proporcionar una manera más útil de entender el pasado que la lectura.

Francis Haskell (1928-2000), *La Historia y sus Imágenes.*

ÍNDICE

PREFACIO

He aquí, en forma de libro, un monumento a la liberación de la Ciencia de la Historia, de su descolonización de ciertas fuerzas intelectuales que durante mucho tiempo ocuparon su territorio y sus procedimientos.

Si Michael Rostovtzeff, y muchos otros que después han sido, hubiese escrito este estudio sobre los iberos, y a la vista de los riquísimos materiales arqueológicos en general, y en particular numismáticos y epigráficos, sin ninguna duda hablaría de capitalismo y capitalistas, de burguesías enriquecidas en sus actividades económicas, de producción industrial y artesanal, de comercio de mayor y menor escala, etcétera. En este precioso libro que el lector tiene en sus manos, la palabra «capitalismo» y sus derivados no aparece ni una sola vez. La palabra «burguesía» aparece solo para referirse a los gustos de las burguesías nacionalistas modernas en su valoración del pasado histórico. La palabra «economía» aparece solamente en la referencias bibliográficas, formando parte de los títulos de algunas obras que se citan, pero no forma parte del discurso historiográfico de la autora.

Dice Bryan Ward-Perkins que «la huida de la historia económica no es exclusiva (sc. *del estudio) de la Antigüedad Tardía. Actualmente es muy difícil convencer a un estudiante corriente de que vale la pena dedicarse, incluso durante unos pocos días, al estudio de un tema de historia económica. Al menos en Oxford, si la palabra «economía» aparece en el nombre de una asignatura de la graduación en Historia, esa asignatura está muerta...» (*The Fall of Rome and the End of Civilization, *2006, 179).*

¿Qué ha pasado entre tanto? Que la disciplina Historia se ha liberado de aquella *disciplina Economía. Rostovtzeff tuvo que defenderse de muchas críticas, ya en el momento en que se publicó su* Historia Social y Económica del Imperio Romano, *que le achacaban una visión excesivamente modernizante de la sociedad-economía antigua. Para defenderse llega a afirmar explícitamente: «Para mí es evidente que la economía de este periodo [siglos* III *a.C.-* II *d.C.] se diferenciaba de la eco-*

nomía moderna solo cuantitativamente, no cualitativamente... A esta forma de agricultura [se refiere a Varrón] la he llamado [...] científica y capitalista» (Zeitschrift für die gesammte Staatswissenschaft, *92, 1931, 335 n. 1). Sin ambages Fernand Braudel dirá después que Rostovtzeff era un investigador con una formación insuficiente que hizo una historia económica* événementielle (Quaderni di Storia, *26, 1987, 17). No se entiende muy bien, por ello, que recientemente se haya reeditado en España su obra referida, y aún menos que se haya traducido por primera vez al francés, también en fecha reciente.*

Después siguieron intensos debates entre «modernistas» y «primitivistas», con el tournant *que fue la conocida obra de Moses I. Finley. Algunas ideas fueron ganando terreno, como que la valoración que hagamos de la economía antigua deberá tener en cuenta lo que los protagonistas del drama pretendían,* en su propio contexto y según sus propias aspiraciones, *para comprender que hay estrategias de diversificación de riesgos que no aconsejaban una explotación de la tierra que algunos historiadores modernos consideraban «racional», por ejemplo. ¿Racional según qué razón, además? Hace pocos años, pregunté a unos pescadores de Chipiona, en Cádiz, qué era aquella retícula de muros que afloraban al retirarse la marea, bajo el paseo marítimo, al pie de las casas. Resultaban ser unos «corrales de pesca»: el agua se vaciaba por la base de los muros, y dentro quedaban los peces que no habían huido a tiempo. «Pescar sin trabajar, como tiene que ser», añadieron literalmente. Parecían haber leído a Séneca o a Plinio, a todos los antiguos que hicieron afirmaciones que hoy parecen incomprensibles. Esa actitud de los pescadores, ¿era irracional o de lúcida clarividencia? Esta pregunta tiene redoblada fuerza hoy, en esta época de (al parecer) imprescindible crecimiento económico, época en la que todas las ideas sobre la sociedad-economía están en solfa.*

Hace ya años que algunos estudiosos de la Economía capitalista actual afirman que también esta carece de verdadera racionalidad en las decisiones de los actores privados, y no digamos en los agentes públicos. En principio, porque la toma de decisiones solo en parte está motivada por razones puramente económicas (es decir, ganar más dinero con la menor inversión posible). Después, y cada vez más, porque la propia idea de que existan razones que puedan ser simplemente económicas se ha vuelto cada vez más difusa. En estos tiempos de la crisis, en medio de graves problemas medioambientales y otros más, podemos decir «adiós, racionalidad económica capitalista, adiós». La llamada Historia Econó-

mica (¿existe eso, así, escuetamente?) ha de buscarse bases más sólidas para entender los fenómenos históricos.

El marxismo vulgar dominó los estudios históricos en ciertos ambientes académicos en las últimas décadas del siglo XX*, y, aunque parezca paradójico y salvadas las salvables excepciones, a partir de un error semejante al de Rostovtzeff. Igual que este, proclamaba que una sociedad en la que se trabajaba para obtener un provecho económico en el mercado de bienes y mediante el uso del dinero, era una sociedad capitalista, también los marxistas vulgares creían que todas las sociedades anteriores al capitalismo tenían algo en común, eran sociedades precapitalistas. Investigaciones como las del polaco Witold Kula, que había mostrado que en la Polonia del siglo* XVIII *coexistían el naciente capitalismo con potentes restos de lo anterior —como en muchas otras partes, se hacía así evidente—, no impidieron que sociedades tan alejadas entre sí como la aztecas, los mahoríes y el imperio de Gengis Khan cupiesen todas dentro del rótulo «sociedades precapitalistas», rótulo que sirvió incluso para dar nombre a algún que otro departamento universitario. Soy consciente de que hay cierta exageración en esta formulación, pero es necesario poner todo el énfasis en el hecho de que ser precapitalista no quiere decir absolutamente nada que pueda ser extendido a todas aquellas que también lo sean. Si hablamos de sociedades humanas, naturalmente, y no solo de estructuras que deben tanto a la creatividad del investigador como a la propia realidad, si no más. Con otras palabras: estructuras que el historiador-economista identifica y contempla desnudas, pero que en la realidad se rodeaban de un ropaje que* servía *a una historia particular y concreta, que les daba su verdadera naturaleza histórica, que no tiene que coincidir con su naturaleza teórica.*

En tales actitudes se observa un ansia clasificatoria de todas las sociedades humanas, o, mejor dicho, de los momentos de su desarrollo, que carece de toda ingenuidad. Carece de toda ingenuidad porque se trata en verdad de la búsqueda consciente de unas leyes de la Historia, o de una «legalidad histórica» como quería Leo Kofler, un teórico marxista que devino en crítico y tuvo que abandonar la Universidad de Halle, en la extinta DDR, y fue acogido en la de Bochum, en la RFA, todavía en los años setenta. Permítaseme contar un chiste que circulaba en Polonia antes de la caída del Muro, en los ambientes de pensamiento crítico. Un viejo funcionario del Partido Comunista examina a un joven médico que quiere trabajar en el servicio médico público. El examen es de Materialismo Histórico. El funcionario le pregunta sobre las

etapas de desarrollo de la humanidad. El joven médico comienza por el comunismo primitivo, y según desgrana la famosa retahíla, el funcionario se duerme. El médico llega al aprendido final, a la sociedad comunista, sin clases y sin explotación del hombre por el hombre, y ahí se detiene. El silencio despierta al funcionario, que maquinalmente pregunta «¿y después?». El joven duda, pero algo habrá que contestar, y tras dudarlo un poco se atreve a decir «pues vivir como personas normales de una vez, ¿no?». Es fácil imaginar a ese joven médico en los ambientes oxonianos que rechazan la historia económica. Es de suponer que les interesa la vida de los hombres, que siempre es en sociedad, y no su radiografía económica.

El temor ante las inexorables leyes de la Historia que gobiernan las sociedades, y al pertinente imperio de lo estructural, estaba ya bien explícito en el marxismo crítico europeo. Esta filosofía social marxista y crítica, representada sobre todo por la figura de György Luckács y su discípula Ágnes Heller, se movía en un terreno propio, impulsada por la vieja aspiración marxista a una sociedad socialista en la que el individuo se desarrollase plenamente como tal, al tiempo que vivía para la sociedad. Así se explica que Luckács diga abiertamente que para cada persona en particular, ya sea en el capitalismo o en el socialismo realmente existente, las cuestiones relativas a lo económico y a lo social no dejan de ser puras abstracciones, y por eso mismo extrañas a la vida («Prefacio» a Á. Heller, Sociología de la vida cotidiana, *1977). En palabras de Á. Heller: «Yo sentía como insuficiente la formulación de la idea del socialismo con ayuda de términos puramente estructurales, bien fueran políticos o económicos, y aún hoy lo entiendo así. Por detrás de semejantes interpretaciones creo descubrir siempre el fantasma de la filosofía hegeliana de la Historia; con ello se pierde la promesa de una forma de vida digna del hombre» (*ibid., *6).*

No quiero decir con esto que las ciencias históricas no necesiten reconocer y establecer formas *de la realidad social, para servirse de ellas en su discurrir descriptivo o hermenéutico. «Clase social», «revolución» o «esclavismo» son conceptos que dan cuenta de* formas. *Son útiles e imprescindibles para el discurso, pero siempre que no olvidemos que los esclavos de Mali, que todavía existen, no tienen nada que ver con los esclavos en Roma. Que en el Alto Imperio Romano la gran mayoría de los esclavos urbanos fueron manumitidos, y que cierto número de estos llegaron a ser* sexviri augustales, *es decir, parte de la elite social —aunque de segunda clase— que practicaba el evergetismo y que*

podía llegar a merecerse una inscripción honoraria, como los verdaderos señores. Aquel «miserable» esclavo romano sabía que, si las cosas iban bien, en unos años podría ser rico, más o menos pero rico, y tomar parte en las ceremonias oficiales de la ciudad, con sus símbolos de estatus, como los decuriones, aunque todo en segundona versión libertina. Si no tenemos esto en cuenta, el discurso histórico articulado sobre estos conceptos y las formas que representan es inútil y falso. ¿No deberíamos pretender un discurso histórico que prescinda de tales conceptos o «tipos ideales», más allá de su inexcusable uso como sustantivos, propios del lenguaje común? Esto es parte de lo que debemos agradecer a Carmen Aranegui.

«Tipos ideales» llamó Max Weber (Agrarverhältnisse im Altertum, 1924, 38 ss.) a una serie de tipos de sociedad. «Ideales» porque no existen en la realidad, sino solo en la idea que el investigador se hace y convierte en categoría. Esos «tipos ideales» weberianos son aquellos que reúnen una serie de caracteres y que como tales se pueden diferenciar entre sí. Son bien conocidas la «Ciudad de hoplitas» (Hoplitenpolis), la «Comunidad de campesinos» (Bauerngemeinwesen) o la «Monarquía de liturgias» (Leiturgiemonarchie), siendo la más discutida la «Ciudad de consumidores» (Konsummentenstadt). Estos tipos ideales provocaron grandes debates entre los historiadores de la Antigüedad, que finalmente acabaron por desacreditarlos. Pero bastaba con leer al propio Weber cuando dice expressis verbis que estos «tipos ideales» sirven solamente para clasificar mejor un estado, para saber si en un determinado momento de su historia se aproxima más o menos a uno u otro de esos tipos (ibid., 43). ¿Y qué valor tiene eso?, debemos preguntarnos. ¿Qué nos interesa? ¿Comprender la historia de una sociedad o saber si encaja en el esquema que el investigador ha creído poder reconocer y establecer como facies predominante?

Se oye y se lee ahora que, pasados los tiempos de esa Historia de las estructuras y de las etapas del desarrollo social-histórico guiado por cánones indiscutidos, hemos vuelto a una Historia factual carente de energía, de inspiración hacia un objeto mayor, en clara coherencia con la crisis espiritual e intelectual de Occidente. Y no hay duda de que, al menos en ciertos casos, es así. En algún lugar dice Vitrubio que la diferencia entre el encargado de obra y el arquitecto es que este último tiene todo el edificio en la cabeza. El edificio es el objeto mayor. Si no lo tenemos, todo entero, en la cabeza, ¿nos hemos convertido en excelentes

fontaneros, carpinteros, albañiles, pero solo eso? Por otra parte, ¿cuál y qué es el edificio? ¿Tenemos ahora una buena respuesta?

Este libro de Carmen Aranegui es hijo natural de este ambiente intelectual y de una fina percepción de los problemas prácticos que lo habitan. Veámoslo por medio de un ejemplo. El capítulo 6, que otros llamarían Economía, se titula «Producir, transformar, almacenar y comerciar». En este título se descubre la depurada intelección de la cosa. «Producir» es hacer o crear algo a partir de un cierto objeto material. «Transformar» es modificar una cosa producida para dar lugar a otra. «Almacenar» es guardar esas cosas producidas o transformadas. «Comerciar» es cambiarlas por otras cosas. Así, muy sencillamente, la autora pone ante nuestra vista todo ese proceso, empezando por las condiciones del nicho ecológico mediterráneo, siguiendo por los recursos naturales, la bonificación y transformación de estos y sus pertinentes técnicas, el almacenamiento de los bienes resultantes y su transporte para intercambiarlos por otros bienes, por tierra y desde los emporios litorales. El lector tiene ante sí el panorama que le permite hacerse una theoría *(es decir, una visión general) de lo que acontecía en este mundo de la producción y el intercambio. Si a eso añade lo que ya habrá visto en otros capítulos sobre las Jefaturas Complejas, los príncipes y aristócratas, sus casas y sus tumbas, frente a lo cotidiano más vulgar de los pequeños exvotos o de las casas (capítulo 3: «Las casas: Lo básico, la funcional y lo suntuario»), podrá hacerse una idea cabal de la vida de aquella sociedad. Sin duda llegará a pensar que había pobres y ricos, pero no mucho más, aparte de admirar el desarrollo técnico que se trasluce en la cerámica y la estatuaria, sobre todo, y el refinamiento propio de una verdadera alta cultura. Algo parecido a lo que podía observar en aquella excelente exposición sobre* Les Ibères, *pero mucho más completo, denso y especioso. Y así debe ser.*

Porque, si bien se piensa, el mundo de los iberos es demasiado grande, diverso —desde muchos puntos de vista— y heterogéneo para intentar casar el subsistema «economía» con el subsistema «sociedad». No sabemos si estamos ante ciudades-Estado —aunque acuñen moneda bajo la autoridad del nombre de la ciudad— autónomas al estilo de las poleis *griegas o ante confederaciones o ligas de ciudades, ni cuál tiene el predominio, si es que hay tal cosa. No sabemos nada del concepto de propiedad, aunque podamos presumir con verosimilitud la propiedad privada de objetos vulgares o suntuosos; nada sabemos de la propiedad de la tierra y de su alienabilidad (o lo contrario) y un muy largo etcé-*

tera. No sabemos, en definitiva, si había un concepto de ciudadano, ni cuál era la estructura social, aparte de la existencia de una bien documentada aristocracia —archaeologia dicit—. *El riquísimo mundo de la numismática no ayuda en estas complejas cuestiones de lo social-económico-jurídico.*

Segunda liberación: la liberación de la ab-originalidad *de los pueblos.*

La expresión «pueblo aborigen» no pertenece al lenguaje científico. Es fruto de la simple constatación de que en muchos lugares del planeta, antes de la llegada de los grandes pueblos históricos que ocuparon un lugar sobresaliente en la escena, había otras poblaciones que fueron aniquiladas o sometidas o asimiladas. Por alguna razón se creía que esos pueblos habían ocupado aquellos territorios desde el origen (¿de los tiempos?), y desde luego no era una razón que pudiéramos llamar científica. Pero no siempre se ha sido tan crítico: de hecho, eran la base (y son todavía en ciertos nacionalismos), de lo que Fernando Wulff tan acertadamente llamó las esencias patrias, *alentadas por determinadas historiografía y literatura. A ese ambiente pertenece aquella vieja pregunta acerca de la procedencia de los iberos, si de África si de otro sitio. También el origen de los griegos pertenecía a las primeras lecciones de la Historia de Grecia, cuestión que —creo recordar— el historiador alemán H. Berve quiso zanjar con una frase afortunada, «no hay griegos fuera de Grecia». Es decir: los que en los albores de la Historia de Grecia hayan podido trasladarse a aquellas tierras se hicieron griegos allí. Esta idea, la de que los pueblos se van formando a lo largo de su propia historia, está presidida entre nosotros, desde hace años, por un concepto, la etnogénesis, que es ya un paradigma historiográfico.*

En cada lugar, en cada época, hay un diálogo permanente entre lo viejo y lo nuevo, o, mejor dicho, entre lo que hay y lo que viene de fuera. Como no podemos parar el discurrir de la Historia, no podemos imaginar un punto cero en el que, sin más precedentes, comience la influencia fenicia o la griega o la romanización. Siempre hay unos materiales arqueológicos que han llegado (o pueden haber llegado) antes de la presencia de fenicios, griegos o romanos; puede haber o hay una influencia lingüística que no requiere de movimientos de población, o no de modo significativo: los instrumentos viajan, y así también las lenguas y las divinidades. El polinomio pueblo=lengua=religión=cultura material=organización social es una entelequia, como hace ya años mostraba elocuentemente Jürgen Untermann para la Hispania Indoeuropea

*(*Gran Enciclopedia Gallega, *vol. 31, voz «Celtas»). Todos esos elementos se hacen realidad mediante el diálogo entre una realidad previa y unos aportes del exterior, tengan estos la forma que tengan. Esa realidad previa será a su vez producto de otro diálogo anterior, más antiguo. No hay pueblos ab-origen, en puridad, en ningún lugar del planeta. Hay pueblos estancados en la Amazonía, por ejemplo, pero tampoco sabemos desde cuándo.*

En consecuencia, tenemos que colegir que la identidad de un pueblo está siempre en evolución. En el diálogo entre lo que hay y lo que viene, una señas de identidad se pierden, otras se adquieren. Lo que en su momento es nuevo, luego será viejo, y visto, por quienes así lo consideran, como una sacrosanta señal de identidad.

En este libro Carmen Aranegui parte ya de la asunción sobreentendida de que en los territorios de los pueblos que llamamos iberos, desde que nuestro discurso historiográfico puede comenzar, está ya en vigor un potente y enriquecedor diálogo, que va dando forma y naturaleza a esos pueblos. Como esos territorios son tan grandes y lo que viene tan diverso aquí y allá, los resultados del diálogo, las identidades-en-evolución, son también diversas. Esta perspectiva «etnogenética» distancia poderosamente esta obra de las perspectivas ya clásicas a las que la autora pasa revista en su primera parte, mostrándonos así que la investigación no solo no se ha detenido, sino que incluso podríamos pensar —y esto es lo que he querido exponer desde las primeras líneas— que esta obra es una excelente guía para investigaciones futuras. En cada capítulo, en el tratamiento que se hace de cuestiones arqueológicas, de la ordenación del espacio, del arte y sus estilos, o de la vida «vulgar» y de la aristocrática, uno encuentra potentes estímulos a plantearse nuevas perspectivas y nuevos problemas.

G. Pereira-Menaut

TIEMPO DE CAMBIOS...

> «Pero también es algo claro que los arqueólogos somos una parte del tronco que se dedica a interpretar el pasado, cuyo conjunto lo constituyen las disciplinas históricas, y que entender los múltiples aspectos de las sociedades humanas de cualquier época exige aventurarse más allá de una pura relación de objetos y fechas.
>
> Si los arqueólogos queremos ser también historiadores, o antropólogos del pasado, deberemos aceptar que ningún objeto es lo que parece, que existen variados significados sociales en los mismos que solo se pueden desentrañar —de forma hermenéutica, algo muy diferente de cuando "se demuestra" algo científicamente— desde una postura teórica de la cual tenemos que ser bien conscientes».
>
> V. FERNÁNDEZ, «Una arqueología profesional y tecnificada también puede ser hermenéutica y crítica», *Complutum,* 20, 2009, 240.

Este libro se deriva de la docencia sobre arqueología ibérica impartida durante años. El ritmo de los cursos me ha hecho consciente tanto del interés que suscita el tema entre un público culto como del eco que la innovación de los métodos y técnicas de investigación tiene en esta materia interdisciplinar. He podido comprobar que es pionera en incorporar modelos de articulación del territorio propios de la geografía humana, de evolución socio-política explicativos de la desigualdad tomados del materialismo histórico o lecturas del paleoambiente de índole ecologista.

Es evidente que todo ello ha multiplicado exponencialmente, en cantidad y calidad, los datos disponibles a finales del siglo XX para aproximarse a los iberos. Pero no son solo los datos. En los últimos años, a las fuentes propiamente documentales se ha sumado una percepción crítica del sentimiento de identidad que relaciona los pueblos ibéricos con los nacionalismos, sensible a la globalización, claramente contemporánea. Por unos motivos u otros, la mirada hacia la historiografía del último siglo es actualmente disconforme y, a la es-

pera de darle un giro, es frecuente introducir lo ibérico como un estudio de caso a favor o en contra de una determinada línea de pensamiento hoy vigente, y esto es lo que sugiere la adopción del plural para las historias y culturas ibéricas en el título de mi estudio.

Cuando Colin Renfrew escribió en 1996 el prólogo para la «Arqueología» de la *Cambridge Illustrated History,* de Paul Bahn, advirtió sobre la complejidad de la historia de la arqueología, en el sentido de que si, de alguna manera, estamos moldeados por nuestro pasado, también creamos ese pasado para nosotros mismos a través de la práctica arqueológica, que ilustra, en consecuencia, una faceta de la historia de la autoconciencia. Es una observación de mucho calado, puesto que la autorización de las excavaciones es competencia del Estado: si se consideran, por ejemplo, los programas de excavaciones en las distintas comunidades autónomas, la consiguiente oferta cultural que generan, o las inversiones en proyectos arqueológicos en distintos países extranjeros, acogiéndose ocasionalmente a líneas preferentes marcadas políticamente a nivel internacional, se pueden sacar conclusiones respecto del patrimonio que se quiere recuperar, o en el que se desea intervenir, y acerca de la construcción de identidades.

A nivel de la investigación, es sabido que toda historia narrada (y mostrada, en el caso de la arqueología) tiene mucho de autoconciencia, mejor o peor trabada, conservadora, liberal, materialista, progresista... y, con preferencia, crítica. Y que, según los tiempos y sus intérpretes, va de lo particular a lo general, o viceversa, recorriendo un determinado camino. Y que es ineludible que así ocurra si de lo que se trata es de franquear el umbral de los datos hacia su interpretación siguiendo una línea teórica, como se espera que hagamos los especialistas. Y que toda aplicación de una teoría tiene sus límites...

La arqueología relata una historia basada en fuentes materiales que no puede ser la misma que dejan traslucir los textos escritos, si bien unas y otros son tan incompletos en lo que concierne a los iberos que la responsabilidad de validarlos recae principalmente sobre la interpretación personal de cada autor, sobre la coherencia del discurso, más difícil de equilibrar en tiempos de crisis. A ello se añade la *invención de la tradición* inherente al pasado, igualmente alterada en tiempos de crisis.

La investigación ibérica reciente ha hecho uso de sofisticadas técnicas de laboratorio para tratar el registro arqueológico pero, sin em-

bargo, se ve inmersa en una espiral interpretativa repetitiva, lenta en sus avances en cuanto a la reflexión histórica. En parte porque el método hipotético deductivo se ha quedado corto para hacer progresar la perspectiva histórica y, en parte, por un exceso de atomización de los análisis que no encuentra suficiente repercusión en la mejora de los balances y consideraciones de conjunto, tan necesarios como punto de partida para el conocimiento histórico. Por eso, en la época que vivimos, también esta arqueología reclama un trabajo de síntesis que facilite reconstrucciones alternativas a las paleoetnográficas de los últimos tiempos. En busca de nuevos paradigmas la protohistoria ha dirigido la mirada hacia la antropología para salir del evolucionismo historicista o positivista. Modelos como son las jefaturas o tesis sobre el rol de lo simbólico en la construcción de etnicidad han hallado eco en la arqueología ibérica, aunque han exigido a la investigación un aprendizaje esforzado para suplir una base formativa deficitaria en antropología que, pese a cierta supeditación a patrones cuestionables para las sociedades prerromanas, está abriendo nuevas trayectorias de las que es probable que en el futuro salga una alternativa.

Y, en medio de semejante encrucijada, se concluye este libro que se planteó para hacer más comprensibles cultura e historia a partir de hechos de la vida, la muerte, la ritualidad, la gestión de los recursos, las expresiones artísticas... de unas gentes que llamamos iberos a las que no solo se reconoce la capacidad de organizar socialmente su diferencia cultural, sino también, finalmente, un lugar en la historia prerromana de Occidente.

Pero ¿cómo sistematizar aquí y ahora dicho objetivo sin conocimiento de algún acontecimiento potente con que construir su etnicidad, sin, por ejemplo, un Viriato como tienen los celtíberos, y sin tener ni idea de lo que sus protagonistas pensaban, creían o tenían establecido para convivir? ¿Cómo hilvanar una historia de la que no ha trascendido institución alguna?

En el trascurso del tiempo, la identidad esencialista resolvió este problema considerando a los iberos antepasados históricos de todos los españoles o de una parte de los mismos, pero este enfoque está hoy en vía muerta en los foros profesionales. En otro momento, buscando argumentos contrastables, se dio mucha importancia a la escritura como exponente de una lengua vernácula compartida desde el río Hérault hasta el Alto Guadalquivir, pero la visión actual de los textos en ibérico cuestiona su pertenencia a una lengua vernácula activa en

tan amplio espacio. Complementariamente, el nivel de desarrollo técnico de los iberos fue considerado expresivo de su superioridad sobre las demás áreas culturales coetáneas de su entorno, construyéndose identidades contrapuestas a partir de indicadores no por objetivos suficientemente demostrativos. Se recurrió después a considerar la estructura de las sociedades ibéricas a través de su organización en aglomeraciones centrales gestoras de un área rural y, en paralelo, a valorar los monumentos funerarios como exponente del primer grupo oligárquico de la Península de rango urbano, con el resultado de apreciar considerables variantes regionales y, en particular, la localización de las representaciones de ostentación concentrada en la mitad meridional del área ibérica. ¿Cómo integrar, entonces, la historia de todos los etnónimos de la franja geográfica llamada Iberia?

Dado que las gentes iberas se manifiestan hacia el 500 a.C., siglos después de que los navegantes mediterráneos hubieran establecido colonias, primero en el Estrecho, luego en Ibiza y después en el norte de Cataluña, y se erigen en interlocutoras de su comercio, el hecho cultural ibérico pierde sudsidiariedad y adquiere la categoría específica de un proceso endógeno de afirmación no tanto frente a *los otros,* sino con *los otros*. Sin algún punto de encuentro con el exterior no hubiera habido ni incremento de la producción, ni *oppida,* ni escritura, ni arte en gran formato, ni monedas... ibéricos. Pero la arqueología demuestra que todos estos cambios, siendo coetáneos en el área implicada, no fueron ni homogéneos ni regulares, sino que se vieron afectados por sucesivas sacudidas de violencia e inestabilidad, principalmente protagonizadas por grupos autóctonos, lo cual debe dar a entender que la construcción étnica no aspiraba a representar a todos los iberos, sino a grupos de los mismos; que la identidad no aglutinaba a lo que después se pasó a considerar un todo (iberos), sino a entidades segmentarias de ello, con prácticas que, sin embargo, tienen algunos puntos en común a lo largo de la vertiente mediterránea, que se diferencia así del interior de la Península.

Esas entidades evolucionan, incluso en su implantación territorial, a lo largo de unos periodos, denominados Ibérico Antiguo, Medio y Tardío, que recorren los aproximadamente cinco siglos de la historia de los iberos. Y es precisamente en su última etapa cuando los autores latinos dejan constancia de una pluralidad de pueblos al hablar de indiketes, layetanos, cesetanos, edetanos, bastetanos, oretanos..., todos ellos iberos, a la vez que Roma despliega estrategias

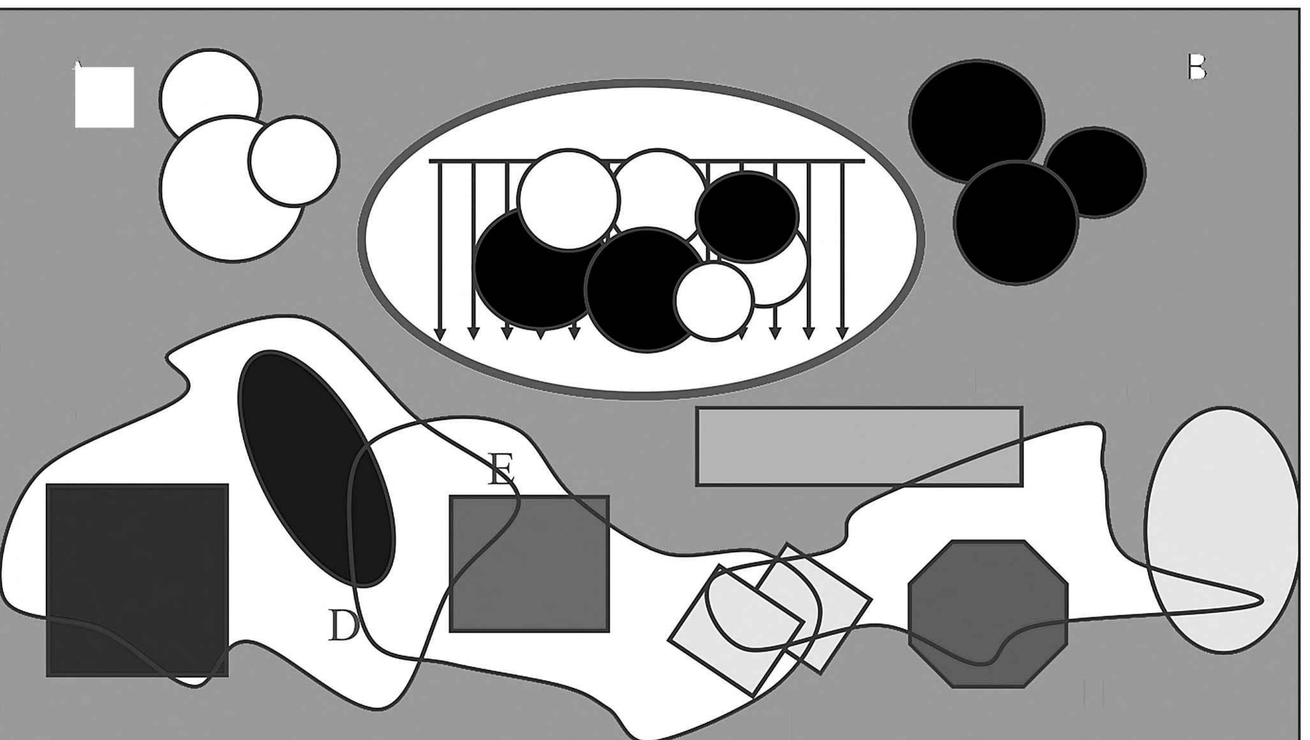
para fijar las identidades étnicas indígenas y reforzar así su comportamiento como parte de un todo. Con lo que podría concluirse que ese *todo* ibérico fue inventado por los romanos sobre la base de afinidades socioculturales preexistentes y discernibles de otras. Y, como casi todo lo establecido por los romanos, el etnónimo ibero ha sido objeto de consideración y estudio desde el siglo XVIII, a menudo al margen del cuestionamiento sobre cuándo y cómo se acuñó y, especialmente en la primera mitad del siglo XX, con connotaciones racistas.

En el planteamiento de esta obra, para inventar un estado de la cuestión mejor adaptado a la interpretación del pasado ibérico, no hay más solución que sustituir la rigidez del concepto cultural «iberos» por una visión plástica y poliédrica de los elementos que le conciernen, desde el territorio y sus recursos a la ritualidad. Y esta es la pretensión de este trabajo, con aportación de datos y de ideas que no dan respuestas categóricas a las culturas e historias ibéricas, sino que ponen a disposición de los lectores tanto una información como unas vías de relación, no necesariamente directas, entre historiografía, fuentes, métodos y elementos simbólicos relativos a las gentes ibéricas, todo ello fruto de una experiencia profesional compartida con estudiantes y colegas en la que hemos puesto no solo empeño, sino también convencimiento y pasión.

A cuantos han contribuido a la buena salud de la arqueología ibérica, ya sea desde las aulas, desde los museos, desde los laboratorios o mediante las excavaciones, muchas gracias.

Jávea, agosto de 2011.

Las tribus prerromanas y los principales yacimientos del área ibérica
(archivo Exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Evitando conceptos categóricos. Esquema de los resultados de un contacto cultural: pluralidad de influencias externas y de situaciones autóctonas (graf. J. Vives-Ferrándiz).



Busto de la dama de Elche (MAN). Siglo IV a.C.
(Archivo FUIA, Univ. Alicante).

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN. DE LA ILUSTRACIÓN A LA BÚSQUEDA DE LAS CULTURAS NACIONALES EN EL CONTEXTO DE LA HISTORIA EUROPEA DEL SIGLO XIX. UNA CULTURA PARA LAS FORMACIONES SOCIOLÓGICAS SUBSIDIARIAS

«... Es fundamental que nos planteemos hacia dónde vamos, qué es lo que nos importa investigar, cuáles son los diversos grados y matices de interés en nuestro trabajo. Sería ingenuo por nuestra parte creer que basta con la labor habitual de cada día, o con el esfuerzo dedicado a mejorar las técnicas de trabajo, desde la excavación hasta la publicación. De vez en cuando nos conviene detenernos un momento y atender a la problemática de la finalidad».

M. TARRADELL, *Actas de la I Reunión de Historia de la Economía Antigua de la Península Ibérica,* Valencia, 1971, 12.

La civilización, los iberos y sus culturas

La reflexión sobre cada uno de estos términos ha sido objeto de un sinnúmero de tesis con posicionamientos muy distintos entre sí, aunque se puede convenir que, si la civilización es la meta de todos ellos, su ámbito de referencia arranca de la Ilustración y se moldea en lo que se dio en llamar modernidad. Este concepto designa las transformaciones sociales que, mediante procesos muy complejos acaecidos a lo largo del siglo XVIII, llevaron a generar una autoconciencia de ruptura con el pasado y una proyección hacia el futuro de signo universalista (HABERMAS, 1993, 11-35), abierta a ensalzar aque-

llo que distintas sociedades habían preservado como esencial y digno de ser compartido. Atrás quedaron los discursos retóricos basados en fechas y batallas cuando la identidad colectiva pasó a depender de las ideas ilustradas de cultura y nación que, según se creía entonces, debían impulsar un racionalismo económico y científico europeo (Hobsbawm, 1971, 48). Estas ideas se asentaban en una determinada percepción de los saberes y las artes del pasado greco-romano.

La dimensión universal de la modernidad estuvo lejos de distribuirse equitativamente por la geografía europea, puesto que, aunque el solar de este movimiento fuera el viejo continente, su abanderado fue Francia, madre del Siglo de las Luces y foco del ideario de la modernidad, proyectado hacia los países escandinavos y centroeuropeos, principalmente. A España, por consiguiente, apenas se le reconoció como partícipe de este movimiento. Mucho se ha escrito sobre la necesidad que el modelo ilustrado europeo de civilización tuvo de lo antagónico, de lo no civilizado, para afianzarse, pues, de la misma manera que se buscaron situaciones análogas a la representada por Francia para afirmar su valor universal, fue imprescindible mostrar ejemplos arcaicos o primitivos anclados en el pasado (Bartra, 1992), tal y como en la antigua Grecia fueron necesarios los bárbaros para afirmar el helenismo. Y España se presentaba en este contexto como un país atrasado, corrupto, inquisitorial, lastrado por la superstición y cegado por la pasión (Perez, 2009), bien a causa de un clima meridional determinante de una peculiar idiosincrasia refractaria a los esfuerzos de modernización, como argumentaron Montesquieu y Voltaire, o, en particular, por su mal gobierno y por el poder de la jerarquía eclesiástica católica sobre unas gentes dignas en su rudeza y dotadas para las artes [Kant, 1798 (2004)] entre las que, solo excepcionalmente, brotaba la genialidad. El pasado remoto de dicho país no despertó entonces un interés mayor que el de una limitada erudición atenta al Reino de Tartessos y a la recuperación de la historia de la Hispania romana, y, sobre todo, a la aparición de un hispanismo romántico y liberal que se hizo un hueco en las letras europeas como reacción pendular respecto al rechazo que le infligía el pensamiento de la modernidad, pero que orientó su curiosidad, precisamente, hacia aquello que excluía a España de *su* civilización, ya se tratara de Cervantes o de Santa Teresa, de la tauromaquia o de la sorprendente Andalucía, si bien consiguió, con todo, llevarla desde lo opuesto a lo periférico del mundo civilizado.

Porque no hay que olvidar que la Península Ibérica está en Occidente y, por lo tanto, en el área que se propuso en el nuevo ideario como alternativa a Oriente, en tanto que cuna de la identidad europea que, en efecto, recuperó con los ilustrados el mito platónico de la Atlántida a la vez que construía una identidad antropológica y cultural propia, ajena al relato bíblico asociado al Orientalismo (AYARZAGÜENA, 1995; WULFF, 2003). En este sentido, las poblaciones *primitivas* de Occidente suscitaron un cierto interés erudito. La atención prestada a las Islas Canarias como uno de los presuntos vestigios del continente perdido, según algunos de aquellos estudiosos, fue un buen ejemplo de ello. Pero apenas hubo coetáneamente algún trabajo que vislumbrara en los iberos siquiera una pequeña muestra de la herencia de la civilización atlántica, que se quiso constatar con mayor insistencia en los guanches (BORY DE SAINT-VINCENT, 1803), tal vez porque a los iberos se asociaba la impronta magrebí que, de nuevo, marcaba diferencias con el resto de una Europa que concluía en los Pirineos. En consecuencia, tampoco la mirada hacia un Occidente primigenio predispuso a interrogar culturalmente a los antiguos iberos.

Sería erróneo pensar que esto constituía una excepción, puesto que los pueblos prerromanos en su conjunto carecían de interés para el pensamiento ilustrado. Lo privativo del caso español estaba en que se le escatimaba un protagonismo que se remontara más allá de la Edad Media. Si no, los iberos eran uno más de los pueblos avalados por los textos greco-latinos que, al nombrarlos, daban a conocer su ubicación en el momento en que los autores de dichas fuentes tomaron conciencia de un mundo mucho más grande que el propio, susceptible de ser explorado, explotado y dominado, lo que sucedió en el antiguo Occidente en el curso del primer milenio antes de la Era, también conocido como Edad del Hierro. En el sur de Europa estaban los ilirios, los tracios; en África, los garamantes, los libios, los etíopes; en Italia destacaban los etruscos; en centroeuropa, los germanos..., y, también, en España, los iberos, habitantes respectivamente de la periferia griega, del norte de África o del Extremo Occidente. Todos ellos pertenecían a un tiempo que la modernidad no consideró decisivo, convencida como estaba de que la civilización no era tanto una herencia de la historia vivida, sino la asunción y salvaguarda de algunos de los valores del pasado clásico. Las colecciones de antigüedades de reyes, príncipes y acade-

mias de cualquier país europeo ilustrado, o la clasificación de monumentos o piezas artísticas arqueológicas, no mostraban más que el mundo oriental y, sobre todo, el greco-romano. Y esto es, hasta cierto punto, comprensible, porque en ambas referencias culturales se da la complementariedad de textos escritos —inseparables de la civilización— e historia del arte que exigía la arqueología filológica, la primera en ser aceptada académicamente.

Para que se impusiera una arqueología positivista desligada de las fuentes históricas hubo que esperar a que se diese una coyuntura en la que, por una parte, el interés por lo particular cobrase fuerza sobre lo universal, para lo que fue favorable el reconocimiento de los Estados-nación en Europa pasadas las guerras napoleónicas (1821: Grecia; 1861: Italia; 1871: Alemania); en la que, por otra parte, las ciencias de la naturaleza se renovaran como resultado de las expediciones científicas orientadas hacia todos los continentes y, en particular, como consecuencia del planteamiento científico del evolucionismo que abrió un capítulo vastísimo a la humanidad, ignorado hasta entonces, que marcó una ruptura con aquella naturaleza ordenada y amable de Linneo (1707-1778), así como con la botánica ajardinada, metáfora de la educación, de Rousseau (1712-1778). Y, finalmente, una coyuntura en la que el desarrollo de la prehistoria ofreciera descubrimientos potentes. Alexander von Humboldt (1769-1859), Charles Darwin (1809-1892) y Arthur Evans (1851-1941) podrían representar el avance progresivo de la exploración sistemática del globo, de la interrelación de los seres vivos con el resto de la naturaleza y, a modo de oportuna conclusión, el avance que supuso el descubrimiento de las civilizaciones prehelénicas, revolucionario para la historia en que se había reconocido la Europa del siglo XVIII. Los minoicos de Creta y los micénicos de la Grecia continental habían alcanzado niveles de civilización y usado la escritura llamada lineal A y B mucho antes que los griegos sin que estos guardaran memoria de ello. Había, pues, civilizaciones que solo las excavaciones arqueológicas podían dar a conocer, lo que se recibió con entusiasmo, no tanto en círculos académicos como entre la sociedad culta, a juzgar por el éxito de las *Sripta Minoa* (1909) o *El Palacio de Minos* (1921-1935) de Evans, obras traducidas a diversos idiomas y debatidas con avidez. Al mismo tiempo que, a otro nivel, Vercingetorix se convertía en el héroe de los galos y el caldero de Gundestrup, hallado en una turbera de Jutlandia en 1891, era exhibido con orgullo como signo de la identidad céltica de

Dinamarca. El valor universal de la civilización estaba tocando a su fin. Había llegado el momento de las identidades nacionales.

De vuelta a la Península, es posible analizar este cambio de la modernidad al siglo XIX e inicios del XX al comparar dos publicaciones francesas muy importantes al respecto. La primera es el *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* de Alexandre de Laborde (1773-1842). De madre bearnesa e hijo de un comerciante natural de Jaca que, después de haber hecho fortuna en Bayona como consignatario mercantil trasatlántico, murió en la guillotina en la Plaza de la Concordia de París en 1794, Laborde inició su educación superior en la Corte de Viena, lejos de Francia, para pasar al servicio de Napoleón después de haber viajado por medio mundo. Era, dada su inclinación a la erudición, un hombre típico de la Ilustración, con una vida proyectada hacia el saber y el poder. En España gozó del favor de Carlos IV y de Godoy a partir del momento en que un equipo de selectos grabadores y dibujantes recorrió a sus órdenes distintas rutas para preparar la edición de su *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (1809), guía que revela el refinado espíritu romántico con que se predispuso a dar a conocer un país que no le era ajeno, lleno de peculiaridades pero digno de ser recuperado por Francia para la civilización. En algunos aspectos, este trabajo puede alinearse con los cuadernos de viajes del marqués de Valdeflores (1722-1772) o de Francisco Pérez Bayer (1711-1794) en tanto que libros en los que las imágenes eran parte indispensable, pero los supera en precisión técnica y calidad gráfica.

Sin embargo, la obra magna de Laborde fue el *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (1806-1820), concebida en cuatro volúmenes, el primero de los cuales versa sobre Cataluña, Valencia y las Islas Baleares, y fue publicado en París por la imprenta de Pierre Didot con todo lujo de detalles y grabados de autores consagrados, a la vez que se editaba en España en la Imprenta Real y, en versión reducida, en Alemania, en consonancia con el objetivo de aproximar España a Europa. Pero, como se puede comprender, en 1808 dicho objetivo cambió radicalmente pues la derrota de las fuerzas napoleónicas privó a este proyecto del patrocinio inicial, si bien Laborde asumió los gastos de edición y, con notable retraso, esta llegó a su fin. En estos volúmenes se describe con ilustraciones exclusivas aquello que España tenía que ofrecer a un viajero culto. Hermosas ciudades, monumentos, inscripciones y esculturas romanos; palacios y baños ára-

bes; castillos medievales; puertos fortificados y algunas escenas costumbristas, a modo de pinceladas curiosas de tradiciones antiguas, se combinan para divulgar el atractivo de lo hispano entre un público muy amplio, mientras los textos introductorios recuerdan que en estas tierras hubo celtas, iberos y celtíberos, aunque apenas quedan vestigios destacables de sus culturas puesto que eran gentes pendencieras y divididas «que no merecen atención y son ajenas a nuestro objetivo» [Laborde, (1975), 7].

La segunda publicación de ineludible mención es el *Essai sur l'art el l'industrie de l'Espagne primitive* de Pierre Paris (Rodez, 1859; Madrid, 1931), cuyo perfil universitario es completamente diferente al del militar ilustrado anterior, además de pertenecer a una generación para la que el legado clásico estaba cambiando de orientación y de metodología de estudio, dando lugar a que aquellos viajeros del siglo xviii fueran sustituidos por arqueólogos de campo dispuestos a descubrir la antigüedad mediante la excavación. Con diferencia de un siglo respecto a Laborde, un investigador profesional conocedor del arte griego, formado en las más prestigiosas instituciones francesas, se ve obligado por circunstancias políticas a cambiar Atenas por la Universidad de Burdeos, desde donde va a tener la oportunidad de descubrir España. En 1887 acompaña al numismático Arthur Engel (1855-1920) a hacer un recorrido por la Península que es decisivo para su futuro profesional y personal, puesto que, en adelante, resuelve dedicarse no solo a participar en las excavaciones arqueológicas programadas por Francia en España, sino también a promover publicaciones periódicas, como el *Bulletin Hispanique,* creado en 1899, o a la fundación de la École de hautes études Hispaniques, en 1909; del Institut Français de Madrid, en 1913, y, finalmente, de la Casa de Velázquez, en 1928, de la que fue primer director, iniciativas todas que resultaron ser instrumentos de eficaz aproximación entre los dos países (Mora, 2004).

Pero lo más interesante, dado el tema de este libro, es el objetivo de Paris respecto al pasado civilizado peninsular que, con su obra, deja de limitarse a la romanización. En efecto, aunque el título de su *Essai* utiliza el calificativo de *primitiva* para referirse a la etapa de estudio, esa palabra tiene en él un significado equivalente a prerromana o, mejor, ibérica, que no se atrevió a emplear. Recoge también el título los términos *arte* e *industria* que denotan la valoración no solo de obras artísticas destacadas, sino también de artefactos como

objeto de conocimiento histórico, lo que, sin duda, constituye una innovación metodológica en cuanto que utiliza una documentación arqueológica que no se deriva de los textos escritos ni tiene valor estético. El esquema del *Essai* supera aquella limitación a los orígenes y a las citas clásicas con que el desacreditado lingüista Édouard Philipon trataría en *Les Ibères* (París, 1909) poco después los entresijos de la cuestión del idioma ibérico.

Pierre Paris pudo utilizar en apoyo de sus tesis los resultados de las excavaciones francesas realizadas en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), Almedinilla (Córdoba), Osuna (Sevilla) y, muy particularmente, en Elche (Alicante), donde fue testigo del descubrimiento casual de la dama en 1897 y artífice de su traslado al Louvre mediante gestiones que él mismo culminó satisfactoriamente, las cuales despejaron, ante un foro internacional, todo tipo de suspicacias respecto a la inserción cultural de los iberos. Pese a la relevancia de tantos logros, la bibliografía no ha tratado demasiado bien a este hispanista, buen conocedor de la arqueología ibérica de su tiempo (ROUILLARD, 1995, 105-112). Se le ha reconocido su papel en la normalización del pasado prerromano español, pero se ha objetado que su afición a las corridas de toros, al folclore andaluz o su ensoñación ante las palmeras de Elche, le incapacitaron no solo para establecer razones objetivas en sus argumentos, sino también para ordenarlos en el tiempo protohistórico adecuadamente, lo cual era muy grave desde la perspectiva academicista (MORET, 1997, 70-71). Incluso se ha dejado entrever la sospecha de que la relación de la cerámica ibérica decorada con pinturas figurativas con las cerámicas micénicas, que Paris establece sin afirmarla categóricamente, no fuera más que una manera de llamar la atención hacia una cultura ibérica que existía, sobre todo, en sus anhelos personales. Es evidente que el autor del *Essai* admite la llegada hasta la Península de lo que en un momento muy preciso se llamó talasocracia micénica para definir el dominio de aquellos pre-helenos en el Mediterráneo, pero en ningún caso se muestra asertivo al respecto en cuanto a los iberos, en quienes reconoce, como hacía la investigación de su tiempo, un influjo griego, y a quienes concibe, como el paniberismo de las historias oficiales de entonces, véase la *Historia General de España* dirigida por Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), como los primeros habitantes de toda la Península, con grados mayores o menores de contacto exterior, amparándose en una argumentación prudente. Desde

ciertos sectores se le ha imputado su empeño en dar, por encima de todo, cauce institucional al hispanismo en el organigrama académico francés, famoso por el despliegue de centros culturales repartidos por el Mediterráneo entero, con excepción, hasta Pierre Paris, de España. Lo más llamativo de las reticencias sobre Paris es que los dos volúmenes de su *Essai* ni fueron traducidos al castellano en su momento, ni lo han sido hasta hoy. Tal vez, al cambiar el mensaje de afrancesar España por el de hispanizar Francia, el autor se granjeó pocos partidarios entre las personas influyentes de uno y otro lado. Tal vez, pese a sus recorridos en bicicleta por los caminos ibéricos, careciera de buenos amigos españoles, o bien, simplemente, vivió en un momento en que los historiadores españoles estaban saturados de los tópicos franceses sobre la Historia de España.

Esto último podría, en cierto modo, explicar el mejor encaje de investigadores alemanes y españoles hacia finales del siglo XIX y principios del XX. Ahí está el caso del epigrafista e historiador Emil Hübner (1834-1901), de una orientación científica estrictamente positivista, ejemplar en su recopilación de inscripciones latinas hispánicas, que entabló una buena relación con Juan de Dios de la Rada (1827-1901), con la Real Academia de la Historia y con el incipiente Museo Arqueológico Nacional. Aunque el más famoso, admirado y condecorado anticuarista alemán de aquella época fue Adolf Schulten (1870-1960). Discípulo de Theodor Mommsen (1817-1903) y, principalmente, de su yerno Ulrich Wilamowitz-Möllendorf (1848-1931), Schulten realizó un incansable trabajo en España a partir de 1899, solo interrumpido por los obligados paréntesis de los periodos bélicos. Para ello contó tanto con el apoyo del káiser Guillermo II, que financió sus excavaciones en la celtibérica Numancia (Soria), como con la colaboración de muchas instituciones españolas, incluidos el Institut d'Estudis Catalans y la Universidad de Barcelona, que le nombró doctor *honoris causa* en 1936, justo antes de la guerra civil. Hecha la salvedad de Antonio García y Bellido (1903-1972), autor de una severa necrológica en el *Archivo Español de Arqueología* en la que tacha a Schulten de mal arqueólogo y le reprocha ignorar los trabajos coetáneos de autores españoles, la interpretación tan docta como apasionada de los hitos heroicos de la genialidad hispana destacados por quien fue profesor en la Universidad de Erlangen, atrajo el interés del gran público (MÁRQUEZ, 1959) hasta un nivel desconocido con anterioridad para la arqueología peninsular. Los tres grandes ejes de

su investigación fueron Numancia, Tartessos y los textos clásicos, las inacabadas *Fontes Hispaniae Antiquae* (Barcelona, 1922-1959), que después concluyó Antonio Tovar Llorente (1911-1984). Todos ellos dieron lugar a publicaciones bien sistematizadas conforme al idealismo historicista de corte romántico, que fueron traducidas enseguida al castellano, prologadas por tan insignes especialistas como Pere Bosch Gimera (1871-1974) y Lluís Pericot García (1899-1978), y que han sido objeto de ediciones críticas recientemente. Véase, limitándose a la historia antigua (Schulten publicó otros muchos relatos sobre ciudades y figuras españolas de otras épocas), su *Sertorio* (Barcelona, 1949); su *Iberische Landeskunde...* (Madrid, 1959-1963); su *Hispania* (Sevilla, 2004); su *Numancia* (Pamplona, 2004), o su *Tartessos* (Sevilla, 2006)..., títulos que evocan la afición a ensalzar un determinado nacionalismo patrio arraigado en el coraje de los protagonistas de una historia sin par, en la que los antiguos españoles, revitalizados por los navegantes que habían llegado hasta sus costas, aparecen perpetuados en los campesinos que le acompañaban a los yacimientos arqueológicos, seres de una *España eterna,* marcada por la irremediable impetuosidad que el movimiento alemán del *Sturm und Drang* opuso al racionalismo ilustrado.

Es legítimo seguir interrogándose hoy por el éxito de la España diferente frente a la España homologada con Europa, de la unidad de su cultura frente a su diversidad, incluso en la primera mitad del siglo XX, aunque, si se tiene en cuenta la cronología en que aparecieron las publicaciones citadas, inmediatamente después de 1898, se puede entender que hubiera un público predispuesto a sucumbir a la emotividad con que se le contaba su heroico pasado. Si, por otra parte, a la popularidad manifiesta de Schulten se une la dotación de becas para jóvenes universitarios españoles en Alemania, inexistente entonces en la misma medida en el caso de Francia, resultado de la creación de la Junta para la Ampliación de Estudios, derivada de la Institución Libre de Enseñanza (1876) impulsada por Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), de inspiración krausista, se comprenderá que las propuestas de sello alemán tuvieran para los españoles interesados por la antigüedad más audiencia que las procedentes de Francia que, sin embargo, con la obra de Pierre Paris, fueron pioneras en el estudio de la cultura ibérica.

Pere Bosch Gimpera (1891-1974) y el Regeneracionismo catalán: el inicio de una escuela de iberistas

El personaje decisivo para salir del arbitraje extranjero sobre la arqueología peninsular fue Bosch Gimpera (Gracia, 2011), quien, a su llegada a la Universidad de Berlín en 1911, aceptó la sugerencia que le hizo Wilamowitz-Möllendorf y cambió la orientación helenista con la que había salido de Barcelona por el estudio de los pueblos prerromanos de la Península. Así es como regresó con una pequeña —en extensión— tesis presentada con éxito en Alemania que dio lugar a un fascículo de las Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (Bosch Gimpera, 1915) del que merece la pena destacar el encabezamiento del título: *Los problemas de la cerámica ibérica,* para considerar seguidamente la significación tanto de *problemas* como de *cerámica ibérica*. Definir una problemática fue inseparable de cualquier investigación emprendida por Bosch, quien hizo frente a los temas que fueron de su interés desde una actitud crítica con respecto al estado de la cuestión precedente, actitud que consideró imprescindible para hacer avanzar el conocimiento. En arqueología, la problemática así entendida es fundamental, ya que es frecuente o bien utilizar una pieza u objeto a favor de una idea preconcebida, o bien clasificar y describir materiales sin aportar idea alguna, modos ambos de proceder impropios de la investigación científica según Bosch. La *cerámica ibérica,* soporte arqueológico de uno de sus primeros estudios, era reducida en número de vestigios, puesto que en aquellas fechas todavía no se habían iniciado grandes excavaciones ibéricas, pero explicitaba el problema, fundamental para su autor, de la pluralidad, que también los etnónimos de los textos clásicos revelaban para una Península poblada por turdetanos, celtas, galaicos, cántabros, vascones... e iberos agrupados en tribus (layetanos, ilergetes, edetanos, oretanos...) en vísperas de la conquista romana.

Fue mediante el cuestionamiento de unas docenas de vasos cerámicos como Bosch consiguió ir más allá de las tesis en vigor acerca de los iberos, de su origen y de su cultura, tanto frente a investigadores extranjeros, como el mismo Paris, o nacionales, como Manuel Gómez Moreno (1870-1970). Además de su valor cronológico, que desmentía cualquier veleidad micénica, lo que le interesó al maestro de maestros fue que el conjunto de esa cerámica mostraba similitudes y di-

ferencias tipológicas y decorativas en los distintos territorios, ya que ello autorizaba un modelo explicativo de círculos étnicos interrelacionados, que respondía a pueblos con ubicación, antecedentes e influencias externas diversificados, como el que propuso, siguiendo el esquema pueblo —material arqueológico— cultura que había aprendido en Alemania. Fue así como se matizó el invasionismo y como se restringió el escenario de los iberos históricos a la vertiente oriental peninsular, entendidos estos, por primera vez, desde una perspectiva evolucionista plurilineal convencional (CORTADELLA, 2003) que nada tenía que ver con la unidad racial y étnica sostenida, por ejemplo, por Gómez Moreno desde una perspectiva evolucionista unilineal convencional. La idea fuerza del nacionalismo racista quedaba fuera del planteamiento propuesto por Bosch.

Después de esta publicación y hasta la *Etnología de la Península Ibérica* (1932) —en la que, de nuevo, debe observarse el enunciado del título, inusual en la investigación española pero totalmente acorde con la alemana del momento—, Bosch dio muestras de una actividad incansable, en el Servei d'Excavacions Arqueològiques del Institut d'Estudis Catalans, susceptible de seguirse en su *Anuari,* y, en particular, en la Universidad de Barcelona, de la que fue catedrático entre 1916 y 1939, decano de la Facultad de Letras y, finalmente, rector de la primera universidad autónoma republicana hasta 1939. Josep Puig i Cadafalch (1867-1954), del que había sido alumno, le inculcó la ilusión por el proyecto, gestado por el movimiento político y cultural del *Noucentisme,* que cristalizó en la Exposición Internacional de Barcelona de 1929 después de demoras varias, acontecimiento que supuso una enorme y costosa remodelación de Montjuïc. Bosch no solo consiguió que el Palacio de Exposiciones tuviera unas salas dedicadas a la prehistoria peninsular (en ellas se expuso la dama de Elche, así como el plomo ibérico inscrito de La Bastida de les Alcusses de Mogente, exvotos ibéricos de terracota de La Serreta de Alcoy, etcétera), sino también que la Exposición asumiera la convocatoria del IV Congreso Internacional de Arqueología, cita a la que acudieron los máximos representantes mundiales de la especialidad, junto a los del país, y que surtió un efecto sin precedentes de cara al reconocimiento de los progresos de la investigación española y de su calidad, de modo que, por una parte, contrarrestó la sospecha de falsificación con que se habían observado esculturas ibéricas en Viena (Exposición Universal de 1873) y los vaciados enviados a París (Ex-

posición Universal de 1878) y, por otra, probablemente, contribuyó a desbloquear el proyecto del Museo Arqueológico de Barcelona, que se inauguró en 1935, bajo la dirección de Bosch.

También en estos años, realizó diversos trabajos de campo para despejar su tesis sobre los grupos humanos iniciales de la Península, en especial aquellos que, al llegar la época con referencias escritas, fueron llamados iberos. Capsienses, pirenaicos, así como, algo después, los ibero-saharianos de la cultura de Almería, constituían, en su opinión, la base sobre la que recayeron influencias mediterráneas aportadas por la colonización griega, decisiva para explicar la cultura ibérica. Le preocupó, asimismo, conocer mejor el área del Bajo Aragón en aras de definir la intensidad de dicho impulso en zonas cuya arqueología presentaba un substrato hallstáttico, centroeuropeo, todo ello para ordenar con conocimiento de causa una dinámica de cambio cultural que, hasta el momento, no había sido satisfactoriamente explicada.

Esta era, junto al arte rupestre y el vaso campaniforme, la *problemática* que animaba los debates del Seminario de Prehistoria del Institut d'Estudis Catalans que frecuentaban José de Calasanz Serra Ràfols (1902-1971), Lluís Pericot (1899-1978), Alberto del Castillo (1899-1976), Agustí Duran i Sanpere (1887-1975), Josep Colominas (1884-1959) y Julio Martínez Santa Olalla (1905-1972), quienes, a excepción del último, se consideran los discípulos directos de Bosch.

En la *Etnología* explicó Bosch la cultura ibérica como un proceso de largo recorrido en el tiempo, diferenciado en los espacios geográficos y abierto a influencias diversas entre las que acababa prevaleciendo la griega. Hizo gala de su formación filológica al repasar tanto la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno, como las *Geografías* de Estrabón o Ptolomeo, a la vez que puso de manifiesto su conocimiento de yacimientos y materiales arqueológicos de los distintos paisajes de la Península, con lo que consiguió elaborar la primera visión sintética de su protohistoria, no superada durante muchos años por más que fuera objeto relativamente pronto de discrepancias por parte de arqueólogos españoles más jóvenes, bien respecto a la datación de algunas de las secuencias culturales o en la interpretación de unos datos pronto recontextualizados por los avances de la investigación, fecunda en hallazgos ibéricos después de la guerra civil, aunque condicionada en su interpretación por la efervescencia nacionalista del primer franquismo (RUIZ *et al.,* 2003, 161-188).

Se le ha reprochado a Bosch que no rectificara. Un ejemplo: las excavaciones del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia en el *oppidum* ibérico de La Bastida de les Alcusses mostraron que las decoraciones pintadas sobre los vasos ibéricos de tema geométrico eran más antiguas que las figuradas, al contrario de lo que había afirmado Bosch, el cual, ya exiliado en México, volvió sobre el problema de la cerámica ibérica para añadir nuevos hallazgos pero ignoró una evidencia como la indicada que, al desplazar las pinturas figuradas hacia el siglo II a.C., impedía relacionar las escenas de la cerámica ibérica con las áticas de los vasos de figuras rojas de los siglos V y IV, como era su propuesta. Se podrían repetir otros muchos temas sobre los que no varió de opinión. Esta desatención fue algo así como una secuela de haber tenido que salir de España con una pena de muerte a sus espaldas. Nadie es inmune a semejante drama.

Lluís Pericot García (1899-1978)

Sin embargo, Lluís Pericot, el más brillante de sus discípulos, mantuvo una asidua correspondencia con el maestro en la que las novedades arqueológicas, españolas y, también, latinoamericanas, fluían puntualmente, comentadas por ambos (GRÀCIA *et al.,* 2002). En esta relación radica la continuidad de la línea investigadora de Bosch en la posguerra de la que Pericot fue el mejor portavoz. Esa doble misión, hacia fuera y hacia dentro, le convirtió en eficaz mediador e impulsor de una investigación catalana dedicada a la prehistoria y a la protohistoria de la Península Ibérica y Baleares con proyección internacional, respetada asimismo dentro de España.

Por otra parte, hay indicios para pensar que Pericot contribuyera al distanciamiento de Bosch de la tradición alemana para aproximarse a la prehistoria francesa, pues esta recibió con interés las aportaciones de Pericot al arte cuaternario, influencia que se acentuaría cuando Bosch trabajó en París al servicio de la Unesco entre 1948 y 1953 y conoció a Jaime Vicens Vives (1910-1960), gran innovador de la investigación histórica española desde su especialidad en la Edad Moderna. Pericot, por su parte, cuando tuvo que prologar el *Corpus* de los vasos ibéricos decorados de San Miguel de Liria (BALLESTER *et al.,* 1954), tuvo a bien adoptar una inteligente posición conciliadora entre la tesis de Bosch y las evidencias arqueológicas. Para ello

recogió la opinión de distintos arqueólogos, desde Antonio García y Bellido (1903-1972), del Instituto Rodrigo Caro de Madrid, hasta Martín Almagro Basch (1911-1984), en esos años a punto de volver a Madrid desde sus puestos de director del Museo y catedrático de la Universidad de Barcelona ocupados tras la vacante dejada por el exilio de Bosch. De este modo consiguió un consenso sobre la cultura ibérica impensable en el ambiente crispado que había enfrentado, poco antes, a celtistas e iberistas en el Congreso de Alcoy de 1950, y que corregía, sin estridencias, la secuencia de las decoraciones cerámicas de Bosch. La *Gran Historia general de los Pueblos de España,* dirigida por Pericot para la Fundación Gallach (Barcelona, 1934-1962), contiene el resumen de lo que después de la *Etnología* había sido objeto de modificación por parte de investigadores que habían llevado adelante un compromiso profesional que buscaba en la *España primitiva* la raíz de la historia.

Pero fue Joan Maluquer de Motes Nicolau (1915-1988), discípulo de Bosch y de Pericot, quien dio pasos decisivos para encajar mejor la cultura ibérica en el mosaico protohistórico peninsular. Colaboró en la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal (1869-1968), quien, en el prólogo del volumen primero, desacreditaba vehementemente a Bosch Gimpera, ya exiliado, por razón de sus ideas federalistas. Maluquer, desde su cátedra en la Universidad de Salamanca, trató en esta obra de los pueblos ibéricos, realizando una síntesis equilibrada de las distintas culturas de la Edad del Hierro, valiosa y bien documentada, en la que no desdijo la propuesta sobre las cerámicas ibéricas decoradas de Bosch, tratadas en el capítulo sobre arte ibérico del mismo tomo, redactado por García y Bellido conforme a su manera de entender los datos aportados por las excavaciones de Liria. Más tarde abordó el problema de las lenguas prelatinas (MALUQUER, 1968) cifrando en el idioma la cohesión de una cultura no uniforme, sin eludir los problemas que la documentación mostraba. Un poco después, Miquel Tarradell Mateu (1920-1995) se reveló como el más destacado discípulo de Pericot y brillante especialista en cultura ibérica cuando, en su etapa valenciana (1957-1970), introdujo en el debate ibérico la cuestión del proceso de la formación de esta cultura y de su periodización.

Superada por esta escuela de investigadores la justificación de la unidad de España en el pasado prerromano, aspectos como la interacción de distintas zonas comprendidas entre Andalucía y el Languedoc

Occidental, o bien la cronología con soporte arqueológico y, sobre todo, el estudio de la sociedad ibérica, abrieron las puertas hacia la investigación sobre los iberos durante la segunda mitad del siglo XX.

Del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia (1927) a la *Contestania Ibérica* (1972)

El tránsito del siglo XIX al XX fue rico en hallazgos ibéricos para el País Valenciano (esfinges de Agost en 1863; dama de Elche en 1897; tesoro de Jávea en 1902...) (fig. 1.1) y fue, asimismo, una época en la que la burguesía conservadora regional mostró su predilección por un pasado prerromano en el que cifraba su particular identidad, cuyos mejores valedores fueron Teodoro Llorente (1836-1911) entre los historiadores y *Lo Rat Penat* (1874) en cuanto a lo que a centros culturales se refiere.

No fue, pues, casual que se editara en Valencia la primera relación de yacimientos ibéricos (ALMARCHE, 1918) debida a un historiador culto, especializado en temas valencianos de épocas diversas, que no puede ser considerado un arqueólogo pero que puede ser tomado, sin embargo, como heredero del espíritu de la extinguida Sociedad Arqueológica Valenciana (1874 a 1886) a condición de añadir a aquella tradición modernizadora la actividad de prospectar los paisajes cercanos para historizarlos, para dotarlos del arraigo propio de la *Renaixença,* localizando en ellos antiguos despoblados. En paralelo a esta línea cabe entender la creación del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia en 1924 por un grupo de investigadores que, reunidos en torno al catedrático Luis Gonzalvo París (1874-195?), secundaron la iniciativa de impulsar la investigación arqueológica de campo (VVAA, 1975). Isidro Ballester Tormo (1876-1950), Nicolau Primitiu Gómez Serrano (1877-1971) y Pío Beltrán Villagrasa (1899-1971) fueron quienes más contribuyeron en este foro al mejor conocimiento de la cultura ibérica. Sin embargo, el soporte político para dotar a Valencia de protagonismo en los estudios ibéricos estuvo vinculado, en mayor medida, al Servicio de Investigación Prehistórica, creado en 1927. Isidro Ballester Tormo, su inventor y primer director, diputado por Albaida —ciudad natal del poderoso político y académico Elías Tormo y Monzón (1869-1957)—, logró que se constituyera el Servicio de Investigación y Museo de Prehistoria

de la Diputación de Valencia, el primero de España encabezado con este nombre, reiterado en su primera publicación periódica *Archivo de Prehistoria Levantina* (1928) e indicativo del enfoque cultural objeto de su atención. El proyecto se acogió a una fórmula de funcionamiento sumamente moderna entonces y siempre eficaz. Un equipo de profesionales tendría como objetivo realizar las excavaciones pertinentes para estudiar el pasado valenciano y darlo a conocer mediante publicaciones científicas, en tanto que los hallazgos obtenidos constituirían la colección de piezas expuestas al público, conseguidas, en lo esencial, mediante la actividad del centro. Todo un reto planteado con ambición científica y convicción política por una persona hábil para establecer relaciones con instituciones culturales valencianas, dentro y fuera de la provincia, y, sobre todo, certera al elegir los yacimientos donde excavar. Ballester tuvo un asesoramiento valioso en la persona de Pericot, catedrático de la Universidad de Valencia desde 1927 hasta 1933 y subdirector del nuevo Servicio desde su fundación, presente en las campañas arqueológicas y colaborador imprescindible en la organización del Servicio de Investigación Prehistórica (SIP), del que ostentó la dirección cuando Ballester tuvo que poner su cargo a disposición tras las elecciones de 1933.

Al SIP se debe la primera excavación moderna y en extensión de un yacimiento ibérico documentado con planimetría, estratigrafía y contextualización de los objetos, métodos que no consta que se tuvieran en cuenta ya sea en los santuarios o en las necrópolis excavados con anterioridad en distintas provincias. La excavación se llevó a cabo entre 1929 y 1931 (BALLESTER y PERICOT, 1929, 179-213) con un despliegue de medios que no tenía nada que envidiar a los de otros equipos arqueológicos coetáneos, pese a ser inferiores a los invertidos en lugares tan emblemáticos como Numancia o Sagunto, que, sin embargo, se estudiaban a la usanza decimonónica. Por el contrario, en el poblado de La Bastida de les Alcusses el trabajo de campo se hizo tomando notas sistemáticamente en un diario y señalando puntualmente la localización de los hallazgos, debidamente clasificados a continuación. Un plomo inscrito en ibérico, una cadena de oro, un buey uncido al yugo y otra pequeña estatuilla de bronce con la representación de un jinete con casco y espada fueron las primeras compensaciones a la idoneidad del procedimiento seguido, a la vez que la datación de las cerámicas importadas aseguraba una ocupación breve comprendida entre los siglos V y IV a.C., interrumpida por un acon-

tecimiento violento que selló el lugar con todos los utensilios que tenía dentro, circunstancia que proporciona muchas ventajas para la lectura arqueológica. Las publicaciones sobre La Bastida reflejaron, a continuación, el objetivo de dar una dimensión internacional al yacimiento, ya que fueron encargadas puntualmente a especialistas, muchos de ellos extranjeros: Nino Lamboglia (1912-1977) estudió las cerámicas de barniz negro; Erich Kukhan, el pequeño jinete; J. H. C. Kern, la enócoe ática; M.ª Ángeles Vall Ojeda, la cadenilla de oro, y Pío Beltrán Villagrasa (1889-1971), el plomo inscrito. De modo que, aunque los sectores más academicistas de la arqueología española tacharan de «menudencias»[1] los materiales ibéricos exhumados, La Bastida (BONET y VIVES-FERRÁNDIZ, 2011), con sus doscientos setenta compartimentos en el interior de un recinto amurallado, se convirtió en referente obligado para la arqueología ibérica.

Con todo, la reducción de presupuestos del SIP a partir de 1933 impidió la continuación de los trabajos de campo en Mogente y ocasionó el desplazamiento de las excavaciones ibéricas al Cerro de San Miguel de Liria, solar de la antigua capital edetana, próximo a Valencia y abordable con una intendencia menos costosa. En este caso, alrededor de ciento cincuenta habitaciones escalonadas en la ladera sur del cerro dieron a conocer otra tipología de urbanización, así como el mejor muestrario de pintura cerámica ibérica, contextualizado en una época posterior a la de La Bastida, a la vez que el complemento con letreros de las escenas llamaba la atención de los filólogos, ex-

---

[1] Antonio Blanco Freijeiro (1923-1991) escribió el siguiente párrafo en su necrológica de Pericot: «... Por lo que al mundo de la cultura ibérica se refiere, es de subrayar su participación en los descubrimientos y la realización o dirección de los trabajos en dos localidades magníficas de la comarca valenciana: la Bastida de los Alcuses de Mogente, un extenso poblado situado en lo alto de un cerro, hoy sombreado de pinos, que conservaba entre los muros de un viejo oppidum todas las menudencias indígenas e importadas que integraban el mobiliario y el ajuar doméstico de nuestros antepasados levantinos. Permitidme que entre estas menudencias recuerde el broncecito de un guerrero que se hizo representar en su caballo tocado él de un casco de penacho tan grande como toda su figura y que los valencianos han considerado tan representativo de la provincia que desde hace un año la capital ha querido tenerlo no solo en el museo, sino también en la calle como estatua. El segundo de los yacimientos aludidos, no es otro que el famosísimo cerro de San Miguel de Liria, mero residuo por desgracia de un poblado de ceramistas tan aficionados a la decoración figurada como al arte parlante que nos ha dado en sus vasos el repertorio más extenso conocido hasta hoy de documentos en lengua ibérica». BRAH 175, 3, 1978, 409.

pectantes ante lo que este yacimiento pudiera deparar para descifrar la lengua ibera. Por eso no es de extrañar que el corpus de estas cerámicas decoradas se publicara (BALLESTER *et al.,* 1954) antes que las excavaciones de La Bastida, aprovechando un proyecto que contemplaba la edición de todas las vajillas con pintura figurativa de la Península. Así, la colección del SIP no solo obtuvo renombre a nivel nacional, sino que también fue de consulta obligada para todo estudioso de la cultura ibérica. Los dos yacimientos descubiertos por el SIP tenían asignada una cronología basada en datos fidedignos, ofrecían una buena información gráfica de conjunto y contaban con publicaciones acreditadas. De ahí que se erigieran en referencia imprescindible para las etapas antigua y reciente de la arqueología ibérica, fundamentales para establecer la historia de los iberos en una época en que las excavaciones en El Puig de Sant Andreu (Ullastret), en La Albufereta (Alicante), en La Alcudia (Elche), en La Hoya de Santa Ana (Chinchilla), en El Cigarralejo (Mula) o en El Cabecico del Tesoro (Verdolay) estaban multiplicando la información sobre las *facies* arqueológicas de la cultura ibérica, que ya no podía mantener un discurso basado solamente en obras aisladas con valor artístico.

Al impulso de la investigación contribuyó en buena medida la que podría llamarse segunda generación de arqueólogos del SIP, encabezada por Domingo Fletcher Valls (1912-1995) junto a Julián San Valero Aparisi (1913-1997), Francisco Jordá Cerdá (1914-2004), José Alcácer Grau (1910-1977) y Enrique Pla Ballester (1922-1988). Formado en el ambiente del Laboratorio de Arqueología y del SIP, el doctorado que cursó entre 1934 y 1935 en la Universidad de Madrid, en el marco del Seminario de Historia Primitiva del Hombre de Hugo Obermaier (1877-1946), contribuyó a hacer de Fletcher un investigador puente entre la tradición valenciana, la escuela catalana y las instituciones madrileñas, capaz de asimilar lo mejor de cada una de ellas. Más allá de su decidida defensa del iberismo frente a los celtistas (FLETCHER, 1949, 166; 1951, 119), no es fácil priorizar cuál de las orientaciones científicas presentes en su formación tuvo más trascendencia en su investigación, porque su infatigable dedicación al estudio produjo resultados con un marcado acento personal, apoyados en un bagaje de lecturas tan amplio como ecléctico, dirigidos en parte a los más autorizados especialistas y en parte a un público aficionado al que prestó atención. A partir del momento de su nombramiento como director del SIP en 1950, Fletcher recibió en su despacho a

cuantos lo requirieron, reuniendo una información oral considerable que se verificaba posteriormente, siguiendo una práctica establecida desde 1928, como consta en la serie titulada *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y de su Museo,* sensiblemente enriquecida en los volúmenes de los años cincuenta en adelante, con la inestimable colaboración de Pla, subdirector del SIP. Fletcher fue un investigador de ficheros ordenados nutridos por informaciones contrastadas, que sobresalió particularmente en el dominio de la epigrafía ibérica. Ningún otro especialista ha llegado todavía a publicar la cantidad de plomos inscritos, grafitos cerámicos y letreros pintados que Fletcher dio a conocer, de modo que esta línea de estudio le abrió un diálogo continuado con los escasos expertos en este tema tan complejo. Antonio Tovar, pese a su vida académica agitada por sus ideas políticas, desempeñada en universidades españolas, americanas y alemanas, mantuvo siempre un contacto científico con Fletcher centrado en la lengua de los iberos, igual que lo hizo el profesor de las universidades de Colonia y Tubinga Jürgen Untermann. Este debate filológico de alto nivel situó la investigación valenciana sobre los iberos en la bibliografía internacional.

En 1959 Fletcher concluía una reflexión global que, con el título de *Los problemas de la Cultura ibérica,* fue publicada en 1960 como introducción al estudio de La Bastida, después de haber merecido el premio Martorell concedido por el Ayuntamiento de Barcelona. En este trabajo se afirma la estirpe mediterránea de los iberos, el carácter preindoeuropeo de su lengua, la diferencia entre lo tartésico y lo ibérico y el peso del elemento indígena en la creación de un arte y una cultura que «... no pudieron llegar a su madurez por impedir su normal evolución la irrupción romana» (FLETCHER, 1960, 54). Se trata de un texto muy importante porque palia la ausencia de conclusiones de otras publicaciones de Fletcher, quien, después, estudió los ajuares de la necrópolis de La Solivella (Alcalá de Xivert) (FLETCHER, 1965) con un extenso aparato de paralelismos tipológicos que pusieron el acento en la especificidad de las tierras de Castellón, con un encuadre distinto al de los lugares insignia del SIP.

Desde 1956 a 1971, Miquel Tarradell ocupó la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Valencia y entabló, naturalmente, una relación profesional con el SIP que le introdujo de lleno en la arqueología valenciana de modo que, en poco tiempo, pudo publicar el *Ensayo de estratigrafía comparada de los po-*

blados ibéricos valencianos y *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización* (TARRADELL, 1961, 3-20; 1963), síntesis fundamental para la baja prehistoria, en la que la cultura ibérica se presentaba plenamente definida, siguiendo el modelo Bastida, sin que se advirtieran estadios de evolución en los yacimientos de cronología anterior a la ibérica. En aquellos años, Pla (1959, 128-133) y Tarradell reconocían que el proceso de formación de la cultura ibérica no era perceptible en los yacimientos valencianos, de modo que, entre el final de la Edad del Bronce y la fase ibérica, había un salto difícil de explicar, especialmente si se tiene en cuenta que entonces las colonizaciones fenicia y griega carecían de confirmación arqueológica en el área valenciana y, por lo tanto, se cuestionaban. Este vacío llevaba a buscar un espacio distinto al valenciano para explicar el origen del compendio cultural ibérico. Con esta problemática de fondo, Maluquer convocó el I Symposium de Prehistoria Peninsular (1959) en el que distintos especialistas expusieron la situación de las áreas objeto de sus excavaciones, cobrando especial relevancia la Alta Andalucía en cuanto a las secuencias preibéricas.

Mientras tanto Tarradell había propuesto a su primera discípula Gabriela Martín Ávila una tesis doctoral sobre la zona del Cabo de la Nao con la finalidad de evaluar el grado de incidencia del topónimo *Hemeroskopeion* y del *Artemision* situado en sus proximidades (Str. III, 4-10; *OM,* 470-471; St. Byz. s.v.) en la evolución cultural de la zona (MARTÍN, 1970); para despejar, en suma, la trascendencia de la colonización griega en esta costa. El resultado de tal investigación no revalidó los textos escritos, de modo que, al negarse la tradición griega de *Dianium,* hubo que reconsiderar el peso de la influencia griega sobre el fenómeno ibérico, decisivo en el criterio de Bosch y ahora cuestionado salvo en el norte de Cataluña, donde se encuentra *Emporion* (Ampurias).

Por otro lado, Tarradell y Pla se interesaron vivamente por el estudio de la sociedad ibérica a través de parámetros económicos, en la línea de la *Historia social y económica de España y América* (1957-1959) de Vicens Vives, resultando de ello la convocatoria del I Congreso de Economía Antigua de la Península Ibérica por parte de Tarradell, que, aunque se nutrió de comunicaciones principalmente basadas en los textos clásicos, abrió también el campo a la interpretación económica de la arqueología, como bien refleja el estudio del instrumental de trabajo de hierro publicado en las correspondientes actas (PLA,

1968, 143-190), testimonio de una gestión de los recursos por parte de los iberos sorprendentemente eficiente para la época.

Otra contribución a la cultura ibérica iniciada bajo el magisterio de Tarradell fue el estudio de la ocupación de las áreas territoriales asignadas a las distintas tribus de localización valenciana. Milagros Gil-Mascarell Boscá (1941-1994) realizó su tesis sobre este tema, aportando una primera carta arqueológica que reveló la jerarquía de unos asentamientos sobre otros, a diferencia de la mayor homogeneidad del poblamiento de la Edad del Bronce (GIL-MASCARELL, 1971), si bien fue Enrique Llobregat Conesa (1941-2003), otro de los mejores discípulos de Tarradell, con su monografía sobre *La Contestania Ibérica* (LLOBREGAT, 1972), quien profundizó sobre la caracterización arqueológica de un etnónimo ibérico, siguiendo una propuesta acorde con la línea marcada por Bosch, que obtuvo en los trabajos de Pedro Lillo Carpio (1945-2005) (1981) y en la tesis de Joan Sanmartí i Grego (1987) continuidad, con ampliación de planteamientos, hasta agotarse a la vista de la inoperancia de atomizar excesivamente las *facies* de la cultura ibérica.

Hacia la década de 1970, los yacimientos de Vinarragell (Burriana) y Los Saladares (Orihuela) pusieron de manifiesto la existencia de niveles arqueológicos con abundante material fenicio en los cursos bajos del Mijares y del Segura, respectivamente, situación que, poco después, se repitió y se hizo especialmente patente en el Bajo Ebro, en las necrópolis de Mas de Mussols (Tortosa) y Mianes (Santa Bárbara) (VIVES-FERRÁNDIZ, 2005). Ante estas novedades, el factor fenicio pasó a considerarse determinante en la formación de la cultura ibérica, cuyo inicio tuvo, en consecuencia, que remontar ligeramente su cronología desplazándose del siglo V al VI a.C.

Príncipes y damas. La cultura ibérica al final del siglo XX

En esta época, sin embargo, el protagonismo de los colonizadores en la evolución cultural del medio indígena empezaba a ser observado por la investigación invirtiendo los papeles asignados tradicionalmente a unos y otro, y situando, por tanto, al grupo subsidiario en primer lugar ya que, a la vista de los nuevos paradigmas epistemológicos (HURST y OWEN, 2005), no solo la colonización había dejado de percibirse como un fenómeno aculturador y unidirec-

cional, sino que también cayó en desuso la idea de que la posesión de objetos importados indicara la asimilación de la cultura colonial (Dietler, 1995, 89-111). De este modo, los procesos de configuración de las sociedades complejas del antiguo Mediterráneo central y occidental comenzaron a verse en plural, con una cronología no lineal, sino alterada por repetidas crisis y, sobre todo, empezaron a contemplarse en función de cómo habían intervenido las sociedades locales en dicho cambio.

La primera aplicación metodológica que renovó en este sentido la arqueología ibérica se asocia al I Coloquio de Arqueología Espacial (Burillo, 1984) porque allí se abordó, con vocación de continuidad, algo nuevo como fue la relación de los patrones de ocupación del territorio con los cambios en la organización socioeconómica y política de sus habitantes, específicamente aplicada al estudio de casos ibéricos algo después (VVAA, 1987a). Así se definieron varios modelos de gestión del medio geográfico paralelos a la aparición de la cultura ibérica, que en algunas regiones supone la concentración de pequeños caseríos en un solo lugar central (modelo nuclear de la Campiña de Jaén-Plaza de Armas de Puente Tablas), en otros, la jerarquización del hábitat alrededor de un centro con rango de capital (modelo polinuclear del Camp de Túria-Cerro de San Miguel de Liria) y en otros, la aparición de una ciudadela en una comarca ocupada por aldeas con escasas infraestructuras (Alorda Park-Calafell en el Garraf), a la vez que las vías de comunicación y los cursos bajos de ciertos ríos, así como algunos tramos costeros, se dotan de puntos fortificados, como El Castellot de la Roca Roja (Benifallet) en el Ebro, que indican su control por parte de las gentes iberas, en un clima inestable a juzgar por la frecuencia de abandonos y destrucciones, a principios del siglo v, a finales del siglo iv y en el tránsito del siglo iii al siglo ii a.C., que la arqueología va poniendo a la luz.

No cabe duda de que, entre la fase orientalizante (siglos viii-vi a.C.) y lo que se denomina Ibérico Antiguo (siglos vi-v a.C.), se sucedieron procesos de acumulación de riqueza propios de la instauración de la desigualdad, en buena medida interrumpidos violentamente antes de verse culminados, a causa de rivalidades entre grupos territoriales, sin intervención directa del elemento extranjero, hasta la emergencia tanto del primer arte figurativo (Olmos *et al.,* 1992; Chapa, 2003, 99-119), como de los primeros poblados y necrópolis reconocibles como ibéricos, a su vez expuestos a la desaparición

por efecto de sucesivos replanteamientos de la organización del poder en las áreas en que se encuentran.

La llamada de atención hacia el posicionamiento teórico de las investigaciones ha tenido en Arturo Ruiz y Manuel Molinos (1993) un primer análisis crítico de los presupuestos desde los que se había abordado la cultura ibérica en el plazo de un siglo, haciendo hincapié en el agotamiento del historicismo, del nacionalismo y del relativo vigor positivista orientado hacia algo, tan necesario como insuficiente, como es la descripción de las tipologías arqueológicas y sus contextos, para pasar a proponer una comprensión del proceso histórico de corte marxista, en la línea de la escuela de Ranuccio Bianchi Bandinelli (1900-1975) y, en particular, de los estudios de Mario Torelli (1997) sobre arqueología y poder entre los etruscos y demás pueblos itálicos, que para Iberia se concretaría en un modelo de servidumbre clientelar, adaptado a unos iberos del sur diferentes a otros del noreste, sometido a evolución a lo largo del tiempo, que se construye en torno al modo de relación de un concepto territorial, como es el *oppidum;* con un concepto social, que es el *aristócrata,* y a su dinámica en el transcurso histórico. Para Ruiz y Molinos, los tartesios habían tenido una organización principesca que cristalizó en la monarquía que las fuentes históricas les atribuyen (HERÓDOTO, 163) y fue un preámbulo de la fase ibérica.

Es así como, a finales del siglo XX cobró importancia entre los protohistoriadores el modelo de las jefaturas, válido para aplicar un paradigma expresivo de la concentración del poder en muy pocas manos, que adoptó los términos «príncipe» y «aristócrata» (BRUN, 1987). Consiste en valorar un fenómeno de emergencia socio-política desde la óptica de sus transformaciones endógenas, no necesariamente lineales (RUBY, 1999), lo cual marca una diferencia importante con respecto al modelo centro-periferia definido a partir de la dinámica colonizadora. Dicha emergencia se detecta a través de tumbas suntuarias, grandes residencias o acumulación de tesoros, perceptible entre pueblos europeos que no tuvieron en sus tierras establecimientos coloniales permanentes, como los celtas, escitas, macedonios, tracios...

Por esa razón, en la perspectiva aquí adoptada, Tartessos se desvanece como precedente, retornando al marco de la historiografía que le es propia (ÁLVAREZ, 2009, 79-111), dado que su interpretación grandilocuente, por una parte, y la escasez de datos arqueológicos que indiquen una ostentación susceptible de ser calificada de tartésica, o bien

aleja su situación de la de las jefaturas, o bien la convierte en un atisbo principesco que se eclipsa con la desaparición de los fenicios de las costas del Estrecho. Separar el compendio tartésico del orientalizante es tan difícil que el uso de uno u otro términos recae sobre el criterio de quien los emplea, lo que no ocurre con lo ibérico.

La consideración de los iberos dentro de las sociedades principescas protohistóricas vino a cancelar la supeditación de su cultura al hecho colonial en los términos propios del difusionismo y abrió la posibilidad de entender sus logros (urbanismo concentrado, arte en gran formato, ostentación mediante el armamento, producción de excedentes, escritura, ritualidad...) a través de unas prácticas arbitradas por sus propias dinámicas.

La primera gran exposición internacional titulada *Los Iberos,* con ediciones en París, Barcelona y Bonn (VVAA, 1997a), presentó la cultura ibérica desde este supuesto, tomando como eje la escultura (fig. 1.2), reclamo singular y fácil de visualizar, excepcional en el panorama de una cuenca mediterránea occidental que, compartiendo muchos procesos con los iberos, no destaca comparativamente en la creación de un lenguaje simbólico. Es este lenguaje el que manifiesta un ciclo heroico, principesco, poblado de temibles animales y valientes guerreros que cede protagonismo a las damas cuando unos nuevos linajes ciudadanos, aristocráticos, dan mayor estabilidad a la sociedad, que multiplica consiguientemente sus imágenes femeninas (GONZÁLEZ MARCÉN *et al.,* 2006, 115-135; PRADOS y RUIZ, 2008). El objetivo de este proyecto fue conseguir el reconocimiento de la cultura ibérica sin necesidad de asociarla al contexto *provincial* o *periférico* del mundo oriental o clásico, previamente aludido indispensablemente para explicarla; el coloquio convocado con ocasión de este acontecimiento (ARANEGUI, 1998) reunió numerosas contribuciones de los especialistas interesados por esta propuesta, asumida mayoritariamente.

Desde entonces hasta hoy, los estudios ibéricos han seguido prestando atención a la evaluación de la explotación del medio ambiente y del comercio (MATA y PÉREZ JORDÀ, 2000; MATA *et al.,* 2010; SANMARTÍ *et al.,* 2004), mejorando la comprensión de los patrones poblacionales. La producción científica dedicada a los iberos es fecunda en cantidad y calidad y se acompaña de propuestas de difusión dirigidas al gran público que gozan de un alto nivel de aceptación. Exponente de ello, entre otros, son el Centro Andaluz de Arqueología Ibérica,

la promoción de los yacimientos dependientes del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, las Reuniones Internacionales de Arqueología que se celebran periódicamente en Calafell —cuyas actas se publican en la serie *Arqueomediterrània* de la Universidad de Barcelona—, la continuidad de la serie *Arqueología Espacial* editada por Francisco Burillo, sin olvidar la renovación de los estudios sobre escultura y, en general, iconografía, principalmente atendidos por investigadores de Madrid.

El posicionamiento teórico más reciente se interesa por la corriente poscolonialista, surgida tras la oposición colonizador-colonizado que planteó la obra *Orientalismo* del palestino Edward Said (1935-2003) (1978), para entender el concepto de lo ibero, que obliga a reflexionar sobre el «otro» de una manera muy distinta a la tradicional (BHABHA, 1994, 122), a dejarle expresarse a través de su cultura y a otorgarle un espacio de negociación en la historia. Esta tendencia tiene partidarios y detractores, pero no deja de reflejar la vitalidad de la investigación sobre la cultura ibérica.

> «... theory is not an optional extra for the archaeologist, since all who attempt to say anything about objects which survive from antiquity do so on the basis of a body of assumptions...» (Robin OSBORNE y Susan E. ALCOCK, *Classical Archaeology,* Oxford, Blackwell, 2008, 4).



Fig. 1.1. Esfinge de Agost conservada en el Musée des antiquités nationales de St. Germain-en-Laye (fot. M. Assemat/D. Vigears).



Fig. 1.2. Cabeza de perro del conjunto descubierto en el santuario heroico de El Pajarillo (Huelma). Siglo IV a.C. Museo de Jaén (fot. CAAI, Univ. de Jaén).

CAPÍTULO 2

ESCRITURA *VERSUS* LENGUA. AYER Y HOY DE UN ARGUMENTO BÁSICO

Crear un sistema grafemático

La escritura llegó al Mediterráneo occidental en el siglo VIII a.C. de la mano de los comerciantes fenicios y griegos y al cabo del tiempo aquellos de sus interlocutores que estaban en vías de constituir sociedades estructuradas se hicieron eco de esta novedad: intérpretes y escribas dieron lugar a que la lectura y la escritura se prodigaran hasta el punto de inventar alfabetos propios, vigentes en áreas delimitadas (fig. 2.1). *Inventar,* relativamente, porque los distintos signarios de la época guardan parecido entre sí, del mismo modo que se aproximan las formas de las letras de los primeros alfabetos fenicio y griego. Su fonética es la que los diferencia. Para descubrirla hay que encontrar la clave de lectura de cada una de las escrituras prelatinas occidentales, averiguar por qué se repiten algunas secuencias y otras no; valorar prefijos y desinencias; relacionar los textos epigráficos con la toponimia antigua, con los letreros monetales y, en suma, realizar una investigación sistemática, e ingrata cuando de la lectura se deduce la notación de una lengua extinguida, aislada y, en consecuencia, indescifrable, como es el caso del ibérico. Alrededor del siglo VII los etruscos ya habían adoptado una escritura para su lengua, preindoeuropea, muy antigua, pero que llegó a convivir con el latín y pudo ser traducida con ayuda de algunas inscripciones bilingües. Hacia el siglo VI a.C., daunios, samnios, sículos... hicieron otro tanto.

La Península Ibérica no quedó al margen de este fenómeno, gracias, en particular, a su entrada en la órbita de intercambios comerciales mediterráneos. Resulta, por ello, extraño que en el suroeste peninsular, con una gran concentración en el sur de Portugal, se localice

un número no muy amplio de inscripciones grabadas casi exclusivamente sobre estelas de piedra de dudosa connotación comercial, datadas, aunque sin apenas apoyo arqueológico, entre los siglos VI y IV, consideradas como el más antiguo exponente de las escrituras paleohispánicas. Están escritas de derecha a izquierda o en espiral, con signos que se asemejan a los de la escritura ibérica aunque notan una lengua extraña, paleocéltica según algunos estudiosos, que no se ha traducido. ¿Qué función cumplirían estos textos?, ¿votiva?, ¿honorífica?, ¿legislativa?

El pionero de la lectura de las escrituras paleohispánicas fue Gómez Moreno (1870-1970) (1925, 475-499). Tras reunir pacientemente un léxico entonces exhaustivo, en 1922 pudo revelar que el signario más utilizado en la Península era un semisilabario de veintisiete signos básicos, más numerales, con valor simple para las vocales y para siete consonantes, pero en el que labiales, guturales y dentales se escribían con valor silábico.

Para confirmar esta conclusión fue decisivo constatar que el idioma ibérico había hecho uso de tres sistemas gráficos, uno mayoritario y dos subsidiarios, estando uno de estos compuesto por grafemas jonios conocidos. De este modo, el plomo inscrito que encontrara en aquellos años Camilo Visedo Moltó (1876-1958) en La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penàguila) supuso un hito en su investigación, por tratarse del primer texto en lengua ibérica escrito con un alfabeto griego (*MLH* G.1.1 de Untermann), legible (pero incomprensible), hallado en un contexto del siglo III a.C. (ABAD, 1983, 173-197). Fue el primero de una serie de ocho plomos y dieciséis inscripciones menores sobre cerámica de importación datadas a partir del 350 a.C., que se difunden solo entre Alicante y Murcia, con alguna rara excepción, como un plomo atribuido al área saguntina. Los plomos greco-ibéricos de La Serreta (5) y Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) (1) contienen signos numéricos, como el de Sagunto, que, sin duda, indicaban datos precisos para quienes los escribieron y leyeron, partícipes de un sistema contable que estos documentos, como las escalas ponderales, reflejan en una zona que asiste a una involución en sus intercambios externos en el siglo IV. Pero el plomo de la tumba 21 del Cigarralejo (Mula), redondo e inscrito en líneas serpenteantes, tiene un texto de otras características, sin cifras, tal vez mágico.

Esta escritura (De Hoz, 2009, 31-41), circunscrita a un pequeño número de localidades y ocurrencias, deja constancia de la adaptación en el siglo iv a.C., aparentemente efímera, de un alfabeto externo (fig. 2.2), con probabilidad derivado desde Marsella, para escribir, principalmente, albaranes en ibérico, lo que constituye un epifenómeno colonial exclusivo de las áreas valenciana y murciana. Si la conexión hubiera sido con *Emporion* o *Rhode,* el signario no hubiera sido el jonio de la escritura del sureste, porque en el Ampurdán, sobre todo en esta época, el ibérico se escribía con el signario oriental, sin duda conocido en el ambiente comercial de la zona.

Pero el tratamiento idiomático del ibérico precisaba de algo más que un buen conocimiento de la epigrafía, de modo que es justo reconocer en Antonio Tovar al filólogo de corte internacional que fue capaz de darle proyección científica en el ámbito de la lingüística comparada y que consiguió establecer una escuela de estudiosos sólidamente formados para ello, como fue el caso de Koldo Mitxelena (1915-1987), que impartió lengua vasca en los planes de estudios universitarios de Salamanca, y de Jaime Siles, filólogo clásico, poeta y crítico literario, autor de un primer léxico moderno (Siles, 1985).

En la actualidad se dispone de una magna recopilación de referencia para nuestras escrituras prelatinas, debida en lo esencial a las *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (III) de Jürgen Untermann, profesor en Tubinga como lo fuera Tovar, que, en lo que respecta al ibérico, hacen accesibles más de dos mil inscripciones, por lo general muy breves, de las que tres cuartas partes son ibéricas y denotan, por su número y variedad de soportes, la primera cultura alfabetizada peninsular.

Pero todavía hay que precisar qué se entiende por *ibérico* cuando se habla de escritura, poniendo en juego tres factores: un área territorial, una lengua y una cultura arqueológicamente probada. La respuesta es relativamente sencilla ateniéndose al signario, a su dispersión geográfica, a sus soportes y a su cronología, aunque se complica al considerar las culturas arqueológicas. Pese a su señalado parentesco gráfico con la epigrafía del suroeste, el ibérico es otra lengua, propia de otra área geográfica, donde el sentido levógiro de la escritura solo se mantiene en las escasas inscripciones de la Alta Andalucía (fig. 2.3) y, esporádicamente, hacia la Contestania, ya que entre el Hérault y el Segura, donde se concentra el grueso de la epigrafía ibérica, llamada oriental o monetal, se escribe de izquierda a derecha, las este-

las son muy tardías y distintas de las surorientales, pues el soporte por excelencia de la escritura son las láminas de plomo, a la manera como las usaban los focenses, datadas arqueológicamente a partir del final del siglo V a.C. De hecho, los plomos y textos más antiguos bien contextualizados se localizan entre el Aude francés y las zonas indikete (Girona), layetana (Barcelona), cessetana (Tarragona) e ilercavona del Bajo Ebro, hasta llegar a La Bastida de les Alcusses (Moixent), en la Contestania septentrional interior. En un segundo momento, hacia los siglos III y II a.C., las áreas edetana y el norte de la Contestania aportan una gran cantidad de epígrafes de los que los pintados sobre las cerámicas de *Edeta* (Liria) y los que marcan las cecas en el exergo de las monedas son los más abundantes y entonces los carpetanos se suman al hecho de la escritura.

Si se considera la fecha arqueológica, la localización de las inscripciones en ibérico, bien con grafía meridional, griega (fig. 2.4) o monetal, no traduce la dispersión sur-noreste que cabría esperar, sino más bien la contraria, y por ello existe un debate abierto entre los iberistas que mantienen que la escritura ibérica es heredera de la suroccidental y aquellos que abogan por una decisiva influencia del ámbito foceo sobre los pueblos septentrionales como agente de su aparición y sistematización grafemática.

La escritura es un medio de comunicación bi-direccional que implica necesariamente a varios interlocutores; las anotaciones con valor mercantil, en concreto, se desplazan en razón de los tráficos existentes. Por tanto, si se desea saber por quién y dónde se crearon las escrituras que se llaman ibéricas, las respuestas no son ni unánimes, ni fáciles más allá del consenso de que no se trata de adaptaciones directas de una escritura extrajera. La prioridad cronológica de las estelas inscritas del suroeste, hipotético precedente de las escrituras ibéricas de aceptarse el estado actual de la cuestión, es susceptible de ser revisada. Los primeros textos ibéricos aparecen muy lejos del suroeste y no se acierta a explicar por qué. Aunque si se pone en duda la mayor antigüedad de los documentos surorientales, ¿fue el impulso griego el que provocó la escritura que llamamos ibérica, o se trata de un proceso gestado en el levante peninsular? E, invirtiendo la dirección de la difusión de la escritura, ¿cómo, cuándo y por qué llegó el signario a las estelas del suroeste?

En la vertiente mediterránea, cada una de las tres modalidades grafemáticas ibéricas debió de haber sido sistematizada, en su corres-

pondiente momento, por escribas al servicio de comerciantes arraigados en las distintas regiones, conocedores de una lengua que todos comprendían, bien por ser su habla vernácula o por haberla aprendido, pues es verosímil que hubiera personas bilingües en todas estas regiones que tuvieron tan estrecho contacto entre sí y con el exterior. El ibérico oriental es el mejor documentado epigráficamente, con casi dos mil ocurrencias, y el que aporta documentos más antiguos, con contextos arqueológicos, como el del vaso plástico del Puig de Sant Andreu de Ullastret, los tres plomos de la tumba 2 de Orleyl (La Vall d'Uixó) o el plomo del Grau Vell (Sagunt), a caballo entre los siglos V y IV a.C. También es el signarlo oriental el que irradió hacia la zona celtibérica alrededor del 100 a.C. y el que perduró hasta convivir con el latín. Los sistemas meridional y greco-ibérico aportan un reducido número de ocurrencias que convivieron con el oriental principalmente entre los siglos IV y II a.C.

Todo ello diseña un estado de la cuestión que contempla que la escritura propia surgió entre los iberos a mediados del siglo V a.C. ligada a su participación en transacciones comerciales de larga distancia que son, con mucha frecuencia, transferencias interétnicas e interterritoriales gestionadas por una minoría. Estas circunstancias explican la escasa regionalización de los modos de escribir, a pesar de que no se trataba de un comercio intervenido por un estado ibero que diera uniformidad a los contratos, aparentemente resueltos mediante acuerdos pactados entre las partes, siguiendo pautas marcadas desde los puertos principales. Por lo tanto, los primeros documentos escritos pueden relacionarse con los consorcios activos en dichos intercambios (PANOSA, 1999), dispuestos a actuar a lo largo y ancho de amplias rutas. Deducir únicamente de la mayor incidencia de la escritura en un segundo momento el protagonismo del arco central y septentrional del Mediterráneo ibérico en la invención de la escritura objeto de estudio es objetivo, aunque sin ignorar otros factores fundamentales en el comportamiento escriptorio, desde el escaso arraigo de la escritura prelatina en Andalucía hasta la eventual latinización precoz de sus jerarquías letradas, con la consiguiente permanencia del ibérico escrito en el resto del territorio ibérico porque, como se ha dicho, el ibérico convivió con el primer latín escrito en Iberia.

Lengua y cultura

La paleo-toponimia de la vertiente mediterránea peninsular, incluyendo parte del Rosellón, del Languedoc Occidental y de Aquitania, por el norte, así como los pasos hacia el valle del Guadalquivir, por el sur, repite el prefijo *Ili/Iltir* con hipotético significado de ciudad —*Iliberri* (Elna), *Iltirda* (Lleida), *Iluro* (Mataró), *Ilici* (L'Alcúdia d'Elx), *Iltirake* (Úbeda la Vieja), *Ilturir/Iliberri* (Granada), etcétera—, que se considera propio de una lengua anterior a la irrupción del llamado indoeuropeo en el Mediterráneo. Esta misma área ha proporcionado inscripciones cuyos comportamientos fónico y léxico son, asimismo, preindoeuropeos, desconocidas a nivel semántico. Sin embargo, la unidad cultural de dicha franja territorial fue pronto discutida por historiadores y arqueólogos:

> «Los lingüistas generalmente insisten en que existe una unidad ligüística en determinado momento desde la cabecera del Guadalquivir hasta más allá del Pirineo. Pero desde el punto de vista cultural los hechos no están tan claros... La cultura ibérica catalana no es la misma que la ibérica de los territorios del Levante y del Sudeste... En Cataluña existe un substrato macizo de tipo europeo en la I Edad del Hierro que se continúa en el Bajo Aragón que falta o es muy débil en Levante... Si la lengua ibérica no es indoeuropea, no se explica de modo claro que fuera la de la población catalana en el s. v como herencia de unas poblaciones substancialmente europeas...» (PERICAY y MALUQUER, 1963, 105-106).

Ante estas discordancias, Fletcher había abogado por explicar que lo que los textos clásicos denominaron ibero es el elemento mediterráneo que constituye la base étnica de un área inicialmente comprendida entre el Ródano y el Segura, matizada por influencias ligures y célticas en el norte y por influencias tartésicas en el sur, con potencial expansivo hacia Aragón en un momento posterior, «quedando más pura la franja costera del Segura al Ebro, con extensión hacia tierras de Lérida» (FLETCHER, 1960, 45), área, en su opinión, típicamente ibérica gracias a su menor contaminación lingüístico-cultural (fig. 2.5). Este insigne iberista utilizó, en esta ocasión, una argumentación de base esencialista, que contradice la fluidez de todo tipo de contactos como marco de progresión hacia las sociedades letradas, ampliamente constatada en la antigüedad.

Ambas tesis deben ser situadas, ciertamente, en su momento, entre 1950 y 1960, puesto que en ellas subyace la polémica de la unidad o pluralidad de España y su justificación en la historia. Si la primera objeción reacciona frente a una supuesta unidad lingüística válida desde Cataluña a Andalucía y adolece de vincular una identidad a una determinada cultura material y a su presunta lengua, la segunda reclama una mayor pureza etno-lingüística para un sector territorial situado al sur del Ebro en razón de su autonomía frente al exterior, de su *iberismo genuino,* y en los dos criterios trasciende, en alguna medida, algo totalmente superado hoy por la crítica histórica como son los nacionalismos y las tesis invasionistas, propios de una determinada ideología apoyada en la teoría evolucionista-difusionista, que atribuían los cambios culturales a migraciones humanas hegemónicas, según las cuales los iberos y su lengua habrían *venido* a la Península, de Oriente o de África, en algún momento lejano, desplazando a poblaciones —y lenguas— preexistentes. Hoy se sabe que los movimientos de pueblos desencadenaron en la antigüedad procesos más complejos, siempre con un grado de negociación entre lo existente y lo sobreimpuesto, lo que equivaldría a consensuar que el ibérico se había *implantado* en el curso de diversos contactos, en vez de decir que había *venido.*

Además, el pensamiento contemporáneo reconoce tanto las etnias plurilingües como las lenguas pluriétnicas, lo que aconseja adoptar una postura más dúctil respecto a ambos conceptos. El hecho de compartir una lengua minoritaria, atestiguado, si se trata de la protohistoria, en el periodo en que esta se dotó de escritura, como fue el ibérico, puede entenderse como resultado de una larga convivencia que, de por sí, tiene que acusar un alto grado de permeabilidad idiomática, más acentuada cuando no hay escritura o esta es de uso restringido. Entonces surgen variaciones dialectales como indicio de las hablas regionales, con posibilidad de reflejarse después en los textos escritos. A juicio de algunos filólogos, el corpus de inscripciones ibéricas no presenta tales variaciones dialectales, sino que repite formularios con independencia de la zona de su hallazgo. Junto a la amplitud de la extensión geográfica que abarca la escritura ibérica, esta observación ha llevado a concluir que lo que llamamos ibérico es una lengua vehicular, convencional, no hablada, difundida por una zona plurilingüe que compartió intereses en un momento dado (De Hoz, 1984, 11-44).

De Hoz (2009) ve en el área del greco-ibérico, principalmente en la Contestania litoral donde, de momento, no hay plomos inscritos, el núcleo del habla ibérica, pues mantiene que tuvo que ser alguien con esta lengua vernácula quien aplicara la escritura griega al ibérico, según definen los hallazgos epigráficos en poblados de montaña de Alicante y Murcia. De este modo, propone el norte de la Contestania como solar del habla ibérica. Señala, como argumento complementario, la mayor incidencia de onomástica céltica en textos hallados en Cataluña en comparación con los de Alicante, lo que le lleva a deducir un menor arraigo del ibérico en las áreas septentrionales.

Sin embargo, otros lingüistas (Ballester, 2005, 361-392) destacan las afinidades del aquitano y el ibérico desde los puntos de vista fónico, morfológico, sintáctico y léxico, así que sitúan el habla vernácula ibera a caballo de los Pirineos y explican cómo son posibles variantes regionales en relación directa tanto a la distancia del núcleo originario como al conocimiento o desconocimiento de la escritura; no hay que olvidar que, en el tema que nos ocupa, una zona con muchas inscripciones se puede presentar, engañosamente, como idiomáticamente potente.

La alternativa aquitana secunda, con matices importantes (Ballester, 2001, 21-33), la tesis del vasco-iberismo que Guillermo de Humboldt (1767-1835), hermano de Alexander, defendiera en 1821, antes de que se leyeran los textos propios, considerando que el vasco era la última expresión de la lengua que habían traído los iberos desde el Cáucaso. Bosch Gimpera (1932, 615) sostuvo otra opinión al negar que los vascos fueran iberos y al explicar que «la lengua vasca y las afinidades ibéricas que en ella han podido encontrarse, si es que los filólogos las encuentran, son dos problemas independientes... los vascos no son iberos...», acaso, prosigue, adoptaron la lengua ibera en el transcurso de los siglos en que se relacionaron con estos, basándose en que las fuentes romanas afirman que hay un reducto de iberos al sur del Garona, el cual, según Bosch, se asentó allí sobre una base poblacional vasca anterior. De este modo se puede decir que la tesis del vasco-iberismo quedó superada en cuanto al origen oriental del ibérico un siglo después de que fuera enunciada, pero que alentó hasta, al menos, 1970 la esperanza de que todavía existiera alguna lengua emparentada con el antiguo ibérico que proporcionara pistas para su traducción. En el supuesto de que el euskera se inscribiera en el *continuum* de las hablas aquitanas, como el ibérico, lo cierto es que

la enorme diferencia de tiempo (unos 1.500 años) transcurrido entre las inscripciones ibéricas y el euskera escrito comporta demasiadas diferencias para que este sea un instrumento útil para la ansiada traducción (Mitxelena, 1964), todavía pendiente.

Frustradas quedaron, así, las expectativas abiertas por los letreros pintados en la cerámica decorada de *Edeta* (Liria) cuando se leyó *gu-du-a: de-i-s-de-a* debajo de dos piraguas con tripulantes armados con escudos y Tovar (1987, 29-48) propuso, a partir de *gudu* (combate) y *deitu* (llamar), la traducción «grito de guerra». Por más que se siguieron buscando coincidencias no solo no se les halló globalmente sentido, sino que, revisada la lectura del vaso citado, el texto pasó a transcribirse como *ku-tu-r: o-i-s-o-r* y desapareció la asociación fónica valorada en primer lugar.

De este modo, la localización del área —sin duda occidental— donde irradió el ibérico como lengua vehicular está lejos de estar unánimemente resuelta. Incluso la tesis de la lengua vehicular despierta ciertas reticencias en la actualidad. La repetición de formularios podría imputarse a la clase de documentos epigráficos de que se dispone y la identificación de algún nombre propio de otra lengua en algunos de estos textos no discrimina el norte con respecto al resto de la geografía del ibérico donde también se identifican préstamos ligüísticos (Velaza, 2006, 273-280). Volviendo a la toponimia, la existencia de microtopónimos susceptibles de ser atribuidos al sustrato ibérico, por ser ajenos a las lenguas romances y al árabe en nuestro caso, se detecta a lo largo del área de la cultura ibérica en su conjunto. ¿Tiene una lengua vehicular semejante trascendencia? Y si fuera así, ¿cómo es que no se advierte arqueológicamente la gran pulsión del área vernácula del ibero sobre el resto del territorio a través de la cultura material? ¿No es más factible que los topónimos hayan perdurado gracias a su constancia en textos romanos? Todas estas cuestiones, de nuevo, aconsejan matizar las hipótesis construidas años atrás.

Las palabras y su significado

La imposibilidad de traducción mientras no aparezca un buen texto bilingüe, no ha impedido plantearse sobre qué versan las inscripciones ibéricas. A pesar de que se ha hecho alusión a la naturaleza mercantil de los plomos con esta epigrafía, todavía no se ha ex-

plicado aquí en qué se apoya esta interpretación. El argumento se basa, en parte, en la existencia de cartas comerciales escritas en griego sobre planchas de plomo que, enrolladas, circulaban en la época en manos de comerciantes griegos y de su red de agentes, las cuales, con seguridad, llegaron a Ampurias (L'Escala) y a Pech Maho (Sigean) (SANTIAGO, 1989, 163-179), desde donde esta costumbre pasó a los comerciantes ibéricos de cereales y otros productos, como denotan, especialmente, los plomos de Mas Castellar (Pontós), La Moleta del Remei (Alcanar) y Castellet de Bernabé (Liria), recuperados en unidades relacionadas con graneros o molienda. Una segunda premisa reside en la repetición al final de ciertas líneas de signos numerales y unidades de cuenta, y la tercera radica en la identificación de nombres de persona que se consideran alusivos a los agentes ibéricos de los intercambios.

La onomástica ibérica tuvo un apoyo importante en el Bronce de Áscoli (Museos Capitolinos, Roma). Se trata de un texto latino del 89 a.C. en el que se concede la ciudadanía romana a los componentes de la *turma salluitana,* caballería reclutada en ciudades situadas al norte del Ebro por Pompeyo, en recompensa a su contribución a la toma de Áscoli. Entre los beneficiarios de este derecho aparecen algunos nombres que se conocen igualmente en la epigrafía ibérica, normalmente compuestos de cuatro sílabas. De ahí que muchas palabras de esta extensión escritas en ibérico se consideren nombres de persona, masculinos, válidos para ambos sexos o femeninos si acaban en *e-to-n* o contienen la secuencia *a-u-in* o bien *i-n* (UNTERMANN, 1992). Se ha contemplado igualmente la posibilidad de que la secuencia *-e-ba-n* o *te-ba-n* indique la filiación que sigue al nombre en masculino y en femenino (VELAZA, 2006). Topónimos y etnónimos tienen su fuente documental más segura en los epígrafes monetales que dan a conocer que la terminación *s-ke-n* (*untikesken, laiesken, arsesken...*) es el genitivo plural de los etnónimos.

Se han identificado en las secuencias *e-ki-a-r* y *i-u-n-s-ti-r* formas verbales a partir de la observación de su uso a continuación de un nombre de persona y delante de un nombre común, que plantea la fórmula sujeto, verbo y predicado, dándose un significado a estos verbos de hacer, ofrecer, ordenar... Para ello fue de gran ayuda la epigrafía pintada sobre los vasos cerámicos de Liria (250-150 a.C.) (ARANEGUI *et al.,* 1998) en la que se quiso ver la firma de los autores de las decoraciones, al modo propio de algunos vasos áticos de calidad de

los siglos VI y V a.C., si bien, dado que los nombres no se repiten incluso cuando el estilo pictórico es muy similar, se ha propuesto para la mayoría de los casos que la frase pintada sobre una parte fija del vaso, normalmente el borde, exprese la identidad de alguien que da algo a otra persona o hace una ofrenda, a modo de dedicatoria. Esta lectura está respaldada por la frecuencia con que estas cerámicas inscritas aparecen en contextos singulares o claramente votivos, los cuales, por otra parte, denotan la ampliación del uso de la escritura a sectores sociales distintos a los involucrados en el comercio e incluso otorga un cierto carácter público a los textos, si se entiende que el ritual al que sirven no es privado puesto que hace visible al individuo ante la colectividad. Los letreros característicos de casi un centenar de vasijas de *Edeta* (Liria) se comportan como una epigrafía menor que comienza a salir del ámbito privado y ya no se justifica como la de una lengua vehicular. Con menor frecuencia, la cerámica con decoración compleja de Liria muestra letreros más largos que cubren el espacio libre entre las figuras y, en estos casos, podría tratarse de textos referidos a la escena representada.

Sin embargo, el caso particular de copas de libación (*phialai*) de plata con inscripción ibérica, como una de Tivissa, otra de Vieille Aubagnan (Las Landas) y varias de Abengibre (Albacete), datables a mediados del siglo II a.C., propias asimismo de contextos votivos, pudiera entenderse con relación al orfebre, dada la categoría de esta selecta vajilla fabricada, según parece, con el concurso de artesanos itinerantes.

Pero, por descontado, también en los siglos III a I a.C. prolifera una epigrafía menor de estampillas impresas sobre piezas cerámicas relacionadas con la producción y el comercio, sobre todo ánforas (MATA y SORIA, 1997, 297-374) y, en algún caso, pesas de telar, siendo algunas de ellas epigráficas y en ibérico (fig. 2.6). Esto debe ponerse en relación con la continuidad de mecanismos de control económico generados en el seno de los pueblos peninsulares, copiados de la práctica mercantil de sellar un porcentaje de los envases de transporte. Por otra parte, los grafitos breves post-cocción en cerámicas o sobre objetos diversos se entienden como marcas personales de propiedad o de valor y son frecuentes, asimismo, en época tardía.

Las cantidades expresadas por una palabra que designa un número seguida por un signo que corresponde a una unidad de cuenta se han identificado a partir de las acuñaciones monetales de *Un-*

tikesken (L'Escala), poniendo en juego en este caso afinidades léxicas con el euskera (Ferrer, 2009, 451-479) y sin que ello prejuzgue la lógica de dar valor numérico a los signos que aparecen repetidos (Sarrión, 2003, 363-366).

El lote epigráfico de más reciente datación del ibérico se produce en el curso de la romanización, impulsora del uso de la escritura en Occidente. Un primer objetivo de este cambio cultural fue dialogar con sociedades alfabetizadas, incluso si sus lenguas y signarios no eran latinos, porque cualquier escritura supone un funcionamiento administrativo más avanzado que las relaciones ágrafas y es positivo en el ordenamiento del censo, de los impuestos y de las normas de obligado cumplimiento. Estelas funerarias con una representación incisa y esquemática de una figura humana ataviada a la manera ibérica, como guerrero o como dama, sobre la que aparece una inscripción, se documentan en comunidades rurales, desde Nogueruelas (Teruel) a Ares del Maestre (Castellón) y Espejo (Jaén), como adaptación de la costumbre romana de poner un epitafio sobre la tumba. Otros epígrafes y grafitos hispanos de época imperial siguen dando cuenta de la pervivencia del ibérico: el teatro romano de Sagunto, de época de Claudio, ha proporcionado un fragmento de grada de asiento con parte de un nombre de persona grabado en ibérico, lo que no es de extrañar en el municipio romano más rico en lápidas ibéricas. Y es más, donde se recuperó una inscripción muy incompleta y fragmentada en latín cuya última línea aparece escrita en ibérico, sin ser la versión ibérica de la línea anterior (fig. 2.7). Casos similares se conocen en Tarragona.

Con posterioridad, hasta época paleocristiana e incluso posterior, se encuentran referencias escritas que mencionan a gentes que mantenían costumbres ancestrales y hablaban entre sí una lengua incomprensible que se supone que es el ibero, aunque, en tanto en cuanto apenas hay epigrafía ibérica tan tardía, tan incomprensible podía ser entonces para los autores de la noticia el ibérico como el celtibérico, porque el habla oficial y generalizada era el latín o sus derivados romances.

a
e
i
o
u

l

m
n

r
ŕ

s
ś

ba
be
bi
bo
(bu)

ka
ke
ki
ko
ku / gu

ga
ge
gi
go

ta
te
ti
to
tu

da
de
di
do
du

Fig. 2.1. Escrituras ibéricas *(a):* oriental (J. Velaza).

G
K
B
D
T

A
E
I
O
U

N
Ń
Ŕ
R̂
R
Ś
Ŝ
S
L
?

Fig. 2.2. Escrituras ibéricas *(b):* greco-ibérico (según J. Ferrer).

a	
e	
i	
o	
u	
l	
n	
m	
r	
ŕ	
s	
ś	
b^a	
b^e	
b^i.	
b^o	
b^u	
k^a	
k^e	
k^i	
k^o	
k^u	
t^a	
t^e	
t^i	
t^o	
t^u	

Fig. 2.3. Escrituras ibéricas *(c):* meridional (según J. Untermann).

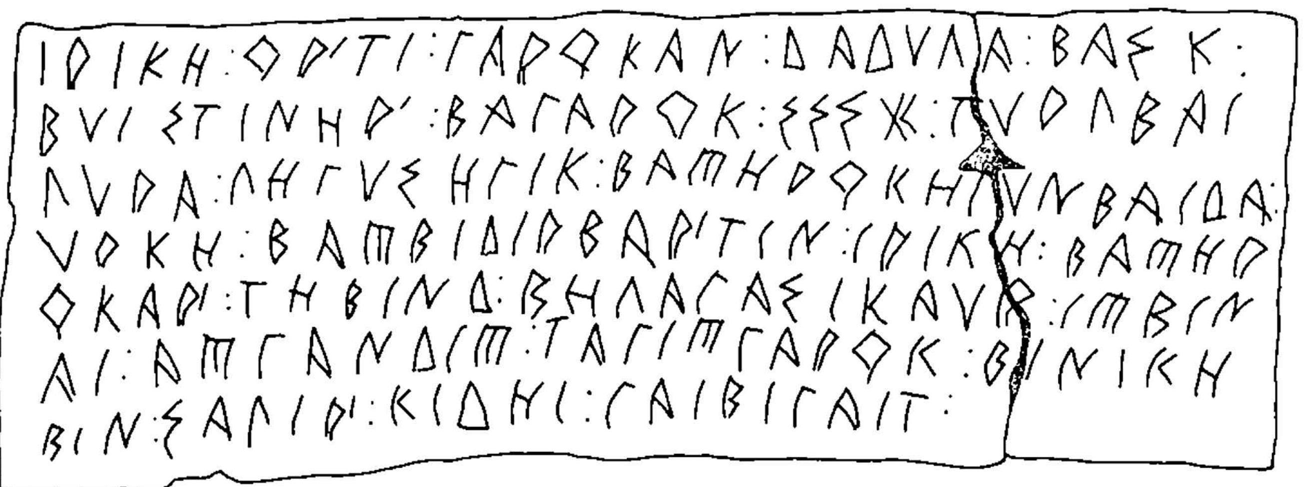


Fig. 2.4. Greco-ibérico: plomo 1 de La Serreta, calco de la cara A realizado por Untermann (cortesía del Museo de Alcoy).



Fig. 2.5. Ibérico oriental: plomo P.A.II de Yátova. Museo de Prehistoria (fot. SIP, Valencia).



Fig. 2.6. Ibérico oriental: marca estampada sobre un ánfora de la forma greco-itálica Will E hallada en Ensérune (Hérault). Museo de Ensérune (fot. autora).



Fig. 2.7. Fragmento de inscripción latina procedente de Sagunto cuya última línea está escrita en ibérico oriental. Museo de Sagunto (fot. autora).

Capítulo 3

EL HÁBITAT Y SU CONTEXTO. QUIÉNES, DÓNDE Y CUÁNDO. LAS JEFATURAS COMPLEJAS (1)

El *oppidum*

El nivel organizativo de los pueblos del área ibérica es susceptible de lectura en clave del sistema de jefaturas, que contempla la complejidad social desde la antropología y la arqueología (Earle, 1997). Descartada la operatividad del parentesco para articular las sociedades estructuradas y como alternativa al modelo difusionista centro-periferia, el concepto de jefatura se ha revelado idóneo para percibir el grado de evolución de los grupos humanos de la antigua Europa occidental en su avance hacia la institucionalización del Estado, porque permite reconocer la concentración de poder y la paulatina separación de funciones que hacen viable su instauración política. El jefe legitima su autoridad no solo mediante una particular relación con los antepasados, sino, principalmente, por consenso de sus seguidores. Estos reconocen en él la representación de los valores sagrados y militares que les identifican como parte de un todo (jefaturas simples) y pasan a aceptar, llegado el caso, su iniciativa para confiar determinadas parcelas de poder a un número limitado de adeptos (jefaturas complejas), como la prerrogativa del uso de las armas o la de oficiar en los rituales, cuya respectiva emancipación anuncia la división de funciones públicas propia del nivel estatal.

Desde el punto de vista arqueológico, el mejor espejo de la sociedad lo proporciona el hábitat. Una población nómada utiliza habitáculos distintos a los de otra sedentaria; a un caserío aislado en el campo se le asocia un género de vida distinto al de una aldea; ante una trama constructiva regular se supone una convivencia distinta a la que tiene lugar en edificios distribuidos aleatoriamente porque,

en definitiva, la cultura de una comunidad se entiende que deja alguna huella en el ordenamiento urbano que adopta. Por eso se concede más importancia a los cambios de modelo poblacional que a los de los objetos o utensilios que se usan en el mismo, aunque sean suntuarios, ya que la modificación de un núcleo habitado, su ampliación o su abandono, incluso su reconstrucción, y, por encima de todo, la creación de una nueva aglomeración, alteran el equilibrio de toda el área en la que cualquiera de estos hechos sucede. De este modo convendríamos que el marco habitacional está estrechamente ligado a la organización de la sociedad que lo vive y que la cultura ibérica se inicia con un cambio en la ocupación del territorio.

En el ámbito occidental europeo, desde el final de la Edad del Bronce y, especialmente, en la Edad del Hierro, la inmensa mayoría de los grupos humanos autóctonos era sedentaria; ya no vivían en cuevas sino en núcleos instalados al aire libre que empezaban a estar interrelacionados a nivel comarcal o regional. Ello dio lugar a que se estableciera una escala de lugares principales y secundarios decisiva para marcar diferencias entre lo que llegaría a ser la ciudad y el medio rural. En el curso de esta evolución, en la Edad del Hierro peninsular se han reconocido dos momentos sucesivos en los que se acelera este proceso, el primero hacia el siglo VII a.C. y el segundo coincidiendo con el nacimiento de la cultura ibérica, hacia el 500 a.C., plenamente configurado a finales del siglo V. No se trata de pulsiones demográficas uniformes a lo largo y ancho de todo el sector geográfico implicado, aunque sí se ha probado que afectan tanto a áreas costeras como interiores, con ejemplos ya sea en el Alto Ampurdán (Llinàs *et al.,* 1998), en las comarcas del Ebro (Noguera, 2002) o en la Alta Andalucía (Ruiz, 2009a, 113-130), la meseta sur (Soria, 2000) y, fuera de la zona ibérica, en el suroeste peninsular (Rodríguez Díaz, 2004). En la base de ambos momentos existe una intensificación tanto de la explotación de recursos como de los contactos de unas zonas con otras, si bien los dos episodios, de distinta fecha, no están encadenados entre sí: el impulso demográfico más antiguo hizo crisis en el siglo VI a.C. y, en buena medida, se diluyó, hasta que, pasadas varias generaciones, volvieron a aparecer jefaturas lo suficientemente fuertes como para superar la vida aldeana e implantar lo que se conoce con el nombre de *oppidum* (lugar fortificado) para designar una población bien defendida capaz de organi-

zar su área territorial inmediata y sede, por lo tanto, de quienes gestionan dicha organización (fig. 3.1).

El logro de este objetivo se estudia arqueológicamente incorporando métodos de la geografía humana que ayudan a definir lo que es un lugar central en una zona bien prospectada y excavada. Es así como se ha aplicado con éxito a determinadas áreas ibéricas el esquema teórico de los *polígonos de Thiessen,* que se obtienen al cartografiar yacimientos coetáneos destacando los más importantes, generalmente atendiendo a la extensión de la superficie que ocupan, los cuales se representan en el centro un esquema geométrico que resulta de una retícula formada por la intersección de las líneas que cruzan el punto medio del trazo imaginario que une unos con otros (fig. 3.2). Con este procedimiento se han podido estimar las posibilidades de gestión de la ciudad sobre su *hinterland* y la manera de explotarlo, así como comprobar la variación de estos parámetros antes y después de la cultura ibérica (BONET y MATA, 2001, 175-186). Establecido el modelo del poblamiento comarcal o regional, aspectos funcionales y suntuarios derivados del urbanismo y de la cultura material contribuyen a precisar la caracterización de un *oppidum* ibérico.

¿Hasta qué punto, entonces, se produjo una ruptura hacia el 500 a.C.? Según un análisis global del fenómeno, el cambio al patrón ibérico de ocupación del territorio fue espectacular en la Alta Andalucía (RUIZ *et al.,* 1991, 109-126), donde asentamientos de Jaén, Córdoba y Granada que previamente todavía utilizaban como vivienda la cabaña pasaron a configurarse con disposiciones longitudinales o reticulares de casas cuadradas agregadas, hasta cobrar una importancia enorme y estable (piénsese en *Castulo,* Cazlona; *Basti,* en Cerro Cepero de Baza, o *Ilturir-iliberri,* Albaicín, Granada...) y convertirse en un foco bien comunicado con el Mediterráneo, alternativo al del litoral sur, a las tierras abiertas al Estrecho de Gibraltar tradicionalmente frecuentadas por los navegantes semitas. En el resto de la geografía ibérica, no se observa el desplazamiento de un área neurálgica en la misma medida. Es, no obstante, evidente que la ruptura, mayor o menor, se llevó a cabo manteniendo muchas tradiciones locales. Las construcciones de planta rectangular agregadas, articuladas por calles y protegidas por estructuras defensivas, ya existían en el Bronce Final o Hierro Antiguo; la albañilería en piedra seca, tapial y adobe, también, y la diferenciación funcional de los espacios domésticos ya se había iniciado antes de la etapa ibérica (BELARTE, 2009), en la que

la complejidad urbanística y arquitectónica se incrementó de manera muy notable al aumentar el tamaño de casas y poblados, si bien de un modo que hace reconocible la iniciativa autóctona en este desarrollo. En efecto, el *oppidum* ibérico no reproduce ningún modelo externo. No tiene plazas con edificios públicos, ni apenas calles porticadas, ni infraestructura para suministro o red de evacuación de agua, ni habitaciones para usos higiénicos... como sí que tenían las ciudades y casas urbanas griegas o púnicas coetáneas. Sin embargo, el *oppidum* es un espacio mejor planificado topográficamente que los precedentes, desde el momento en que habilita laderas abancaladas y está total o parcialmente protegido por una muralla compleja cuyas puertas marcan una circulación interior (fig. 3.3) organizada mediante un entramado de calles de hasta más de tres metros de anchura que separan manzanas de casas.

¿Cuánta gente llegaba a vivir en un *oppidum*? Los cálculos medios a partir de las viviendas indican que las aglomeraciones de más de diez hectáreas, como El Puig de Sant Andreu (Ullastret) en su conjunto, Burriac (Cabrera de Mar), *Edeta* (Liria), El Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), *Castulo* (Cazlona) o Ategua (Córdoba), podían albergar aproximadamente 2.500 o 3.000 personas; las medianas, unas 1.000, y los caseríos más pequeños, de apenas unos cientos de metros cuadrados, entre veinte y cincuenta, expuestas a desaparecer ante cualquier accidente natural o humano a no ser que estuvieran vinculadas a un lugar central, al que probablemente acudirían periódicamente con ocasión de celebraciones comunitarias y del que recibirían asistencia en caso de necesidad (ruina de las cosechas, incendios, adversidades... de las que no les sería posible sobrevivir aisladamente). La procedencia de estas gentes es, en buena medida, la misma que la de las etapas anteriores, si bien ahora se advierten movimientos demográficos a partir de la aparición de nuevos poblados, así como todo un incremento de ejes viarios estratégicos, que tienen que ver con el nuevo valor de las zonas productivas centralizadas por el *oppidum,* rector de la gestión de recursos (fig. 3.4). La circulación de bienes y de personas se incrementó del siglo V a.C. en adelante, a veces contribuyendo a la violencia propia de una época de cambios y otras veces favoreciendo avances técnicos y, más ampliamente, sociológicos, pero el mapa étnico previo a la civilización ibérica siguió en vigor.

Ciudades secundarias, granjas y alquerías

De este modo se genera en algunas comarcas un segundo nivel de ciudades compuesto por aglomeraciones de carácter urbano que no son las más importantes de su correspondiente red, aunque ocupan entre una y cinco hectáreas de extensión. En este grupo podrían incluirse yacimientos como Más Boscá (Badalona), El Turó de Ca n'Oliver (Cerdanyola), La Cova Foradada (Liria), El Cerro de la Cruz (Almedinilla) e incluso El Molí d'Espígol (Tornabous) a pesar de que no alcanza una hectárea. Se trata de ciudades dotadas de estructuras defensivas, con posibilidad de albergar viviendas de diferente extensión e importancia.

Hay, finalmente, numerosísimos establecimientos de pequeño tamaño (apenas 1.000 o 2.000 metros cuadrados) que están dedicados a la explotación o transformación de recursos o a la vigilancia del territorio, donde viven residentes que están al servicio de la clase aristocrática, alojados en estancias muy sencillas articuladas por una sola calle o plaza central donde, a veces, hay un aljibe, todo ello protegido por un recinto simple que cierra con una puerta, sin baluartes ni torres adjuntas. Un caso bien estudiado es el del pequeño establecimiento agrícola de Mas Castellar (Pontós) (unos 1.000 metros cuadrados), datado entre el 250 y el 180 a.C., regido por una gran casa (337 metros cuadrados útiles) con espacio para celebraciones rituales que ocupa más de un tercio de un caserío (PONS, 2002) edificado sobre niveles del siglo IV. Otro de los ejemplos mejor documentados es El Castellet de Bernabé (Liria) (GUÉRIN, 2003) (fig. 3.5), donde, también en el curso del siglo III a.C., un sector del caserío se aisló constructivamente del resto y se dotó de un acceso específico desde el exterior, convirtiéndose en la eventual residencia (150 metros cuadrados en planta) de quien explotaba el lugar mediante una privatización, desconocida en otras granjas, que comprende un pequeño espacio ritual. Pero hay muchos más poblados con categoría de pequeña granja. Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet), pese a su pequeña extensión, ha proporcionado elementos de tipo ritual y guerrero; La Moleta del Remei (Alcanar) (fig. 3.6) se transformó en un gran depósito de cereales a juzgar por sus almacenes de suelo sobreelevado, y así hay múltiples variantes de pequeñas instalaciones de tipo rural en la geografía ibérica que ponen en evidencia la capacidad

productiva del retropaís del *oppidum* a la vez que proporcionan indicaciones sobre un dominio aristocrático sobre las mismas.

Los sistemas defensivos

La evolución hacia la desigualdad implica la institucionalización del ejercicio colectivo de la violencia y es en este decurso político cuando aparecen los grupos armados y los sistemas defensivos entre los iberos, con un primer capítulo, preibérico, constituido por torres o fortines que vigilan un curso fluvial o una ruta estratégica, cuyo mejor ejemplo está en el complejo de la torre ovalada del Coll del Moro (Gandesa) (RAFEL, 1994) (fig. 3.7), seguido por otra iniciativa que añade a lo anterior una estructura de mayor envergadura y eficacia para proteger el hábitat frente a agresiones externas, también con antecedentes peninsulares.

El tema de las murallas ibéricas ha merecido la atención de los investigadores (MORET, 1996a), aunque distintas publicaciones colectivas lo tratan sin destacar la diferencia entre yacimientos medianos (unas cuatro o cinco hectáreas) o grandes (diez o más hectáreas) y los pequeños (menos de media hectárea), a pesar de que sus respectivos baluartes defensivos no son comparables (VVAA, 1991; OLIVER, 2006). Los poblados grandes y medianos están dotados de murallas con torres intercaladas, puertas con estructuras de refuerzo, barbacanas, antemurales y caminos de ronda que es lo que constituye un recinto urbano ibérico propiamente dicho (fig. 3.8). Además hay ciudadelas con operativas defensas sofisticadas, que son verdaderas murallas, las cuales suponen aproximadamente un tercio de la obra construida del lugar y, por último, hay fortines pequeños instalados sobre una cima, llamados de meseta, cuyo muro perimetral, en el que se apoyan las traseras de las habitaciones, más potente constructivamente, está a medio camino entre lo que es un recurso estructural y una defensa militarmente eficaz, pues es la puerta de acceso al lugar y, al menos, una torre lo que asegura la protección del mismo, ya que las torres continúan cumpliendo una función de defensa del territorio en época ibérica (fig. 3.9).

Tres son los momentos en que se construyen las murallas ibéricas: en el tránsito del siglo VI al V; mayoritariamente en el siglo IV y en el contexto que acompañó el enfrentamiento de Escipiones y Barkas en Iberia (218-205 a.C.), que finaliza con el programa de defensa puesto en marcha por Roma inmediatamente después.

Murallas

La obra pública más importante de un *oppidum* es su muralla, tanto por el volumen constructivo que supone como por la técnica que requiere su edificación. Es importante, en consecuencia, plantear la razón de su necesidad en el contexto ibérico y establecer, como punto de partida, que la inestabilidad que justifica estas grandiosas construcciones no tuvo su causa directa en la acción de los comerciantes mediterráneos en suelo ibérico, ya que ni fenicios, ni griegos, ni púnicos acudieron a Iberia para conquistarla por las armas, sino para comerciar con sus habitantes, necesariamente en son de paz. No obstante, los núcleos extranjeros establecidos en el área ibérica se dotaron de defensas complejas, por tradición y para garantizar su seguridad, y la inserción de los iberos en los tráficos mediterráneos tuvo repercusión en el valor del suelo y de las vías de comunicación de su geografía, de modo que un cauce fluvial o el puesto de vigilancia de un paso obligado se convirtieron en puntos codiciados por quienes aspiraban a ser hegemónicos gestionando los recursos desde ciudades que rivalizaban entre sí, en el marco de la novedad que supuso el comercio internacional.

Dicha rivalidad no se dirimía mediante lo que en la antigüedad clásica se entendía como una guerra entre formaciones militares, sino mediante enfrentamiento de guerreros, generalmente ante la puerta de un *oppidum* o mediante la invasión y razzia de una plaza fuerte (Quesada, 2002, 35-64). Los iberos no tuvieron un ejército, sino hombres destinados a empuñar las armas durante una etapa de su vida, que se enfrentaban en grupos cerrados para luchar cuerpo a cuerpo. No tuvieron máquinas de guerra ni militares que operaran con técnicas avanzadas de ataque y defensa, sino solamente la astucia de poner en juego ciertas estratagemas, como la referida por Livio (Liv., XXI, 8-10) al describir la resistencia de los saguntinos ante el —en este caso, sí— ejército de Aníbal, cuando menciona la falárica como un arma arrojadiza a cuya asta se añadía un manojo de estopa impregnada en pez prendida en fuego para que, al atravesar el objetivo, lo incendiara. Pero los iberos aprendieron a combatir, pues, en una medida que no se considera hoy tan importante como se pensó en otros tiempos, sirvieron como mercenarios cuando los ejércitos griego y cartaginés se enfrentaron en el sur de Italia en los siglos V y

IV (HERÓDOTO, VII, 165), además de ser mencionados como jinetes al servicio de Aníbal, a finales del siglo III, momento en el que verdaderas tropas llegaron a la Península, y la organización guerrera ibérica evolucionó consecuentemente.

En estas circunstancias, hasta el final del siglo III a.C., la muralla ibérica es, ante todo, emblemática, lo que ayuda a entender varias observaciones arqueológicas. Como se ha visto en La Plaza de Armas (Puente Tablas) (cinco hectáreas y media) (RUIZ, 2009b, 153-173), cuando se produjo el paso a la cultura ibérica se renovó el recinto preexistente aun cuando se mantuvo el mismo perímetro urbano que, simplemente, adquirió un aspecto más moderno. Otro caso ocurre cuando la datación de la muralla es posterior a la del tejido urbano, como se ha indicado para *Arse* (Sagunto) (MARTÍ, 1998), lo que lleva a deducir que hay programas de construcción de murallas en determinados periodos, por circunstancias de inestabilidad que se imponen tanto a lugares de nueva creación como a otros preexistentes. Y la tercera cuestión afecta a aquellas murallas tan bien dotadas que, en su momento, podrían haber hecho frente a ataques militares de los que, sin embargo, no hay ni noticia, ni posibilidad, en el interior de la sociedad ibérica, aunque sí entre las potencias que actuaban en el Mediterráneo ibérico, lo que plantea el supuesto de que existan plazas fuertes al servicio de dichas potencias.

A escala de un centro pequeño con origen en la cultura de los campos de urnas, como Els Vilars (Arbeca) (750 a 325 a.C.) (JUNYENT, 1996, 254-255), la disputa por el dominio de un área agrícola en zona llana parece justificar la instalación de una sólida ciudadela con muralla torreada, precedida por foso y campo frisio, con un aljibe en su interior, que quedará como un prototipo para la defensa y así, simplificada, se volverá a encontrar en Els Estinclells (Urgell) en el siglo III a.C. (ASENSIO, 2009, 125-142), ahora sobre una elevación natural, sin torres pero con un foso perimetral. Es, pues, probable que, en muchos otros casos, la muralla de época ibérica derive sus planteamientos de un referente local más antiguo, o bien externo, que, al repetirse, al menos en parte, indica una red de tradiciones regionales y contactos, no necesariamente estables, que arrojan un panorama carente de una mínima uniformidad.

La muralla más espectacular de la arquitectura ibérica está en El Puig de Sant Andreu (Ullastret), a quince kilómetros de Ampurias (L'Escala). Miquel Oliva Prat (1922-1974) dedicó su vida profesional

a este gran *oppidum,* que llegó a ocupar alrededor de diecisiete hectáreas contando las áreas extramuros y es excepcional bajo muchos aspectos pero, especialmente, por la composición del flanco occidental de su muralla, con una primera fase de construcción datada en el siglo VI a.C. Este flanco está provisto de ocho torres circulares de alrededor de diez metros de diámetro, colocadas a intervalos regulares, de las que una fue reconstruida para adoptar una planta cuadrada en el siglo IV a.C., cuando el recinto alcanzó su perímetro definitivo. En el tramo suroeste se encuentra la puerta principal de las cuatro mayores que tiene la muralla, protegida en el exterior por un muro transversal al eje de acceso con el fin de impedir una embestida frontal y reforzada por una torre de cuerpo circular y planta externa pentagonal, óptima para interceptar cualquier intento de ataque, desde distintos ángulos. El trabajo de cantería destaca por su regularidad, en apoyo de lo cual se entienden las letras incisas que aparecen en algunos de los bloque careados de la muralla[1], eventualmente marcas propias de una organización del trabajo fuera de lo común (PRADO, 2010, 567-581). Todas estas singularidades se han relacionado con la proximidad a Ampurias, centro hacia el que este *oppidum* indikete canalizaría la producción de un valioso territorio propio.

Sobre una elevación que domina el camino que conduce desde el Mediterráneo por el corredor de Almansa a la meseta central atravesando el norte de la antigua Contestania, se alzó en el tránsito del siglo V al IV a.C. La Bastida de les Alcusses (Mogente) (cuatro hectáreas y media de extensión), la cual, tras un violento incendio, también se dota de una muralla perimetral, supuestamente de hasta ocho metros de altura, con bastiones cuadrados intercalados en su frente oeste —el más potente—, provista de cuatro puertas distribuidas en sus distintos sectores, aproximadamente coetánea a la segunda fase de Ullastret, si bien, como ocurre en Mas Castellar (Pontós), destruida y abandonada apenas cien años después de su construcción. En este caso, la puerta occidental[2], de tres metros de luz, adopta una estructura de corredor en tenaza, cerrada por batientes de madera, fuera de

---

[1] Estas inscripciones se consideran, en parte, pertenecientes a algún monumento derruido cuyos bloques fueron a parar a la muralla en su reconstrucción del siglo IV a.C.

[2] En el momento de redactar este texto, el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia está llevando a cabo excavaciones y estudios que afectan a esta puerta.

la cual, extramuros, existe un recinto que rodea un espacio sin construcciones; llama la atención, por último, un camino de unos dos metros de anchura que bordea la cara interna de la muralla en la que, por tanto, no se apoya ninguna de las construcciones del poblado (Bonet y Vives-Ferrándiz, 2011).

El Puntal de Salinas (Villena) conserva parte de una muralla comparable a la de Bastida, en condiciones deficientes para su estudio. Sin embargo, en el gran centro de Giribaile (Jaén) (Gutiérrez, 2002) (fig. 3.10), de más de diez hectáreas, que amplía el territorio dependiente de Cástulo (Cazlona) hacia el río Guadalimar en el siglo iv, la muralla corta transversalmente la única parte accesible al sector urbanizado de una cima, como es propio de las defensas de barrera. Algo similar se observa en El Montgròs (El Brull), un *oppidum* de unas ocho hectáreas de extensión con un sistema defensivo de barrera que cubre el único frente del hábitat no protegido por precipicios naturales, entre los siglos v y iv a.C. (Molist y Rovira, 1991, 249-264; López Mullor *et al.,* 2005, 141-162), cuyo paramento liso está construido con el sistema de casamatas, o compartimentación de módulos cuadrados entre las paredes maestras que quedan como espacios practicables, dejando como accesos una poterna y una entrada principal, de tres metros de anchura, que da paso a un corredor de doce metros de longitud, cerrado al final por una puerta de madera. En el siglo iii hubo que reforzar esta defensa con una torre y un parapeto exterior (fig. 3.11). En Covalta (Albaida), sin embargo, la muralla de barrera no impidió que el lugar fuera abandonado a comienzos de este mismo siglo.

Extraordinario es también el programa defensivo del Castellet de Banyoles (Tivissa) (4,2 hectáreas de extensión) (fig. 3.12), sobre el Ebro, ya que las dos torres pentagonales que flanquean su puerta oriental emulan un sistema descrito por Filón de Bizancio (*Poliorc.,* I, 6*)* para impedir que las máquinas de guerra vulneraran la seguridad de un recinto (Garlan, 2003), aplicado a este importante *oppidum* ilercavón en el que se instaló un campamento romano al inicio de la segunda guerra púnica (218-202 a.C.). El sistema consiste en flanquear la puerta con dos torres cuadradas practicables, prolongadas en su frente por un triángulo macizo, en posición ligeramente convergente, que culmina en una plataforma, de modo que los guerreros pudieran mantener un fuego cruzado en dos direcciones desde la superficie triangular a la que saldrían, con movimientos rápidos, desde el cuerpo de la torre (Pallarès, 1983-1984, 113-126).

En otras ocasiones, como en el caso del Cabezo de Alcalá de Azaila (Alcañiz) (alrededor de 6.000 metros cuadrados intramuros y una hectárea y media en total), la defensa de época sedetana configura una acrópolis, en cuya cima se levantan dos torres cuadradas, sobre un cerro rodeado por un lienzo perimetral precedido por un importante foso, además de contar con una terraza poblada en la ladera sur, extramuros, si bien todo ello complica la lectura de lo que corresponde estrictamente a la fase ibérica, ya que la acrópolis fue reconstruida en época romana republicana, cuando este núcleo era un punto militar estratégico para Roma (Beltrán, 1996).

Menor documentación existe respecto a los grandes poblados escalonados en laderas, como *Ilturir-Iliberri* (Granada), *Edeta* (Liria) o Burriac (Cabrera de Mar), bien por conocerse solo elementos sueltos de sus murallas o por ausencia de datos. Lienzos lisos, torres y puertas estratégicamente situadas, al menos en Burriac (Barberá y Pascual, 1979-1980, 203-242), indican una tipología de recinto amurallado más compleja y extensa que la perimetral o de barrera previamente indicadas.

Ciudadelas

Las plazas fuertes que ocupan una extensión de hasta media hectárea y albergan en su interior alguna residencia provista de varias habitaciones, de las calificadas como aristocráticas en el contexto ibérico, son las ciudadelas.

Se pueden considerar como ejemplos pioneros tanto el reducido establecimiento del Oral (San Fulgencio) (550-500 a.C.), originado al abandonarse el núcleo fenicio de La Rápita/Fonteta (Guardamar del Segura), en atención a la defensa construida para proteger su cara norte en la etapa final de ocupación del lugar, dotada de una cortina con dos torres cuadradas en sus extremos este y oeste, probablemente de vigilancia, sin relación estructural con la puerta (Abad, 2009, 20-29), como el núcleo del Alt de Benimaquia (Denia) (4.500 metros cuadrados), de idéntica cronología, construido detrás de una muralla con seis torres cuadradas de trazado irregular (Díes *et al.*, 1991, 13-24). El Oral alberga con seguridad dependencias de hasta 120 metros cuadrados en planta y Benimaquia, según lo hasta ahora publicado, lagares adosados a las viviendas.

En La Quéjola (San Pedro) (algo más de 5.000 metros cuadrados de extensión útil), el establecimiento construido a finales del siglo VI y abandonado un siglo después, engloba ocho viviendas a lo largo de una calle de tres metros de ancho y está protegido por una muralla que dispone de una torre cuadrada junto al acceso, para dotar de seguridad al lugar más importante del entorno, interesado en el transporte de vino envasado en ánforas y de cerámica ática, que alberga viviendas de tipo aristocrático (BLÁNQUEZ y OLMOS, 1993, 83-108).

Entre el 425 y el 375 a.C. se data la muralla de la hipotética ciudadela de Mas Castellar (Pontós), la mas próxima a Ampurias de toda una serie de fortificaciones especialmente bien documentadas quinientos kilómetros más al sur, en la Contestania (La Bastida de les Alcusses, Mogente; El Puig, Alcoy; El Puntal de Salinas, Villena; El Peñón de Ifac, Calpe; La Picola, Santa Pola...), variadas en su arquitectura pero probablemente implicadas en un plan de explotación del área suroriental por parte de *Massalia* con la colaboración de *Emporion* y *Rhode,* que, sin embargo, dio lugar a encarnizadas destrucciones apenas un siglo después de su puesta en marcha.

Una ciudadela bien defendida se encuentra en la fase de la segunda mitad del siglo V a.C. del Puig de la Nau (Benicarló) (DÍES, 2006, 47-61), siendo igualmente asimilable a este modelo el establecimiento del Puig de Alcoy.

Les Toixoneres/Alorda Park (Calafell) (fig. 3.13) es un núcleo de unos 3.000 metros cuadrados de extensión, próximo al mar, con una funcionalidad defensiva y residencial que ejemplifica, en la fase posterior a su reconstrucción de finales del siglo V, el caso más desarrollado de ciudadela ibérica (SANMARTÍ y SANTACANA, 1992). Todo el frente norte-noreste de la aglomeración está defendido por una muralla de barrera, con camino de ronda, reforzada por una torre bipartita, por otras cuadradas y por un baluarte rectangular, además de estar protegida por el exterior por un gran foso, todo lo cual la convierte en el punto comarcal más potente por ser el mejor equipado frente a eventuales ataques, donde fijan su resistencia los jefes de la zona, en casas con infraestructuras superiores a la media. El siglo III fue una época convulsa en tierra ibera por la rivalidad entre Roma y Cartago, dirimida en la Península, y ello dio lugar a la construcción o reconstrucción de algunas ciudadelas. El Casol de Puigcastellet (Folgueroles) se presenta en este contexto como un recinto de disposición circular, provisto de una torre vigía rectangular, a cuyo interior se adosan espacios

cuadrangulares agrupados, susceptibles, en parte, de ser entendidos como residencias complejas por su compartimentación. El esquema constructivo del lugar guarda relación con El Montgrós (El Brull), en la misma comarca, si bien el replanteo de la obra del Casol es diferente. El Rabosero (Sagunto) (2.500 metros cuadrados), a ocho kilómetros de *Arse,* también aumentó su aparato defensivo en este siglo, añadiendo dos torres a su recinto de barrera que controla el área noroeste del Bajo Palancia, sobre el camino que lleva a Liria, de modo que es susceptible de entrar dentro del grupo de las ciudadelas, pues su conocimiento, aunque es de momento muy incompleto, aporta datos llamativos, como recortes de plata y una espada decorada, que podrían sugerir la existencia de una residencia destacada.

Fortines

El fortín es un puesto estratégico de guardia y vigilancia con dependencias simples y homogéneas, provisto de una o dos torres, que cumple la función de proteger un paraje. Probablemente el mejor excavado y publicado sea El Puntal dels Llops (Olocau) (Bonet y Mata, 2002). Cerca de *Edeta* (Liria), a finales del siglo v a.C., sobre un pequeño cerro, se implantó una aglomeración con capacidad para una treintena de habitantes, aplicando un esquema constructivo sencillo y tradicional: la ocupación de una cima articulada por una sola calle central a la que salen habitáculos compactos rectangulares, de similares dimensiones, sin tabicado interno, adosados al muro perimetral del cual avanza una torre cuadrada. Esta consta de una base maciza, tal vez con rudimentarios escalones para subir a un cuerpo superpuesto, está protegida hacia el exterior por un antemural y orientada hacia el camino que discurre al pie del fortín. El estudio de cada habitación ha concluido que el asentamiento cumple una función productiva mediante una actividad metalúrgica a pequeña escala, relacionada con la explotación de la galena argentífera de la Sierra Calderona, que se completa tanto con una producción textil, probablemente de lana, como con actividades de subsistencia. Se han identificado molinos rotatorios, herramientas, armas y algunas terracotas en forma de pebetero o de cabeza humana, junto a vajillas ibéricas y de importación que denotan que el fortín recibía suministros de rango urbano, lo que indica su vinculación con la capital edetana.

Distinto es el caso de La Guardia (Alcorisa), ya que aquí es una torre circular (9,4 x 9,3 metros) con contrafuertes externos, elevada sobre una base en pendiente, la que confiere el carácter de fortín a un pequeño núcleo al que llegan productos importados desde finales del siglo V a.C. (MORET, 2006, 192-193), que lo incluyen en una red de distribución comercial igualmente de nivel urbano.

Esta vinculación con un centro mayor es lo que diferencia el fortín ibérico característico de otros asentamientos de planimetría similar. El Taratrato (Alcañiz) (BURILLO, 1982, 47-67), en un área fronteriza con la Celtiberia, presenta también una calle central y casas con una superficie y equipamiento superiores a los de los ejemplos edetanos, con lo que, en su zona, pasa a convertirse en lo que allí podría ser considerado como una aldea, pues el poblamiento turolense sigue unas pautas diferentes a las ibéricas.

Torres

Un edificio autónomo, con escasos elementos complementarios, justificado por la vigilancia y capacidad de servir de refugio en casos de emergencia, constituye el apartado de las torres ibéricas aisladas. Si la variedad de tipologías de las fortificaciones es manifiesta, la de las torres es todavía mayor, con la característica de que el aparejo de estas es más sencillo que el de las murallas, con pocas excepciones.

Se han estudiado tradiciones regionales en lo que respecta a las torres de planta curvilínea características del Bajo Aragón y tierras del Ebro a lo largo de la Edad del Hierro, que perduran en época ibérica (MORET, 2006). Destaca el caso del Tossal Montañés (Valdeltormo) (8,45 x 9,10 metros) donde la torre emplazada sobre una elevación, datada hacia el 500 a.C., contiene un buen equipamiento para poder sobrevivir en circunstancias de peligro ya que dispone de hogar, molino, telar y pequeño taller metalúrgico, lo que la convierte en espacio residencial aislado, que recuerda al Coll del Moro (Gandesa), que funciona de manera similar hacia el siglo III a.C. En la construcción aislada de Tres Hermanas (Aspe) (9,12 x 8,92 metros) (GARCÍA y MORATALLA, 1998-1999, 163-182) se ha apreciado la posibilidad residencial del punto que vigila el curso del Vinalopó en atención a la división tripartita del edificio.

Porque lo más frecuente son las torres vigía, como se conocen en vías fluviales o en puntos próximos al litoral contestano desde el si-

glo IV a.C. (Bolufer y Sala, 2009). L'Empedrola (Calpe) presenta una planta cuadrada (8,2 x 10,6 metros) y está en conexión visual con el asentamiento del Peñón de Ifac (Calpe), lo mismo que La Tellerola (Villajoyosa), de planta irregular, con un flanco absidado, se asocia al *oppidum* de Villajoyosa. En el territorio de *Edeta*-Camp de Túria, se ha comprobado el sistema de torres especialmente aptas para completar la intercomunicación mediante la emisión de señales que se hacen visibles en los establecimientos provistos de murallas con torres, creándose una red estratégica, complementaria a la comunicación mediante correos.

En la Alta Andalucía se ha observado la colonización de territorios utilizando la construcción de torres en la etapa final de la cultura ibérica, ya bajo el dominio de Roma.

Plazas fuertes al servicio de grupos foráneos

A finales del siglo XX la posibilidad de reconocer establecimientos extranjeros sin carácter de colonia en el territorio ibérico central era desconocida, mientras que en la costa meridional se hablaba de *factorías* coloniales relacionadas con el tráfico marítimo para designar casos de esta índole. Sin embargo, los lugares que a continuación van a indicarse ya estaban identificados, así que era el criterio de los investigadores el que observaba el panorama de las relaciones con el exterior de manera diferente a como vamos a plantearlas. Quienes entonces creían necesaria la priorización de la cultura ibérica, a favor de su inserción con mérito propio en el mosaico del Mediterráneo occidental, insistían en prescindir de términos compuestos (iberopúnico, greco-ibérico...) y en denominar con claridad cada uno de los componentes étnicos en contacto, prescindiendo de cualquier mixtura. Lo que ha cambiado en la actualidad es el concepto de contacto cultural y sus efectos, a la luz del poscolonialismo y de la globalización (Wulff, 2009, 11-50), de manera que reconocer algunas formas de interacción no es volver a aceptar un provincianismo cultural de corte difusionista, sino observar con flexibilidad las identidades ibéricas, sin sobredimensionarlas, puesto que no hay razones, ni datos, para plantear la afirmación de todos los pueblos ibéricos como un colectivo, pero sin etiquetarlas con un calificativo externo que las redujera a un mero derivado.

En el siglo IV a.C., La Picola (Santa Pola) (fig. 3.14) fue una pequeña fortaleza, elevada al borde del antiguo humedal de la desembocadura del Vinalopó y el Segura, a la vez que *Massalia* fundaba, entre otros establecimientos, *Rhode* (Rosas) (Str., IV, 1, 9; Puig y Martín, 2006), al norte de Ampurias, y otras plazas fuertes en el sur de las Galias. De La Picola se ha excavado apenas una sexta parte (Badie *et al.,* 2000). El análisis de sus restos demuestra que responde, para la fase indicada, a un proyecto constructivo unitario, conceptualmente sin precedentes ni paralelos locales, ejecutado según un trazado regulador de tradición griega, puesto en obra de manera no canónica. La muralla que rodea el espacio cuadrangular restituido (80 metros de lado y unos 2.960 metros cuadrados intramuros), con torres en las esquinas (se conoce solo la suroeste) y precedida de fosos y antemural, hace que prevalezca su aspecto defensivo (Moratalla, 2005, 103-104), unido, sin duda, a una función portuaria y económica relacionada con el retropaís. Presenta calles rectilíneas de entre 3,5 y 3,95 metros de anchura, pavimentadas y con huellas del paso de carros, provistas de algún canal de desagüe, lo que no es habitual en otros puntos próximos, aunque, desde el punto de vista de los materiales cerámicos recuperados, no se ha observado un tipo de vida diferente al de los establecimientos contestanos coetáneos. Lo que más llama la atención en el medio geográfico en que se halla es su inspiración arquitectónica en planta, a escala reducida y simplificada, en la colonia comercial masalieta de Olbia de Provenza (Hyères, Var) (Bats, 2004, 51-64), parecido que autoriza su consideración en el marco del proyecto griego orientado hacia el sureste peninsular.

En el *sinus ilicitanus,* el enclave portuario de La Picola parece necesitado de medidas de protección contundentes, no tanto frente a las gentes iberas como frente a la otra potencia marítima interesada en esta costa: los púnicos, lo que confiere al sureste un disputado valor estratégico. Y así, pese a ser una plaza fuerte, su pervivencia fue escasa (unos ochenta años), pues no superó el conflicto que acabó, asimismo, con diversos lugares contestanos amurallados (El Puntal de Salinas, El Puig de Alcoy, La Bastida de les Alcusses...), con un ciclo de vida igualmente corto. La inestabilidad también se hizo patente en el santuario del Montgó, a juzgar por las ocultaciones, y coincide con la destrucción de los monumentos funerarios de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) y su consiguiente abandono (Aranegui *et al.,* 1993), más temprano que el de

las necrópolis de La Albufereta, La Serreta, Cabecico del Tesoro o El Cigarralejo.

Si desde la costa hasta el interior se reiteraron los actos de violencia, se puede deducir que una red estratégica, servida por poblaciones ibéricas, quedó eliminada en el tránsito del siglo IV al III a.C. y, aunque convencionalmente esta violencia haya sido imputada a rivalidades entre *oppida* ibéricos, la pugna de las potencias coloniales por el control de un litoral próximo a Ibiza, bien articulado con el área del Estrecho y que da acceso a los recursos minero-metalúrgicos murcianos, no se puede eliminar del trasfondo del problema. Los enfrentamientos fueron dirimidos entre iberos y a la manera ibérica, pero, presumiblemente, entre iberos partidarios de Marsella e iberos partidarios de Cartago, causantes de una inestabilidad que se desconoce, en términos semejantes, al norte del Júcar y al oeste del Sistema Penibético, cuya conclusión no acarreó la eliminación de las producciones cerámicas de Rosas del comercio local, pero marcó el predominio de las ánforas púnicas de Ibiza y del Estrecho en toda la zona.

Vistas así las cosas, la anulación de La Picola pasa a ser uno de los exponentes más claros del fracaso foceo-masalieta en el sureste y es, por su carácter efímero, unido a su reducida extensión, por lo que la deducción de *Allon, Allônai, Alonis* (MELA, II, 6, 96; Ptol., *Geog.*, II, 6, 14; An. Rav., 304, 16) parece no ser adecuada para este punto, sino, con más posibilidades, para Villajoyosa, más estable, ubicada un poco más al norte, con un nivel de destrucción en siglo IV a.C. del que se recuperó para perdurar hasta época romana (GARCÍA LEÓN y ESPINOSA, 2005).

La concentración de yacimientos a orillas de La Albufereta (Alicante) es, igualmente, interesante para el planteamiento de contactos iberos con el exterior y la consiguiente defensa del litoral al llegar el siglo III a.C. Enmarcando una antigua albufera abierta a la navegación con Ibiza y con Cartagena, las elevaciones del Tossal de Manises y del Tossal de les Basses, más sus respectivas áreas de necrópolis, configuran un sistema de ocupación de la costa con secuencias cronológicas coincidentes o complementarias, como si las dos pequeñas colinas fueran alternando en importancia a lo largo de los tiempos comprendidos entre el Ibérico Antiguo y la época visigoda. En el siglo IV a.C., El Tossal de les Basses (ROSSER *et al.,* 2007) tenía una muralla torreada importante, al exterior de la cual se implantó hacia el siglo III un barrio artesanal en el que se identifican talleres metalúrgicos y alfareros que producen terracotas de estilo púnico. En esta

zona también han sido halladas representaciones de galeras modeladas en arcilla, a modo de ofrendas de navegantes, cerca de un dique donde se podrían amarrar barcas pequeñas en fecha tardía. Se trata, así, de un área extramuros en la que las actividades se homologan con los niveles técnicos y estéticos reconocidos como púnicos, y deben entenderse aceptadas por el *oppidum,* ejemplo de un patrón de convivencia hasta hace poco ignorado, porque pone de manifiesto que en un tramo de muy pocos kilómetros coinciden probables masalietas e ibicencos con los iberos, sin excluirse mutuamente, situación que resultó insostenible al cabo de unos años, al desatarse las hostilidades entre Roma y Cartago. En efecto, en el último tercio del siglo III a.C., el sector del Tossal de Manises se convirtió en un núcleo fortificado de unas tres hectáreas de extensión, que contaba con baluartes rectangulares susceptibles de alojar catapultas, de las que se han encontrado proyectiles, protegidos hacia el exterior por antemurales, además de una buena dotación de cisternas de planta ovalada, y con otras torres cuadradas macizas, la más visible de las cuales (torre II en el ángulo suroeste) tiene un relieve en forma de cabeza de toro en el centro de su muro frontal. Por todo ello, esta fortificación se atribuye a la progresión del ejército de Asdrúbal en su camino hacia Italia (Liv., XXIII, 2, 6) y la destrucción de la misma, a la toma de *Qart Hadasht* (Cartagena) por Escipión en el 209 a.C. Sin embargo, en época de Augusto El Tossal de Manises se convertirá en el municipio de *Lucentum* (Olcina, 2009), estatuto jurídico propio de las poblaciones autóctonas que indica que se trataba de un núcleo de tradición ibérica, coyunturalmente utilizado por los cartagineses.

Estos dos casos dan a conocer fenómenos de convergencia de iberos con distintas poblaciones extranjeras a partir de observaciones arqueológicas que reflejan intercambios comerciales, que no constan en los textos escritos, de escasa duración, que contribuyen a que se comprenda algo mejor el panorama de los siglos IV y III a.C. Se observa, consecutivamente, una acción estratégica masalieta-emporitana (ánforas, monedas, copas de barniz negro, cerámicas grises) a la que se superpone la presencia púnica, tal vez de Ibiza (ánforas, monedas), seguida por un plan militar bárcida y, finalmente, culminada por la acción, también militar, de la Roma republicana.

Los dos ejemplos del litoral contestano hallan algún grado de paralelismo en otras líneas costeras. De hecho, el inmenso complejo que va de la acrópolis del Puig de Sant Andreu (Ullastret) al barrio de ta-

lleres metalúrgicos y cerámicos extramuros y a las canteras de piedra e incluso hasta La Illa d'en Reixac, puede estar reflejando en el fenómeno del emporio ibérico que generó la evolución política del comercio griego occidental a finales del siglo V a.C., abierto a comerciantes extranjeros. El barrio artesanal de *Rhode* (Roses) sería un claro exponente en una fundación de Marsella. Durante el siglo III, sin embargo, se percibe en todos estos núcleos el impulso púnico, en consonancia con lo que muestran los tratados romano-cartagineses, que estipulan los respectivos límites de acción, llamados de *Mastia*[3] (Cartagena) (348 a.C.) y, casi 500 kilómetros más al norte, del Ebro (226 a.C.), claro exponente del crecimiento púnico en las costas ibéricas en el curso de algo más de un siglo.

Estancias donde vivir

La comprensión de la vivienda es fundamental para humanizar una cultura. La tradición mediterránea no es uniforme en cuanto al significado cultural de la casa y, así, mientras Aristóteles (*Polit.,* 1252b, 12-4) describe el *oikos* como la morada de todos aquellos que se calientan con el mismo fuego y comen del mismo pan, en Roma, la casa familiar es el reflejo del estatus del *pater familias* ante el resto de la ciudadanía, por lo que su arquitectura y ornato son fundamentales. No cabe duda de que si se desconoce como es una casa, se ignora la manera de convivir de una sociedad dada, partiendo de la base de que cuando se califica de doméstica una estructura construida, es que se la supone habitada por gentes que tienen algo en común, las cuales, a su vez, participan con el resto de la comunidad de aquello que sucede fuera de la casa.

Con la arqueología como única fuente de información, es difícil pasar de la tipología constructiva a establecer la noción de la familia que halla acomodo en lo que se considera una casa, ibérica en este caso. Debía haber varios tipos de familias, porque hay varios tipos de casas, si bien se ignora el número de generaciones que vivían bajo un

[3] La ubicación de este topónimo ha sido objeto de propuestas múltiples que han dado lugar a localizaciones que van de Cartago al estrecho de Gibraltar, aunque el área de Cartagena sigue siendo una posibilidad compatible con el desarrollo histórico de la rivalidad romano-cataginesa en Occidente y con los restos arqueológicos.

mismo techo, el grado de parentesco que había entre ellas y las relaciones entre hombres y mujeres propias de una unidad familiar aunque, puesto que algunos enterramientos aristocráticos dan a conocer sepulturas de un hombre y una mujer más joven, se supone, sin mucho fundamento, que la monogamia era la norma familiar de la cúspide social ibérica. Tampoco hay datos para considerar la media de hijos nacidos de una pareja; en las aldeas preindustriales del entorno mediterráneo las mujeres casadas suelen dar a luz más de ocho criaturas, de las que sobrevive aproximadamente la mitad; algo parecido podía ocurrir en época ibérica. El auge de los estudios sobre la historia de la vida privada tiene un amplio campo por despejar en la cultura ibérica (González Marcén *et al.,* 2006).

Casas: lo básico, lo funcional y lo suntuario

La arquitectura doméstica utilizó zócalos de piedras careadas que soportaban paredes de adobe o tapial cubiertas por techumbres planas de vegetales amalgamados con barro, colocadas sobre un entramado de madera. El acabado interior de las viviendas era muy sencillo, con revoques de arcilla y tierra apisonada, sin apenas elementos complementarios (Belarte, 2009). La unidad primaria de habitación se presenta en las baterías de estancias adosadas, rectangulares, sin subdivisiones internas, accesibles a través de una puerta que es su principal, si no única, fuente de aireación e iluminación y puede cerrarse con una llave de madera. Estas casas ocupan una superficie de entre 20 y 40 metros cuadrados en planta, si bien pueden tener un piso superior o un altillo, accesible a través de una escalera, interior o exterior, adosada a un muro. El hecho de que buena parte de las viviendas apenas tuviera distintas habitaciones no indica que no se realizaran en ellas diferentes actividades, cotidianas (comer, dormir), de subsistencia (encender fuego, preparar alimentos) y, a pequeña escala, productivas (tejer), en presencia de cuantos compartían la casa, en un ambiente escaso en espacio, oscuro y promiscuo en el que el mobiliario tendría un papel mínimo y la decoración sería muy simple, con algún banco corrido a lo largo de las paredes, revestidas de arcilla coloreada en los interiores y con suelos de tierra apisonada o, excepcionalmente, enlosados, cubiertos por alguna estera. El hogar alrededor del que se comía parece contener un fuego de brasas, que genera menos humo

que el de llama, a juzgar por el aspecto de las ollas y cacharros que se recuperan en las casas, adecuados para guisar cociendo los alimentos y, solo en época más avanzada y por influencia externa, friéndolos con aceite. Los iberos no fabricaron lucernas, pues, probablemente, tardaron en adoptar el aceite para la iluminación; su tradición debía de ser la de encender teas untadas en sebo.

En las granjas, la estancia pequeña apenas tabicada es el único tipo de habitáculo que se ha documentado, lo que revela un esquema de tipo igualitario para la sociedad rural, alterado, excepcionalmente, por las modificaciones a las que se ha hecho referencia. Pero el módulo doméstico de pequeño tamaño se repite también en *oppida,* ciudades, ciudadelas y fortines en los que, a veces, se ha observado que no todas las habitaciones pequeñas son residenciales, sino que algunas sirven para guardar aperos o provisiones. De hecho, la primera compartimentación de una estancia monocelular es la que separa la despensa doméstica del resto de la casa, seguida de una distribución en tres ambientes, uno de los cuales se dedica a una actividad normalmente productiva.

Cuando el tipo primario se expande más (entre 60 a 100 metros cuadrados en planta), comienza a aparecer algún espacio a cielo abierto o patio que debía contribuir, entre otras cosas, a facilitar la entrada de luz a las habitaciones, puesto que, desconociéndose los materiales traslúcidos, los edificios carecían entonces de ventanas. El patio puede presentarse como una galería o con la forma tradicional más o menos cuadrada y puede multiplicarse si el desarrollo de la vivienda lo requiere, individualizándose la cocina. En general, a la casa con un patio se le asigna un propietario de rango urbano y, cuando el esquema se duplica, se considera que se está ante una casa aristocrática; de ambas hay un buen número de variantes.

Una cuestión que tiene merecida vigencia en los estudios contemporáneos es la referida a los espacios en que viven las mujeres, partiendo de la división de las estancias de una casa en atención al sexo de sus habitantes, entre otras razones. Este es un esquema derivado de la cultura griega (Walker, 1983, 81-91), que segregaba la convivencia de hombres y mujeres, no generalizado en el conjunto de culturas mediterráneas antiguas. En el caso ibérico (Chapa, 2005a, 117-137), la única posibilidad de advertir esta diferenciación afectaría a las casas con diversas habitaciones, quedando al margen el habitáculo primario, único entre los campesinos. Se tiene tendencia a relacionar los

ámbitos con telares y las cocinas con el trabajo de las mujeres, lo que es muy plausible, si bien el hecho de producir tejidos o alimentos no implica que el lugar en que esto se realiza fuera gestionado por las mujeres, cuyo estatuto como trabajadoras podría incluirlas en el estamento servil, no definido todavía en la sociedad ibérica. Por lo tanto, se puede intuir que solo las mujeres aristocráticas, bien documentadas en las imágenes y en las necrópolis, representadas tocando la flauta cuando son jóvenes, o bien tejiendo, o con joyas, vestimentas y mobiliario ostentoso cuando son más mayores, dispondrían de un espacio propio en las viviendas complejas, que superan en comodidades cualquiera de las de la Península datadas con anterioridad a los iberos.

El salón de banquetes y la casa aristocrática

A finales del siglo V a.C., en El Puig de Sant Andreu (Ullastret, zona 9) existían unas estancias, que suponen la tercera parte de una casa, que se identificaron como un amplio *comedor de lujo* (22 x 5 metros) en el que destacan dos soportes de columna para apoyar la cubierta; tienen un banco corrido adosado a uno de los muros y una cocina con un hogar relativamente grande (1 x 1,2 metros) arrimado a la pared del fondo, comunicada con un patio a cielo abierto con un horno y aparejos de pesca colgados de las paredes. El conjunto indicado pertenece, pues, a una casa muy extensa (cuya superficie total no se especifica) que proporcionó una gran cantidad de vajilla ática (MALUQUER y PICAZO, 1992, 25-51) (fig. 3.15). Se trata de la primera mansión aristocrática ibérica conocida provista de un salón de banquetes que la sitúa en el primer nivel de prestigio social del *oppidum,* escenario de convites destinados a la afirmación de una elite, servidos con ostentación de un ajuar importado fuera de lo común (DIETLER, 1995, 89-111), sin que ello constituya un caso único. El esquema arquitectónico de Ullastret se repite de nuevo, a escala reducida, en el llamado edificio público de Burriac (Cabrera de Mar) (8,70 x 5 metros) con dos apoyos de postes o columnas entre los que hay un hogar central grande (1,40 x 1,60 metros) y con un banco adosado a una de las paredes (BARBERÁ, 1981, 603-610). Es un espacio asimismo comparable al recinto D de Toixoneres-Alorda Park (Calafell), con tres habitaciones destinadas a ceremonias de representación, compuesto por una sala amplia con una estructura rectangular de adobes en el centro, una co-

cina y una despensa (Sanmartí y Santacana, 2005). Finalmente, podrían entrar en esta categoría el edificio cuadrado que ocupa 130 metros cuadrados del Molí d'Espígol (Tornabous) (Cura y Principal, 1993, 61-84; Monrós, 2010: 209-222) y, con reservas, el pequeño edificio (40 metros cuadrados) del siglo III a.C. del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), que se adosa al bastión-almacén de la muralla sur, provisto de hogar, bancos corridos y numerosos materiales relacionados con alimentos, cuya puerta también fue tapiada en el momento de su abandono violento, sin que se vean en él —ni tampoco en ninguno de los citados— objetos a modo de ofrendas o exvotos propios de un santuario (Vélez y Pérez Avilés, 2009, 250-251). En la ciudadela de La Quéjola (San Pedro) (Blánquez, 1996, 147-172), el denominado edificio singular o casa 2 se compone de dos habitaciones intercomunicadas a través una puerta, con un acceso amplio, tapiado al final de su existencia, enmarcado entre columnas adosadas a una fachada enlucida en colores rojo y azul, conjunto que proporcionó una considerable cantidad de vajilla ática destinada a la bebida, así como un extraordinario pebetero de bronce de influencia oriental.

Estos son los datos que ratifican la existencia de estancias de representación para las jefaturas ibéricas, desde el siglo V al III a.C., reconocibles por disponer de habitaciones más amplias que la media, a veces mejor construidas, en las que el elemento más característico es un hogar cerca del cual suele haber un banco donde hay vajillas en cantidad y calidad destacables, aunque su decoración arquitectónica sea bastante sencilla. En estos salones aparece alguna columna o poste, elemento que es extraordinario en la arquitectura ibérica, a veces por requerimiento del soporte de la techumbre pero otras veces simplemente para dar empaque al acceso a la estancia, sin cumplir ninguna función constructiva. Se supone que lo que se hacía en estos salones era celebrar reuniones de manera oficial, convocadas por la elite, en las que se comía y se bebía. Compararlos con el andrón griego sería, sin duda, excesivo, puesto que las jefaturas no se comportan como los ciudadanos de Olinto, Delos o Priene, aficionados a recibir con regularidad, si bien los citados salones equivalen socialmente a aquel.

Con un esquema de distribución distinto, en el barrio norte de la zona excavada del Castellet de Banyoles (Tivissa) (Álvarez *et al.,* 2008, 87-102) hay una sucesión de grandes casas, tan singulares como la muralla oriental de la que ya se ha hecho mención e igualmente datadas al fin al del Ibérico Pleno ilercavón. Se caracterizan por tener

un patio de entre 60 y 150 metros cuadrados en la parte delantera, cerrado por una puerta de entre 2,50 y 3 metros de luz. El resto de las viviendas se compone de estancias rectangulares alargadas con, al menos, un importante hogar central cuadrado cada una de ellas, siendo el aparejo de sus muros y, en general, su técnica constructiva bastante más cuidados que la media, incluso cuando se comparan con puestos de vigilancia del Ebro relacionados con el *oppidum,* como se supone que es el caso del Castellot de la Roca Roja (Benifallet). El debate sobre si las estancias señaladas son militares o señoriales no está resuelto, ni tampoco las razones precisas de su destrucción a finales del siglo III a.C. (Asensio *et al.,* 2002, 185-203).

En *Edeta* (Liria) (Bonet, 1995), las tres viviendas que sobresalen por su amplitud de hasta 120 metros cuadrados y por los ajuares que han proporcionado, no tienen patio porque responden al modelo distribuido en dos alturas propio de la urbanización de las laderas; aparecen equipadas para procesar productos agrícolas, obtener harina y aceite y hacer pan, sin que se advierta en su interior una sala de recepción que refuerce su función social. En el sector excavado de la capital edetana, el prestigio parece estar ligado al santuario intramuros. En *Kelin* (Los Villares, Caudete de las Fuentes) (Mata, 1991), las casas de alrededor de 80 metros cuarados sí que tienen patio y espacios de almacenaje suprafamiliares (fig. 3.16), pero tampoco disponen de una sala de recepción claramente definida y lo mismo ocurre en La Bastida de les Alcusses (Mogente), lugares estos que destacan por tener puertas suficientemente amplias como para que un carro pueda entrar en la vivienda, lo que sucede en un número reducido de casos, siempre de nivel alto.

De esta manera, dejando para otro capítulo los espacios religiosos domésticos, se distinguen, principalmente, dos modelos de casa aristocrática, con patio(s), grande y bien equipada: unas con una relevante función política cifrada en un salón de banquetes y otras con un importante equipamiento productivo, instalado en espacios diferenciados, que traduce el sentido de *producir para vivir* inherente a muchas viviendas aristocráticas ibéricas. De hecho, una de las primeras publicaciones de una casa importante fue la de Mas Boscà (Badalona), con cumplido almacén de ánforas (Junyent y Baldellou, 1972, 45), aunque de ello se tratará más adelante. Por detrás de estos modelos hay una serie decreciente que llega a su mínima expresión en las estancias de apenas 20 metros cuadrados.

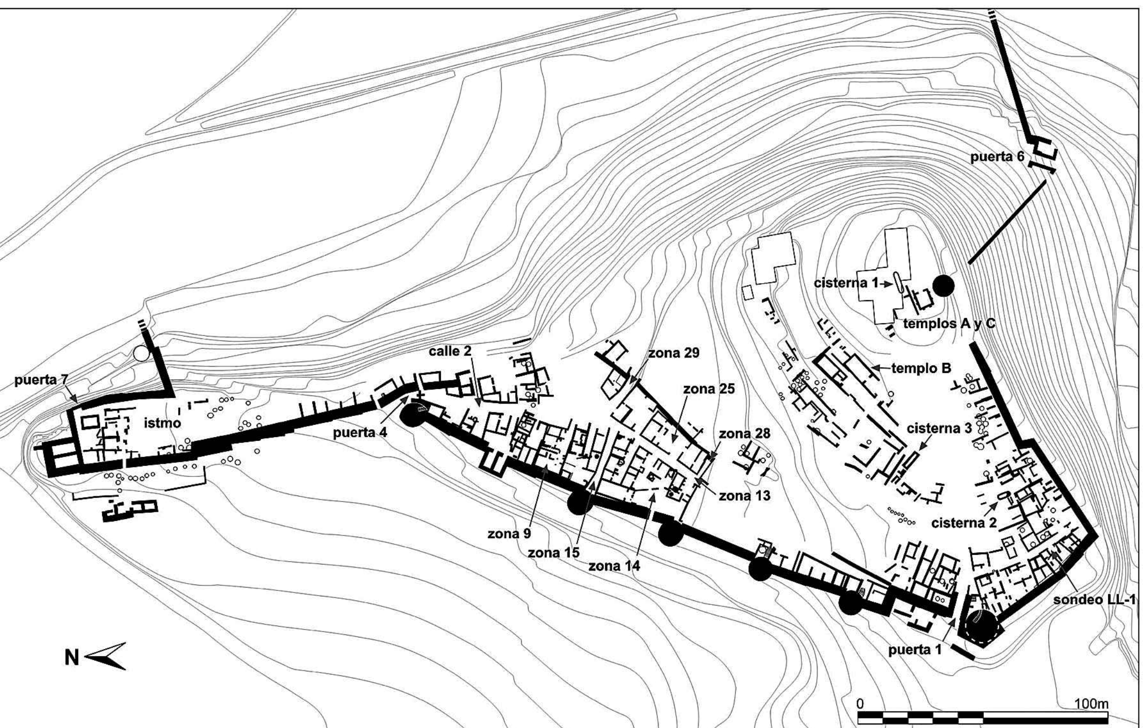


Fig. 3.1. Planta del *oppidum* del Puig de Sant Andreu (Ullastret) (cortesía MAC-Girona).

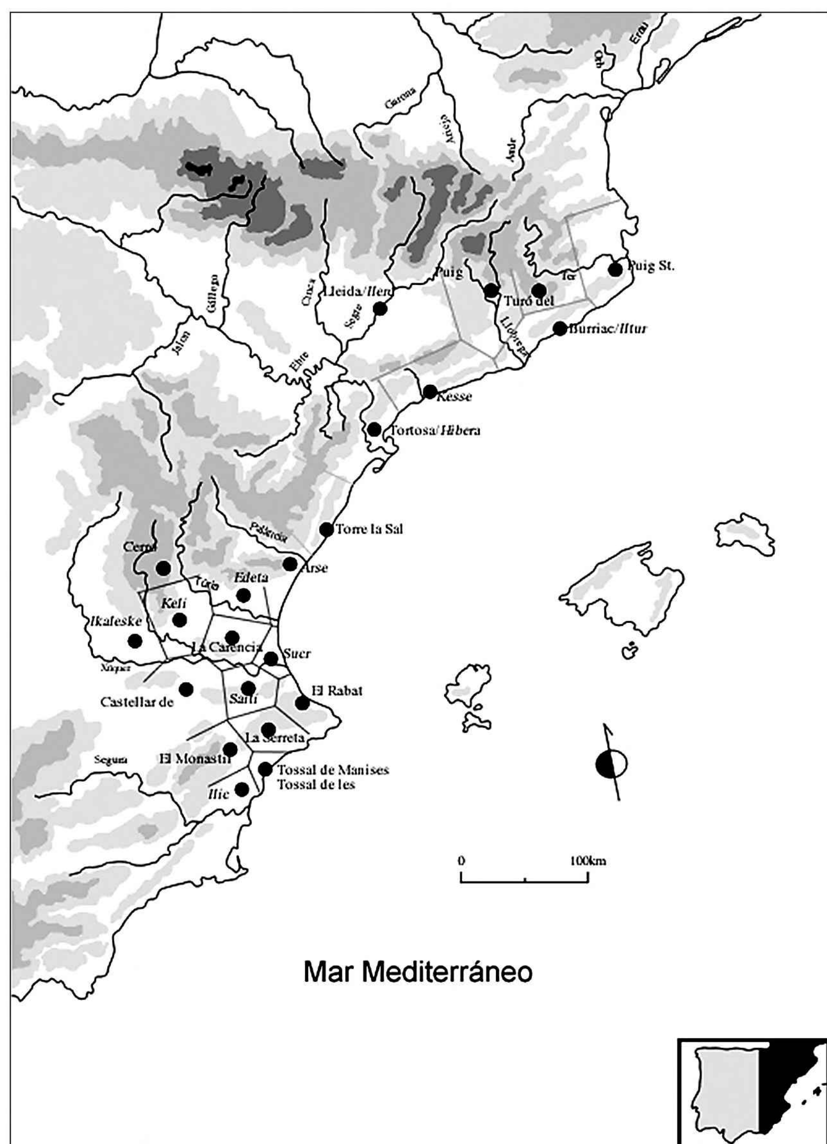


Fig. 3.2. Lugares centrales en el territorio ibérico catalán y valenciano (elab. C. Mata, a partir de J. Sanmartí).

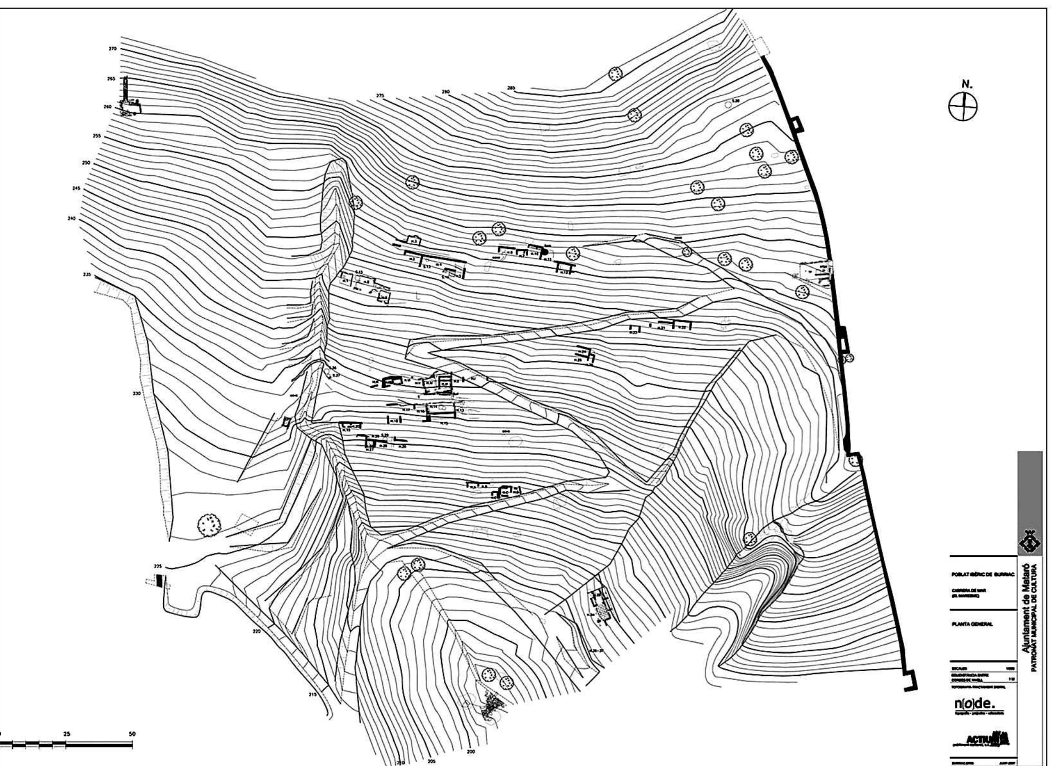


Fig. 3.3. Topografía del *oppidum* de Burriac (Mataró) (graf. Ayuntamiento de Mataró).



Fig. 3.4. *Oppidum* de la Plaza de Armas (Puente Tablas) (fot. CAAI, Univ. de Jaén).

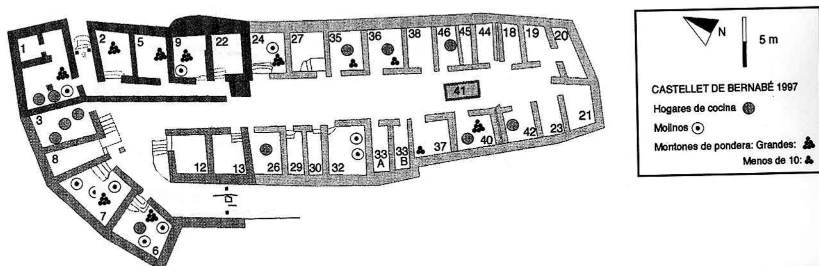


Fig. 3.5. Caserío del Castellet de Bernabé (Liria) (según P. Guérin).

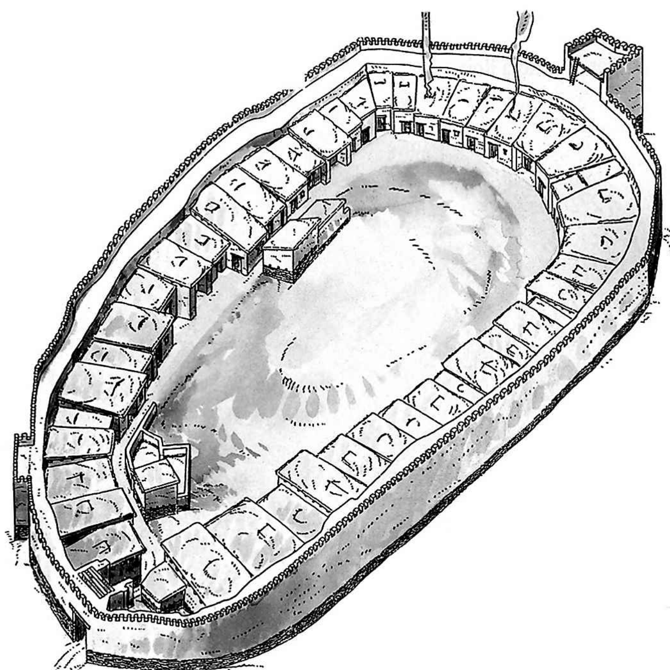


Fig. 3.6. Caserío de La Moleta del Remei (Alcanar) (según C. Belarte).

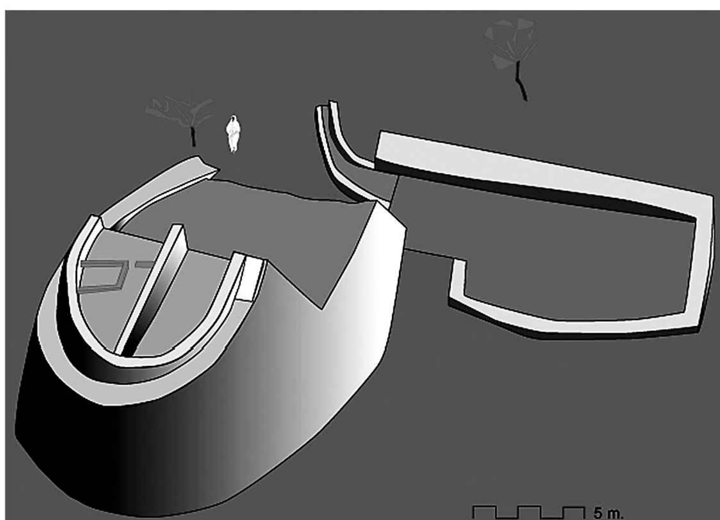


Fig. 3.7. Croquis de la torre del Coll del Moro (Gandesa) (dib. N. Rafael).

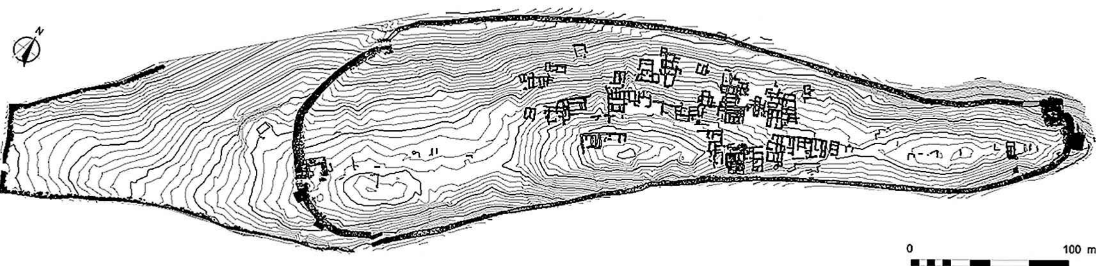


Fig. 3.8. *Oppidum* de La Bastida de les Alcusses (Mogente) (planta SIP, Valencia).

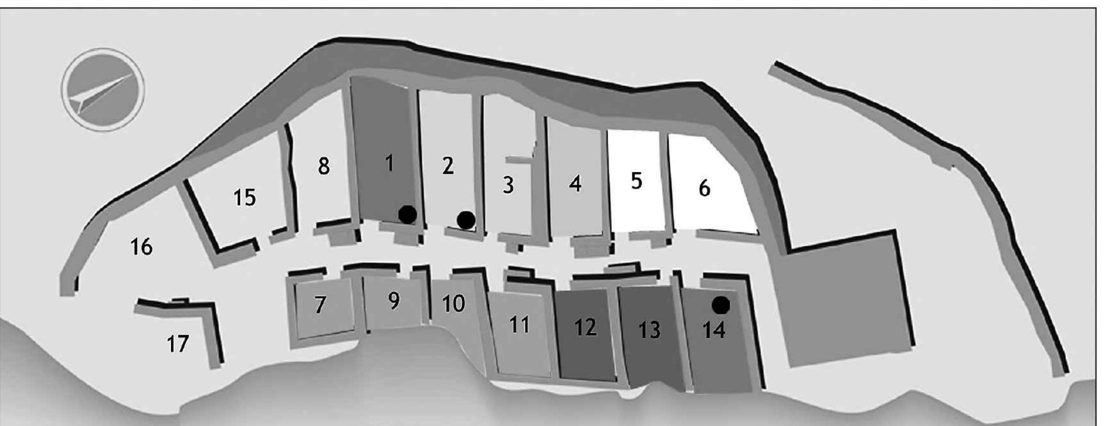


Fig. 3.9. Croquis del fortín del Puntal dels Llops (Olocau) (graf. SIP, Valencia).

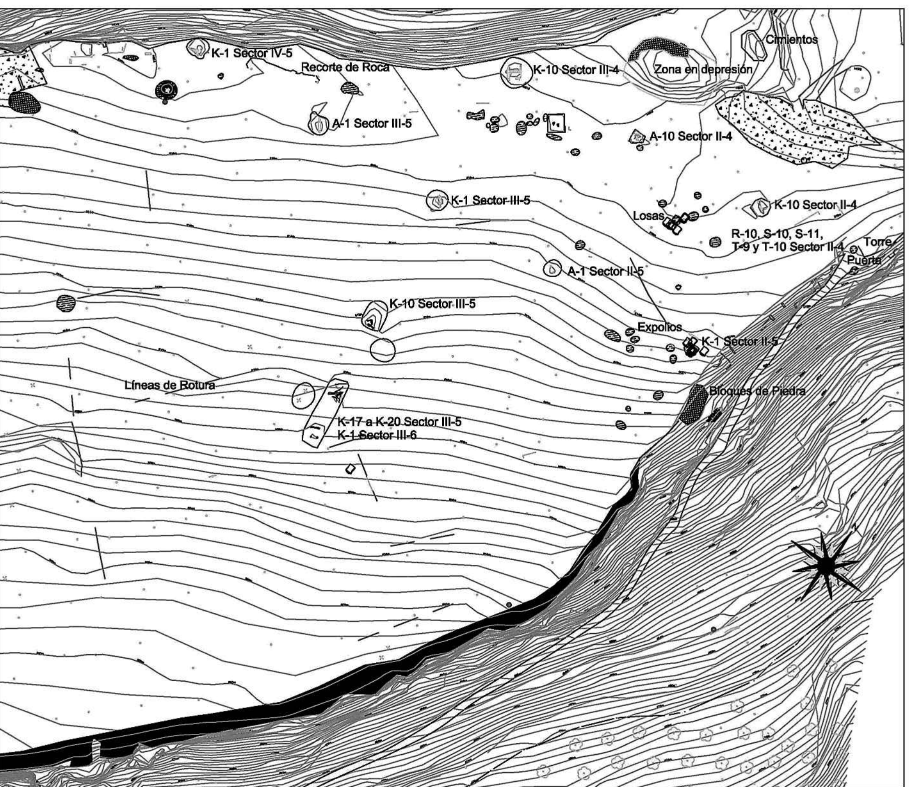


Fig. 3.10. Planta del *oppidum* de Giribaile (cortesía L. M. Gutiérrez).

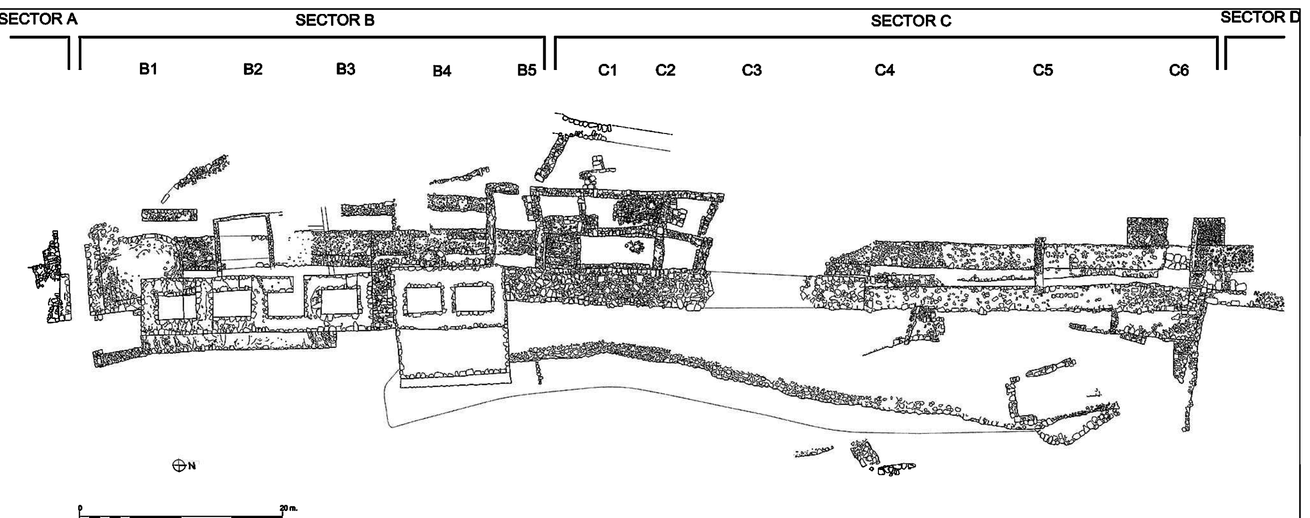


Fig. 3.11. Planta de un sector de la muralla del Montgrós (El Brull) (cortesía A. López Mullor).

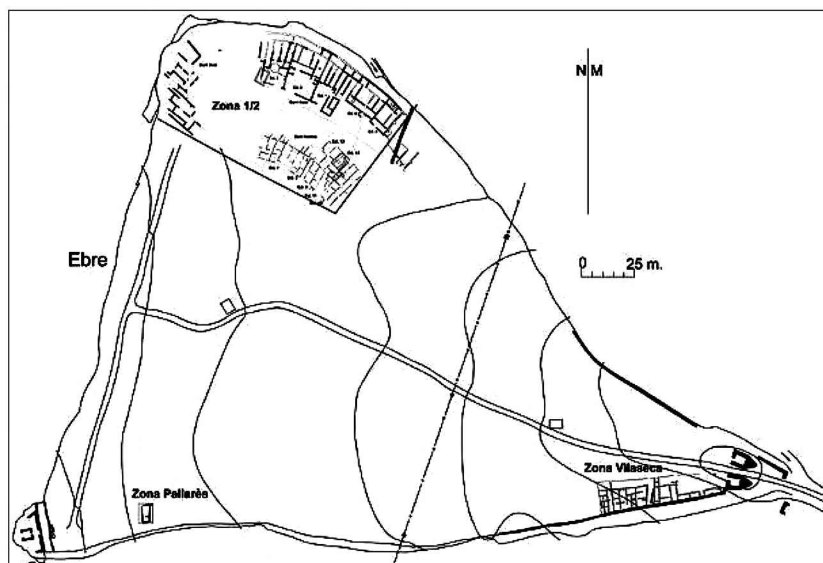


Fig. 3.12. Planta del *oppidum* del Castellet de Banyoles (Tivissa).

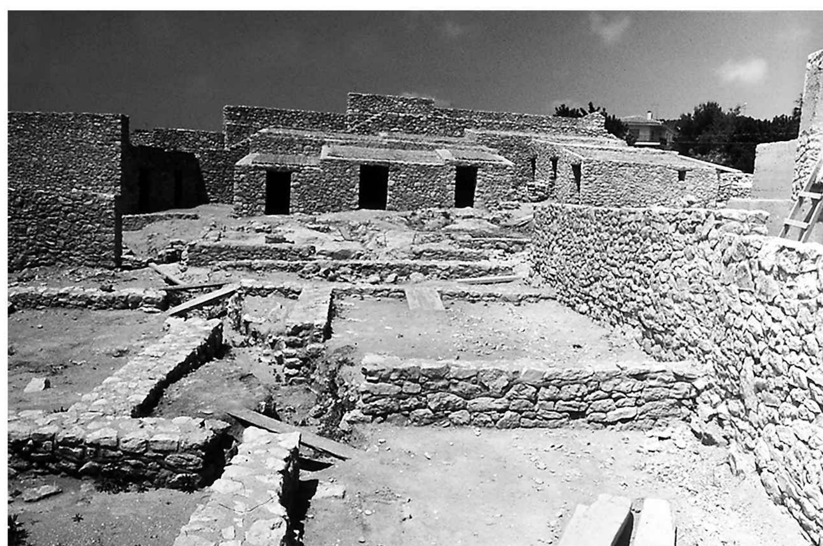


Fig. 3.13. Vista de les Toixoneres/Alorda Park (Calafell), en curso de excavación en 1992.



Fig. 3.14. Planta de La Picola (Santa Pola), según Badie *et al.,* 2000.

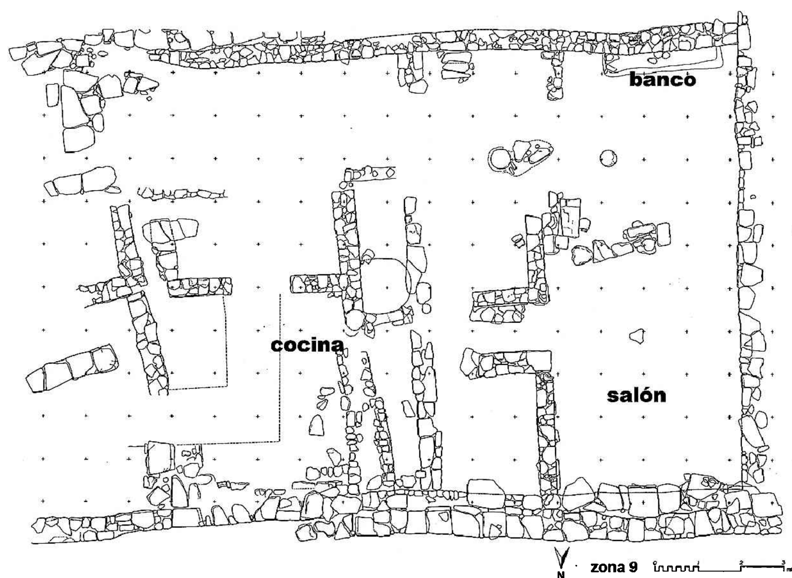


Fig. 3.15. Salón de banquetes del Puig de Sant Andreu (Ullastret), según D. García y G. Munilla.

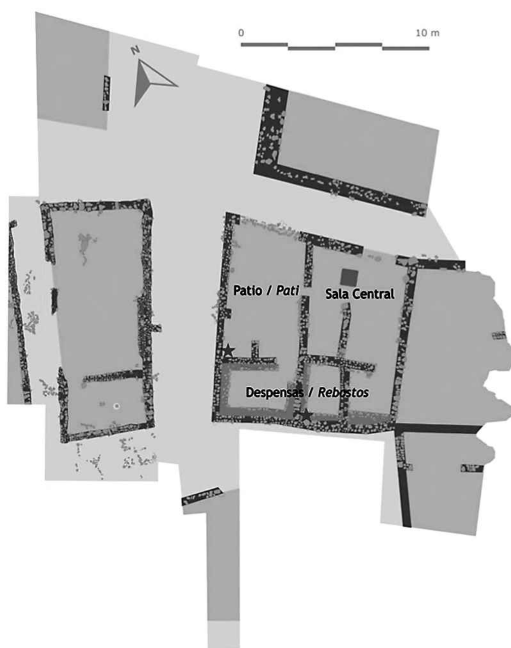


Fig. 3.16. Casa de *Kelin*/Los Villares (Caudete de las Fuentes) (cortesía de C. Mata).

Capítulo 4

LA TUMBA Y SU AJUAR COMO INDICADORES SOCIALES. LOS PRIMEROS MONUMENTOS FUNERARIOS. HÉROES Y DAMAS EN LAS NECRÓPOLIS. LAS JEFATURAS COMPLEJAS (2)

Jefaturas y necrópolis

Ya se ha indicado cómo la protohistoria de las regiones circunmediterráneas no afectadas directamente por la colonización en la primera mitad del primer milenio a.C. ha acuñado una determinada acepción del término príncipe-princesa para designar a la cúspide de una jefatura detentada por una reducida oligarquía y por qué se incluye el área ibérica en estas coordenadas principescas. Se trata de un paradigma que hace posible que lo simbólico cobre importancia por encima de lo material, como aseguran los antropólogos que ocurre en la vida social, que, en consecuencia, permite comprender la reiteración de festejos para celebrar los ritos de paso (nacimiento, adolescencia, juventud, esponsales, maternidad-paternidad, muerte...), así como hacer visibles a quienes sustentan al jefe, poniendo en juego prácticas que la arqueología ocasionalmente constata a través de los enterramientos. En un sistema de jefaturas complejas la etnoarqueología señala que el clan consolidado preserva para sí aquello que considera sagrado —lo totémico y, a veces, el oro ya no se intercambian—, al tiempo que se clausura el trueque de mujeres de un pueblo por las de otros pueblos, al establecerse la dote para los acuerdos matrimoniales internos o externos, y se acepta cierta movilidad de rango en función del prestigio de los miembros del grupo (Godelier, 1999,

19-30). Las ofrendas funerarias pueden dar indicaciones acerca de estos usos sociales (fig. 4.1).

Es indispensable recordar que este orden social jerárquico es, por definición, inestable y entra con facilidad en conflicto, por enfrentamiento entre las partes o cambios de intereses que dan lugar a que se aborten dinámicas iniciadas e incluso a que haya regresiones en la organización territorial y política. El jefe no cuenta con un aparato coercitivo a su servicio, sino que se apoya en sus partidarios, capaces de revalidarlo o de destituirlo. El jefe tiene rivales. Por consiguiente, cuando tras una crisis se opera un cambio en la cúpula del poder, se opera simultáneamente un replanteamiento de las ceremonias de ostentación que repercute en la ritualidad colectiva, como es perceptible en la cultura ibérica, y, en concreto, en sus necrópolis de incineración, con frecuentes episodios de destrucción encarnizada, como lugares emblemáticos que fueron para la colectividad.

El número máximo de tumbas de un cementerio ibérico está en torno al medio millar para periodos de utilización que oscilan entre uno y cinco siglos, muy por debajo del de algunas necrópolis vettonas, como La Osera (2.230 enterramientos en seis agrupaciones) o Las Cogotas (1.613 enterramientos en cuatro agrupaciones), ambas en Ávila. Tanto en la Alta Andalucía (El Cerrillo Blanco, Porcuna; *Castulo,* Cazlona) como en sur de Tarragona (La Ferradura, Ulldecona; Mianes, Santa Bárbara) hay algunos yacimientos que tienen una primera fase funeraria orientalizante (siglos VII-VI a.C.) seguida de otra ibérica (siglos VI-V a.C. y posteriores). En el área septentrional hay también campos de urnas (*Urnenfelder*) del Hierro Antiguo de *facies* continental que se proyectan hasta la época ibérica antigua (Agullana; El Coll del Moro, Gandesa), aunque entre el Cenia y el Vinalopó lo más usual es que se reconozca una necrópolis ibérica cuando se produce una ruptura del modelo funerario previo seguida de una nueva ubicación de la necrópolis, como se detecta primero en los extremos norte (El Puig, Benicarló) y sur (El Molar, San Fulgencio) de esta geografía y a continuación en el resto del solar ibérico, donde se ha dado sentido fundacional a algunas tumbas importantes que son las más antiguas de sus respectivos conjuntos, como la torre monumental de Pozo Moro (Chinchilla) (490 a.C.) o la número 75 de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) (475 a.C.), datadas a partir de piezas de bronce y copas áticas de cronología segura.

Se observa, en consecuencia, que en sectores diferentes y previamente dispares, al regularizarse los intercambios de larga distancia, se estaba operando una dinámica que fraguó en un sistema cultural que llamamos ibérico, así como que en diversas localizaciones geográficas hubo una pulsión demográfica o un desplazamiento de gentes que inauguró cementerios nuevos. En unos casos y en otros, los episodios de violencia con resultado de arrasamiento de monumentos funerarios están certificados arqueológicamente hasta el final del siglo IV a.C. De este modo, las necrópolis del área ibérica reflejan las dificultades de la implantación de las sociedades jerárquicas de una manera muy distinta a lo que se observa en el resto de la Península.

Incineración y ritualidad funeraria

Se hace necesario asumir hoy un grado de desconocimiento acerca de las costumbres funerarias ibéricas porque las necrópolis de incineración no reflejan una demografía sostenible. En general no se aprecia en ellas una distribución por sexos y grupos de edad conforme a márgenes de equilibrio demográfico y, aunque hay diferencias entre unos cementerios y otros, los enterramientos infantiles solo excepcionalmente superan el 10 por 100 de las deposiciones, pese al alto índice de fallecimientos perinatales y de criaturas de corta edad propio de aquellos tiempos. Para el caso de los recién nacidos y lactantes, su inhumación en espacios destinados a la vivienda se ha comprobado en La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Panàguila) o Castellet de Bernabé (Liria) (fig. 4.2), entre otros lugares (VVAA, 1989), llegándose a la conclusión de que solo excepcionalmente el segmento infantil era incinerado y sepultado en tumbas propiamente dichas. Sin embargo, en algunos casos, se depositan ofrendas de ajuar junto al pequeño difunto, lo que debe indicar que los suyos sí que consideraban que pertenecía a su grupo y cultura, de la que algo significativo —la alcotana o el cascabel del enterramiento 3 de Castellet de Bernabé, por ejemplo— imprime etnicidad a la deposición. En Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) y en El Cigarralejo (Mula) se recogieron restos infantiles asociados a sepulturas de mujeres jóvenes, reflejo probable de las consecuencias de la defunción posparto.

Pero el panorama derivado de los restos óseos quemados indica, en definitiva, que debió de haber otros rituales funerarios que no de-

jaron huella, como, tal vez, la exposición del cadáver a animales carroñeros o su abandono en cursos fluviales. Estos eventuales tratamientos contribuyen a contemplar el vacío de información que hay en determinadas comarcas en comparación con otras como consecuencia de un mayor recurso a rituales de la muerte invisibles para la arqueología. Los territorios de *Kelin* (Los Villares, Caudete de las Fuentes) y de *Edeta* (Liria) apenas cuentan con tumbas ibéricas pese a estar muy bien estudiados y, sin embargo, la mitad sur de Alicante y el norte de Castellón hasta el Ebro son ricos en necrópolis. Es probable que las distintas costumbres funerarias tengan algo que ver con estas diferencias.

Todos los iberos fueron incineradores, pero no todos los difuntos fueron sometidos al fuego. En el estado actual de la investigación se piensa que la cremación y todo el ceremonial que la acompañaba constituyen la ritualidad funeraria más importante de su cultura.

Como la mayoría de las etnias occidentales coetáneas, los iberos quemaban a los difuntos fuera de sus poblados, frecuentemente junto a vías de comunicación o corrientes de agua próximas al hábitat, donde se configuran sus cementerios, con conjuntos de tumbas mayoritariamente individuales, a veces diseminadas en distintos parajes, como ocurre en *Basti* (Baza) con los cerros del Santuario y Largo, o en Coimbra de Barranco Ancho (Jumilla), con las áreas de La Senda y del Poblado, y otras veces más concentradas, como en la extraordinariamente grande Hoya de Santa Ana (Chinchilla) o en El Cigarralejo (Mula). La pira se puede identificar arqueológicamente por la coloración que deja el fuego en la tierra; en ocasiones se advierte una utilización repetida de un punto para la cremación de los cadáveres, o bien se detecta la hoguera bajo una deposición concreta y, en general, más rica, de atenerse al ejemplo de la torre de Pozo Moro (Chinchilla) o de la tumba del jinete 1 de Los Villares (Hoya Gonzalo), ambas dispuestas sobre un nivel de suelo rubefacto. No todos los huesos calcinados permanecen en la sepultura, donde una caja de piedra, una urna cerámica o un pequeño hoyo labrado en el suelo concentran aquellos recuperados de la hoguera, a veces con ayuda de una badila. Seguidamente se cubrían con tierra y, selectivamente, se destacaban con una edificación más o menos importante. La ceremonia del sepelio ligada al fuego parece revestir, en cualquier caso, carácter público, con acompañamiento de cortejos que participaban en un ritual que podía durar más de un día, a lo largo del

cual se depositaban ofrendas que no son ni uniformes ni equivalentes pero que debieron ser acordes con la construcción de una memoria colectiva especialmente ligada a las necrópolis de incineración (BLÁNQUEZ y ANTONA, 1992).

El conocimiento de edad y sexo a partir de huesos y dientes afectados por temperaturas comprendidas entre los 600 y 800 grados se deduce de una técnica de análisis que se aplica a casos ibéricos desde la década de 1980. Pese a que adolece de un número alto de indeterminaciones, esta técnica ha contribuido a plantear cuestiones de salud, dieta, sociedad y demografía carentes de datos objetivos anteriormente. Hoy se sabe que la esperanza media de vida para los iberos era de treinta y cuatro o treinta y cinco años, con una estimación de treinta a cuarenta años para los hombres y de veintiuno a treinta años para las mujeres, dado el pico de defunciones debido a los partos, aunque había personas que llegaban a los sesenta años o más.

Se ha comprobado, gracias a los estudios anatómicos, que hay tumbas con una deposición masculina y otra femenina, esta siempre de menor edad, efectuadas simultáneamente, según se observa en el hipogeo del Cerrillo de la Compañía de Hornos (Peal de Becerro) (fig. 4.3), en Toya (Peal de Becerro), El Cigarralejo (Mula, tumba 452), Cabecico del Tesoro (Verdolay) y Cabezo Lucero (Guardamar, tumba 75), principalmente, y, por lo que indican los restos óseos, sin signos traumáticos. Se conocen antecedentes de este hecho en contextos orientalizantes tartésicos (TORRECILLAS, 1985). En todos estos casos, la investigación se ha esforzado más en interpretar las tumbas dobles de hombre y mujer en relación con la creación de nuevos linajes que en explicar el ritual de la muerte que da lugar a que existan, violento por necesidad. Se trata de tumbas de un nivel alto que en ocasiones entran dentro de la categoría de las más antiguas de su correspondiente conjunto. Excepcionalmente contienen piezas procedentes de otros puntos de la Península, como la urna de cuello exvasado con una banda de triángulos pintados de la citada tumba 75 de Cabezo Lucero, cuyo mejor paralelo se encuentra en la necrópolis de Los Higuerones de Cástulo (BLANCO, 1963, 43-56), de cronología algo anterior, lo que plantea un contacto inter-regional identificable en el correspondiente ajuar.

Monumentos funerarios

La tumba principesca

Uno de los exponentes más reveladores de la instauración de la desigualdad al eclosionar las culturas ibéricas es la aparición del monumento funerario en el área geográfica que alcanzó un nivel de riqueza principesco. En la Alta Andalucía, Murcia, Albacete, Alicante y sur de Valencia se han ido descubriendo, a lo largo de más de un siglo, ya sea esculturas de gran formato asociadas a necrópolis, como los toros de Porcuna, del Molar (San Fulgencio) o de Las Agualejas (Monforte del Cid), o las esfinges de Agost, de Haches o del Salobral (Albacete), o el caballo de Fuente la Higuera, o bien mausoleos, construidos con fábricas mucho más elaboradas que las de las viviendas, que discriminan algún enterramiento, de los que el primero en ser excavado fue la cámara de Toya (Peal de Becerro) (Cabré, 1925). De modo que fue en el sureste ibérico donde se encuentran las cuencas minero-metalúrgicas de Linares, Granada y Cartagena, y donde más caló el pasado orientalizante, donde se elaboró un paisaje funerario de ostentación, espectacular y característico.

Los componentes susceptibles de su valoración tienen una vertiente arquitectónica, con antecedentes ocasionales en el área peninsular de mayor influencia fenicia, cuando se trata de cámaras, hipogeos o túmulos; en otros casos aparecen monumentos comparables a algún modelo externo, como la torre o el pilar-estela, o, a veces, aparece una arquitectura simplemente ibérica, como las plataformas cuadrangulares funerarias también llamadas encachados tumulares. El segundo aspecto característico, no siempre asociado al anterior, es la asociación del relieve figurativo y, sobre todo, de la escultura en bulto redondo de gran formato, a la arquitectura fumeraria. La combinación de arquitectura y escultura constituye una novedad sin precedentes peninsulares, cuyo artesanado y sistema de imágenes sigue sorprendiendo a la investigación. Algunos de sus ejemplos carecen de un marco arqueológico preciso por haberse descubierto casualmente en fechas remotas, lo que deja determinadas preguntas, necesarias para precisar su estudio, sin respuesta.

El conocimiento de este fenómeno no avanza ni por la vía tipológica, ni por la estilística tradicional, dado que los monumentos no per-

tenecen a una cultura estética sometida a dictados teóricos. A partir de hallazgos fortuitos, como los toros de Porcuna, o los leones de Baena, o el grifo de Redován, o la bicha de Balazote (fig. 4.4)..., se ha planteado, no obstante, que el bestiario fuera la primera incorporación escultórica a los cementerios principescos, siendo tal vez los bóvidos las representaciones más antiguas (Chapa, 2005b, 23-47), aunque no se puede descartar que hubiera coetáneamente necrópolis con programas de imágenes más complejos, lo que es muy probable, en mi opinión.

De atenerse a hallazgos del último tercio del siglo XX o posteriores, la torre propuesta para Pozo Moro (Chinchilla) (fig. 4.5) constituye una primera tipología monumental, interpretada a resultas de una recuperación fraccionaria (no más de un 10 por 100 del edificio) por haber sido objeto de destrucción o derrumbe en la antigüedad (Almagro, 1983, 229-287). Edificada en una vía de trashumancia desde la Mancha hacia el Mediterráneo, en el centro de una superficie en forma de piel de toro o *lingote chipriota* pavimentada con cantos rodados, la restitución del alzado del mausoleo consta de un podio de tres gradas de 3,65 metros de lado, directamente dispuesto sobre el suelo, que cubre la incineración de un varón de más de cincuenta años, sobre la que se eleva, con leones echados en cada una de las esquinas de su base, un cuerpo cuadrado en la cara visible de algunos de cuyos sillares, dispuestos en cinco hiladas, aparecen bajorrelieves con escenas mitológicas. La torre remata con molduras sogueadas culminadas por una gola egipcia que o bien daría paso a una cubierta plana, o bien sustentaría un pináculo, e inaugura lo que sería un área sepulcral que se utilizó largo tiempo, aunque no con total continuidad (Alcalá, 2003). Se trata de un tipo arquitectónico con numerosas referencias orientales, no solo por los leones de esquina de estilo neohitita, de los que existen otros derivados ibéricos, sino también por la gola egipcia y, muy especialmente, por las representaciones de algunos de sus relieves. En el que muestra una escena sacrificial o de banquete infernal, se ha visto la representación de una divinidad ctónica y doble (¿Nergal?) realizada con un tratamiento iconográfico que se ha considerado próximo al de los relieves de Karatepé, fortaleza del sur de Turquía, cerca de Siria (López Pardo, 2009, 31-68). La combinación semántica del mencionado recuadro del banquete con las de otros fragmentos sigue siendo un enigma. La representación de un jabalí bifronte, o parte de una diosa desnuda alada, sentada en un taburete sosteniendo una flor de loto con la mano, o una

hierogamia (cópula sagrada), o el traslado de un árbol con aves con el concurso de pequeños seres del mundo subterráneo, o un animal que echa fuego por las fauces e incluso el gran guerrero con casco rematado por rayos y *caetra* en mano, vestido con túnica corta con pico central delantero, ceñida por cinturón, sugiere una temática híbrida en la que los leones, el guerrero y tal vez el jabalí tienen proyección en el arte ibérico, mientras que los otros relatos no pasan al repertorio de escenificaciones ibéricas. A raíz de este análisis se cuestiona, en primer lugar, la identidad del difunto para el que el monumento fue erigido. ¿Un personaje con cultura oriental que se aventura en territorio ibérico?, ¿o un jefe ibérico que se apropia de mitos orientales? En segundo lugar, la autoría de esta torre y de su ornato queda abierta a debate (¿oriental, colonial o ibérica?) y, en tercer lugar, la cronología de la obra suscita discordancias. El exquisito ajuar de la tumba (restos quemados con algo de marfil, oro y plata; el asa de un jarro griego de bronce, con una cílica para beber atribuida al círculo ático del pintor de Pithos y una lecito o frasco de perfumes de la clase Atenas 581) es decisivo para su datación en el 490 a.C., fecha en que los contactos de Oriente con la Península ya habían decaído, al haberlo hecho también una parte de los establecimientos coloniales iniciales. Así, aparece un desajuste cronológico entre los referentes que se han percibido en el programa decorativo, susceptibles de remontarse, al menos, al siglo VI a.C., y las ofrendas funerarias que, si se consideran determinantes, imponen a la parte arquitectónica del monumento un ambiente de inicios del siglo V a.C. desfasado de la colonización fenicia.

Tal desajuste se palia si se entiende el monumento de un modo diferente al que se ha difundido: no en relación directa con el mundo fenicio, sino como una reelaboración extemporánea, propia de una construcción ideológica de segunda generación, que conservaba cierta memoria del origen sagrado del poder pero no un exacto código de su representación en imágenes, entre las que identificar un teónimo concreto resulta muy arriesgado.

La torre fue derruida, como otras tumbas principescas ibéricas, si bien el debate sobre las causas de su derrumbe ha multiplicado la explicación del motivo que le puso fin. No hay acuerdo sobre si se trata del primer caso de ensañamiento contra la ostentación principesca o de un hundimiento accidental por el deficiente cálculo de una estructura sin cimentación. Lo que no puede negarse es la posterior ubica-

ción en su mismo solar de una necrópolis ibérica, lo que no parece casual. La cronología del primer enterramiento, la combinación de cuadros ornamentales y la permanencia de la necrópolis en una fase más reciente, abogan a favor del carácter predominantemente ibérico del primer enterramiento y de la intencionalidad de su destrucción, seguida, pasado un plazo, por la apropiación del enclave por parte de una comunidad ibérica posterior.

Otro descubrimiento, tan importante como fue, en 1897, el de la dama de Elche, se produjo en el Cerrillo Blanco de Porcuna, antigua *Ipolca/Obulco,* junto a donde había existido una necrópolis tartésica (TORRECILLAS, 1985), suplantada por un ambicioso programa ibérico. Entre 1975 y 1979 se recuperó allí un lote de 1.486 fragmentos esculpidos que habían sido destruidos y enterrados en una fosa, cuyo estudio supuso una gran revelación (GONZÁLEZ NAVARRETE, 1987; NEGUERUELA, 1990; LEÓN, 1998, 81-97) (fig. 4.6). En primer lugar porque confirmó la existencia de grupos en movimiento esculpidos en bulto redondo en el arte ibérico, con el reto de ejecución plástica que ello comporta; en segundo lugar, por dar indicaciones de cierta organización de los talleres artísticos, antes ignoradas, y, sobre todo, por aumentar cualitativamente la iconología del arte ibérico. La cronología de esta ocultación se deduce tanto del estudio de la necrópolis preibérica, ya abandonada cuando se crearon los conjuntos escultóricos, como de algunas formas de disponer el cabello u otros detalles susceptibles de comparación con modelos griegos que no remontan el 475 a.C. ni sobrepasan el 420 a.C. (LEÓN, 2003, 13-42), a falta de datación cerámica en el hallazgo, carente de las importaciones fechadas. Las piezas artísticas están escasamente desgastadas hasta el punto de sugerirse que algunas no debieron llegar a exhibirse. Todas están esculpidas en caliza local. Son personajes mayestáticos con indumentaria civil, guerreros que triunfan sobre otros vencidos, cazadores, oferentes y composiciones de enfrentamiento, principalmente. El complejo monumental, en suma, abarca apenas un par de generaciones tras las que unos programas figurativos extraordinarios fueron eliminados siguiendo una cierta ritualidad, respecto a la cual se aprecia un índice de fragmentación más alto para los guerreros en relación con los animales y a las personalidades vestidas con túnicas, confirmándose la intencionalidad de eliminar los rostros humanos (ZOFÍO y CHAPA, 2005, 95-120). Hasta el momento, se ha identificado alrededor de una veintena de composiciones, de las que la mayoría están ya

reconstruidas y se exponen en el Museo de Jaén. Destacan las escenas del jinete desmontado alanceando a un vencido, la del guerrero con casco, la de los pugilistas, las del cazador con liebre, el grifo enfrentado a un guerrero, la matrona que transporta carneros, los personajes con túnica, el joven itifálico y la posible sirena con las alas explayadas. De esta temática se desprende un contenido heroico para las luchas entre guerreros, de estos con fieras salvajes o de animales entre sí, tal vez con connotaciones de ritualidad de paso; un contenido religioso asociado a un cortejo de oferentes con alusiones a la caza menor (personaje con liebre, con perdiz...), y un contenido jerárquico con unas representaciones masculinas y femeninas ataviadas con túnicas, adornadas con alguna joya sencilla y asociadas a algún animal, como la serpiente que apoya su cabeza sobre el hombro izquierdo de una mujer, el ala de ave que se distingue en la mano de otra o los carneros ya citados (fig. 4.7). Se desconoce la escenografía de todo este repertorio que bien podría haber realzado un área tal vez no solo sepulcral, sino también territorial de *Obulco,* antes de ir a parar a una gran *favissa* (pozo ritual).

Por consiguiente, El Cerrillo Blanco arroja luz sobre otros conjuntos peor documentados. En La Alcudia de Elche y en la misma ciudad de Elche (RAMOS, 1966, 149-153) se fueron descubriendo fragmentos esculpidos distintos al busto de la dama, sin duda la pieza más famosa, y verosímilmente más antiguos que ésta, que corresponden a personajes en movimiento. Conviene recordar que la mano que coge el mango de un escudo, la pierna humana con cnémida o espinillera, el torso guerrero con disco coraza decorado con cabeza de lobo (fig. 4.8), el grifo y, tal vez, la dama de la adormidera y el guerrero con falcata, reducidos a fragmentos aislados hoy en día, pudieron configurar programas comparables al del Cerrillo e, igualmente, sometidos a destrucción. Incluso el conjunto de hallazgos, antiguos y recientes, de Monforte del Cid que tienen en el pilar-estela con toro estante su exponente más famoso (fig. 4.9), ha merecido una justa calificación como necrópolis y área sacra (ABAD *et al.,* 1995-1997, 7-18), que, entendida como hito territorial o viario, es probable que convenga a todos los lugares con una abundante concentración de grupos escultóricos arrasados intencionadamente.

De admitirse esta posibilidad se observaría en ciertas necrópolis un doble fenómeno de ostentación y de territorialidad: el conjunto monumental asociado a un grupo hegemónico en un territorio, coincidente

o no con un área funeraria, y la tumba monumental con escultura(s), asociada a un jefe o cabeza de linaje, sin que se pueda demostrar cuál de estos dos hechos es más antiguo, o si son sincrónicos. En este entramado se pueden comprender las luchas entre iberos y la violencia, no necesariamente simultánea, contra los símbolos que marcaban el poder de una jefatura, deducible de la destrucción de las imágenes.

La tumba aristocrática

De la crisis que puso fin a los símbolos externos de los príncipes ibéricos se derivó un cambio en los exponentes de prestigio visibles en las necrópolis. La segunda mitad del siglo V y el siglo IV a.C. enmarcan la época de la cámara bajo túmulo de Toya (Peal de Becerro) (400-350 a.C.), de planta cuadrada, con su espacio interno de algo más de 18 metros cuadrados dividido longitudinalmente en tres ambientes que albergan ricos ajuares depositados con ocasión de dos enterramientos consecutivos (Madrigal, 1997, 167-181). También es la época de hipogeos de los que el 155 del Cerro del Santuario de Baza, presidido por la escultura-urna de la dama, constituye uno de los más importantes hacia el primer tercio del siglo IV a.C. (Chapa e Izquierdo, 2010) (fig. 4.10). Es la etapa, asimismo, en que proliferan las plataformas o encachados coronados por una escultura, como se vio en Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) (Aranegui *et al.,* 1993). En estos enterramientos, el tipo escultórico más común es o bien la dama, en el interior (Baza) o, excepcionalmente, en el exterior de una estructura arquitectónica sencilla (tumba 452 del Cigarralejo de Mula), o bien un jinete (Los Villares de Hoya Gonzalo) (Blánquez, 1995) (fig. 4.11), o un animal emblemático, frecuentemente un toro, un león o un grifo, coronando una estructura, porque los programas grandilocuentes con composiciones en movimiento, tipo *Obulco,* desaparecen de las necrópolis. En esta época, el imaginario se inclina por expresiones menos agresivas e imponentes, al tiempo que deposita en la figura femenina los valores de permanencia y riqueza del grupo.

A comienzos del Ibérico Pleno se multiplican los *pilares-estela* en Murcia, Albacete, Alicante y sur de Valencia, que reúnen una veintena de ejemplos. Son monumentos que se elevan entre 1,5 y 3 metros sobre tres gradas hasta rematar en un cimacio o nacela de gola que delimita un plano horizontal sobre el que se coloca una escultura, de modo

que concentran la mayor complejidad semántica en su ornamentación (Izquierdo, 2010), puesto que la parte central del pilar y el vuelo de la nacela pueden mostrar relieves figurativos que acompaña la representación en bulto redondo colocada sobre el conjunto. La tumba 70 del Poblado (Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla), datada hacia el 350 a.C. (García Cano y Page, 2007), se ha reconstruido colocando el cipo central (fig. 4.12), con relieves de caballeros y una escena principal con un varón sentado que impone su mano sobre la cabeza de un joven, como soporte de la nacela, decorada con relieves de guerreros, a su vez base de una escultura de toro en pie, temas que combinan el toro ancestral con los guerreros y con la alusión a los linajes y la descendencia, propia del siglo iv a.C. En Corral de Saus (Mogente) se reutilizaron fragmentos de una nacela similar a la anterior, pero decorada con mujeres jóvenes, metáfora de fertilidad. Estos dos pilares dan a conocer la alusión a la juventud en contextos funerarios con el propósito de alentar la esperanza en generaciones dignas no solo de suceder a quienes han fallecido, sino también dispuestas a multiplicar su descendencia, según una costumbre que se repite en las sociedades urbanas mediterráneas, partidarias de incluir, desde tiempos remotos, el vigor juvenil en los cortejos fúnebres (Humphreys, 1983). Hasta los iberos, por tanto, llegó la idea de la juventud como talismán contra la muerte, si bien, ni las imágenes que vehiculaban este mensaje, ni las relativas a la estabilidad asociada a las damas se escaparon de una nueva reacción iconoclasta en la segunda mitad del siglo iv a.C., más selectiva, sin embargo, que la que puso fin a las tumbas principescas.

En distintas ocasiones se han recuperado parejas de animales, no exactos pero casi idénticos, que deben asociarse a monumentos muy probablemente funerarios cuya tipología permanece indefinida. No solo las esfinges ya citadas, sino también la pareja de leonas de la colección Várez Fisas (Museo Arqueológico Nacional) estarían en este caso, que puede ampliarse a ejemplares como la llamada bicha de Balazote —una representación de Aqueloo, divinización fluvial—, puesto que su labra indica que una de sus caras estuvo adosada a una construcción. Los animales híbridos o exóticos perduran en el arte ibérico bastante más que en el Mediterráneo oriental.

Sin embargo, en el siglo iii a.C. ya no hay monumentos funerarios con grandes esculturas, aunque queda, no obstante, su recuerdo. Por eso a principios del siglo ii a.C. vuelven a aparecer temas ibéricos en mausoleos de tipología arquitectónica y localización hispa-

norromanas (véase capítulo 9), como las tumbas de dado de *Urso* (Osuna) (Beltrán, 2002, 293-328), arrasadas por la construcción de una muralla romana, en cuya base aparecen, en relieve esculpido con técnica romana, guerreros con falcata y *scutum* ataviados a la manera ibérica, un jinete, una figura ofreciendo un caliciforme y una joven ricamente vestida que toca la doble flauta (fig. 4.13), grupo de imágenes, sintético en su significado, que constituye un digno homenaje al pasado ibérico en una región, como la sevillana, que, sin embargo, apenas había conocido el precedente escultórico ibérico propiamente dicho. Algo comparable se ha querido ver en *Segobriga* (Saelices) (Almagro, 1983, 221-244), todo lo cual informa de cómo vio Roma, antes de Augusto, la tradición ibérica, aparentemente la cultura peninsular que le resultó más próxima.

Ajuares funerarios

Ofrendas para la eternidad

Lo que se deposita junto a un difunto no puede ser interpretado culturalmente sin más. La muerte acontece en circunstancias oscuras, casi siempre desconocidas para la investigación arqueológica, y se afronta poniendo en juego patrones ideológicos que deciden el sentido de lo simbólico en momentos cargados de emotividad y trascendencia, que también se nos escapan (Vernant y Gnoli, 1982), de modo que la aproximación a cualquier sociedad antigua a partir de lo que conservan los enterramientos tiene muchas más limitaciones de lo que supuso la *Arqueología de la Muerte* de los años 1970, que veía en ello un reflejo, por supuesto no directo, de las realidades vividas (Lull y Picazo, 1989, 5-20; Abad Mir, 2006, 1-23). Lo que queda de aquello que sucedió entorno a la tumba exige observaciones precisas que sugieren hipótesis relativas a problemas que la reflexión contemporánea se formula, pero que quizá fueron irrelevantes en el pasado. Ante una sociedad estructurada, como fue la ibérica, se tiende a identificar los ajuares funerarios de los poderosos en contraposición a los de los desposeídos en razón de presencias y ausencias a las que se les da un determinado valor. Pero se abren inevitablemente interrogantes a la hora de jerarquizar tales ajuares porque las causas de la acumulación o, por el contrario, su carencia, pueden ser debidas a la

edad, al sexo o a la coyuntura del sepelio, en vez de reflejar siempre la desigualdad de estatus, tal vez cifrado entonces en algo simbólico que no se conserva, de modo que, en los términos expuestos, se interpretarán a continuación, con las debidas cautelas, las ofrendas funerarias más usuales llegadas hasta el presente.

Vajillas y armas para príncipes, princesas y aristócratas

Supongamos que sea significativo en nuestro caso que los objetos importados distingan determinados ajuares funerarios aristocráticos desde el tránsito del siglo VI al V a.C. debido a que una de las claves del prestigio de las personalidades enterradas con ellos provenga de haberse beneficiado de los tráficos comerciales que los introdujeron en el medio ibérico. Bronces en origen utilizados para la ceremonia del banquete, como quemaperfumes, trípodes, coladores, ralladores, calderos, jarros, sítulas y aguamaniles importados o de talleres occidentales (Jiménez Ávila, 2000, 1581-1594; Vives-Ferrándiz, 2005), conservados a veces a lo largo de varias generaciones, o bien elementos de la supuesta indumentaria de guerrero, como las cadenillas con colgantes (fig. 4.14), los broches de cinturón de garfios o determinadas fíbulas, característicos del área del delta del Ebro (Rafel, 2005, 491-501), son dones frecuentes en lo que decidimos considerar un selectivo primer nivel de ostentación, construido a partir de distintos referentes que nunca aparecen en una tumba ibérica completos, sino disociados y mezclados, tal y como se documenta desde Les Ferreres (Calaceite) a Los Higuerones de *Castulo* (Cazlona), donde hay tumbas con utensilios de bronce del siglo VII junto a cerámicas de finales del siglo VI y siglo V a.C., en general, copas cerámicas áticas o, como se aprecia en El Bovalar (Benicarló), con colgantes de cadenillas de bronce, armas y broches de cinturón, sin vajilla importada. De modo que el contexto ibérico de estos indicadores no es como el colonial, unas veces por la diferente cronología de las piezas y otras por su selección, por lo que no se encuentran paralelos ni en enterramientos suntuarios fenicios, como el de Trayamar (Málaga), donde el ánfora de transporte de vino está presente, pero no así la vajilla metálica del simposio, ni, por otro lado, en las tumbas arcaicas de la Muralla Noreste, del Portitxol o del Campo de Golf del establecimiento foceo-masalieta de Ampurias (L'Escala), con servicios cerámicos de simposio combinados a la manera griega, decorados

eventualmente con escenas dionisiacas (Miró, 2006), todo lo cual relativiza el factor extranjero y acentúa, por el contrario, el peso del factor autóctono en la composición de los primeros ajuares principescos ibéricos, específicos aunque con frecuentes piezas de importación.

Estas discordancias se supone que son intencionadas y que construyen tanto el arraigo de los difuntos cuando reciben la ofrenda de bienes heredados, alusivos a antepasados reales o imaginarios, como la afirmación del jefe frente al resto. Responden a modos de marcar distancias que no deben entenderse como rechazo o desconocimiento de lo externo, pues la apertura hacia el entorno fue tan intensa que desde hace años se reconocen enterramientos de extranjeros en cementerios ibéricos, y viceversa, a partir de la composición de los ajuares, lo que certifica que hubo convivencia. La proximidad de la Ibiza fenicio-púnica y las provincias de Alicante y Murcia, por ejemplo, se hace patente, primero, en algunas tumbas de las necrópolis del Molar (San Fulgencio), Poble Nou (Villajoyosa) y, más tarde, en La Albufereta (Alicante), El Cigarralejo (Mula) o El Cabecico del Tesoro (Verdolay), que denotan la autonomía de cada etnia para transferir al enterramiento códigos específicos y variarlos con criterio propio. Utilizar, por ejemplo, una cratera ática de figuras rojas como urna cineraria (fig. 4.15), en vez de preservarla en su función griega de recipiente para mezclar vino y agua en el simposio, pasa a ser una práctica típicamente ibérica que discrimina alguna tumba de *Tútugi* (Galera), Cerro del Santuario (Baza), Los Nietos (Cartagena), Cabezo Lucero (Guardamar del Segura), La Albufereta (Alicante)..., dando lugar a la imitación de la forma en casos del Poblado (Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla) o El Puntal de Salinas (Villena) (Page, 1984).

Además de lo antiguo, otro lote fundamental de signos de prestigio de primer nivel tiene su exponente en el armamento que se amortiza en una tumba y, como esto sucede en un ámbito geográfico muy extenso, la investigación de la Europa centro-occidental contemporánea asocia la emergencia de jinetes y guerreros con la aparición de las sociedades complejas. En la Edad del Hierro peninsular, los primeros ajuares con ofrendas de armas se localizan en Les Ferreres (Calaceite) (Graells y Armada, 2011, 17-37), La Granja Soley y Llinars del Vallés, en Barcelona (Sanmartí *et al.,* 1982, 71-103; Sanmartí, 1993), hacia mediados del siglo vi a.C.; en el norte de la Ilercavonia (sur de Tarragona y norte de Castellón), las armas conviven con los adornos de cadenillas y broches de cinturón de garfios en fechas ligeramente

anteriores a la cultura ibérica, que adoptará de manera generalizada la ofrenda funeraria de armas dotándola de una composición propia (Quesada, 1997). En efecto, las grebas (espinilleras o cnémidas), el disco coraza protector del torso del guerrero (fig. 4.16), la fíbula y el broche de cinturón de su indumentaria (fig. 4.17), todo ello generalmente de bronce, aparecen selectivamente en algunas tumbas ibéricas destacadas y los bocados de caballo de hierro (fig. 4.18), acicates y pasa-riendas discriminan, asimismo, ciertos enterramientos singulares alusivos a los jinetes, si bien el umbo metálico del escudo redondo (*caetra*), el *soliferreum* (arma arrojadiza de hasta dos metros de longitud) y la espada de empuñadura de frontón o de empuñadura de antenas, siempre de hierro, son los componentes más usuales y más estables entre las ofrendas funerarias antiguas de armas.

En efecto, las gentes autóctonas seleccionan aquello que procede del exterior y, al adoptarlo, lo modifican y le dan un significado nuevo (Dietler, 1999, 75-91). Así se ve en la espada curva y, con seguridad, en el uso funerario de la vajilla importada por parte de los iberos. No es extraño encontrar copas áticas boca abajo y fragmentadas a propósito en el borde de una tumba como consecuencia del ritual del duelo, ni tampoco comprobar que la cratera se convierte en urna cineraria, práctica que se proyecta incluso hasta Ensérune, entre Béziers y Narbona, por influencia, a mi entender, ibérica, frente a la interpretación como préstamo griego con ideología dionisiaca que propone Bats (2002, 277-302). Es casi seguro que en los funerales se degustaba alguna bebida, pero en el Ibérico Antiguo no hay pruebas de que fuera vino importado que, sin embargo, conocían los iberos, porque las ánforas en que se transportaba son muy escasas en los recintos funerarios y los análisis de residuos en envases de fabricación local indican que al norte del Ebro se bebía principalmente cerveza (Juan i Tresserras, 2000, 141-148), no a la manera oriental ni griega con toda probabilidad. En la necrópolis layetana del Turó dels Dos Pins (Cabrera de Mar) (Garcia i Roselló, 1993) las noventa y cuatro tumbas publicadas se datan entre el 300 y el 150 a.C. y casi todas contienen, al menos, un ánfora ibérica que hace las veces de urna y se acompaña de jarritas bitroncocónicas grises y, en la tumba 51, de un recipiente para la miel. Es posible que estas jarritas se utilizaran para beber (¿cerveza?, ¿hidromiel?) en la ceremonia del sepelio y que en algunas regiones los indicadores de alimentos tradicionales desempeñaran también un papel en el prestigio de las ofrendas funerarias.

Porque en las tumbas hay vasijas de fabricación local tan representativas o más que las importaciones. El ejemplo más reiterado en un primer momento es el de la urna de orejetas perforadas (fig. 4.19), con tapadera que se fija pasando un cordel por los orificios (orejetas) dispuestos en los bordes del recipiente y su tapa, que, si bien tiene antecedentes mediterráneos, se copia y difunde ampliamente por necrópolis y poblados de todas las regiones ibéricas desde donde pasa a otros muchos puntos de la Península Ibérica, del Rosellón y del Languedoc, quizá por ser el envase de algún alimento o bebida ibéricos que encuentra su último destino como urna cineraria, igual que, con menos frecuencia, ocurre con las imitaciones locales de otros recipientes originalmente fenicios (*pithoi* y urnas tipo Cruz del Negro). Se vislumbra, por tanto, una ritualidad propia mediante la cual, hipotéticamente, lo que había quedado vacío tras el convite funerario se rellenaba con restos del difunto purificado por el fuego. Una manera, en suma, de hacer participar al difunto en su propio duelo.

Nuevos indicadores de prestigio en la sociedad de linajes

Los ajuares funerarios indican un cambio entre finales del siglo v e inicios del iv a.C., cuando se impone una renegociación del imaginario que tiene como resultado la desaparición de buena parte de los objetos singulares de bronce de mayor valor, como se aprecia en las dos deposiciones sucesivas de la cámara de Toya (Peal de Becerro) (Madrigal, 1997), sin prejuicio de que continúen ofreciéndose bandejas de asas móviles, alguna sítula o jarro de bronce, como ocurre en El Cigarralejo (Mula).

En el siglo iv aumenta el número de tumbas con ajuares destacados en una misma necrópolis, aunque son menos exclusivos que antes, y así el primer grado de ostentación se transfiere al armamento con falcata (fig. 4.20). Se añade también la lanza, en bastantes casos ofrecida por duplicado. Llama la atención, sin embargo, que el casco metálico esté poco documentado (El Cigarralejo, tumbas 277 y 478; Coimbra del Barranco Ancho; El Cabecico del Tesoro, Verdolay) hasta el siglo ii a.C., dado que esculturas y relieves del siglo v muestran guerreros que lo llevan. Puede que fuera un distintivo no amortizable en la tumba; tal vez se heredara; tal vez existiera más en las imágenes representadas que en la realidad.

Sin duda, el arma más famosa de los iberos es la que se identificó con abundancia en la necrópolis de Almedinilla (Córdoba) a partir de las excavaciones de 1867 del inspector de antigüedades Luis Maraver Alfaro (1814-1886), denominada falcata[1]. Horace Sandars (1911-1912) no solo le dedicó una pequeña monografía, sino que también trasladó ejemplares a Gran Bretaña donde el Museo Británico conserva algunos. Se trata de una espada de hierro templado de hoja curva disimétrica, con filo y contrafilo, y empuñadura anatómica, que se prodiga claramente entre los siglos IV y II a.C. hasta convertirse en signo de identidad de los guerreros oretanos, bastetanos, mastienos, contestanos y edetanos, que la llevaban envainada y colgada al cinto (QUESADA, 1992). Su forma guarda relación con instrumentos para usos no exclusivamente militares conocidos en el Mediterráneo oriental y en Italia, como la *machaira* o el *kopis* griego, pero en Iberia su hoja se modifica para que sea menos curva y, sobre todo, se afila todo el perímetro de su tercio inferior y se aligera su peso haciendo dos acanaladuras en la hoja a lo largo del contrafilo, con objeto de prolongar el tiempo de su manejo en combate, de modo que se consigue una espada de mediano tamaño, cortante y punzante, que, empuñada con destreza por los iberos, hizo de ellos guerreros temibles en las distancias cortas. Las falcatas ocupan, por lo tanto, un puesto destacado entre las armas de desfile, con exclusivas decoraciones de nielados de plata, como se aprecia en el Cerro de la Cruz (Almedinilla), en La Albufereta (Alicante), en La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penàguila) y hasta en El Rabosero (Torres-Torres), cerca de Sagunto, donde un nombre masculino seguido de una forma verbal, grabados en ibérico sobre el contrafilo, realzan el prestigio de una espada tan representativa de los iberos que incluso aparece en las acuñaciones monetales de Publio Carisio emitidas para conmemorar la pacificación de cántabros y astures, en época de Augusto. La vistosidad de los guerreros derivada del ornato de su equipamiento de parada sugiere su notable proyección social como depositarios de la identidad del grupo en el Ibérico Pleno, como traducen las ofrendas funerarias.

[1] Este nombre apareció por primera vez en J. A. CEÁN BERMÚDEZ, *Sumario de Antigüedades romanas que hay en España,* Madrid, 1832, pero se generalizó a partir de la publicación de M. FULGOSIO, «Armas antiguas ofensivas de bronce y hierro: su estudio y comparación con las que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional», *Museo Español de Antigüedades,* 1, 353-372.

Por eso, el estudio de las panoplias ibéricas se ha valido de los hallazgos funerarios para establecer la secuencia evolutiva del armamento. De este modo se han planteado diversas cuestiones de interés cultural. La mayor parte de las armas ofensivas y defensivas identificadas no son privativas de los iberos (Lenerz de Wilde, 1986, 273-280) que, no obstante, las muestran en sus representaciones y las depositan en sus tumbas siguiendo prácticas específicas que, a la vez, informan sobre su manera de luchar. Lo cultural no es tanto la exclusividad de una tipología, sino su contextualización. Los ajuares ibéricos han probado que no hay un armamento de infantes diferenciado de otro de jinetes hasta una etapa muy avanzada (siglo II a.C.), por lo que no debió existir, durante los periodos antiguo y pleno, lo que se entendía en los estados avanzados como un ejército propiamente dicho, con infantería y caballería, sino grupos de hombres armados dispuestos a luchar tanto a pie como a caballo, táctica por demás inusual en las formaciones orientales o clásicas. Se ha comprobado, asimismo, que la ofrenda de armas no era siempre masculina ya que algunas tumbas femeninas muy concretas también la recibieron. El caso más llamativo es el de la cámara hipogea presidida por la dama de Baza (Chapa e Izquierdo, 2010) en la que había cuatro panoplias completas aun cuando los restos humanos depuestos en un hueco del trono pertenecen a una mujer de alrededor de treinta años (Trancho y Robledo, 2010, 119-136). De modo que, a diferencia de lo que ocurre en otras culturas, es el rango y no el sexo lo que determina este don[2].

Excepcionales son un par de tumbas de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer, Térmens) no tanto por contar con caballos sacrificados junto a enterramientos ricos en armas, hecho conocido también en El Cigarralejo (Mula), sino por incluir ciertas guarniciones de caballería extraordinarias, importadas, y restos de alimentación, que han dado pie para atribuirlas a mercenarios enriquecidos por haber participado en contiendas en el sur de Italia, donde parece que asi-

---

[2] Por ejemplo, en las inhumaciones de las necrópolis helénicas coetáneas (Cumas, Paestum, Locri...), lo mismo que en las de tradición púnica (Cartago o Lilibeo), no se han señalado ofrendas de armas en tumbas femeninas, por lo que el caso ibérico debe atribuirse a un medio cultural que codifica el sexo de los difuntos de un modo distinto a los de otras culturas.

milaron costumbres de los demás componentes de aquellas tropas (Graells, 2008, 81-158).

El armamento y atelaje de la caballería suele estar acompañado por cerámica griega, propia, asimismo, de una cúpula social algo más amplia que la precedente. Crateras de figuras rojas, escifos y copas de pie bajo son ahora predominantes sobre cualquier otra forma de la cerámica ática, alcanzando índices de frecuencia especialmente llamativos en la Alta Andalucía, Murcia, Albacete, Alicante y sur de Valencia, si se comparan tanto con otras zonas peninsulares como con otros países del Mediterráneo occidental. Por ello se admite (Sánchez, 2000, 179-193) que talleres áticos donde trabajaron pintores como los llamados del *tirso negro,* de *Marsias, Viena 116, retorted eye painter* o del *fat boy,* siguiendo la nomenclatura establecida por Beazley (Rouillard, 1991, 151-157), adaptaron su producción a la demanda ibérica que solicitó, sobre todo, temas dionisiacos, ya en declive entre griegos y magno-griegos, pero del gusto de la que fuera una de sus más tardías clientelas que, en esta etapa, muestra una particular estética filo-helénica.

Otra innovación propia del Ibérico Pleno es la aparición en la tumba de indicadores puntuales de alguna actividad productiva o artesanal. Connotaciones económicas se pueden derivar de las ofrendas del enterramiento 2 de Orleyl (La Vall d'Uixó) (fig. 4.21), en cratera ática con decoración de amazonas y grifos, pues comprenden tres plomos inscritos en ibérico, un platillo pequeño de balanza de bronce, un juego de pesas y diversas copas griegas de barniz negro (Lázaro *et al.,* 1981), así como de la tumba 21 del Cigarralejo (Mula) (Cuadrado, 1987), femenina, con un plomo inscrito en greco-ibérico de un formato más bien ritual que económico, pero con instrumentos para tejer, una balanza y escala ponderal significativos, objetos que sugieren una ampliación de las elites hacia sectores enriquecidos por la redistribución de bienes. La inclusión de pequeñas monedas de bronce de Ibiza en un ajuar funerario de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) junto a ofrendas de cerámica ática datada en la primera mitad del siglo IV, debe entenderse como algo excepcional, relacionado con la participación en los tráficos comerciales con la isla y exponente, por hallarse en una tumba, de una actividad que genera prestigio.

En el segundo caso está la extraordinaria tumba 100 de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) (Rouillard, 2002, 43; Perea y Armbruster, 2011, 158-171), datada entre el 375 y el 350 a.C., que con-

tenía copas áticas, un conjunto de armas con falcata y *caetra,* cuentas de collar de pasta vítrea y hueso, además de unos cincuenta utensilios para hacer determinadas joyas procedentes de algún taller orientalizante, a juzgar por su iconografía, anterior a la fecha del enterramiento. Con ellos se pueden repujar láminas de metal para hacer colgantes en forma de ova o de paralelepípedo, o bien cuentas tubulares, como las de los aderezos de las damas ibéricas, indicando que la orfebrería de calidad era un privilegio aristocrático y, como tal, podía tener cabida en los cementerios de incineración, muy limitados en hallazgos de joyas propiamente dichas, a diferencia de lo que ocurría en la época orientalizante, según muestra el riquísimo ejemplo de La Aliseda (Cáceres) (diadema, cinturón, collares, cadenas, arracadas, espejo y sortijas de oro...), que no tiene paralelo en la cultura ibérica.

La excepcionalidad de objetos de oro en los ajuares funerarios ibéricos se ha interpretado en razón de un cambio de significado de este metal, primero asociado a algo simbólico pero, después, codiciado por su precio, lo que daría lugar a que se prescindiera de su amortización en la tumba para dejarlo en herencia a los descendientes (Chapa y Pereira, 1991, 23-35), porque, como se dijo, las jefaturas guardan para sí el oro. Además, como se verá al tratar de la orfebrería (capítulo 8), el valor del oro cambia entre los iberos al entrar en contacto con la moneda.

Lo femenino ante la muerte

La arqueología tiene en los enterramientos una fuente documental susceptible de contribuir a equilibrar la percepción de una sociedad antigua mediante valoraciones de lo masculino y lo femenino asociadas a la tumba y a su ajuar (Prados, 2010, 205-224). La diversificación de las elites guarda una relación directa con la visibilidad de las mujeres en la sociedad ibérica y desde este punto de vista tiene especial interés la significativa irrupción de útiles propios del hilado y tejido en las ofrendas funerarias, a partir del siglo IV a.C., puesto que se presta a una amplia interpretación, tanto desde la óptica del auge de los textiles, como desde la valoración de la rentabilidad del comercio de tejidos y, en particular, de la participación femenina en el ámbito artesanal cuando el imaginario asocia a las mujeres a la actividad de hilar y tejer (Rafel, 2007, 115-146), dedicándoles un espacio

en el arte. La incidencia más alta de indicadores se da en El Cigarralejo (Mula), con un 40 por 100 de sus 547 enterramientos con algún instrumento textil, que coincide con la ofrenda simultánea de armas en casi la mitad de las ocurrencias (Rísquez y García Luque, 2007, 147-173); en la tumba doble número 200 se identificaron un huso, cincuenta y siete contrapesos o ponderales para montar un telar vertical, noventa fusayolas, carretes de madera de boj, placas de hueso con perforaciones para hacer galones de pasamanería, agujas de bronce o hueso y un juego de pesas, además de cerámica ática. Se trata de un conjunto rico en su contexto, aunque resultaría arriesgado calificarlo como exclusivamente femenino, porque también podría reflejar la relevancia de un productor de tejidos. En otras necrópolis (Cabecico del Tesoro, Verdolay; Cabezo Lucero, Guardamar del Segura), la deposición de utensilios para hilar o tejer afecta a alrededor de una quinta parte de los enterramientos, coincidiendo rara vez con armamento, de modo que, como sucedía con las armas respecto a los hombres, los objetos para hilar, tejer o coser no certifican que una tumba sea femenina, aunque en ambos casos se establece lo que se podría considerar una transversalidad semántica entre lo femenino (el tejido lo es) y lo masculino (las armas lo son), propia de una sociedad más equilibrada que la principesca en sus referencias a ambos sexos, como fue la del Ibérico Pleno (siglos iv-iii a.C.).

La imagen de la mujer hilando o tejiendo se prodiga en el Mediterráneo, con carácter simbólico (Surh, 1963, 63-69), asociada a un segmento señorial urbano. Tejer (el destino, la vida...) aparece, asimismo, como una competencia sobrenatural propia de determinadas diosas que tienen en sus manos el destino de la humanidad, como Afrodita, *oficio* al que las señoras o las doncellas de la ciudad, como las jóvenes de Atenas que desfilan en los frisos del Partenón, podían incorporarse para pedir la tutela divina para su comunidad. Desde el estudio de las representaciones se ha llegado a decir que tejer era a la mujer lo que luchar era al hombre, pues ambas imágenes aluden, más que a un descriptor literal, a idealizaciones propias de una cúpula ciudadana que garantiza la seguridad, la continuidad de los linajes y el bienestar del grupo. A través de la imagen de la hilandera y de la tejedora, la mujer se hace partícipe de la sociedad de su tiempo aportando algo más que su capacidad reproductiva, en un momento en que lo familiar se introduce en el ritual urbano; en un momento en el que lo privado (el *oikos*) gana espacio en lo público (Aranegui, 2008,

205-224). Ante la muerte, la idealización de la vida como un hilo que las manos de las mujeres nobles tejen supone un tema de muy amplio alcance en la plástica mediterránea antigua, que la cultura ibérica comparte. La pequeña estela caliza de la tumba F-100 de La Albufereta (Alicante) (h. 0,17 metros) (OLMOS, 2007, 375), hoy perdida, que muestra un relieve policromado con un hombre y una mujer enfrentados, siendo ésta joven y caracterizada con un huso en la mano, es un extraordinario ejemplo que tuvo, asimismo, réplica en la pintura cerámica de Liria y de La Serreta.

Las jóvenes también ocupan por sí mismas un lugar en los monumentos funerarios ibéricos, como ocurre con mucha frecuencia en las estelas áticas de época clásica y helenística. En El Corral de Saus (Mogente) aparecieron reempleados dos bloques de un pilar-estela con altorrelieves de muchachas con largas trenzas, vestidas con túnicas finas ceñidas en la cintura, que llevan una granada en su mano, reiterando el simbolismo de la fuerza reproductiva humana en un cortejo fúnebre. En El Prado (Jumilla), se repite una composición similar (IZQUIERDO, 2000).

Es desde esta búsqueda de lo femenino desde donde una parte de la investigación atribuye algunos ajuares funerarios a sacerdotisas. El ejemplo paradigmático arranca de una ofrenda de la tumba 20 de la necrópolis de *Tútugi* (Galera) datada hacia el último cuarto del siglo V a.C. (PEREIRA *et al.,* 2004) (fig. 4.22), ofrenda única en su género, consistente en un vaso de perfumes de alabastro con forma de mujer (17,8 centímetros de altura), peinada a la manera oriental con el cabello por detrás de las orejas, vestida con túnica plisada adornada con galones y con velo corto sobre la cabeza, con los pies descalzos, sentada en una banqueta cuyos laterales son esfinges aladas y echadas, con el tocado del Alto Egipto sobre sus cabezas. La representación sostiene un cuenco con sus manos, sobre el regazo, para recoger los perfumes, eventualmente vertidos por un orificio perforado en la parte superior de su cabeza, que manarían por pequeños agujeros coincidentes con cada uno de sus pechos. En contextos funerarios, con más frecuencia púnicos que griegos, se alude a los senos femeninos nutricios, sugiriendo la mediación sobrenatural en algo tan natural y vital como es la lactancia, y se depositan estatuillas con las manos sobre los senos, generalmente consideradas sagradas.

Volviendo a *Tútugi*-Galera, dos ungüentarios y un pequeño erizo de pasta vítrea, de importación, sugieren que la función del antiguo

vaso continuaba siendo conocida, de modo que una libación de aromas a través de los senos femeninos pudo ser evocada en honor a la difunta. Aunque los frascos de perfumes son excepcionales entre los iberos, este ajuar se significa por los ungüentos perfumados, como la tumba 100 de Cabezo Lucero se distingue por contener un antiguo instrumental de orfebre. ¿Serían perfumes y joyas bienes restringidos a una capa social que, por haberlos gestionado en vida, los transfiere al sepulcro? No hay que olvidar que la tumba 20 de Galera contenía también cuatro vasijas ibéricas con bandas pintadas y tapadera, una de estas con un pomo en forma de granada, de la misma tipología que las de la cámara de la dama de Baza, y una copa ática de las que son muy frecuentes en *Castulo* y se fabricaron hasta finales del siglo V (Ágora de Atenas o *Castulo cups*), aunque lo que hoy se considera más extraordinario es la estatuilla, tanto porque el alabastro era una materia prima exótica que solo se trabajaba en talleres de Siria o de Egipto hasta los siglos VII-VI a.C., como porque su iconografía no es ibérica. Distintos especialistas la proponen como una imagen de Astarté, la diosa principal de la metrópolis fenicia de Tiro que colonizó el Estrecho, a pesar de que los orientalistas no encuentran razones para corroborarla como tal (BONNET, 1996, no la incluye en su dossier, ni presenta ninguna imagen parecida), lo que no ha impedido que su supuesto carácter sagrado se haya convertido en argumento para afirmar no solo que la citada tumba alberga los restos de una sacerdotisa (¿ibérica?) que goza del privilegio de apropiarse de una imagen divina (OLMOS, 2004, 213-238), sino también para sugerir una influencia orientalizante en la génesis de las damas ibéricas, con las que la *dama de Galera* se ha querido equiparar, en la línea de un idealismo que raya en lo inaudito si se atiende a las respectivas iconologías.

¿Qué pasaría si las damas de La Alcudia (Elche), o de las tumbas de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura), El Cigarralejo (Mula), El Llano de la Consolación (Montealegre) y Baza fueran igualmente diosas, como se ha llegado a afirmar (BLÁZQUEZ, 1999, 91-108)?, ¿estarían asociadas a otros tantos enterramientos de sacerdotisas? ¿Encajan las sacerdotisas en la cultura del Ibérico Pleno?

Antes de suscribir una conclusión favorable a las tumbas de sacerdotisas, son convenientes análisis más abiertos y menos categóricos[3].

---

[3] Con cierta frecuencia se alude a la epigrafía púnica, principalmente del tofet o

Puesto que la imagen ha desempeñado un papel decisivo a efecto de la atribución, interpretaciones alternativas de la misma pueden aportar otras perspectivas. En el vaso de perfumes de Galera, clave para la argumentación, podría tenerse en cuenta la combinación de la banqueta alada, metáfora psicopompa, con la potencia regeneradora de la corporeidad femenina, conjuro contra la muerte. En las damas ibéricas sobre trono, el respaldo proyectado hacia los lados puede sugerir alas en la dama de la adormidera de La Alcudia de Elche y en la dama de Baza, esta con remate en forma de garra en las patas delanteras del sillón, plausible evocación de otro atributo de la esfinge, concluyéndose, como propuesta alternativa, que la memoria del trono que transporta al ámbito celeste, característico del mundo púnico, es susceptible de haber penetrado en la cultura ibérica. Pasar del trono a establecer un código de representación para divinidades y sacerdotisas ibéricas exigiría una documentación más consistente, si el sacerdocio se entiende como institucionalización de una de las vertientes del poder y no solo como una prerrogativa del poder encomendada a agentes del culto (Chapa, 2006, 157-180). Cuando la institucionalización ocurre, el sacerdocio afecta mayormente a los varones [sacerdotes de *Gadir* (Cádiz), druidas celtas...], aunque sin excluir a las mujeres (recuérdese a Aristarque en la fundación de Marsella, Str., IV, 1,3, y a Elisa-Dido en la de Cartago, Justino, XVIII, 7,7, trasladando los *sacra* de sus respectivas metrópolis) y, ciertamente, la casta sacerdotal puede reflejarse en cementerios, o en sectores de los mismos donde se congregan sus enterramientos, que no suelen ser los más suntuarios de su respectivo contexto social. Nada de esto ocurre en las necrópolis ibéricas, cuyas hipotéticas tumbas de sacerdotisas, muy escasas y específicas del Ibérico Pleno, se aproximan en ostentación a las de la cúpula aristocrática masculina, sin que se reclame en este caso una atribución ni divina, ni sacerdotal.

Debe retenerse, a modo de recapitulación, que si en las ofrendas del periodo antiguo se detentaba la jerarquía a través del armamento, de los elementos metálicos de indumentaria y de la vajilla de bronce, las del Ibérico Pleno añaden mayor número de importaciones ce-

---

de la necrópolis de Santa Mónica (Cartago), para identificar menciones de sacerdotisas, si bien dichas menciones no tienen resuelto el problema crucial de su traducción, pues se discute la opción *sacerdotisa,* o la de *esposa del sacerdote,* sin que ello descarte la existencia de mujeres profesionales del culto en Fenicia.

rámicas áticas, indicadores de carácter artesanal y ritual al mismo tiempo que depositan en la representación de mujeres valores de ostentación, mediación y estabilidad que constituyen un contrapunto a la figura del guerrero (fig. 4.23).

Relatos y mitos en enterramientos de época tardía

Hacia el siglo III se asiste a un nuevo cambio en los ajuares funerarios en el que destaca el empleo de vasos ibéricos con decoración figurativa compleja como principal ofrenda funeraria, con ejemplos tan conocidos como los de las necrópolis del Cabezo del Tío Pío (Archena) (fig. 4.24) o El Castellar (Oliva), ambas excavadas entre finales del siglo XIX y principios del XX, lo que explica que su contexto no esté muy bien documentado. El *vaso de los guerreros* de Archena es un cálato de cuello estrangulado cuyo friso central describe escenas de combate y de caza a caballo que transcurren sobre personajes que yacen inertes en el suelo, mientras que la urna más historiada de Oliva insiste en la temática de luchas sangrientas a pie y a caballo con guerreros derribados y vencidos (Aranegui, 2004a, 229-238). Estas tumbas ensalzan, como lo había hecho la gran escultura con anterioridad, la memoria del triunfo heroico de unos iberos sobre otros, con la diferencia de que no destacan la singularidad de un héroe en esa gesta, sino al colectivo guerrero, desfilando, cabalgando, cazando o luchando. El escudo es ahora rectangular (*scutum*), de acuerdo con los tiempos, y no es la única pieza de armamento que experimenta un cambio tipológico. También las puntas de lanza de baja época se confunden con las del *pilum* romano y, en contadas tumbas (necrópolis de Pozo Moro, La Hoya de Santa Ana...), se deposita un casco semiesférico, de tipo Montefortino, en el ajuar, cascos traídos desde Italia de los que ha habido hallazgos subacuáticos en Piedras Barbadas (Benicarló) en contextos tardíos, que van transformando la identidad del guerrero ibérico. En La Hoya de Santa Ana (tumba 0), el casco itálico coincide con un cálato con decoración floral como urna cineraria al que un plato con peces pintados le sirve de tapadera (fig. 4.25), repitiendo la tradición de usar un probable envase de alimentos para enterrar a un difunto.

El motivo de los peces se advierte en esta etapa en ambientes funerarios y sacros en relación, quizá, con una creencia antigua, ya vi-

gente entre los pitagóricos del siglo VI a.C., que ubicaba el lugar de la bienaventuranza allende el mar y hacía de los peces guías para los difuntos, idea democratizada en época tardorepublicana en ambientes itálicos desde los que es factible que llegara hasta Iberia (ARANEGUI, 1996a, 401-414). Si, como se supone, las tinajas pintadas de Los Villares (Caudete de las Fuentes) pertenecen a un contexto funerario tardío (MATA, 1991), su decoración con hipocampos o tritones enfrentados y seres anfibios sería otra buena muestra de la simbología funeraria de los seres marinos, compartida por distintos pueblos abiertos hacia el Mediterráneo.

Sin embargo, ciertas urnas cinerarias figuradas muy tardías hacen referencia a mitos difíciles de descifrar, seguramente adaptados por la sociedad local.

En algunas necrópolis hay tumbas del siglo III que denotan interacciones púnicas que, de nuevo, suponen cambios en los objetos depositados como ofrenda. Antes de la segunda guerra púnica (218-202 a.C.) se prodiga el pebetero (o *thymiaterion*) de tarracota en forma de cabeza de Demeter por toda la cuenca occidental (véase capítulo 5) de modo que enterramientos de un ámbito geográfico ibérico muy extenso, desde El Turó dels Dos Pins (Cabrera de Mar) hasta El Cigarralejo (Mula), comparten esta imagen con otros yacimientos extranjeros, sin que sea fácil proponer un sentido de ostentación o de devoción para la misma entre los iberos (fig. 4.26). Lo que puede probarse es que la donación funeraria de terracotas y pebeteros irrumpe con más fuerza en necrópolis muy relacionadas con el comercio púnico y con Ibiza, decreciendo poco a poco con la romanización. Un busto-placa ibicenco de la tumba 127 de La Albufereta (Alicante), junto al mar, preside un enterramiento de la segunda mitad del siglo IV a.C., cuyo ajuar se confunde con el propio de algunos cementerios púnicos, y lo mismo ocurre cuando estatuillas de la *kourotrophos* (mujer con niño en brazos), alguna extraordinaria figurilla femenina con un instrumento musical, vasos plásticos en forma de ave y ungüentarios de cerámica, con alguna copa de talleres cerámicos de barniz negro occidentales del siglo III a.C., junto a los pebeteros, acompañan un ajuar funerario. En El Cabecico del Tesoro (Verdolay), Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla), El Cigarralejo (Mula) o El Tossal de les Basses-Albufereta (Alicante) prolifera este tipo de ofrendas.

El ciclo figurativo de los ajuares funerarios ibéricos se cierra con una mezcla de mensajes pintados sobre la cerámica tradicional con

temas y motivos iconográficos fruto de los contactos culturales dominantes en su cronología, siendo interesante destacar que también algunas tumbas ibero-romanas, tardo-republicanas, albergan cerámicas de tradición ibérica, susceptibles de ser entendidas como concesión hacia lo autóctono por parte de los romanos de Hispania. Elche de la Sierra y El Tolmo de Minateda-*Ilunum* cuentan con buenos ejemplos de ello (ABAD y SANZ, 1995, 73-84).

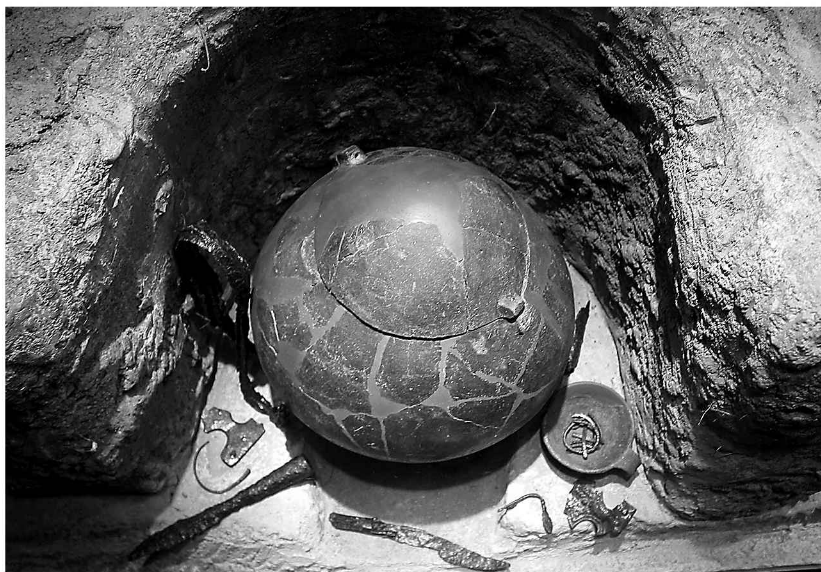


Fig. 4.1. Reconstrucción de la tumba del guerrero de Milmanda (Vimbodí) con urna de orejetas y ofrendas diversas. 600-550 a.C. (Museu Comarcal de la Conca de Barberá (fot. R. Graells).

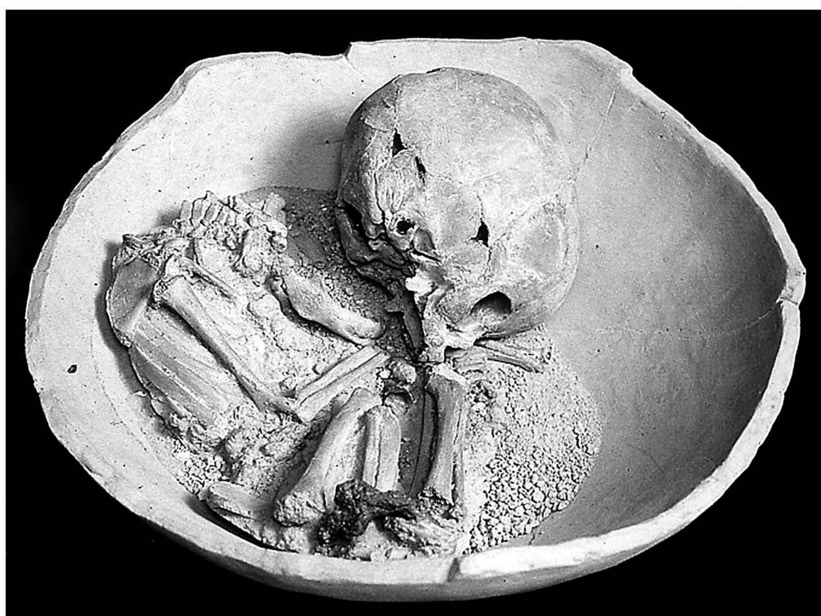


Fig. 4.2. Enterramiento infantil de Castellet de Bernabé (Liria), Museo de Prehistoria (archivo SIP, Valencia).

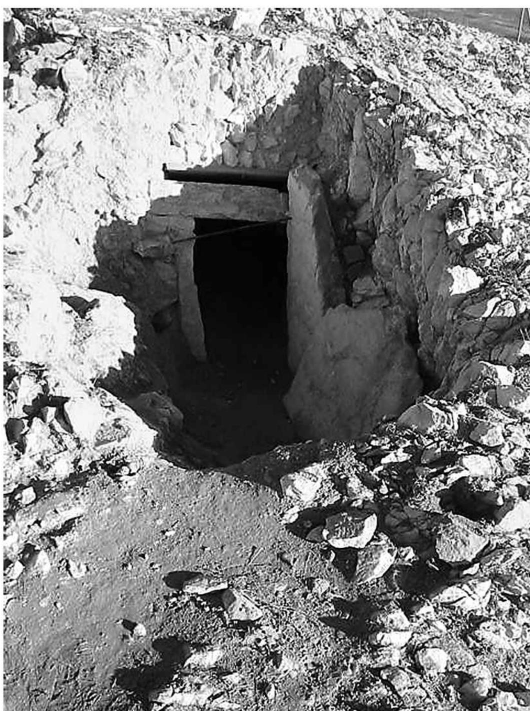


Fig. 4.3. Entrada a la cámara funeraria de Hornos de Peal (Jaén) (fot. CAAI, Univ. Jaén).



Fig. 4.4. Aqueloo echado conocido como «La bicha de Bazalote», MAN (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 4.5. Torre funeraria de Pozo del Moro (Chinchilla) (MAN).

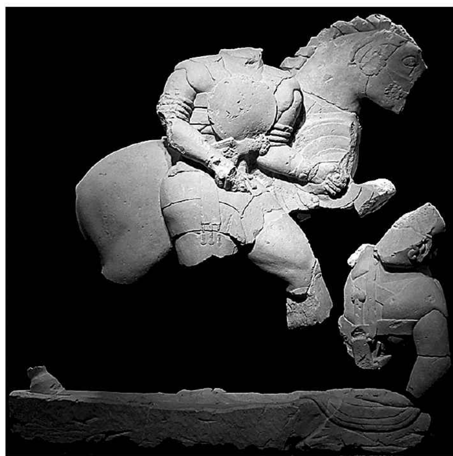


Fig. 4.6. Grupo del jinete desmontado alanceando a un vencido del Cerrillo Blanco (Porcuna), Museo de Jaén (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).

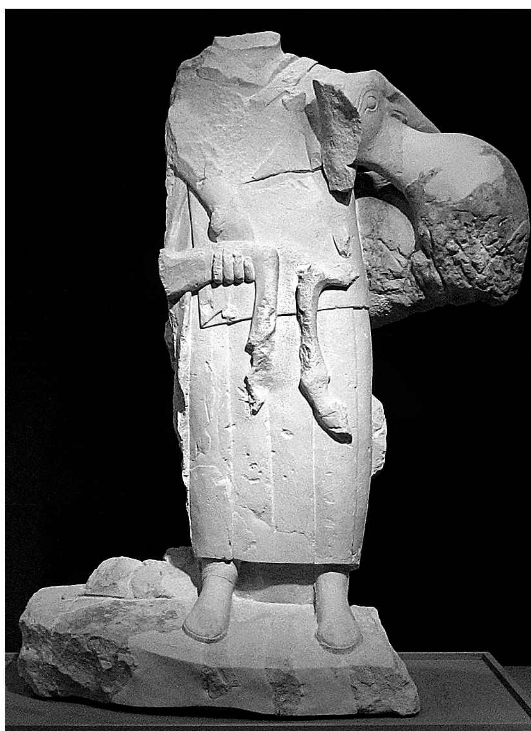


Fig. 4.7. Oferente con cabras del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén) (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 4.8. Torso de guerrero con disco coraza de La Alcudia de Elche, Museo de la Alcudia (archivo FUIA, Univ. Alicante).



Fig. 4.9. Pilar-estela de Monforte del Cid, Ayuntamiento de Monforte del Cid (fot. Arteguías).



Fig. 4.10. La dama de Baza presidiendo la tumba 155 del Cerro del Santuario (Baza) (fot. Presedo, retocada).



Fig. 4.11. Encachado tumular sobre nivel de cremación de la tumba de jinete 1 de Los Villares (Hoya Gonzalo) (fot. J. Blánquez).



Fig. 4.12. Representación de un jinete en el pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 4.13. La *auletris* de Osuna. Altorrelieve que decora la base de un monumento funerario hallado en Osuna. MAN (fot. MAN).

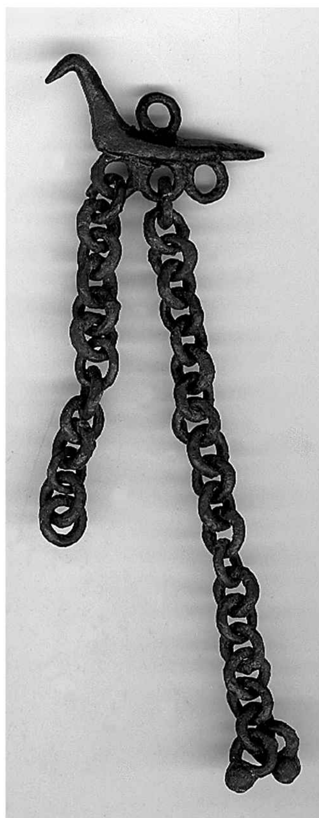


Fig. 4.14. Colgante de bronce de la necrópolis del Bovalar (Benicarló), Museo de Castellón (cortesía A. Oliver).



Fig. 4.15. Cratera ática de campana de la necrópolis de Los Nietos (Cartagena), 375-350 a.C. Museo de Cartagena (fot. Ministerio de Cultura, 2000).

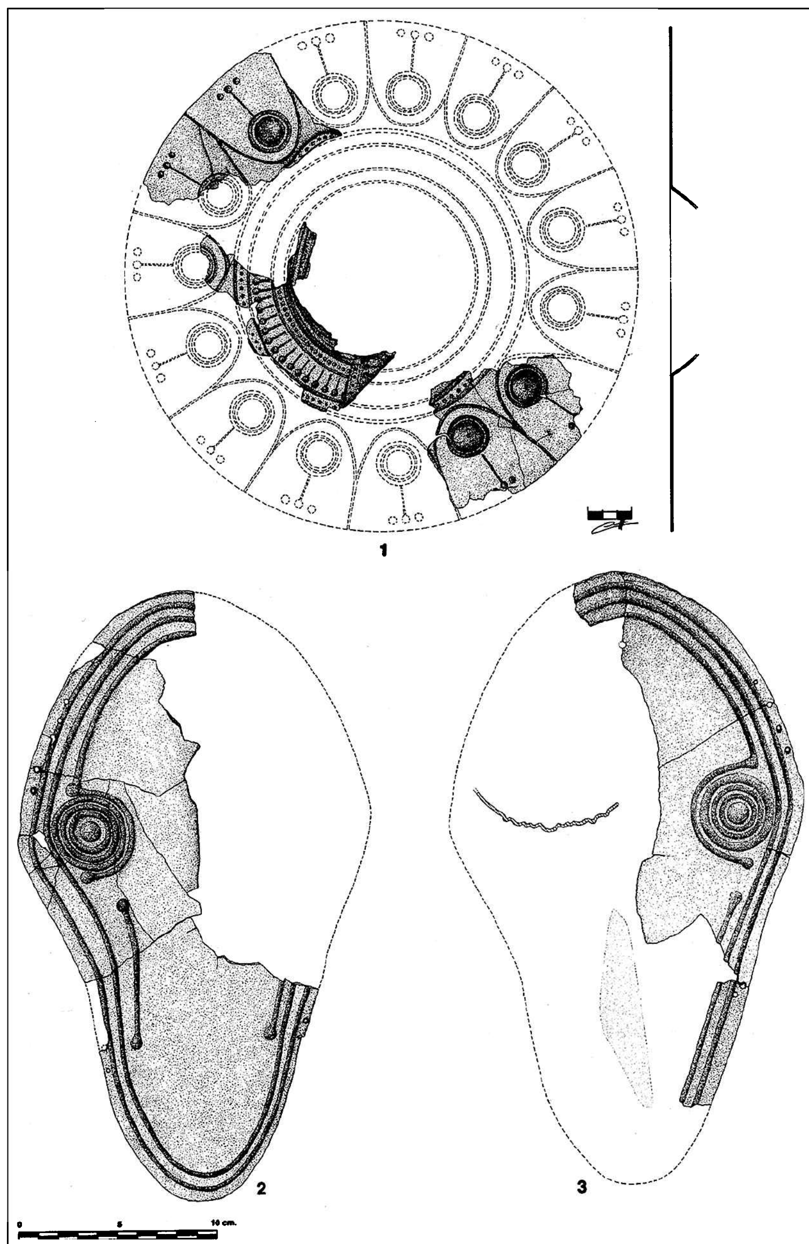


Fig. 4.16. Disco coraza y espinilleras del ajuar de la tumba 75 de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) MARQ, Alicante (dib. equipo excavaciones 1980-1985).



Fig. 4.17. Broche de cinturón de placa rectangular con nielado de plata, como el del exvoto adjunto (montaje fotográfico de C. Rueda).

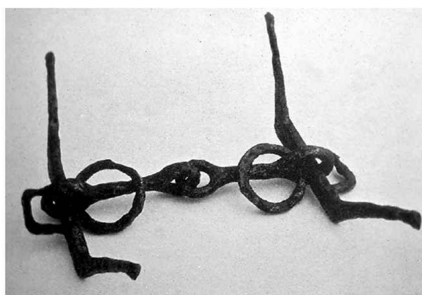
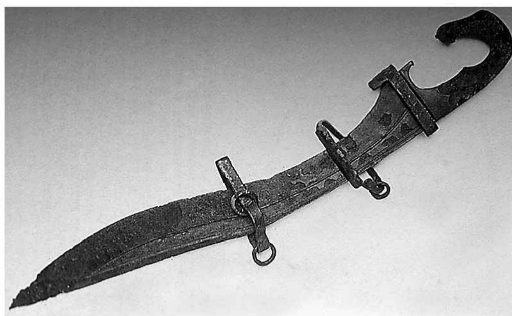


Fig. 4.18. Bocado de caballo de la necrópolis de Almedinilla (Córdoba) (fot. Ministeriod de Cultura 1983).



Fig. 4.19. Urnas de orejetas, características de las incineraciones ibéricas entre los siglos VI y IV.

Fig. 4.20. Falcata decorada con las anillas de la vaina de Almedinilla (Córdoba) (fot. Ministerio de Cultura 1983).



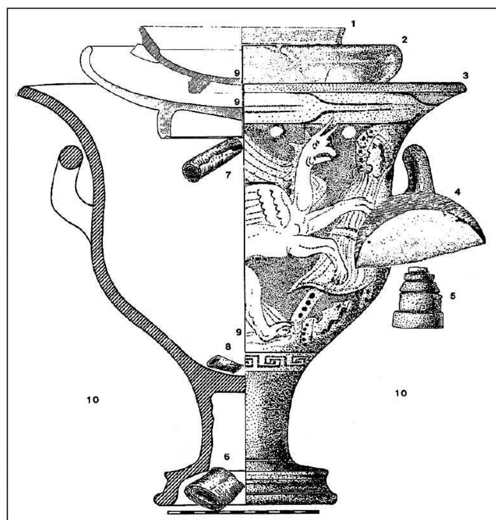


Fig. 4.21. Crátera átoca (375-350 a.C.) de la tumba de comerciante de Orleyl (Vall d'Uixó), con plomos inscritos enrollados; juego de pesas y platillo de balanza. Museo de Burriana (dib. N. Mesado).

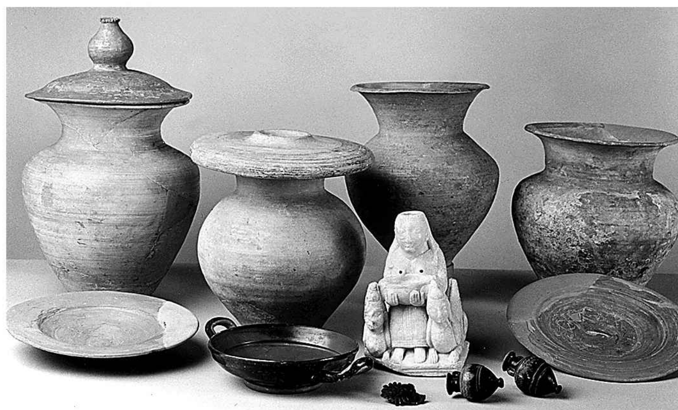


Fig. 4.22. Ajuar de la tumba 20 de Tútugi (Galera) (MAN).



Fig. 4.23. El rostro de la dama de Elche, MAN (archivo FUIA, Univ. Alicante).



Fig. 4.24. Escena pintada sobre un vaso funerario de la necrópolis del Cabezo del Tio Pío (Archena) (dib. H. Sandars y A. Heiss, retocado).



Fig. 4.25. Plato decorado con peces usado como tapadera de urna funeraria de La Hoya de Santa Ana (Chinchilla), tumba 0 (cat. Olmos *et al.* 1992).



Fig. 4.26. Enterramiento del Tossal de les Basses (Alicante), con casco de bronce y pebetero de terracota representando a Demeter-Koré, según P. Rosser, J. Elayi y J. M. Pérez Burgos.

CAPÍTULO 5

LOS SANTUARIOS: UN ESPACIO PÚBLICO DE COHESIÓN SOCIAL. LUGARES SAGRADOS. OFERENTES Y ORANTES. RITUALES

Tras las huellas de lo sobrenatural. Arqueología del rito

El mundo antiguo estuvo impregnado de mitos sagrados entendidos como explicación de todo lo que existía y como causa de todo lo que sucedía, bueno o malo, y, en él, el tiempo de los iberos fue el de los panteones politeístas todavía muy integrados en la naturaleza, pero ya organizados alrededor de divinidades imaginadas con aspecto humano, a veces significadas por formas animales o vegetales, o por un signo abstracto; la lechuza de Atenea, el creciente lunar de Tanit o el betilo son indicaciones de ello. El fondo de las creencias ibéricas tendría, así, necesariamente, muchos puntos en común con las distintas etnias mediterráneas de su mismo nivel de desarrollo aunque los mitos y sus contenidos fueran específicos en cada cultura. La invocación a un ser supremo protector, a las divinidades de la fertilidad, de la salud, de las lluvias, de los ganados, del mundo subterráneo y, en suma, a todo aquello que se consideraba imprescindible para que la humanidad prosperara sobre la tierra, existía en todas las religiones, aunque con distintos nombres o mitos y, lo que es más importante, con diferencias sustanciales en la manera de vincular las fuerzas sobrenaturales a los mortales y en el modo de practicar el hecho religioso, puesto que estos dos aspectos tienen un componente socio-político mucho más ligado a la situación humana que las creencias (FOGELIN, 2007, 55-71). Las etnias reforzaban su identidad practicando rituales propios: poniendo en ellos algo inalienable, lo que, sumado a una sociedad menos avanzada que la colonial, da

lugar a que los cultos ibéricos no puedan homologarse con los oficiales de Fenicia, Grecia o, pasado el tiempo, Roma. No hay evidencia, por ejemplo, de que los iberos tuvieran divinidades tutelares del *oppidum,* tan frecuentes en las metrópolis de Oriente y Grecia.

En lo religioso (Lévêque, 1985), el imaginario de las sociedades antiguas buscaba un entronque genealógico con las divinidades y, así, lo sobrenatural, en tanto que valor identitario, aparecía unido a los antepasados, quienes o bien lo transmitían a la posteridad, de padres a hijos, o bien lo otorgaban a un intermediario que se erigía en detentador del poder por designio sagrado y mediaba entre sus súbditos y los dioses, como fue característico de las monarquías sagradas orientales. Por el hecho de sacralizar la etnicidad, el panteón de cada grupo humano tendía a ser estable, ya que cualquier cambio planteaba una alteración de lo más profundo de los valores ancestrales si bien, en el curso de los contactos de unos pueblos con otros, se produjeron fenómenos de apropiación de formas, epítetos o sobrenombres sagrados ajenos, que se designan con el término *interpretatio,* e incluso se dieron casos de sincretismo, concepto que supone una mayor aproximación ideológica entre divinidades de panteones originalmente distintos pero que admiten recíprocamente algunas equivalencias.

Todo el antiguo Mediterráneo reconocía la piedad como algo no solo encomiable, sino también profiláctico para la comunidad, de ahí que se adoptaran formas sociales para expresarla, en privado y en público, más ostentosas que la profesión de la creencia en sí. Mediante el cumplimiento de ciertos preceptos se conjuraba la desgracia y con la celebración pública de los ritos de paso se afianzaba la cohesión étnica. La ritualidad así entendida demandaba espacios tanto en el interior del habitáculo familiar como en el exterior del mismo, especialmente cuando se celebraban liturgias comunitarias, pues en las sociedades de jefaturas lo religioso se fue transfiriendo de la casa (o tumba) del jefe a un ámbito colectivo específico grato a los dioses (fig. 5.1). La trasformación de estos lugares era, en principio, algo secundario, puesto que lo imprescindible era que la divinidad y los fieles compartieran la idoneidad de un entorno físico para comunicarse. El agua, el fuego, los cánticos, las plegarias, los aromas, los alimentos y hasta los gestos devotos propiciaban el encuentro con lo sobrenatural, en un paisaje potente (cuevas, montes, bosques, manantiales...) o en un contexto construido (témenos, altar, capilla, templo, santuario...), propicios para celebrar un rito, donde era frecuente dejar al-

gún donativo para pedir o agradecer un favor. Aquello que perdura de estas prácticas, ya sean edificios u ofrendas no perecederas, proporciona datos para estimar el rango de quienes frecuentaban el lugar, que, en consecuencia, puede adscribirse a un determinado grupo humano y, a veces, a una festividad estacional, a un rito de paso o a una feria en razón de los exvotos depositados.

En la época que concierne a los iberos, se sabía que había en la Península santuarios famosos por sus tesoros, según relatan los autores clásicos para casos como el de Hércules-Melqart (Str., III, 5, 5) en la antigua isla gaditana de *Kotinoussa* (Sancti Petri), donde, además de guardarse información sobre las rutas de navegación y prestar servicio a los navegantes fenicio-púnicos, había un prestigioso centro oracular, atendido por sacerdotes exclusivamente masculinos (GROTTANELLI, 1979, 107-133). Se sabía, también, que en el ámbito occidental los focenses se habían acogido a la protección de Ártemis, venerándola en *Massalia* y en sus colonias (PRALON, 1992, 51-55).

En las culturas protohistóricas peninsulares del área mediterránea, sin embargo, la jerarquía religiosa debía de ser muy sencilla, como pone de manifiesto el que no hayan transcendido ni teónimos, ni magistraturas sacerdotales propiamente dichas. Sin embargo, no cabe duda de que a medida que el culto se fuera transfiriendo a espacios públicos, la tutela y administración de lo sagrado iría recayendo sobre agentes especializados, que llegarían a constituir cofradías respetadas por los fieles, antes de la aparición del sacerdocio como grupo autónomo. Hasta ese momento, personas reconocidas por sus aptitudes o conocimientos religiosos, generalmente próximas a los círculos del poder, dedicarían una parte de su vida a cuidar de los lugares colectivos sagrados y a atender las ceremonias religiosas. Agentes al servicio del ritual, miembros de las elites o cercanos a estas, no constituyen propiamente un grupo sacerdotal autónomo, de la misma manera que los aristócratas guerreros no son militares de un ejército profesional.

¿Qué se puede decir, entonces, de la religión ibérica desde la arqueología? Reconozcamos que muy poco en lo que respecta a las creencias, ya que no hay fuentes literarias ni epigráficas que orienten sobre el panteón o sobre los principios en que se sustentaban. Solo en el caso de *Arse*-Sagunto, que es muy particular por estar afectado por la ruptura de hostilidades de Roma contra Aníbal en el 218 a.C., se ha contemplado la posibilidad de que la mención epigráfica de los magistrados *salios* («saltarines»), exclusiva de sus inscripciones latinas

de época altoimperial (*CIL*²/14, 349, 351, 352, 359, 365), aluda a una presunta cofradía guerrera ibérica (ALFÖLDY, 1984, 193-238), puesto que en la antigua Italia recibían este nombre los patricios de unas pocas ciudades que, en honor a Marte y, excepcionalmente, a Hércules, custodiaban los escudos y danzaban dando saltos para hacerlos chocar, aunque en Iberia la aparición de esa cofradía también podría entenderse desde la afirmación de la legitimidad romana sobre Sagunto, si se da crédito a que esta ciudad había sido la sede de una comunidad itálica antiquísima, como convenía a Roma, o bien si se interpreta la categoría de los *salios* saguntinos como un honor otorgado a los magistrados de Sagunto en agradecimiento a su contribución a la victoria romana en la segunda guerra púnica (218-202 a.C.). Tal honor latiniza la estirpe de la sociedad local, lo que pudo ser halagador para los arsetanos, pero no precisamente derivado de sus tradiciones.

Sobre la religión ibérica se puede decir algo más desde la perspectiva antropológica de la ritualidad y no pocas cosas relativas a hallazgos que se atribuyen a hechos religiosos por su singularidad o por carecer de una utilidad o función práctica, o bien, y sobre todo, a imágenes que representan en caliza, bronce o terracota una rica galería de orantes y oferentes en los distintos contextos sacros.

De hecho, corresponde a la estatuaria procedente de los santuarios la primera llamada de atención sobre la civilización de los iberos, con El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo) como principal núcleo de interés, tras el descubrimiento de la gran dama oferente en 1870 (SAVIRÓN, 1875) (fig. 5.2), que dejó en segundo plano la serie de pequeños bronces de los santuarios, principalmente andaluces (LANTIER, 1935). Fue un comienzo sembrado, lamentablemente, de dificultades, pues entonces se sabía tan poco de arte ibérico que la irrupción de falsificaciones en el mercado de antigüedades dividió a los arqueólogos entre los que aceptaron indiscriminadamente originales y piezas fraudulentas, como Juan de Dios de la Rada y Delgado (1827-1901), y los que rechazaron la autenticidad de cualquiera de ellas, especialmente a partir del momento en que Adrien Longpérier (1816-1882), conservador del Louvre, decidiera retirar por sospechosas todas las réplicas que se habían llevado como muestra de las antigüedades ibéricas a la sala del Jeu-de-Pomme con motivo de la Exposición Universal de París de 1878. Mientras la representación española, encabezada por el rey consorte Francisco de Asís de Borbón, se congratulaba de ocupar un puesto de honor en el protocolo, a la derecha del presi-

dente de la República Francesa y por delante del príncipe de Gales, como informaban pomposamente los cronistas de la época (LASHERAS, 2009, 122-123), la historiografía de la cultura ibérica cargaba con un descrédito tachado de engaño que generó serias dudas sobre la autenticidad de la escultura, con el consiguiente retroceso para la investigación, situación que el trabajo minucioso de José Ramón Mélida (1856-1933), Léon Huezey (1831-1922), Pierre Paris y, finalmente, la labor continuada de Augusto Fernández de Avilés (1908-1968) logró volver a poner en su sitio al cabo de cincuenta años.

Los lugares sagrados

Cuevas

Como bien observara Milagro Gil-Mascarell (1975, 281-332) para los casos valencianos, las cuevas siguieron siendo utilizadas en época ibérica, algunas como cobijo temporal esporádico y otras como lugares sagrados (GONZÁLEZ-ALCALDE, 2006, 187-248), coincidiendo con una costumbre acreditada en muchas otras culturas que las sacralizaban desde tiempo inmemorial, puesto que la mentalidad humana siempre las consideró como espacios liminales de la naturaleza que propiciaban el contacto con las poderosas fuerzas sobrenaturales del mundo subterráneo.

El culto en cuevas en la cultura ibérica recupera, por lo tanto, una tradición ancestral que perdurará hasta tiempos romanos y posteriores, reconocible en la fase ibérica en dos contextos muy distintos: el del este peninsular (Cova de les Dones, Millares; Cova de la Pinta, Callosa d'en Sarrià) y el del Alto Guadalquivir (Despeñaperros, Collado de los Jardines, Los Altos de Sotillo..., en la provincia de Jaén). El primero se caracteriza por la deposición en los sectores más recónditos de la caverna, donde a veces mana agua o llega un rayo de luz a la salida del sol en los equinoccios, de pequeños caliciformes grises y, con menos frecuencia, de copitas áticas, fusayolas, fíbulas o punzones, a modo de ofrenda sencilla, propia de cultos femeninos y, en general, rurales, ya que solo en contadas ocasiones se ha planteado que el centro religioso más importante de un asentamiento principal residiera en una cueva. La excepción se encuentra en Burriac (Cabrera de Mar), en la Layetania: La Cova de les Encantades (Montcabrer), que preside el paisaje del *oppidum* y ha proporcionado exvo-

tos de terracota en forma de Demeter-Koré, algún arma y broches de cinturón, además de los usuales microvasos, es el centro religioso del mismo (Coll y Cazorla, 1998, 275-283).

Los santuarios rupestres meridionales con exvotos principalmente de bronce se inician entrado el Ibérico Pleno y se presentan con indicios de frecuentación más relevantes, entre los que se cuenta la habilitación de rampas y terraplenes para facilitar su acceso (fig. 5.3). Son socialmente más ostentosos que las cuevas orientales, algunos con manantiales en su interior, como El Collado de los Jardines de Santa Elena, lo que no impide que haya también en el sur cuevas menores. En algunos casos, toman el relevo de las necrópolis monumentales como hito territorial, delimitando un área mucho más extensa que la de aquellas. Los abrigos rocosos del Collado de los Jardines (Santa Elena), Cueva de la Lobera (Castellar) y Alto de Sotillos (Castellar) se relacionan con el control territorial dependiente de la importante ciudad oretana de *Castulo* (Cazlona), a partir del siglo IV a.C. (Rueda, 2011), en una zona de tráfico de metales que tuvo en el bronce la materia prima de sus donaciones votivas tipo, más costosas y artísticas, por tanto, que las propias de las cuevas levantinas, y recogidas por millares hasta nuestros días. Se trata de representaciones humanas —prácticamente ausentes en las cuevas del Sistema Ibérico—, sin apenas excepciones, tipificadas en su iconografía que se ordena en series masculinas y femeninas (fig. 5.4) en las que se distinguen grupos de edad con actitudes estereotipadas que repiten hombres y mujeres, tipologías que se proyectan hasta una época avanzada con un empobrecimiento técnico y estético notables, que alcanza sus mínimos con los esquemáticos exvotos-aguja, especie de clavos con una cabeza humana en el extremo superior. Antes de que esto ocurra, son características las imágenes desnudas de jóvenes en plenitud sexual, las cuidadas representaciones con vestimentas llamadas «de volantes» señaladas con finas incisiones (fig. 5.5) en las que se ha querido ver una clase sacerdotal, las jóvenes con túnica ceñida a la cintura y cabello trenzado o los jóvenes vestidos de guerreros, a veces a caballo, y las mujeres con mitra y manto, que, en conjunto, parecen recordar la celebración de sucesivos ritos de paso propios de los niveles altos de una población autóctona que tutela el territorio a partir de santuarios establecidos en lugares beneficiosos para la salud y la fertilidad.

Pero las cuevas, de tradición milenaria, no suponen más que un tipo de espacio sacro ibérico.

Una nueva apropiación ritual del territorio

Como en tantos otros aspectos, la geografía ibérica no es uniforme en el proceso de configuración de nuevos lugares religiosos ni en la regularidad de su evolución. Si la apropiación simbólica del territorio se inicia con los yacimientos funerarios, debe tenerse en cuenta que las necrópolis de incineración, como morada de los antepasados, concentraron, en general, expresiones de ritualidad, pero que solo al sur del Júcar se produjo una afirmación de la memoria mediante la erección de monumentos figurativos. Estos hicieron a las necrópolis equiparables a los primeros santuarios de los que se tiene constancia en la cultura ibérica, a inicios del siglo V a.C. La expresión plástica en áreas de cementerios, como se ha indicado, ofrece dos modalidades: una gran escenografía con grupos escultóricos y la monumentalización con un programa más sencillo de la tumba individual, aparentemente confrontadas violentamente dadas las destrucciones primero de una y después de la otra. Puesto que ambas se sitúan en recintos exteriores al *oppidum,* se puede inferir que el despliegue de imágenes perseguía, asimismo, la apropiación ritual de un área o camino por parte de una elite y, de este modo, los casos del Cerrillo Blanco (Porcuna), Elche y Monforte del Cid podrían ser vistos como antecedentes del complejo del Pajarillo (Huelma), sin enterramientos, interpretado claramente como hito territorial. Este santuario monumental se elevó en el siglo IV a.C. (fig. 5.6), pero se mantuvo por breve tiempo, sobre una gran plataforma con acceso escalonado que domina el río Jandulilla, estratégico paso desde el Alto Guadalquivir a la Hoya de Guadix-Baza (Molinos *et al.,* 1998). Con un programa escultórico compuesto por figuras en acción, comparables, aunque en restringido, a las del Cerrillo Blanco (Porcuna), del que forman parte un guerrero con falcata, su perro, dos leones, dos grifos y un joven desnudo, el monumento tiene asociadas cerámicas, tejuelos y fusayolas susceptibles de lectura en clave de la frecuentación del lugar, cuyo estudio concluye destacando la afirmación aristocrática del conjunto sobre el territorio del *oppidum* de Úbeda la Vieja, probable *Iltiraka,* por la temática heroica y disposición de sus esculturas, aparentemente derruidas poco después de su construcción.

De acuerdo con esta secuencia de paisajes animados, se comprueba arqueológicamente un proceso de configuración de santuarios ibéri-

cos destinados a hacer visible la demarcación dependiente de un *oppidum,* que tuvo apenas un siglo de duración en su versión principesca de grandes relatos esculpidos, con un epílogo en El Pajarillo, pero que tendrá continuidad del siglo IV en adelante en versiones aristocráticas menos grandilocuentes, además de territorialmente distintas.

El caso de una tumba individual señalizada con una escultura que adquiere un significado ritual añadido tiene un buen exponente en el litoral suroriental ibérico. La antigua línea de la costa, junto a las paleo-desembocaduras de arroyos y ríos, está jalonada ostensiblemente de monumentos culminados por representaciones zoomorfas (LLOBREGAT, 1989, 145-159; 1972, 335-342) que, en conjunto, suponen una señalización identitaria de determinados tramos con salida al mar, desde Benidorm hasta, al menos, Los Nietos (Cartagena). Al toro echado del Molar (San Fulgencio), tal vez elevado sobre un podio, que se tiene como el más antiguo (siglos VI-V a.C.), se van añadiendo los toros y leones del Tossal de la Cala de Benidorm, Villajoyosa, La Albufereta/Tossal de les Basses, Vizcarra, El Parque de Elche (fig. 5.7), Guardamar del Segura y Cabezo Lucero (Guardamar del Segura), que forman una secuencia a su vez conectada con el retropaís, donde se repite este tipo escultórico. La Alcudia de Elche (*Ilici*) proyecta la imagen del león hacia La Escuera (San Fulgencio) (2,5 hectáreas de extensión), punto de su salida al mar en los siglos IV y III a.C., donde se encontró un plinto con zarpas de felino (NORDSTRÖM, 1967, lámina XIXe) en un complejo con espacios de almacenaje y una buena dotación de cisternas de planta ovalada, de reminiscencia púnica, ratificada por una ocultación importante de moneda hispano-cartaginesa. De ello resulta un litoral señalizado por imágenes totémicas de animales que, si bien aparecían en la toréutica y marfiles orietalizantes, son privativas en el Ibérico Pleno de unas aristocracias locales entre las que adquieren la categoría de signos que trascienden la temporalidad, creando un sistema en el que se implican varias ciudades para sacralizar el acceso a sus territorios desde el mar.

El mar

El litoral fue proverbialmente escenario adecuado para los santuarios, tanto por el significado religioso que tiene en sí, con numerosas divinidades tutelares, como por ser frecuentado por navegan-

tes de múltiples orígenes que demandaban un punto de apoyo donde cumplir, a la vez, sus obligaciones religiosas, con vistas a culminar con seguridad sus empresas, y obtener avituallamiento y garantías para cerrar tratos con las gentes del país. *Gadir* (Cádiz), *Baria* (Villaricos), *Ibusim* (Ibiza) y *Emporion* (Ampurias) —las colonias principales activas en el Mediterráneo protohistórico ibérico— tuvieron santuarios relacionados con el tráfico marítimo. La costa ibérica experimentó, como se ha indicado, este proceso, asistiendo a la fundación de centros religiosos junto al mar, muchos de cuyos restos contienen elementos predominantemente, aunque no del todo, extranjeros.

Los montes que se divisan desde altamar podían ser también sacralizados. El macizo del Montgó (753 metros sobre el nivel del mar) en la Marina Alta (Alicante) supone una referencia privilegiada para los navegantes que se aproximan al extremo oriental de la Península y cuenta con distintos yacimientos, bien en cuevas ocupadas desde el eneolítico (Cova Foradada, Cova Ampla, Cova del Montgó...), algunas con manantiales de agua y cerámicas rituales, o bien al aire libre para la protohistoria (Tossal de Santa Llúcia, Alt de Benimaquia, La Plana Justa, Jesús Pobre...) y romanización (Penya de l'Àguila...). En la cumbre, un triple lienzo construido en seco articula la cima denominada Penya de l'Àguila, que deviene un recinto con un posible pozo en el centro, sin apenas construcciones en su interior (fig. 5.8). Las cortinas edificadas son inoperantes para la defensa por su disposición aunque, sin duda, tuvieron alguna razón de ser. El horizonte marítimo que domina el ambiente que delimitan las hace susceptibles de definir el témenos de un espacio sacro, por qué no del santuario reclamado por los textos antiguos, en apoyo de lo cual puede aducirse el sentido con que se ha interpretado un caso, no igual pero comparable, en El Coberxo Blanc de Calescoves (Alaior) (ORFILA *et al.,* 2010: 439-477, figura 2). Aunque la Penya de l'Àguila no ha sido objeto de excavación (SCHUBART, 1963: 51-86), ha dado en prospección materiales de los siglos II y I a.C., que en absoluto agotan su registro. Entre estos hallazgos, Schubart señaló un fragmento ibérico decorado con las patas de un caballo, objeto poco explícito aisladamente, pero que pertenece a una pieza singular, no común.

Sin embargo, los textos clásicos que relacionan *Dianium* (Denia) con el *Artemision* de *Hemeroskopeion,* un observatorio elevado, y hacen derivar el nombre de la ciudad romana de un santuario foceo-masalieta dedicado a Ártemis-Diana (Str., III, 4-10; *OM,* 470-471), han

tenido hasta ahora escasa confirmación arqueológica, puesto que no se identificaban los restos existentes como aval suficiente de las fuentes escritas (Martín, 1988). No obstante, si se vislumbra con más amplitud el panorama arqueológico dianense, aparece, además de la serie de cuevas y los recintos en la cumbre, seguramente con una fase del siglo iv a.C. pendiente de estudio, una inusual concentración de hallazgos de objetos de valor entre Denia y Jávea (en la partida de Lluca, en Jesús Pobre, en el Montgó, en Pedreguer...), con extraordinarios tesoros monetarios compuestos por piezas procedentes de *Emporion, Massalia,* Messana, Selinunte, *Leontinos,* Siracusa, Corinto y hasta con un divisor de Cartago, además de algo de plata en bruto y fragmentos de medallones y cadenas de plata, de finales del siglo iv a.C. o, más tarde, con moneda de Ibiza del siglo iii a.C., riqueza que hay que sumar al depósito de joyas al que pertenece la diadema de Jávea y al hallazgo de otras interesantes gargantillas y colgantes de oro (Perea, 1996, 102-104; Perea y Aranegui, 2001). Todo ello podría tener su origen en un santuario litoral cuya titularidad podría ser contestana, tal vez sin un edificio destacado —ya lo es el monte—, que habría reunido ofrendas de calidad y valor, sobre todo, en el siglo iv a.C., cuando la frecuentación del lugar tiene un marcado carácter helénico. Desde una perspectiva numismática, el *tesoro griego* del Montgó no puede ser entendido en un marco estrictamente regional. En la vertiente mediterránea ibérica, los tesoros monetarios de esta cronología (los de Rosas, Pont de Molins, Tarragona, Morella y Orihuela, véase Villaronga, 1993) y también los hallazgos de menor entidad, como el del Puig de la Nau (Benicarló) (Oliver y Perea, 1999, 198-208), suelen tener plata sin acuñar y, siempre, piezas numismáticas emporitanas, masalietas y, algunos, de diversas ciudades griegas de Sicilia y del sur de Italia, así que, de acuerdo con Ripollès (2009, 62-75), constituyen conjuntos comparables entre sí, que no son el resultado de la circulación local, sino que llegaron formados a los lugares de ocultación, como una riqueza acumulada por gentes de mar que transitaban por puertos griegos y por el corredor mediterráneo ibérico, las huellas de cuya presencia parece que estuvieron, dadas las consiguientes ocultaciones en distintos puntos próximos al Montgó, expuestas a un saqueo coetáneo a la destrucción de ciertos *oppida* y plazas fuertes contestanas (véase capítulo 3). A continuación, hacia el siglo iii, los atesoramientos de esta zona indican contactos con la Ibiza púnica (Aranegui, 1996b, 13-27).

El Montgó, de este modo, se presentaría como un punto sagrado estratégico en el que interactuaban foceo-masalietas e iberos en el siglo IV a.C., clientela de cultura y riqueza que no tiene que ver con las de la mayoría de santuarios ibéricos que atesoraban exvotos. Alicia Perea ve en la diadema de Jávea una sofisticada orfebrería debida a manos griegas o magno-griegas (véase capítulo 8), así que no se puede descartar que artesanos de esta procedencia trabajaran cerca de un santuario en el que los contestanos del cabo de la Nao establecerían tratos con los comerciantes de Marsella, Rosas y Ampurias. Esta lectura, basada en el registro arqueológico, justificaría el nombre que los romanos dieron a la ciudad más importante de esta costa, *Dianium,* inverosímilmente *inventado* sin ninguna base histórica.

De aceptarse la propuesta del santuario en el Montgó, hay que señalar, para concluir, lo poco habitual en el área ibérica de lugares sacros con ofrendas reiteradas de monedas y joyas, excepción hecha del Castellet de Banyoles (Tivissa) (RADDATZ, 1969, 258-264), que no es ni un caso idéntico, ni de la misma cronología, puesto que aquí se trata de un *oppidum* que domina un estratégico sector del Ebro, de datación centrada en el siglo III a.C., involucrado en el bando romano en la segunda guerra púnica.

El Tossal de la Malladeta (Villajoyosa), en curso de estudio, es también un santuario litoral con exvotos femeninos de terracota, que igualmente sufrió una destrucción en el siglo IV a.C., rehabilitándose su frecuentación en época ibérica tardía y durante el periodo julio-claudio, lugar sacro que habrá que considerar cuando se despeje la titularidad colonial (sede de *Alonis*), ibérica o mixta del establecimiento.

Otros hallazgos arqueológicos costeros dan muestras que obedecen a otros códigos de prácticas rituales. Cuando se descubrió un pozo votivo (*favissa*) en El Bordisal (Camarles), en la desembocadura del Ebro, con muchas terracotas en forma de cabeza de Deméter-Koré (fig. 5.9), en buen estado de conservación, datadas hacia el último tercio del siglo IV a.C., empezó a replantearse el significado de estas piezas y su valoración en medio ibérico (HORN y MARÍN, 2007). Se trata de representaciones que llegan al ámbito indígena peninsular a través de contactos púnicos, de los que el ejemplo más próximo es el que descubrió Luis Siret (1869-1934) en la falda del Cerro de Montroy, a las afueras de Villaricos, antigua *Baria* fenicio-púnica (LÓPEZ CASTRO, 2004, 77-90). Al transferirse, estas piezas se recontextuali-

zan y pierden la función de quema-perfumes, no asociándose a lucernas, como es usual en Cerdeña (Campanella y Garbati, 2008, 11-48), ni tampoco, con claridad, al consumo de alimentos (Bonet, 1995, 177-201). Entre los iberos pueden presentarse uno, dos o tres de estos ejemplares en casas o tumbas, pero cuando en el Bajo Ebro o en el santuario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) (Garcés, 1993, 207-226; García Cano y Page, 2007) se recuperan en mayor cantidad con características de depósito ritual, sugieren una práctica de religiosidad con connotaciones externas, celebrada en territorio ibérico, que se sirve de modelos iconográficos fabricados localmente, con la consiguiente variación de algunas de sus características formales, circunstancia que plantea la movilidad de los grupos étnicos y traduce la complejidad de la interacción púnico-ibérica.

Por el contrario, cuando los estudios recientes sobre La Illeta dels Banyets de Campello (Olcina, 2005, 147-178) identifican una capilla (7,90 x 8,08 metros) orientada de sureste a noroeste según los puntos cardinales, con una repisa para ofrendas, un pequeño altar de piedra caliza y el hallazgo de un quema-perfumes parecido a los de Camarles, se vuelve a plantear la cuestión de la titularidad de este lugar sin par, puesto que, a pesar de que detrás de dicha capilla se hubiera enterrado un depósito de armas ibéricas, del que forman parte una falcata y un mango de escudo, este caso muestra una adaptación y contexto distintos, en cuanto que todo el yacimiento adquiere una *facies* púnica dominante salvo el depósito de armas, mostrando otro caso de apropiación y ritualización del litoral.

En el Castillo de Guardamar del Segura (Abad, 1992, 225-237), en una posición que domina el horizonte del mar, también se han encontrado muchos exvotos-pebeteros en forma de cabeza de Demeter, de un estilo local muy simple y de una cronología indeterminada, que podría llegar hasta el final del siglo III a.C. o más.

A partir de estas evidencias, la agrupación de estos *thymiateria* o quema-perfumes —usados como exvotos— se entiende en Iberia desde la perspectiva de un ejercicio ritual propio, sobre todo, de la costa y *más bien* púnico, mientras que cuando se trata de hallazgos sueltos, se advierte que existe una red de contactos ibéricos, identificable a través de este objeto, que se ha podido convertir en elemento de prestigio y no tiene por qué implicar la difusión de una misma divinidad. Por lo tanto es conveniente examinar cada contexto para decidir si se trata de un fenómeno de sincretismo, o bien, simplemente, de os-

tentación, unido a una pieza cuya posesión da realce, pero que ha perdido su significado religioso original, confirmándose una prolija lectura ritual característica de la costa ibérica articulada con el Estrecho y cercana a la isla de Ibiza, con distintos exponentes de hibridación. En líneas generales, estos pebeteros disminuyen sensiblemente en la Iberia suroriental tras la derrota de Aníbal en Baécula (205 a.C.).

Los caminos

Los santuarios en vías terrestres fueron aumentando su radio de acción y ganando importancia hasta consolidar un modelo de ámbito federal típico del Ibérico Pleno, como fue El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo) (RUANO, 1988, 253-273) que reemplaza y supera el del santuario en los confines de un *oppidum* (fig. 5.11). Muy probablemente El Cerro de los Santos dominaba un itinerario, consensuado por varios *oppida,* en la ruta que une la costa mediterránea central y la Alta Andalucía, popularmente llamada «Camino de Aníbal», coincidente con el posterior trazado de la Vía Augusta en el tramo que se adentra desde *Saetabis* (Játiva) hacia *Castulo* (Cazlona) (SILLIÈRES, 1977, 31-83). En efecto, el paraje manchego donde se halla El Cerro no tiene asociada ninguna población próxima, a diferencia de otros casos; es rico en manantiales y en minas de sal que debieron determinar la elección de un lugar propicio a los ganados, donde los restos arqueológicos constan de algunas construcciones menores y de un templo *in antis* asociados a una inmensa cantidad de objetos de tipologías repetidas, entendidos como ofrendas a partir de las observaciones anotadas por Carlos Lasalde Nombela, miembro de la congregación de los escolapios de Yecla y pionero en las excavaciones en el último tercio del siglo XIX. Algunos estudios contemporáneos han sugerido que el santuario pudiera corresponder a los topónimos ibéricos bien de *Egelasta* o de *Ikalosken,* propuesta que no se ha confirmado. En el listado de postas, a partir de Cádiz, inscrito sobre unos vasos de plata en forma de miliario romano de principios del siglo I, conocidos como *vasos de Vicarello* (Museo de las Termas, Roma) por el complejo termal donde aparecieron, este punto coincide con una estación llamada *Ad Palem.* Este topónimo alude a una divinidad menor itálica, *Pales,* protectora de los ganados y de los pastores, y es muy posible que fueran los antiguos ganaderos ibéricos los más interesa-

dos en dominar simbólicamente esta vía agropecuaria haciéndose visibles en su santuario, lo que daría pie a que los romanos designaran después el lugar como lo hicieron.

El nombre moderno se debe al hallazgo de esculturas de caliza desperdigadas por una zona que solo al final del siglo XIX mereció atención académica, cuando muchas ya habían ido a parar a colecciones particulares en las que se mezclaron con las numerosas falsificaciones que el relojero de Yecla había vendido para confusión de propios y extraños. Con el tiempo, fueron recuperadas y seleccionadas rigurosamente por distintos expertos y pueden contemplarse en museos, sobre todo en el Arqueológico Nacional y en el Provincial de Albacete, así como en el Musée des Antiquités nationales de Saint-Germain-en-Laye en lo relativo a las colecciones de piezas pertenecientes a Francia (RUANO, 1987).

El Cerro de los Santos fue frecuentado tal vez desde finales del siglo V a.C. y, con seguridad, desde el IV hasta el I a.C., con un auge extraordinario hacia el 150, según se deduce de piezas de armamento, elementos de indumentaria (fíbulas, broches de cinturón metálicos...), pequeñas joyas, estatuillas de bronce y vasos cerámicos que constituyen su variado depósito votivo (SÁNCHEZ GÓMEZ, 2002). Pero la serie de ofrendas indudablemente más representativa e interesante son las esculturas de piedra, exvoto-tipo en este lugar (TRUSZKOWSKI, 2006). Se trata de más de un centenar de representaciones masculinas y femeninas en bulto redondo, de tamaño algo menor que el natural o bien medianas, casi siempre de cuerpo entero, en las que lo primero que llama la atención es la ausencia de la categoría de varones guerreros y, en segundo lugar, la ausencia de desnudos, ambos tan característicos en los pequeños bronces de Jaén y Murcia. En Montealegre los hombres visten túnica, a veces adornada, se cubren con manto y se distinguen por lucir peinados y adornos que realzan su prestigio, como la tira cruzada bajo el cuello, el brazalete serpentiforme o, con más frecuencia, un pendiente anular en la oreja (ARANEGUI, 1994, 115-138), siempre distorsionada, como si exagerar su tamaño repercutiera en ser mejor escuchado por la divinidad a la que invocan en actitud oferente, sin que sea evidente la diferencia de edad de los personajes. Las imágenes femeninas, algo menos numerosas, adquirieron protagonismo a partir del hallazgo de la gran dama oferente (1,63 metros de altura) en las excavaciones de 1870, la cual, ante la indiferencia de las instituciones oficiales, fue adquirida por Antonio

Vives Escudero (1859-1925), el mayor coleccionista de antigüedades de aquellos tiempos, y luego recuperada por el Museo Arqueológico Nacional. Su silueta maciza, estricta frontalidad, excesiva descripción plástica de ropajes y joyas y falta de articulación anatómica, son comunes al primer conjunto de la estatuaria humana del Cerro de los Santos que hace gala de un lenguaje estético efectista, basado en lo accesorio, en detrimento de la anatomía de los personajes, genuinamente ibérico. En la serie femenina sí que se reconocen grupos de edad: las figuras en pie, con un vaso caliciforme y el cabello trenzado aluden a un segmento juvenil distinto al de las mujeres con mitra sobre la cabeza, más maduras, y al de las mujeres sentadas en un sillón con las manos sobre las rodillas, probablemente matronas. Casi todas ellas llevan vestimentas de gala, con túnicas superpuestas y pesados mantos de lana y, sobre todo, llevan collares, brazaletes, sortijas y adornos en el pelo que las caracterizan como pertenecientes a la cúspide de la sociedad que domina el santuario.

Aunque se trata de ejemplos muy contados, algunas esculturas de caliza presentan una inscripción ibérica sobre el busto. En una de ellas se lee *ba-s-tu-l-a-i-cu-m,* texto que se ha propuesto como testimonio de un acuerdo colectivo con las gentes de la Bastetania, ratificando el carácter federal del Cerro, escenario de encuentros entre distintos territorios ibéricos, ahora organizados mediante la complicidad de elites de distintos *oppida*. También un personaje que viste la toga tiene grabado sobre el torso su nombre en genitivo, *L. Licini,* que denota el voto realizado por un individuo latinizado a su paso por el lugar con el fin de participar en el ritual junto a los demás, desde su probable condición de liberto, cuando el santuario entró en el mapa de la primera romanización.

En definitiva, a tenor de los exvotos, la clientela que se exhibe en este santuario se hace reconocible por distintos exvotos aunque destaca la escultura caliza por la generosidad de los paños de sus vestidos y por el ornato de sus hombres y mujeres, con datos iconográficos que tienen suficientes puntos en común con las estatuillas andaluzas de bronce, sobre todo con las femeninas, para considerar que ambos repertorios son culturalmente afines, pero también suficientes diferencias como para situarlos en contextos distintos. En clave del origen de sus respectivas fuentes de riqueza, se podría decir que en Montealegre se contempla la ritualidad de una jerarquía de ganaderos, curtidores y productores de tejidos de una irradiación territorial

amplia, que proyecta su prestigio hacia matronas, esposas y muchachas que, excepcionalmente, realizan la ofrenda emparejadas con un hombre (fig. 5.12). En Sierra Morena, sin embargo, se trata de grupos minero-metalúrgicos afincados en el *oppidum* que manifiestan su adscripción al territorio con los exvotos desnudos con clara indicación del sexo, insistiendo en su arraigo autóctono, que refuerzan repitiendo sucesivos ritos de paso a lo largo de sus vidas y dando protagonismo al grupo de los guerreros.

Más cerca del litoral suroriental predominan ofrendas de figuritas de terracota (fig. 5.13), materialmente menos valiosas y con una iconografía más abierta a las representaciones mitológicas clásicas, sin presencia de guerreros. Estos son los matices de las expresiones ibéricas figurativas ligadas a la ritualidad.

No hay indicios de que ninguno de estos repertorios de imágenes sufriera destrucción intencionada en la antigüedad; por el contrario, se aprecia cómo fueron adoptando innovaciones debidas al contacto con Roma una vez concluida la segunda guerra púnica. Con el paso del tiempo, los exvotos de terracota con representaciones de Minerva, Mercurio y Venus fueron sustituyendo a los tradicionales de bronce en Los Altos del Sotillo (Castellar) (Rueda, 2011) y la indumentaria masculina fue acusando influencias del centro de Italia al vestir la *toga praetexta* algunos de los exvotos, como es evidente, sobre todo, en El Cerro de los Santos, que, hacia mediados del siglo II a.C., recibirá la dotación de un pequeño templo *in antis* (Noguera, 2003, 151-208).

Algo semejante ocurre en el santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz) (Brotóns *et al.,* 1998, 11-69), junto al poblado de Los Villares, en un lugar donde se habían ofrecido previamente pequeños objetos, como fíbulas anulares de plata, diminutas láminas decoradas de oro y plata, terracotas, copitas con leche y miel y rudimentarias figurillas de piedra, con paralelos en Jaén y Córdoba. La Encarnación no dejará de crecer como santuario hasta época romana altoimperial, pues el enlace de Caravaca tanto con la cuenca minera de Cartagena como con las de Jaén y Granada debió de redundar en su enriquecimiento del mismo modo que ocurrió en el santuario de La Luz (Murcia) (véase capítulo 9).

La conclusión que se extrae de estos datos es que la red de santuarios federales que controlaba no ya el territorio de un *oppidum,* sino las rutas de largo recorrido debía de constituir un sistema tan impor-

tante en la organización económica del sureste ibérico que implicó, en primer lugar, a las elites ibéricas y, más tarde, fue una red tenida en cuenta por Roma, tan pronto como comenzaron a delimitarse las provincias hispanas (198 a.C.), hasta el punto de que en ella se construyeron los más antiguos edificios religiosos de tipología itálica.

Como contrapunto, hay materiales votivos en zonas altas que dominan un eje de comunicación que solo se distinguen por la acumulación de vasos fragmentados en determinados puntos al aire libre con alguna terracota (Pérez Ballester y Borredá, 2004, 274-320), como es el caso de los llamados santuarios bastetanos de las altiplanicies granadinas y valles adyacentes, con dataciones que van del siglo v al ii a.C., sin tener siempre asociados ni exvotos figurativos, ni estructura edificada alguna (Adroher, 2008, 237-238), lo que los sitúa a un nivel secundario respecto a los anteriores.

El oppidum

El templo B del Puig de Sant Andreu (Ullastret) (fig. 5.14), apenas veinte kilómetros al oeste de Ampurias, constituye una excepción porque es un edificio exento de planta rectangular alargada, datado entre el 425 y el 350 a.C., que está en el interior de un *oppidum,* en un barrio ocupado por viviendas (Casas *et al.,* 2005, 989-1001). Consta de una *pronaos* de unos diez metros de longitud con columnas, que tiene en su centro un podio cuadrado, y de una *cella* (11,41 x 5,57 metros) a la que se accede por una puerta de 1,9 metros de luz. Dos hallazgos de su excavación se interpretan con significado ritual: un cántaro de cerámica ibérica pintada decorado con un rostro en relieve y un cráneo de cánido. A finales del siglo iii o principios del ii a.C., dos templos *in antis* (A y C) con pavimentos de *signinum* y una cisterna dejan constancia de un santuario en la cima del poblado, con orientación distinta al primero y con ofrendas de máscaras de terracota con la representación de Gorgona en el edificio A. Orientación y exvotos suponen un cambio de ritualidad con respecto al primero de los templos, lo que da lugar a que los segundos se expliquen por la especial influencia helenístico-romana en la zona tras el abandono del *oppidum.*

La huella púnica persiste, por su parte, en el sur. Del área intramuros de *Castulo* (Cazlona) proceden restos de lesenas, capiteles lotiformes, frisos florales y fragmentos de gola egipcia originalmente

integrados en una capilla o altar del que ha sido posible proponer la restitución de su fachada (Lucas y Ruano, 1990, 43-64), susceptible de ser datada en época ibérica.

Pero, en general, las estructuras identificadas como santuarios públicos de las ciudades ibéricas de época plena no tienen una planta arquitectónica de inspiración oriental o clásica, ni tampoco rigen el orden urbanístico de su entorno. Suelen estar integradas en el callejero y distinguirse por alguno de sus equipamientos, además de por los usos que sus hallazgos certifican. Así sucede en el santuario oretano del *oppidum* del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), compuesto por varias estancias de las que destaca la sala llamada de los tres betilos, conjunto que se completa con un depósito exterior, hallado bajo la calle a modo de ofrenda fundacional, con cerámicas, un asta de ciervo, una falcata y otros objetos, todos quemados, datados en el siglo III a.C. (García Huerta y Morales, 2002, 217-238).

En *Edeta* (Liria) el santuario denota haber estado activo entre los siglos IV y II a.C. Se compone de un edificio con una antesala provista de una *favissa* que da paso a una sala cubierta (7,2 x 3,7 metros), pavimentada con adobes en su sector central, con un hipotético betilo, en la que un pequeño pozo con la base enlosada contenía instrumental agrícola de hierro, elementos para tejer, restos de platos decorados con peces y terracotas quemadas de poca calidad en forma de cabezas masculinas y femeninas, si bien lo que destaca es la concentración de vasos con escenas pintadas de variada temática (fig. 5.15), todo ello interpretado en relación con rituales votivos (VVAA, 1997b).

En la parte superior del cerro del Amarejo (Bonete) (Broncano, 1989) se identificaron unas estancias acopladas a las curvas de nivel, bien orientadas astronómicamente (Esteban, 2002, 81-100), donde había instalaciones para producir cerveza y para moler grano así como pequeños espacios de almacenaje junto a objetos rituales, con presencia de exvotos-pebeteros en forma de busto de Demeter-Koré, en parte quemados, como ocurre en algunos silos amortizados del noreste ibérico. Al exterior, un pozo de cuatro metros de profundidad excavado en la roca había sido utilizado a modo de *favissa* para depositar primeros frutos, restos de pequeños animales y multitud de objetos de uso personal más o menos valiosos, principalmente femeninos, entre los que apareció una pequeña tira de bronce con inscripción ibérica. Este complejo, por tanto, combina usos que pudieron estar relacionados con la manera de celebrar, en un contexto productivo, por

ejemplo, un ciclo agrícola y con la donación de un objeto simbólico, ligado a contactos externos, por parte de los participantes.

Otras veces el santuario ocupa un punto topográfico dominante en la ciudad, como ocurre en La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penàguila) en una zona identificada por Camilo Visedo Moltó (fig. 5.16). La cima de este *oppidum* de más de cinco hectáreas de extensión, a casi mil metros de altura, tuvo un espacio sacro venerado en toda la comarca, todavía visitado en época romana, donde los devotos iberos depositaron, entre el siglo III y el 175 a.C., pequeñas terracotas hechas a mano y a molde, con representaciones femeninas, salvo alguna excepción, ataviadas a la manera ibérica y muchas de ellas con los brazos cruzados sobre el vientre y la mirada dirigida hacia arriba. En este conjunto también se han recogido exvotos en los que aparece un pequeño grupo de personajes, con paralelos en la necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay) (García Cano y Page, 2004, 126), así como algunos de los escasos exvotos-cabeza de la coroplastia ibérica, con probabilidad pertenecientes a la fase del siglo II (Juan, 1987-1988, 295-329). Todo ello ocurre en un centro de transacciones comerciales que ha proporcionado más de doce plomos inscritos en ibérico, una cuarta parte de ellos en grafía greco-ibérica como la utilizada en los grafitos cerámicos de Campello, o en los plomos de Jumilla y Mula, sedes igualmente de santuarios. La Serreta reclama además un valor sagrado para la habitación en la que se recuperó el grupo modelado en arcilla que muestra en el centro a una mujer amamantando a dos niños, con un ave a su lado, rodeada por un cortejo en el que dos músicos tocan la flauta doble (Grau *et al.,* 2008, 5-29) (fig. 5.17), instrumento asociado a la mujer en la pintura cerámica coetánea (Fuentes, 2006, 29-74). Como en muchos otros santuarios de la cuenca mediterránea occidental, en época romana la ofrenda tipo en este lugar consistirá, primero, en lucernas y, después, en monedas. En la memoria colectiva no parece que perdurara la fecundidad femenina como invocación propia del santuario.

La considerable cantidad de hallazgos monetarios, joyas y, en particular, los objetos litúrgicos procedentes del Castellet de Banyoles (Tivissa) sugiere la existencia en este importante *oppidum* ilercavón del Bajo Ebro de un espacio religioso, si bien, hasta el momento, solo una estructura de planta rectangular, pavimentada con adobes, localizada en la zona central, se presenta con posibilidades de ser un depósito votivo (Álvarez *et al.,* 2008, 87-102).

Es, sin embargo, frecuente que el santuario se instale en las cercanías del poblado, tal vez buscando un ambiente más abierto o más neutro que el del interior de la ciudad. En El Cigarralejo (Mula), Emeterio Cuadrado Díaz (1907-2002) excavó en 1945-1947 un complejo construido sobre un cerro pequeño, cerca del río, que dio a conocer un caso muy particular en el que un edificio de piedra de 29 x 12 metros se presenta dividido en estancias cuadradas escalonadas que se comunican a través de un corredor central, de las que una (4,55 x 5,15 metros), a cielo abierto, tiene una *favissa* en la que fueron recuperadas 179 pequeñas esculturas de arenisca local y restos de muchas más, mezcladas con pequeños objetos metálicos, placas con huellas de pies y manos, con algún arma en miniatura y escasos fragmentos de vasos cerámicos, entre los que hay alguno ático de finales del siglo IV a.C. En este depósito, las representaciones humanas son escasas y de calidad mediocre, pues lo que predomina y muestra mejor factura son los exvotos en forma de caballo enjaezado (fig. 5.18), de mula —a veces se trata de yuntas— y los burros, con un ejemplo extraordinario de tiro de carreta. El ganado equino debían caracterizar a la población y enriquecerla, teniendo en cuenta no solo el prestigio de los jinetes en la sociedad, sino también la rentabilidad de la cría de caballos para el trabajo y el transporte en aquellos tiempos.

El espacio ritual en la casa aristocrática

Pese a que en el tiempo de los iberos la ritualidad fue transfiriéndose del ambiente privado al comunitario, la cultura del Ibérico Pleno cuenta, todavía, con ejemplos de lo que podría considerarse un segundo nivel de lugares rituales a escala suprafamiliar, ubicados en casas de dimensiones superiores a la media, situadas tanto en *oppida,* como en ciudadelas o en aldeas. Lo que se considera en estos casos un ambiente para la celebración de rituales suele tener un hogar distinto al doméstico, que al ser excavado aparece acompañado por objetos o restos ajenos a la cotidianeidad, normalmente enterrados en hoyos tras su uso. En Mas Castellar (Pontós) se ha estudiado muy bien la casa 1 del establecimiento agrícola (véase capítulo 3), compuesta por habitaciones techadas separadas por patios, con infraestructuras productivas diversas y abundantes provisiones alimenticias, en el contexto de un campo de silos cuya extensión supera las

2,5 hectáreas. En el patio central de dicha mansión se encontró una fosa de dos metros de diámetro que podría haber servido para contener agua, pero que se había usado, finalmente, para enterrar restos de perros, así como un ara de mármol pentélico, voluntariamente inutilizada, todo ello frente a un hogar central, en un ambiente en el que también se hallaron vasos con sustancias alucinógenas, contexto, en su conjunto, que indica hechos sacrificiales y de comensalidad extraordinarios (Pons *et al.,* 2011, 205-210).

En El Puntal dels Llops (Olocau) y en Castellet de Bernabé (Liria), en espacios no diferenciados del resto por su extensión, se ha observado que habitaciones con un enterramiento infantil en el subsuelo y un hogar no estrictamente culinario concentran terracotas, pebeteros, vajillas y restos de fauna que indican la repetición de prácticas rituales (Bonet, 2010, 177-201).

Ofrendas propiciatorias

El ritual es la vertiente social del hecho religioso y como tal tiene una estructura que reproduce la de la sociedad que lo practica. Tras el antecedente que se ha denominado principesco, con los programas escultóricos monumentales de los iberos del sur, los santuarios del Ibérico Pleno (siglos IV y III a.C.) cambiaron radicalmente la escenografía y expresión de la religiosidad, mostrando nuevas formas sometidas a variaciones regionales. Ahora la visita a un santuario exigirá una donación concreta relacionada tanto con la ceremonia en la que se va a participar como con la súplica que se eleva a la divinidad. Una comida compartida en un marco sacralizado podía suponer el sacrificio de animales o la degustación de comida y bebida a los que los fieles deberán contribuir. La autorización para efectuar un trayecto o un negocio podía estar gravada por una tasa o tarifa a modo de limosna. El dejar constancia de un rito de paso impondrá una ofrenda. Y todas estas acciones podrán acompañarse de liturgias con cánticos y danzas, ser iluminadas por el fuego de antorchas, perfumadas con aromas o adornadas con flores y plantas, aunque de ello se recojan escasos restos materiales en las excavaciones arqueológicas.

Lo más significativo de la cultura ibérica es que el exvoto con forma animal o, con mucha mayor frecuencia, humana, siempre masculina y femenina, discrimina unos santuarios de otros, situando

aquellos que carecen de imágenes, como, por una parte, la mayoría de las cuevas de la vertiente oriental y, por otra, casi todas las estancias rituales de las casas aristocráticas, a un nivel muy distinto del resto. Por lo que se sabe, la invocación a la divinidad más característica y generalizada en santuarios de las áreas centrales y meridionales se cifraba en dejar una representación del propio oferente en el lugar sagrado, con atributos que, eventualmente, aluden ya sea a la celebración en la que se ha participado (un rito de paso...), o la especialización del santuario (fertilidad, feria de ganado, propiedades curativas...), como ocurre en otras sociedades autóctonas mediterráneas de la época. Esta representación no pretendía identificar los rasgos fisonómicos individuales de quien la daba, sino la caracterización del grupo al que pertenecía el donante. Lo importante era el tocado que ciñe las cabezas, la indumentaria, las armas, la gestualidad para la plegaria y, en suma, la agencia mediante la corporalidad (Csordas, 1994), a través de la que se reconocían genéricamente los oferentes. Examinados con detalle dichos grupos de imágenes, dan a conocer el predominio de mujeres en Castellar frente a la variedad de tipos de Despeñaperros, ambos en el área de *Castulo* (fig. 5.19); la importancia de los jinetes en La Luz (Verdolay), de la aristocracia vestida con ricos tejidos del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), o la especialización equina de Mula, haciendo visible al sector que protagoniza el ritual en cada caso, de acuerdo con las atribuciones de cada lugar. En términos generales, la mayoría de los exvotos antropomorfos ibéricos tiene algún signo de prestigio asociado y por ello se considera que pertenecen a las elites de la época, unas identificadas con el bronce, otras con la caliza y otras con la terracota.

Cuando se evalúan los depósitos votivos, las numerosas fíbulas anulares, de bronce o de plata sugieren la entrega de un broche del vestido, tal vez relacionado con el cambio de indumentaria propio de la edad a la que se accede ritualmente, a veces prendido en un trozo de tela que envolvía la estatuilla depositada. Algo parecido puede significar la ofrenda del broche de cinturón de los guerreros ibéricos, del que se conocen ejemplares decorados y con nielados de plata en varios santuarios. Aun añadiendo estos detalles complementarios, el panorama ibérico, en su conjunto, arroja un índice de valor material muy bajo en las dádivas a los santuarios en comparación con otras culturas coetáneas, púnicas, célticas, etruscas o clásicas, que costeaban descomunales banquetes, capillas, altares y monumentos en sus santuarios.

El artesanado implicado en la fabricación de exvotos ibéricos alcanzó, sin embargo, corrección artística en la elaboración de algunos bronces y, sobre todo, en muchas de las esculturas del Cerro de los Santos (NOGUERA, 1994), santuario que se sitúa a la cabeza de la cota de riqueza en lo que a los exvotos respecta. Por eso la tipología de ambos repertorios se erige en modelo para santuarios menores que realizan réplicas en bronce o en piedra de escasa calidad, en las que la sintaxis del prototipo se va perdiendo, a la vez que la ejecución se esquematiza y simplifica. Los exvotos de bronce de Alarcos, así como el conjunto de sencillas estatuillas de piedra de Torrebenzalá, La Bobadilla o Atalayuelas, en Jaén, Torreparedones, en Baena, o bien La Encarnación, en Caravaca, repiten en pequeño, con escaso sentido estético, tipos aristocráticos que perduran incluso cuando, en época tardía, se construyen templos monumentales en algunos de estos lugares, con el resultado de que arquitectura y ofrendas no se corresponden en categoría, probablemente porque las iniciativas de la primera y de las segundas pertenecen a estructuras sociales diferentes, siendo los templos un exponente del proceso de la primera romanización.

La coroplastia o modelado plástico de la arcilla no tiene buenos ejemplos en la cultura ibérica, al contrario que en las demás civilizaciones contemporáneas del Mediterráneo occidental.

Indicada la importancia ritual de los depósitos de ofrendas en forma de busto de Demeter-Koré y sus imitaciones locales, hay que añadir ahora que esta imagen es una de las pocas presente en contextos ibéricos que transmite un código de representación divino y la única susceptible de ejemplificar un sincretismo. Con más frecuencia, la divinidad adopta una forma metonímica asociada al oferente. El ave la simboliza muy a menudo, sostenida en la mano de una mujer joven, a los pies de una estatuilla de bronce o junto al regazo de una matrona, lo que induce a optar por su alusión a una diosa.

En La Serreta se depositaron terracotas de distintas calidades artísticas, con empleo de moldes para algunas cabezas que se montaban sobre cuerpos modelados, aunque la pieza más famosa (estancia F1) está lograda con un procedimiento muy simple, pese a que representa un tema importante, ampliamente transversal en el Mediterráneo, como es el de la mujer que amamanta a niños. Hay quien interpreta esta *kourotrophos* (niñera) como una diosa de la fertilidad, pero en Capua y en otras localidades itálicas, donde este tipo prolifera en un momento dado (BIANCHI BANDINELLI, 1973, 243-244), se la ve como

la expresión de la descendencia que da continuidad a los linajes, que toda ciudadanía con perspectivas de estabilidad desea.

No es, en absoluto, habitual que se mezclen imágenes de mortales e inmortales en los exvotos de un santuario, puesto que la divinidad tiene sus propias prerrogativas. Tampoco se entendería que, una vez amortizados los exvotos, se sepultaran en la *favissa* mezclando dioses y mortales. Y es así como se llega a la conclusión de la escasísima constancia de divinidades con forma plástica en el arte ibérico de época plena.

Es, comprensiblemente, poco probable que los iberos realizaran imágenes de culto tal y como se entendieron en Grecia y Roma, porque tampoco tenían inicialmente templos, altares o estelas donde colocarlas. Puntualmente la investigación ha hecho alusión a betilos en ambiente ibérico, que supondrían la asimilación de un signo anicónico púnico en sustitución de la divinidad, custodiado en un santuario, como ocurre en Liria, Valdepeñas y, más tarde, en Torreparedones (Castro del Río-Baena) (Morena, 1989). Pero la ausencia de representaciones de divinidades no quiere decir que la cultura ibérica no sea rica en imágenes, ni que sus creencias radicaran en las fuerzas de la naturaleza.

Apuntes sobre el ritual

De los elementos constructivos (hogares, altares, piletas, pozos...) es posible deducir que la ritualidad colectiva ibérica se celebraba tanto en el interior de determinadas mansiones, como en cuevas y, principalmente, en recintos a veces provistos de *favissae* y estancias de almacenaje que alcanzaron la categoría de santuarios. De los exvotos figurativos se puede sacar información de las actitudes adoptadas convencionalmente para dirigirse a la divinidad, ante la que había que presentarse con los pies descalzos. Los gestos de salutación y plegaria con las manos abiertas se repiten; la ofrenda de pequeños manjares (panes, quesos...) sobre la palma de la mano, también. La donación de algún líquido contenido en un caliciforme es relativamente frecuente. La ritualización del cuerpo desnudo de los adolescentes cuando llegan a la edad de reproducirse se constata. La oración de las mujeres con mitra y manto está documentada. La ofrenda de una espada y un escudo redondo en manos de los jóvenes infantes o caba-

lleros es, asimismo, característica. Y solo en un segundo momento se añade una nueva serie de exvotos femeninos que alude expresamente a la procreación llevándose las manos a los senos y al pubis, como muestra de la irrupción de cultos populares en los rituales plasmados en imágenes. Es en este momento cuando aparecen las madres, que ya no llevan joyas sino criaturas (fig. 5.20). Probablemente esta variación temática coincida con la deposición de exvotos anatómicos (piernas, ojos, brazos) para implorar curaciones o aludir al rito de paso. En este medio es excepcional la ofrenda de intérpretes de música, muy frecuentes entre los púnicos, si bien hay algún ejemplo.

También se puede extraer de los datos arqueológicos alguna noción de lo que sucedía en un santuario. En El Amarejo (Bonete), a partir de lo depositado en la habitación y en el pozo, con diversos restos alimenticios, se sospecha que pudo haber prácticas de banquete colectivo, mientras que los materiales recuperados en *Edeta*/Liria sugieren dos momentos distintos: el relacionado con las cabezas de terracota, quemadas en un hipotético ritual de purificación, y el de la colección de vasos con decoraciones complejas que, a través de sus pinturas, congregan en el depósito del santuario un valioso testimonio de festejos muy diversos que implicarían a todos los notables de la ciudad, tal vez con motivo de fiestas estacionales celebradas con cacerías, desfiles, esponsales y danzas. Entre esos vasos hay uno decorado con peces que adopta la forma de una copa de pie bajo con *omphalos* o umbo central, apropiada para la libación (*phiale*), que se sostenía poniendo el pulgar en el borde y el índice bajo el *omphalos* para verter un líquido. Procedente de Cales (Calvi Risorta) hay alguna de estas formas en cerámica en La Serreta, objeto de imitación ibérica en esta misma localidad, en Sagunto y en Calafell, en contextos de finales del siglo III o inicios del II a.C.; también hay alguna sítula de barniz negro que se imita en calidades ibéricas, lo que autoriza a admitir la práctica de la libación entre los iberos (Str., IV, 1,5), como ilustra el relieve del Cerro de las Vírgenes de Torreparedones (fig. 5.21), de época, sin embargo, muy tardía. De este modo, la vajilla de plata que se recuperó en El Castellet de Banyoles (Tivissa) (SERRA RÀFOLS, 1941, 15-33) (fig. 5.22), con cuatro espléndidas copas de libación junto a diez caliciformes, una copita con asas y un brazalete en espiral, se adecua a una costumbre incorporada por los iberos en el curso de su evolución cultural, al tiempo que esa forma de actuar a la manera clásica es un ejemplo de integra-

ción social a través de liturgias rituales, de todo lo cual la decoración de las *phialai* de Tivissa, como las de Santisteban del Puerto y Vieille Aubagnan (véase capítulo 8) dan pruebas.

Puntualmente se documentan en lugares sacros badilas y pinzas cuya decoración resulta impropia del objeto simplemente funcional, por lo que se las ha relacionado con la manipulación ritual del fuego.

Existe una estatuilla de bronce de procedencia indeterminada (MAN, 1970, 14) en la que un hombre está degollando un animal pequeño. Si se supiera con seguridad que se trata de un bronce ibérico —que no lo parece—, se podría considerar la práctica del sacrificio y, tal vez, del banquete subsiguiente en algún recinto sacro meridional (Cabrera, 2010). Pues, por otra parte, sin ayuda de imágenes, sí que consta, con suficientes evidencias arqueológicas, la celebración de ceremonias con consumo de carne (Barberá, 1998, 129-136) en poblados indiketes, layetanos, cosetanos, ilercavones, edetanos y contestanos, a partir del enterramiento ritual debajo de ciertas casa y muros de cabezas y patas de ovicaprinos, de gallos, conejos y cerdos, cuya carne, con probabilidad degustada en común, supondría una liturgia de integración en la naturaleza, benéfica para la sociedad, realizada en el propio poblado, alrededor de un fuego, sin necesidad de un exclusivo lugar sacro.

En el norte ibérico, la presencia de cráneos y armas clavados, como ocurre en Ullastret, en Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet) o El Molí d'Espígol (Tornabous) (Rovira, 1998, 167-182), se entiende como reflejo de ciertos rituales guerreros, bien documentados en Provenza, donde se asocian a espacios porticados, de dudosa existencia en Cataluña. También los depósitos de armas se interpretan en el mismo sentido, aunque son escasos en el área ibérica, donde revisten un sentido a caballo entre lo que podría ser un cenotafio y la memoria de un hecho heroico, como podría verse en las panoplias enterradas bajo la puerta de acceso a La Bastida de les Alcusses (Mogente) (Bonet y Vives Ferrándiz, 2011) e incluso en el caso de La Illeta dels Banyet (Campello) (Olcina *et al.,* 2009). En la zona central, la sociedad ibérica ritualiza la figura de sus guerreros presentándolos en cuadros de danzas y cabalgatas al son de la música, muchas veces interpretada por mujeres flautistas acompañadas por hombres que tocan la tuba o el címbalo, como se ve en la cerámica de Liria, en La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penàguila) o en El Cigarralejo (Mula).

Algunos autores dan valor ritual a las inhumaciones infantiles bajo las casas, hecho que se presenta en contextos diversificados (VVAA, 1989), asociados puntualmente a prácticas femeninas profilácticas, pero no con la cadencia repetitiva de un rito.

Divinidades

Es propio de las sociedades estructuradas venerar un panteón jerarquizado, con dioses y diosas mayores y menores a los que se invoca atendiendo a la ocasión, según el patronazgo de cada divinidad, desde la posición que cada grupo de fieles ocupa, dado que las divinidades adquieren un rango aristocrático o popular, siendo objeto de distintas celebraciones.

Se supone que la cultura ibérica no adoptó las creencias de *los otros* porque no se identificó hasta tal punto con ellos, pese a que los contactos con el entorno, que fueron intensos, dieron lugar a una cierta permeabilidad religiosa, perceptible principalmente en la ritualidad. No obstante, en el caso de Pozo Moro (Chinchilla) se ha planteado la aparición, únicamente en la ornamentación de la torre funeraria, del dios oriental Nergal. También entre el norte de Cataluña y el sur de Francia hubo alguna coincidencia religiosa, si se acepta que el letrero ibérico inciso (*n-e-i-n-s-ti-n i-u-n-s-ti-r*) en un vaso de Ullastret en forma de suido alude al dios céltico Neto/Netin, en un área donde, además, hay signos del ritual de cabezas clavadas comparables a los del Midi. Lejos de allí, uno de los letreros ibéricos de época ibero-romana hallado en la Muntanya Frontera (Sagunto), menciona a Boco, posible deidad céltica.

Pero la permeabilidad cobra más interés cuando los casos se repiten, como ocurrió en un ámbito territorial amplio con respecto a las terracotas de Demeter-Koré, muy estudiadas a partir de la noticia de su adopción oficial por parte de Cartago para expiar la profanación infligida en Siracusa al templo de Demeter, en el 396 a.C. (Diod., XIV, 77, 4-5) (Xella, 1969, 215-228). Aceptando que esta imagen pudo conservar una relación con la producción agrícola y su comercialización, presumir que su difusión implica la del culto griego a Demeter, supuestamente promovido por Cartago, está fuera de lugar, máxime cuando el ámbito ibérico desconoce espacios construidos, o la utilización del fuego o del agua, en relación con estas pie-

zas. La imagen de una divinidad alada —¿Tanit?— también llegó a la gran escultura de la zona ilicitana desde Ibiza (Marín, 1987, 43-79) y, siglos después, fue reinterpretada en la pintura cerámica tardía del área comprendida entre Elche y Cartagena, asociándose a las del ave y el cánido, que la aíslan del contexto ebusitano inicial. Una divinidad protectora de la fecundidad de la tierra y otra celeste pudieron, con probabilidad, ocupar un puesto en el panteón ibérico (fig. 5.23).

Con todo, en términos generales, el panteón ibérico sigue habitado por divinidades anónimas además de dudosamente representadas con formas humanas. Esto no tiene nada que ver con lo que se valoró como una religión poblada de númenes, cifrada en fuerzas abstractas de la naturaleza, sino con una determinada opción para expresar lo sagrado, acorde con el nivel de desarrollo de la sociedad y con su perfil cultural, remiso a la humanización formal de las divinidades.

Algunas monedas ibéricas se acuñaron con la efigie de un personaje en sus anversos que se ha interpretado como divinidad de la ciudad emisora (García Bellido, 1998, 117), pero el lenguaje figurativo de la numismática es muy particular en cuanto que su objetivo es ser reconocido y valorado por todo el ámbito de circulación del numerario, por lo que su iconografía aspira a ser compatible con la de las cecas más potente. El hecho de que tales imágenes no se mencionen ni se repitan en otros soportes ibéricos, así como su estilo clásico, plantea serias dudas en cuanto a que reproduzcan la personificación divina de la ciudad ibérica. Parece más probable que la adopción de ciertas efigies monetarias obedezca ya sea a la homologación con otras emisiones, o a la iniciativa de abridores de cuños de origen extranjero.

La figura femenina conocida como dama ibérica se ha entendido no solo como una divinidad, sino también como la diosa por antonomasia de los iberos (fig. 5.24). En esta interpretación convergen muchos tópicos de la investigación, como el de la Diosa Madre que se pretende remontar al alba de la humanidad (Meskell, 1995, 74-86), que no es este el lugar de cuestionar (Loraux, 1991, 29-69). Baste recordar que entre esos tópicos no es el menor el situar lo femenino a una escala —un fenómeno de la naturaleza— distinta a la de lo masculino —la racionalidad— (Aranegui, 2008). En todas las sociedades urbanas mediterráneas, ciertamente, la representación de la mujer cobra importancia, pero eso no justifica su segregación de lo humano y consiguiente desplazamiento a una esfera divina. Entre los linajes

ciudadanos, la mujer fue depositaria del prestigio aristocrático, custodió la tradición del grupo, fue mediadora entre unas generaciones y otras y, en esos roles, tuvo asociada la virtud de interceder ante lo sobrenatural —parte fundamental de las tradiciones antiguas—, sin dejar de ser una representación humana. En el caso ibérico, la prerrogativa de llevar tres collares con colgantes, además de otros adornos y joyas, podría entenderse que sobrepasa lo humano para conferir a la dama un atributo del gusto de alguna divinidad e, igualmente, el aparecer sobre un trono (que en el espacio vivido de un contexto ibérico carece de verosimilitud), tal vez imprima a este distintivo un significado evocador de lo sobrenatural, como ocurre en el ámbito fenicio-púnico (GUBEL, 1987, 37-75). Todo ello contextualiza el tipo de las matronas en un marco de connotaciones trascendente, pero con el mismo rango aplicable a un héroe que se enfrenta a una gran fiera, como se observa en uno de los grupos del Cerrillo Blanco (Porcuna), o a un guerrero que resulta invicto. Matizando, pues, interpretaciones convencionales esencialistas, en atención a una nueva hipótesis de partida, es posible ver en las damas figuraciones aristocráticas que se reservan la prerrogativa de ostentar una riqueza o poder exclusivo, es decir, plantear la opción mayestática y reconocer que, hacia el siglo IV a.C., el prestigio también se expresa en femenino.

En apoyo de la asociación de símbolos sagrados a la dama, debe tenerse en cuenta que la iconografía ibérica, a lo largo de todo su ciclo, y principalmente en la pintura cerámica tardía, recurre a la asociación dual en las representaciones. Por ejemplo, una mujer se une a un referente simbólico en forma de ave y un hombre, a una fiera; o un ser celeste alado, a la flor tripétala, como se aprecia en La Alcudia de Elche. Así se entiende el éxito de los esquemas mediterráneos del *despotes theron* o la *potnia hippon* en su expresión iconográfica, cuando se representa a un personaje central enmarcado entre dos fieras o dos caballos, como se repite desde Montiel (Jaén) hasta Sagunto, pasando por Lorca y Albacete, revistiendo dicho personaje una categoría semi-humana.

Por su parte, el bestiario ibérico tradicional, con animales reales y fantásticos (fig. 5.25), aparece en contextos propios de las divinizaciones, con sentido benéfico o maléfico, a veces como un signo meramente intimidatorio para conjurar la muerte o hacer visibles a las jefaturas. Aunque, en los casos más elaborados, las imágenes animales y vegetales describen un juego de complementariedad, como cuando

en El Cerrillo Blanco (Porcuna) se conjuga el grifo y la palmeta, o, más tarde, en la pintura cerámica de La Alcudia (Elche), el ave se contrapone al lobo o animal carnicero. En el relieve de Torreparedones, un león echado preside, sobre una columna, la ofrenda de una libación, aunque se trata de un ejemplo tan tardío que es posible que la escena corresponda a un contexto romanizado.

En síntesis, la cultura ibérica proporciona datos que autorizan entender sus santuarios como lugares en los que la divinidad se hace presente ante la colectividad, sin necesidad de una imagen de culto, ni tampoco de instituciones sacerdotales permanentes. El considerable repertorio de orantes u oferentes, cortejo honorífico y votivo que atestigua una práctica religiosa, invade los espacios religiosos, más importantes en su ostentación en lugares ubicados fuera del poblado que en su interior.

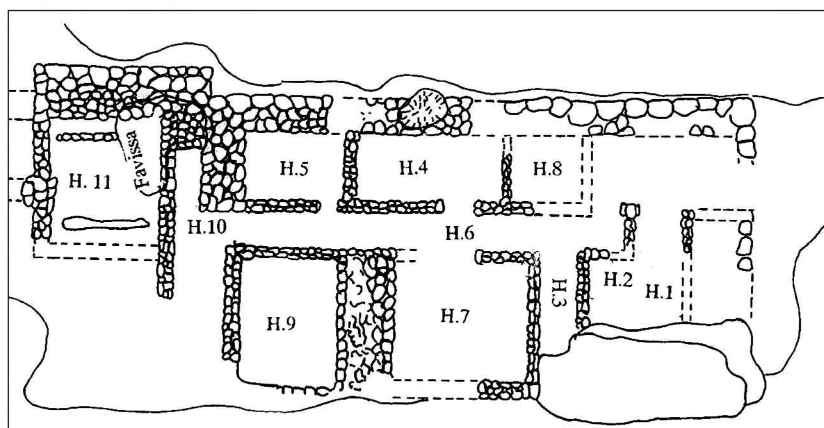


Fig. 5.1. Planta del santuario de El Cigarralejo (Mula), según E. Cuadrado.



Fig. 5.2. Gran dama oferente del Cerro de los Santos (Chinchilla), MAN (fot. Ministerio de Cultura 1983).

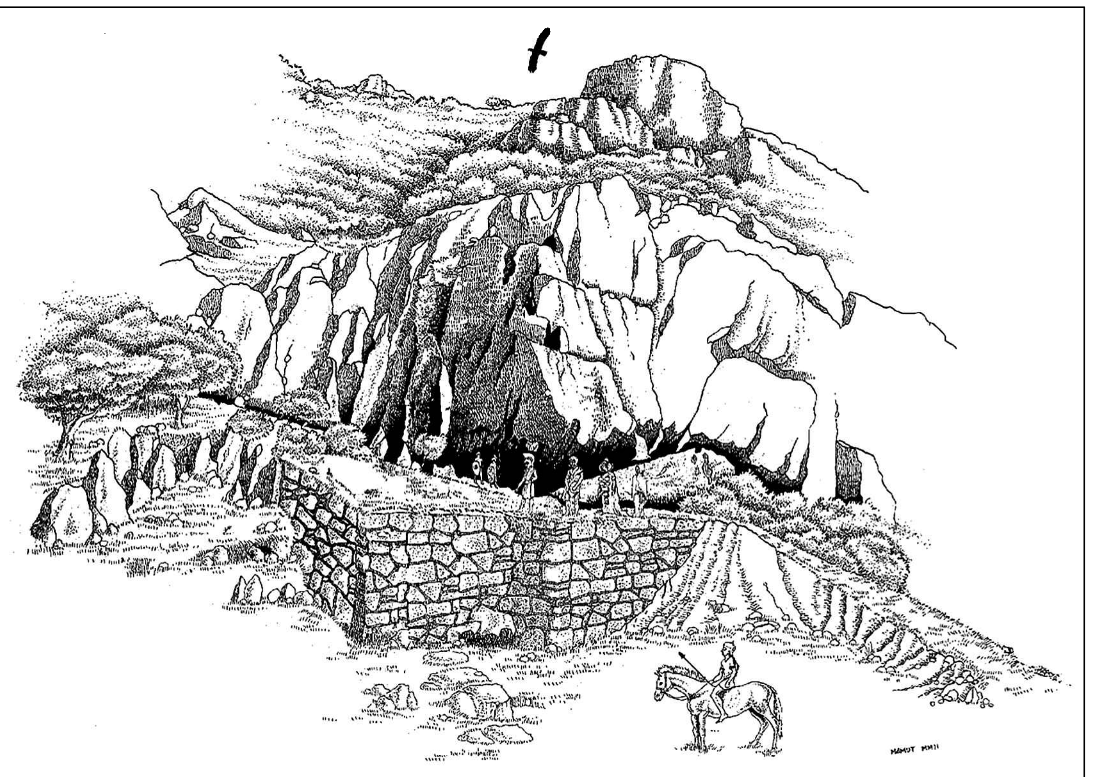


Fig. 5.3. Recreación del santuario de Despeñaperros (Jaén), según C. Rueda.



Fig. 5.4. Exvotos masculino y femenino desnudos procedentes de Sierra Morena (Jaén) (fot. C. Rueda).



Fig. 5.5. Exvoto femenino, con joyas y vestido transparente, de la Cueva del Collado de los Jardines (Santa Elena) (fot. C. Rueda).



Fig. 5.6. Parte del conjunto escultórico del santuario de El Pajarillo (Huelma). Museo de Jaén (fot. autora).



Fig. 5.7. Representación de toro procedente de la ciudad de Elche, MAHE A. Ramos Folqués (fot. MAHE).

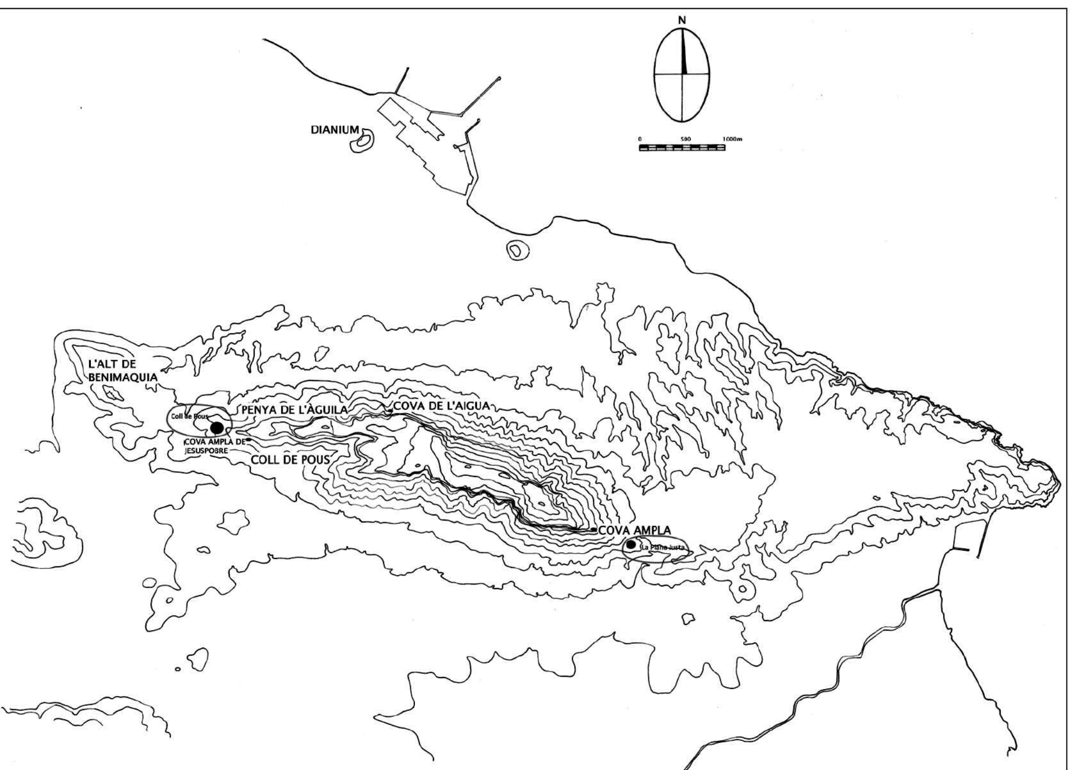


Fig. 5.8. Santuario de la Penya de l'Águila y principales yacimientos del Montgó (Marina Alta), ovalados los de época ibérica (C. Aranegui, dib. M. Orolá).

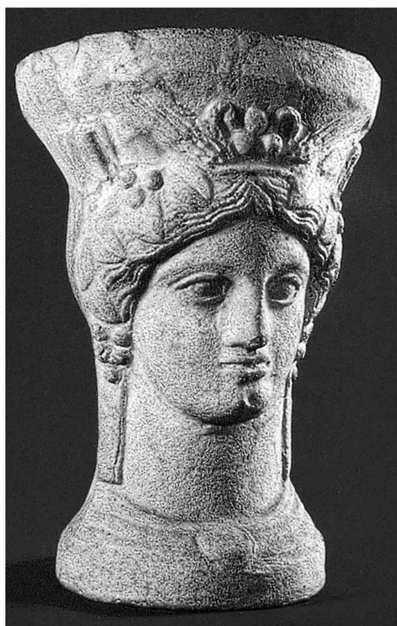


Fig. 5.9. *Thymiaterion* o pebetero en forma de cabeza de Demeter-Koré procedente de El Bordiscal (Camarles) (fot. Museo S. Villaseca de Reus).



Fig. 5.10. Capilla (templo 8) de La Illeta dels Banyets (Campello) (fot. F. Sala).



Fig. 5.11. Topografía del santuario de El Cerro de los Santos (Chinchilla) (cortesía J. M. Noguera).



Fig. 5.12. Pareja de oferentes de El Cerro de los Santos, MAN (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 5.13. Cabeza de exvoto del santuario de La Encarnación (Caravaca), Museo Arqueológico La Soledad (Caravaca) (cortesía J. Ruiz de Arbulo).

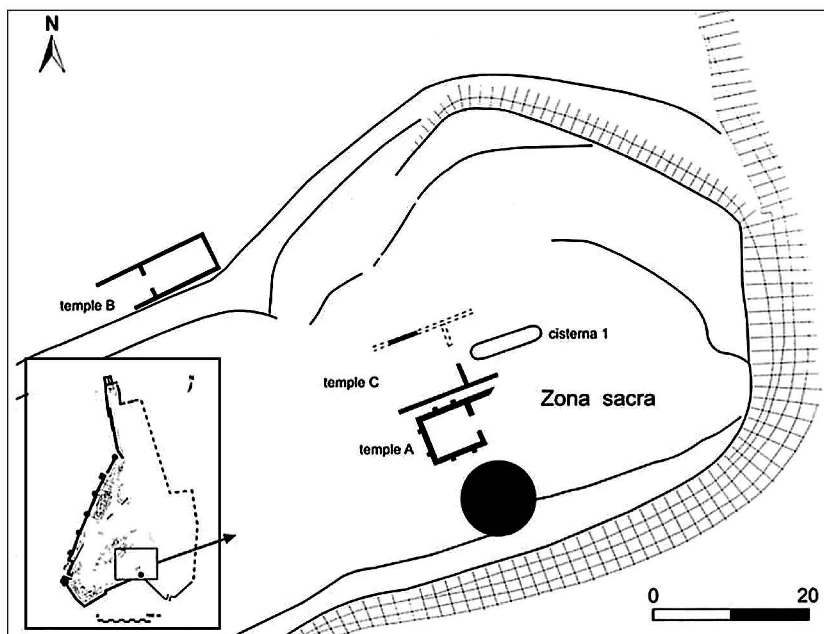


Fig. 5.14. La zona sacra de Ullastret (cortesía del MAC Girona).



Fig. 5.15. Friso con escena de una danza guerrera procedente del santuario de *Edeta*-Liria, Museo de Prehistoria (archivo SIP, Valencia).



Fig. 5.16. Conjunto de exvotos de La Serreta
(cortesía del Museo C. Visedo de Alcoy).



Fig. 5.17. Grupo de *kourotrophos* con ave, flautistas y cortejo
de La Serreta (cortesía del Museo C. Visedo de Alcoy).



Fig. 5.18. Exvoto del santuario de El Cigarralejo (Mula) (fot. Museo de El Cigarralejo, Mula).



Fig. 5.19. Exvotos de oferentes masculinos y femeninos de los santuarios jienenses (fot. C. Rueda).

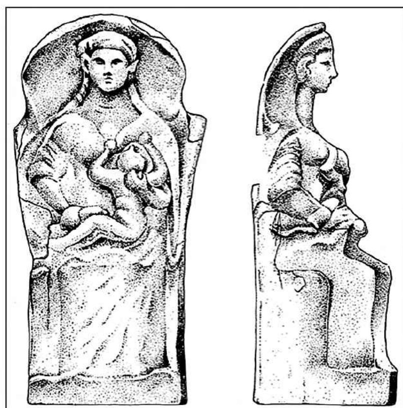


Fig. 5.20. *Kourotrophos* depositada en la tumba 341 del Cabecico del Tesoro (Verdolay), según J. M. García Cano y V. Page.



Fig. 5.21. Relieve de época romana con escena de libación ante león sobre columna, Museo de Cañete de las Torres (fot. B. Cunliffe, M.ª C. Fernández Castro).



Fig. 5.22. Vajilla ritual de plata de Castellet de Banyoles (Tvissa) (fot. MAC).



Fig. 5.23. Representación de diosa alada, ave y animal carnívoro procedente de La Alcudia de Elche, Museo de La Alcudia (según T. Tortosa).



Fig. 5.24. Busto de la dama de Elche, MAN
(fot. Ministerio de Cultura 1983).



Fig. 5.25. Cabeza de grifo
procedente de Redován,
MAN (fot. MAN).

Capítulo 6

PRODUCIR, TRANSFORMAR, ALMACENAR Y COMERCIAR

Ecología del paisaje ibérico

El paisaje mediterráneo de nuestros días es el resultado de muchos miles de años de acción humana sobre una naturaleza privilegiada por una biodiversidad preservada por haber quedado fuera tanto de las grandes glaciaciones que cubrieron el centro y el norte de Europa como de la desertización que dio lugar al Sáhara hace dos millones y medio de años. No en vano la cuenca mediterránea destaca como una de las partes del mundo antiguo explotada por cazadores, recolectores, pastores y campesinos, a un ritmo creciente, de la prehistoria en adelante.

La vertiente mediterránea ibérica tiene unas condiciones físicas y climáticas muy similares a las del resto del Mediterráneo si bien unidas a otras características que son específicas. Como cualquier otro sector, presenta una fragmentación orográfica marcada por los sistemas montañosos que salen hacia el mar, donde predominan cursos fluviales de régimen torrencial y los ríos caudalosos (Ebro, Júcar y Segura) son extraordinarios; donde el clima templado muestra variaciones térmicas acusadas en razón de la altura y donde el suelo recibe una media de precipitaciones anuales de alrededor de 400 milímetros, con una distribución mensual muy irregular sometida a episodios cíclicos de sequía, que en la antigüedad provocaban hambrunas cuando, por debajo de los 300 milímetros de pluviosidad, las cosechas de cereales se arruinaban. Con estas constantes buena parte de las tierras aptas para el cultivo podía quedar temporalmente en barbecho y verse aún más afectada por la erosión propia de su relieve, acentuada por las lluvias estacionales, que si no hubiera estado roturada, de modo que las terrazas fluviales y, en general, las vegas

y zonas sedimentarias eran muy codiciadas. El incremento de la explotación agropecuaria tuvo, por otra parte, una repercusión sensible sobre la disminución de las superficies forestales, poco a poco sustituidas por un monte bajo (*maquis* o *garriga*) que ha acabado cubriendo grandes extensiones.

La peculiaridad del Mediterráneo ibérico reside en su riqueza en humedales, mencionada en los textos clásicos (Str., III, 4,5), muchos de ellos costeros, con una fauna y vegetación (aves, peces, moluscos, mamíferos, juncos, esparto, pastos...) de fácil sostenibilidad al ser aprovechadas por las gentes ribereñas, dado que se regeneran naturalmente, y aptos para la cría de ganado mayor. Otro valor añadido de este litoral es la salida al Océano, horizonte mitificado en las fuentes escritas (Plin., *Nat.,* V, 1, 3-4) y ruta llena de expectativas de riqueza desde el final de la Edad del Bronce por conducir a lugares reputados por su potencial minero-metalúrgico, como es el caso de Tartessos y de la misma Iberia. Y, por último, la proximidad al continente africano dota a la Península de un extraordinario valor geoestratégico.

El estudio de la interacción humana sobre el medio natural da sentido al enunciado de este apartado en la etapa en que se consolidan las sociedades complejas, puesto que la aparición de útiles especializados (Pla, 1968), paralela a la incorporación del hierro, coincide con el aumento de los índices de productividad y de la consiguiente participación en los intercambios de larga distancia, cuadro en el que la indicada evolución social se culmina. Hacia el 500 a.C. comienza en Occidente la diferenciación entre armas y herramientas en el instrumental metálico; poco después se introduce el arado de reja metálica tirado por animales (fig. 6.1), tal y como aparece en las pequeñas estatuillas de La Bastida (Mogente) o Castellet de Banyoles (Tivissa) o, sin la yunta, en Covalta (Albaida), siempre de bronce, que es la materia ordinaria de las mejores piezas suntuarias o votivas ibéricas. A la vez aparecen la hoz, la azada, las tijeras, la sierra..., utensilios de hierro que denotan una manera de trabajar eficiente y totalmente renovada con respecto a las etapas anteriores lo que, con toda probabilidad, debió redundar en una mayor competitividad productiva, con el consiguiente crecimiento demográfico.

La metodología aplicada a las excavaciones arqueológicas de época ibérica a partir de la década de 1980 ha mejorado la calidad de los datos relativos a los recursos agropecuarios explotados en

aquello tiempos, hasta el punto de que empieza a ser posible concretar el taxón de las especies consumidas por los iberos, con anterioridad basado únicamente en las indicaciones puntuales de las fuentes escritas e iconográficas. El muestreo de los depósitos con restos orgánicos, a veces carbonizados o mineralizados, su identificación, cuantificación e interpretación están introduciendo la arqueobotánica y la arqueozoología en unos parámetros actualizados gracias a una investigación interdisciplinar, científicamente reconocida (MATA y PÉREZ JORDÀ, 2000). Sin embargo es preciso admitir el carácter incipiente de estas disciplinas, pues su aplicación, todavía irregular, deja algunos campos abiertos a la incógnita. La pesca es uno de ellos, puesto que la identificación de anzuelos y, excepcionalmente, de redes con sus pesas no se ha visto acompañada de un estudio suficientemente amplio de los recursos piscícolas, solo puntualmente analizados.

Recursos minero-metalúrgicos

El potencial minero-metalúrgico de la Península Ibérica, con yacimientos ricos en cobre, plomo y estaño, se conoció en el mundo antiguo desde la Edad del Cobre, y su fama no dejó de crecer hasta culminar bajo Roma, pues, a medida que las aglomeraciones humanas se fueron haciendo más grandes, la demanda de metales aumentó y, dado que estos ni gozan de una distribución homogénea en las riberas del Mediterráneo, ni son inagotables, había que ir a buscarlos allí donde existían. En época ibérica, a la explotación del cinturón de piritas del suroeste, de cuya jarosita había salido la plata tartésica, se sumó la de las grandes cuencas de Linares-Jaén, Granada, Cartagena-Mazarrón y los Pirineos, con rendimientos, obtenidos a partir de galena argentífera, mucho más altos que los del área de Riotinto (Huelva). A estos distritos hay que añadir muchas otras pequeñas explotaciones, como las del Vendrell y Gavà, ocasionalmente productoras de plata, como la de la Sierra Calderona, pues todas en conjunto hicieron posible que armas de desfile (falcatas, lanzas...) y elementos de indumentaria (grebas, broches de cinturón, fíbulas...) se adornaran con damasquinados de plata, hasta dar lugar a la aparición de la joyería de plata (brazaletes serpentiformes, pendientes anulares, collares...), a las acuñaciones de monedas de planta ibéricas, e incluso

a que extraordinarias vajillas (caliciformes, platos...) de época tardía instalaran la plata en contextos suntuarios típicamente ibéricos. Los textos antiguos se hacen eco de la abundancia de la plata ibérica cuando dicen que Aníbal recibió una mina de plata como dote de su esposa Himilce, hija del jefe de *Castulo* (Cazlona) (Polyb., XXVI, 38,7), mina que todavía era rentable en época flavia (70-80 d.C.) (Plin., *Nat.,* XXXIII, 96). Y, en el mismo sentido, la orden romana de requisar todos los objetos de plata después de la segunda guerra púnica (el *argentum oscense* de Liv., XL, 43, 6), abunda en la riqueza de este metal en Iberia.

La metalurgia se estudia arqueológicamente atendiendo tanto a los restos de minas, muy raros porque las sucesivas explotaciones los destruyen, como al análisis de los escoriales, que informan de los procesos a que ha sido sometido el mineral, y también al análisis arqueométrico de los objetos y, especialmente, a la investigación sobre los talleres o centros donde se trabajaba el metal, provistos de hornos y forjas (fig. 6.2), pues la fuente de calor es imprescindible para ir separando el metal de la ganga.

La gestión de la minería ibérica se hizo desde las oligarquías del *oppidum,* a diferencia de lo que ocurría en etapas precedentes, con una explotación intervenida por el estamento colonial (NEVILLE, 2007). La actividad extractiva era a cielo abierto, formando cortas escalonadas que se abandonaban cuando se llegaba al nivel freático. No se disponía ni de una sistemática eficaz para hacer perforaciones subterráneas en túnel, ni de maquinaria para desaguar los pozos mineros. Tras la fase extractiva, tampoco las aleaciones del bronce eran sofisticadas, ni tan ricas en estaño como las orientalizantes, de modo que, desde el punto de vista técnico, la minería y metalurgia ibéricas apenas se diferencian de las que la precedieron en la Península (ROVIRA, 2000, 209-228), aunque son muy distintas de la romana posterior, cuya ingeniería multiplicó los rendimientos y agotó algunas cuencas. Con todo, hay que destacar la cantidad y variedad de útiles metálicos propios de la cultura ibérica porque certifica un desarrollo artesanal especializado sin precedentes, indicativo de un género de vida urbano. Basta observar el conjunto de hallazgos metálicos de una necrópolis del Ibérico Pleno, como la del Cigarralejo (Mula), para confirmar lo dicho.

En la sociedad ibérica se generalizó el uso del hierro, lo que constituyó una novedad revolucionaria, así que casi todos los yacimientos

bien estudiados (La Illa d'en Reixac-Ullastret; Mas Castellar, Pontós; Les Guàrdies, El Vendrell; El Camp de les LLoses, Tona; *Edeta* o Castellet de Bernabé en Liria...) cuentan con, al menos, un taller siderúrgico que debía trabajar a partir de hematites, magnetita, limonita, etcétera, existentes en minerales propios de su entorno. A diferencia del estaño, el cobre o la galena, en este caso la formación mineral no es selectiva en su distribución geográfica y lo que hay que conocer es la técnica de reducción del hierro, dada la altísima temperatura de fusión de este metal (1.560 grados) (Gómez Ramos, 1999). Los combustibles de origen vegetal empleados en la antigüedad europea no tienen poder calórico suficiente para fundir el hierro, que, en consecuencia, se trabajaba por calentamiento en la fragua, martilleándolo y enfriándolo con agua. Ello da lugar a que se documenten instalaciones provistas de un horno bajo de cubeta para calentar el mineral y obtener la esponja ferruginosa (*bloom*) que emerge de la escoria, junto a una fragua y una pileta, donde el herrero avivaba el fuego con fuelles acoplados a toberas cerámicas y templaba y manejaba el metal con tenazas y mazas sobre el yunque. Los iberos eran expertos en acerar el hierro, haciendo que el metal al rojo vivo (900 grados) absorbiera carbono de las brasas y se templara, ganando en resistencia, lo que dio fama a sus armas (Diod. Sic., V, 33). Hay, asimismo, algunos indicios de la buena consideración social de los herreros como expertos en asistir partos difíciles, por su pericia en el manejo de las tenazas, relacionándose con ello algunos enterramientos infantiles bajo talleres metalúrgicos (Álvarez *et al.,* 2000, 278-279), que confieren un carácter mediador entre lo terrenal y lo sobrenatural a estos ambientes de trabajo, en torno al fuego que transforma un mineral en metal, con frecuentes divinidades tutelares en otras culturas mediterráneas (Chusor, Hefaistos, Vulcano...), desconocidas en el caso ibérico.

Los talleres metalúrgicos ibéricos se localizan con mucha frecuencia entre el caserío, donde puede haber varios, o cerca del mismo, sin que la obtención del metal mediante la reducción y la fabricación de objetos estén separadas (Rovira Hortolà, 2000, 265-270), de modo que cuando se identifica una batería de locales dedicados al trabajo del metal, como ocurre en La Illa d'En Reixac, en la zona del parking de Ampurias o, probablemente, en la zona extramuros del Tossal de les Basses (La Albufereta), hay razones para suponer que se trata de un espacio artesanal al servicio de las necesidades de los grupos coloniales, realizado en un barrio o zona industrial, al modo bien docu-

mentado en las ciudades púnicas (Mangin, 1981; Domergue, 1989; Tusa, 1996, 1003-1022), eventualmente anejo al hábitat ibérico.

Recursos agropecuarios

No se descarta la introducción de nuevas especies vegetales y animales debida al contacto exterior en la etapa previa al siglo v a.C., dado que el fenómeno colonial tuvo como objetivo beneficiarse del potencial productivo de las tierras frecuentadas, a las que aportó variedades botánicas y zoológicas de mayor rentabilidad que las autóctonas, aunque la ganadería de las zonas mejor estudiadas no denota un cambio en la cabaña preexistente perceptible con claridad (Valenzuela, 2008). El hecho es que los cultivos proverbiales del cereal, la vid y el olivo alcanzaron su vigencia plena en la Península en el periodo ibérico, cuando el volumen de su rendimiento superó con creces lo necesario para la mera subsistencia humana y situó los excedentes de cereales al frente de la producción en lo que al campo respecta, destacando la cebada sobre los trigos, el mijo y la avena, introducida en este momento. Las leguminosas (lentejas, guisantes, habas, guijas, alfalfa y garbanzos) es posible que se sembraran en rotación con los cereales con el fin de enriquecer los suelos y, en cualquier caso, contribuyeron de manera importante tanto a mejorar la dieta como a proporcionar forrajes para los animales estabulados, además de entrar, junto a los cereales, en un tráfico de intercambios de larga distancia que se vio acompañado por el de los derivados de la vid y el olivo, procesados a menor escala según se deduce de sus respectivos espacios de elaboración y almacenaje (fig. 6.3), pero que crecieron en importancia a pesar de la superior dedicación que demandan y del plazo de tiempo que ambos cultivos necesitan para alcanzar su plena productividad, en comparación con los cereales (Grau y Pons, 2005, 181-267). Esta situación tuvo que implicar una recontextualización del trabajo agrícola, necesitado de muchas más horas anuales de laboreo, lo que hace comprensible la multiplicación de las aldeas agrícolas (Gràcia, 2009, 9-71).

En esta época se incrementó la explotación de la higuera, árbol del que Catón (234-149 a.C.) distingue variedades gaditanas y saguntinas (*De Agr.,* VII; X), conocidas, por lo tanto, en Italia. El granado, el peral, el manzano y el ciruelo están documentados paleobotánica-

mente, de la misma manera que el consumo de bellotas, avellanas, piñones y nueces. Se explotaron, por último, algunas herbáceas de las que se obtenían fibras textiles y aceite, como es el caso del lino.

Los iberos también destacaron como ganaderos capaces de sacar un alto rendimiento de los rebaños de cabras (fig. 6.4) y, especialmente, de ovejas, cifrado en el aprovechamiento de la leche, la lana, la carne y, finalmente, el cuero de estos animales. El sector pecuario se intensificó sin lugar a dudas y, al hacerlo, la necesidad de pastos tuvo que prever el desplazamiento estacional de los rebaños, utilizando vías de trashumancia, a veces jalonadas por santuarios, como El Cerro de los Santos (Montealegre), en los que es posible que se celebraran ferias. Los caballos, salvajes o domesticados (fig. 6.5), fueron sobre todo animales nobles, por lo que el consumo de su carne decreció, con alguna excepción particular como la que ofrece la necrópolis del Cigarralejo (Mula), donde la mitad de las tumbas con restos cárnicos contienen caballo, en un lugar con un santuario en el que la ofrenda tipo era una estatuilla equina de piedra, susceptible de explicar la ritualización del animal. Tiene lógica plantear que si los caballos hispanos, como los jinetes, tuvieron buena fama y fueron requeridos en su momento por los romanos, su cría ya estuviera bien establecida en época ibérica.

Las piaras de cerdos aparecen, sin embargo, en relación con la ingesta de carne que, eventualmente, podía conservarse con sal y comercializarse (Polyb., XXXIV, 88) equilibrando, en buena parte del territorio, la mengua de los toros con respecto a la época orientalizante. Los bovinos, no obstante, aparecen en festejos representado en la cerámica de Liria (fig. 6.6), pero, sobre todo, proporcionaban leche, servían como animales de tiro (fig. 6.7) y, a edades adultas, se sacrificaban para consumir su carne y utilizar su piel, aunque exigían extensiones de pastos mucho mayores que los suidos, lo que pudo ser causa de su disminución. Gallinas y asnos, introducidos en el área ibérica a partir del siglo V a.C., junto con los conejos, completan el cuadro de lo que podría ser el corral de una casa ibérica, similar al de una casa de pueblo pre-industrial.

Como otras poblaciones, los iberos fueron, por otra parte, expertos cazadores de aves, liebres, jabalíes, corzos y ciervos, realizando batidas a caballo según muestran las pinturas cerámicas de *Edeta* (Liria) y confirman los restos alimenticios de muchos yacimientos. Lo singular de los iberos es que las cacerías, asociadas a las elites ciudadanas, son tema de sus representaciones artísticas, a partir de las

cuales se advierte un contexto cinegético para los perros —signo, por lo tanto, de prestigio— también útiles para las tareas de pastoreo y bien valorados por la sociedad ibérica, que los llevó a su escultura y a su pintura.

Un friso metopado pintado que se repite sobre dos cálatos de unos 40 centímetros de altura procedentes del *oppidum* de Azaila y del yacimiento secundario de Alcorisa, ambos en la provincia de Teruel, datado a comienzos del siglo I a.C. y muy probablemente de un mismo taller (ARANEGUI, 1999, 109-120), es susceptible de interpretarse como exponente de un acuerdo para hacer sostenible la roturación de las tierras, el mantenimiento del bosque, imprescindible para la caza, y el aprovechamiento del agua, puesto que plasma varios cuadros yuxtapuestos que muestran una escena de salutación con dos personajes enfrentados a ambos lados de una granada, un labrador que empuja un arado tirado por bueyes, un tercer cuadro con jinetes con lanza y otro con jabalíes, lobos o perros, aves y un pez. Esta temática puede parangonarse con el texto latino de la *tabula contrebiensis* (87 a.C.) hallada en Botorrita, a pocos kilómetros de Azaila, que contiene normas para solucionar un litigio sobre el uso del agua entre poblaciones vecinas mediante un pacto (FATÁS, 1980), al tiempo que muestra, en lo que aquí concierne, un conflicto de intereses entre el cultivo y la naturaleza salvaje, que debió agudizarse por la repercusión de la agricultura de arado sobre el medio ambiente.

En el estado actual de conocimientos, el incremento de las superficies dedicadas a los cultivos y al pastoreo en época ibérica es un hecho probado. El noreste peninsular se presenta como un área marcadamente cerealista en comparación con el levante, donde hay cultivos más diversificados entre los que destacan los de frutales. A revelar esta diferente orientación agrícola ha contribuido el estudio de los silos, ya que la conservación en ellos de cereales trillados y aventados y de leguminosas constituye un fenómeno zonificado (BUXÓ, 2004). En el entorno de Ampurias (L'Escala), así como en el noreste en general, existía la tradición del silo desde la Edad del Cobre, si bien, en época ibérica, se produjo una ampliación considerable de su número y capacidad, bien en suelo urbano o en el entorno inmediato del mismo, relacionada con la salida hacia Grecia de cereales y leguminosas, notablemente entre los siglos IV y III a.C., como demuestra un caso claro en Mas Castellar (Pontós) (BOUSO *et al.,* 2000, 115-125), entre otros muchos (fig. 6.8). Los silos pasaron

de tener unos 300 o 500 litros de capacidad a contener entre 1.000 y 3.000 litros, e incluso, excepcionalmente, llegaron a tener un cubicaje de casi 5.000 litros, estimaciones que implican un grado de especialización agrícola desconocido en otras regiones.

La producción de bienes alimenticios con medios técnicos

Pero además de aumentar la cantidad de los bienes agropecuarios, la época ibérica se caracteriza por una significativa mejora de las técnicas aplicadas a la obtención de derivados de los mismos. El molino rotatorio (fig. 6.9), también llamado de Olinto porque en esta ciudad griega se identificaron varios, se incorporó al utillaje ibérico en el siglo V a.C., antes que al de otros pueblos occidentales (Alonso, 1999). Ello supuso un avance con respecto al antiguo molino barquiforme de vaivén, no solo por disminuir a la mitad el tiempo necesario para reducir el grano a harina[1], sino también porque puede ser manejado por dos personas e incluso funcionar con fuerza animal si el diámetro de las ruedas de que se compone supera los 60 centímetros, y se conocen molinos de alrededor de un metro, destinados a una molienda suprafamiliar, bien documentada en *Edeta* (Liria). El basalto y otras rocas volcánicas, existentes en el área de Besalú, proporcionaban una buena materia prima para fabricar estos molinos, objeto de distribución comercial.

A través de los residuos conservados en un buen número de ánforas características del litoral ibérico se ha confirmado, por otra parte, la elaboración y consumo de cerveza a partir de alguno de los cereales cultivados (avena, mijo...), producción que algunos estudiosos asocian, asimismo, a espacios destinados al malteado y a unas vasijas cerámicas grandes con un gollete vertedor en el tercio inferior de su panza (fig. 6.10), susceptibles de haber servido para alguna fase de la fermentación o maceración del grano (Conde, 1987, 27-60; Juan i Tresserras, 2000, 141-148).

[1] Se estima que una familia de seis miembros necesitaba disponer de un mínimo de tres kilogramos de harina por día, lo que implicaba tres horas de trabajo con un molino de vaivén y hora y media con uno rotatorio, de unos cuarenta centímetros de diámetro que, además, tiene la ventaja de exigir para su funcionamiento una postura menos lesiva para el organismo.

Los lagares construidos aparecieron en la Península hacia el siglo VII a.C., a raíz del contacto con los fenicios, pero la obtención de vino parece haberse adaptado al medio indígena poco después, como denota la proliferación de lagares, estudiados principalmente en el área edetana (La Monravana, comarcas de Requena-Utiel...), con infraestructuras sencillas para el pisado de la uva y recogida del mosto, muchas veces talladas en la roca, así como de ánforas ibéricas con residuos de uva y vino, almacenadas para su comercialización.

De la misma manera, se tiene constancia de la producción industrial de miel (BONET y MATA 1997, 277-285; JARDÓN *et al.,* 2009, 193-200) utilizando colmenas tubulares de cerámica (fig. 6.11) que se instalaban cerca de las viviendas, evidencia que se completa con la de vasijas específicas con un surco a comienzo de la panza que, lleno de agua, impedía que los insectos rastreros entraran en el recipiente de la miel, el más antiguo de los cuales se encontró en *Castulo* (Cazlona). Los análisis de residuos en envases y copas han detectado una melaza mezclada con higos en algunos cálatos del Boverot (Almazora) y rastros de miel en algunos vasos caliciformes de pequeño tamaño del santuario de La Encarnación (Caravaca), lo que viene a indicar que los iberos consumían más miel que las poblaciones anteriores a ellos, que conocían mejor sus propiedades y que es muy probable que bebieran hidromiel.

El aceite, sin embargo, no parece haber alcanzado niveles de uso y consumo comparables a los de otras culturas mediterráneas coetáneas, porque los cacharros para guisar de los iberos apenas incorporaron las cazuelas con tapadera para freír alimentos que utilizaban los púnicos y los griegos ni, por otra parte, las lucernas destinadas a la iluminación que funcionaban con aceite reciclado, ni, por último, ánforas de fabricación local destinadas en exclusiva a contener aceite. Sin embargo, hay almazaras sencillas, bien estudiadas en el Camp de Túria (Valencia), con sistemas de prensado bastante primitivos, sin prensas de viga, que anuncian la explotación de un recurso que se incrementó en el sur en época ibero-romana y tuvo una excelente reputación en Roma a comienzos del Imperio.

Tejidos, cestas y cordelería

Los tejidos (ALFARO, 1984) constituyen la artesanía más reconocida por los textos clásicos de entre las ibéricas, puesto que se men-

cionan tanto los de lana como los de lino, los mejores de estos atribuidos a las ciudades de *Saetabis* y *Tarraco* (Polyb., III, 113, 6; Str., III, 2, 6; Plin., *Nat.,* XIX, 9-10, y VIII, 191). La arqueología ibérica, por su parte, ha dado a conocer elementos pertenecientes a telares verticales (fig. 6.12), como las pesas cerámicas que, pareadas, mantenían a plomo la urdimbre, o bien las placas perforadas de hueso o las rejillas, propias de otros tipos de telar, y numerosas fusayolas de forma bitroncocónica o globular con perforación central, utilizadas por las hilanderas como contrapeso del cabo de la fibra para hacer girar el hilo y facilitar su torsión, con el fin de ovillarlo y hacerlo apto para el tejido. También existen agujas y lanzaderas, de hueso o metálicas, carretes de madera y husos.

En El Coll del Moro (Gandesa), una parte de la construcción estuvo dedicada en el siglo III a.C. a taller para preparar fibras de lino y teñirlas (Rafel, 2007), constituyendo una unidad estructural de planta semicircular (8,9 metros de diámetro). Todas estas actividades (Izquierdo, 2001, 287-311) podían realizarse en el contexto de las tareas domésticas, aunque las excavaciones han puesto de manifiesto la frecuencia con que se agrupan los telares en un taller textil, a veces en una granja, como El Castellet de Bernabé (Liria), y otras en casas de nivel aristocrático, como ocurre en El Puig de Sant Andreu (Ullastret) o en la habitación C de Mas Boscà (Badalona), indicando un trabajo encaminado a la comercialización. Así se entiende que las pesas de telar, o ponderales, tengan a veces marcas impresas antes de la cocción (fig. 6.13), incluso epigráficas, pues el control del tejido tuvo que proporcionar ganancias sustanciales a los comerciantes, como se deduce de algunas ofrendas funerarias y votivas, o de la ostentación de la indumentaria de algunas representaciones escultóricas. Además de otras muchas consideraciones posibles, la observación de la iconografía ibérica, en particular de la femenina, denota el conocimiento por parte del artista de la textura fina de las túnicas en contraste con la caída pesada de los mantos, así como de la importancia de la generosidad de los plegados y cenefas que adornan los tejidos, como es propio de una sociedad que se reconoce en la calidad del ropaje. De ello se deriva que las imágenes de la hilandera y de la tejedora se incorporen al ciclo femenino a partir del siglo III a.C., según se ve en algún relieve y, sobre todo, en la pintura cerámica.

La cestería (fig. 6.14), sin embargo, cuenta con evidencias de menor rango, como las espuertas con cereales de algún ajuar funerario,

algún aparejo de pesca y los restos de esparto trenzado y cuerdas, por ejemplo, del Cerro de las Cabezas (Valedpeñas), que dan a conocer un artesanado de cestería y cordelería, tan tradicional como utilitario, servido por plantas especialmente frecuentes en los paisajes ibéricos.

Envases de transporte cerámicos

Desde la baja prehistoria aparecen toneletes cerámicos entre el utillaje de las sociedades peninsulares, con una forma de barril adecuada para poder disponerlos por pares sobre un animal de carga con el fin de transportar agua u otro líquido. En la tumba 578 del Cabecico del Tesoro (Verdolay) se halló una figurita de un mulo cargado con toneletes en un contexto del siglo III a.C., que denota la larga proyección de esta práctica tradicional que, sin embargo, no implica ni fabricación en serie de envases, ni transporte de larga distancia por vía marítima.

Sin embargo, la capacidad productiva de la sociedad ibérica se sitúa en el umbral de acceso a los intercambios internacionales regulares de bienes de uso y consumo, que es paralelo a la aparición de la categoría social de artesanos y comerciantes (FERNÁNDEZ URIEL *et al.,* 2000). El comercio exterior requiere, cuando se trata de alimentos, tratamientos de estabilización de sus cualidades nutritivas adecuados al tiempo previsible entre su elaboración y su degustación, plazo de tiempo que varía en función de la distancia y, sobre todo, de la ruta de distribución de la mercancía: terrestre, fluvial, marítima o combinada. Las grandes líneas de transporte estuvieron fuera del control de los iberos, quienes, no obstante, tuvieron una pequeña cuota de participación en ellas, demostrada por cartas comerciales, como la de Ampurias (véase nota 10), actividad que repercutió en su propio enriquecimiento, en un grado desconocido entre los demás pueblos peninsulares coetáneos.

Está bien documentada la fermentación del mosto de uva y del cereal y su almacenamiento en ánforas ibéricas, pero se desconoce arqueológicamente, por el contrario, el envasado de aceite ibérico. Los preparados de pescado conservados con sal también soportaban bien el paso del tiempo, aunque su elaboración en la costa peninsular pasó de los púnicos a los romanos: los iberos no desarrollaron una industria pesquera perceptible a través de las instalaciones que los latinos llamaron *cetariae*.

Para decidir que una vasija es un envase comercial de transporte se tiene en cuenta la combinación de tres factores como son: la regularidad de su forma y capacidad, su dispersión geográfica y su contenido. La calidad prácticamente indestructible de la cerámica ha dado lugar a que se puedan estudiar los recipientes de este material mejor que otros. Los cestos, como se ha visto, se conocen muy mal; no se tiene constancia del probable empleo de odres de cuero o de botas, ni de sacos de tela, ni tampoco de cajas o toneles de madera, tal vez porque su naturaleza perecedera elimina una información, sin duda, interesante. En el contexto ibérico, a diferencia de lo que es habitual en el comercio clásico, no hay una tipología específica para cada producto, sino un uso polivalente de determinados envases, como han demostrado algunos análisis de residuos al identificar cerveza, vino o restos de frutos y miel en recipientes similares (JUAN I TRESSERRAS y MATAMALA, 2004, 283-291), descartando que ello sea debido a un uso secundario de los mismos.

Sin embargo, desde el Ibérico Antiguo crecen en número los contenedores cerámicos ibéricos que adoptan formas que, de alguna manera, tienen antecedentes o son comparables a repertorios tipológicos coloniales, como ocurre con las urnas de orejetas perforadas. El mapa de dispersión de las ibéricas, características de los siglos V y IV a.C., es compatible con el de un envase de transporte —hipotéticamente el más antiguo de los ibéricos— por sobrepasar el área propia, aunque no se sabe qué producto(s) podría(n) distribuirse en estas urnas con tapadera hermética, utilizadas también en enterramientos (LÓPEZ BRAVO, 2002, 97-116).

El panorama de las ánforas es, por suerte, algo más explícito, al menos en la costa catalana y en el País Valenciano. Los iberos tomaron el concepto de ánfora de los fenicios occidentales y de los púnicos (tipo 10.1.2.1 y grupo 11.1.0.0 de RAMON), que tuvieron alfares en la costa alicantina (CASTELLÓ *et al.,* 2000, 121-136; LÓPEZ SEGUÍ, 2000, 245-248), si bien, a diferencia de las urnas de orejetas, no está probado que los iberos fabricaran ánforas antes del inicio del siglo IV a.C. A partir de ese momento produjeron mayoritariamente piezas en forma de bellota, sin cuello, con dos asas pequeñas, más o menos sólidas, adheridas sobre el hombro del envase, al comienzo de la panza, y con fondo levemente apuntado (fig. 6.15). También interpretaron puntualmente algunas otras formas púnico-ebusitanas o del área del Estrecho (SANMARTÍ *et al.,* 2004, 397-403), similares a los

grupos 8.1.0.0 y 9.1.0.0 de Ramon (1995), de acuerdo con una evolución que fue dando altura al ánfora hasta configurar ejemplares fusiformes de más de un metro, con capacidad para más de 80 litros. Estos datos no son irrelevantes porque influyen en su peso y manejabilidad. Es una evolución que ocurrió también en Tunicia, en Sicilia Occidental y en Cerdeña, áreas que comparten con Iberia una cultura del envasado con puntos en común, a su vez relacionada con el transporte naval y, en el caso ibérico, también terrestre, aquí con la particularidad de que muchas veces se emplean simplemente para almacenar alimentos.

En el caso de los barcos mercantes, la estiba de las ánforas era fundamental para que un carguero preservara el flete en la bodega sin poner en riesgo la estabilidad de la nave, para lo cual la forma de las ánforas tenía que acoplarse a la del casco de la embarcación, diferente según las distintas tradiciones marineras. Pero cuando en *Kelin*-Los Villares (Caudete de las Fuentes), lejos del mar y sin un río navegable próximo, se localiza un almacén con 90 ánforas altas y pesadas (MATA *et al.,* 2009,), o se descubren alfares en Requena (hornos de Casilla del Cura, de Casa Guerra...) (MARTÍNEZ VALLE *et al.,* 2001, 135-150), se plantea la disyuntiva de admitir o bien que circulaban en caravanas de carretas, o que, con más probabilidad, servían como depósito fijo en una estancia y no circulaban, como si fueran tinajas, lo que es un particularismo ibérico, puesto que se trata de modelos ideados para el transporte, que incluso incorporaron esporádicamente, a partir del final del siglo III a.C., el marcado pre-cocción (MATA y SORIA, 1997) que suele obedecer a un control del comerciante sobre el alfar y como garantía de su contenido o capacidad, específico de los envases de transporte.

Pues, en efecto, a la vista de repetidos hallazgos de ánforas ibéricas en pecios, se sabe que algunas sí que eran transportadas a ultramar. Es el tráfico marítimo lo que explica que, a partir de finales del siglo III a.C., en *Arse-Saguntum* se dé una forma cónica a la base o pie de las ánforas (RIBERA, 1982, 107) para adaptarla a una estiba característica de las naves onerarias, consistente en calzar ánforas con pivotes en hileras alternas superpuestas, acopladas a una quilla de sección en V, distinta de la redondeada del *hippos* o *gaulós* púnico. La relación con el transporte naval da sentido a que los principales alfares de ánforas se ubiquen cerca del mar o de los ríos, aunque, según lo indi-

cado, también existen talleres en áreas interiores ibéricas, tal vez por el uso del ánfora como recipiente de almacenaje.

Es cierto que cada vez se descubren más centros alfareros ibéricos con producción de ánforas, pero, a la espera de que alguno de ellos se evalúe a fondo dedicándole una monografía científica, la procedencia regional de las ánforas más comunes se deduce del aspecto de sus pastas cerámicas: si se aprecian micas, esquisto y cuarcita, las ánforas se atribuyen a Málaga o a Almería. Si las pastas son claras, depuradas y con engobes poco adherentes, al País Valenciano, y si las pastas son duras, limpias, con fractura de coloración alternante y superficie con engobes oscuros, son catalanas. Los estudios arqueométricos empiezan a cambiar el panorama de la Layetania y Cosetania, al caracterizar químicamente la composición típica de sus respectivas ánforas (Tsantini, 2007), y la documentación sobre las ánforas prerromanas layetanas (tipo 2B) avanza hacia una concreción de sus centros de producción y cronología (Sanmartí *et al.,* 2004).

Con cierta precisión se ha identificado, asimismo, la procedencia de unos recipientes denominados cálatos[2] o *sombreros de copa,* de forma cilíndrica y con borde marcado, con decoración pintada en gamas marrones o granates, datados entre los siglos III y I a.C., que, al menos en parte, se utilizaban para envasar alimentos que salieron al exterior. Se ha detectado un arrope de miel e higos en uno de ellos (Juan i Tresserras, 2000, 103-104), aunque se desconoce si este era el producto habitualmente envasado en los cálatos. María José Conde (1992, 117-169) distinguió los grupos tipológicos del área indikete (fig. 6.16), que se exportaban, en cantidades pequeñas, por Ampurias a todo el ámbito occidental mediterráneo en mercantes romanos; son diferentes a los del área kessetana, que podrían haberse comercializado desde *Kesse-Tarraco* de la misma manera; en esta zona destaca el taller de Fontscaldes (Valls) (Lafuente, 1992, 47-77), en el que al cálato se asocia un bol o lebrillo grande

[2] Cálato es un helenismo castellanizado, derivado del griego *kalathos* (cestillo), empleado por los iberistas para designar una vasija del repertorio cerámico ibérico muy característica, que se encuentra no solo en el contexto cultural autóctono, sino también en toda la ruta romana de navegación occidental y las vías terrestres que la complementan, como envase comercial, entre los siglos II y I a.C. La denominación *sombrero de copa,* acuñada a principios del siglo XX, se refiere a la misma forma cerámica, pero ha caído en desuso.

que puede servirle de bandeja o tapadera. Más al sur, los grupos edetano, con espléndidas decoraciones figuradas, y contestano, este con sus aves y flores pintadas en el Ibérico Tardío, también comportan series menos vistosas, decoradas con motivos geométricos sencillos, propios de la función comercial, susceptibles de haber sido exportados por *Arse-Saguntum* y por Cartagena, respectivamente, los cuales, sin embargo, no tienen documentada la misma difusión marítima que los procedentes de centros situados al norte del Ebro. Y, finalmente, el grupo de Azaila, en el Bajo Aragón, carece, por lo que se sabe, de proyección exterior.

Acumulación de excedentes

Antededentes

A partir del 900 a.C., la colonización de la cuenca mediterránea fenicia o, después, griega, llamada comercial, propia del Extremo Occidente, se distingue de la llamada de poblamiento (Mar Negro, Magna Grecia, Cerdeña, Sicilia, Ibiza, Norte de África) en que no persigue instalar contingentes humanos en suelo ajeno, sino establecer lazos que faciliten el intercambio de bienes entre poblaciones dispares, con beneficio —no equitativo— para ambas, pese a tratarse de gentes con desarrollo técnico y nivel de complejidad cultural muy distintos. El topónimo *Emporion* (mercado) del establecimiento foceo-masalieta de L'Escala, al sur del golfo de Rosas, denota la finalidad con que fue creado. En estos encuentros, la parte más potente perseguía el negocio derivado del transporte internacional de suministros que escaseaban en áreas desarrolladas y que se conseguían a bajo precio en países no desarrollados, para cuyo buen funcionamiento era conveniente que, en la parte más débil, se generaran procesos de desigualdad social y se constituyeran minorías que actuasen como interlocutoras.

Es así como se impone un mundo en el que hay que ser eficaz, gestionar bien los recursos y ofertarlos en buenas condiciones a quienes los requieren, aceptando márgenes recíprocos de adaptación, visibles arqueológicamente. De estos tratos surgieron unas elites iberas que actuaron con prontitud, pericia y espíritu clientelar respecto al comercio exterior, adelantándose en ello a cualquier otro pueblo penin-

sular, satisfaciendo la demanda exterior con prácticas distintas a las del periodo orientalizante.

Un ejemplo en apoyo de dicho cambio de actitud se desprende al comparar la situación que plantea la invitación del rey Argantonio a los focenses para que se establezcan en su reino de Tartessos y exploten la plata del país (Heródoto, 163, 1-2), hacia principios del siglo VI a.C., con la carta comercial de Ampurias, datada a finales de este mismo siglo. En esta, un consignatario se dirige a un agente suyo con instrucciones acerca de una operación que se debía cerrar con un individuo llamado *Baspedas* (VELAZA, 1992, 264-267; ARANEGUI *et al.,* 2006, 89-107). En Heródoto se intuye una intervención política entre dos Estados, uno que ofrece y otro que recibe sin obligarse a dar una contraprestación económica, pero en el segundo documento aparece la figura del comerciante foceo dispuesto a ponerse de acuerdo con un (¿alto?) personaje local que proporciona productos elaborados a cambio de un pago[3], por lo que operan pautas de intercambio económico que recaen sobre ambas partes, ninguna de las cuales ostenta un rol público. Aquí se ha instalado ya el tráfico entre comerciantes.

Almacenes

Pasando a la comparación de la información arqueológica, el periodo colonial peninsular tuvo en almacenes fenicios, como los de Toscanos (Málaga) o El Carambolo (Camas) (AUBET, 2000, 13-45; ESCACENA *et al.,* 2007, 5-28), edificios públicos al servicio de un comercio marítimo que se articulaba con un tráfico fluvial (VIVES-FERRÁNDIZ, 2005), mientras que en época ibérica plena lo que destaca es, por

[3] R. SANTIAGO y E. SANMARTÍ, editores de esta carta, proponen la siguiente traducción de la misma: «... de forma que estés en Saígantha, y si [...] con los emporitanos, pero no con los de fuera(?) [...] no menos de veinte, y vino no menos de diez [...] que lo ha comprado el saigantheo Basped... [...] (un barco) adecuado para la navegación costera incluso hasta [...] y pide a Basped... que te remolque [...] preguntar si hay alguien para remolcar hasta [...] el nuestro. Y, si hubiese dos, que los envíe a los dos [...] pero que el (responsable?) sea él. Y si él mismo quisiera [...] que vaya a medias. Pero, si no (está de acuerdo?) [...] que... y que me comunique por carta por cuánto [...] lo más pronto que pueda [...]. (Esas) son mis instrucciones. Salud». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik,* 72, 1988, 100-102.

una parte, la multiplicación de establecimientos pequeños fortificados que vigilan el territorio, provistos de espacios de producción y almacenaje y, eventualmente, con algún indicio de ritualidad, en amplias rutas principalmente terrestres, controladas por el *oppidum* (Molinos *et al.,* 2008); y, por otra, la existencia de almacenes que superan el volumen atribuible al autoconsumo, o son claramente supracomunitarios, ya sea en una vivienda, en un sector de un poblado o en un edificio autónomo, relacionados con la distribución de bienes a distintos niveles (Aranegui, 2009, 153-166).

Los almacenes comerciales fortificados están documentados en países y periodos muy diversos. En el caso ibérico, la desigualdad, favorecida por la participación aristocrática en el tráfico de mercancías, debió generar episodios de saqueo o bandolerismo frente a los que se extremó la vigilancia y la defensa, tanto de recursos como de vías de comunicación. Del siglo v a fines del iii a.C. se acentuó la acumulación de suministros en determinadas ciudades, configuradas como centros redistribuidores (García Roselló *et al.,* 2000, 369-380), con áreas para la custodia de bienes de uso y consumo: la batería de estancias adosadas al interior de la muralla del Molí d'Espígol (Tornabous) es un buen ejemplo de ello (Cura, 2006) (fig. 6.17). Pero es, sobre todo, el siglo iii el momento en que se proyectaron torres o fortines, como Puig Castellet o Montbarbat, en Lloret de Mar, en la Costa Brava, para dotar de mayor seguridad el tránsito de materias primas y productos manufacturados, como también se aprecia en los territorios de *Castulo* (Cazlona) (Ruiz y Molinos, 2007, 46-62) o de *Edeta* (Liria) (Bonet y Mata, 2002), de una manera, por tanto, generalizada.

La preocupación por el saqueo parece menos evidente dentro de una población mayor, pues, con frecuencia, los almacenes integrados en el hábitat se presentan unidos a instalaciones productivas que forman parte de viviendas no más protegidas que las demás. Así ocurre en la citada casa 2 de *Kelin* (Los Villares, Caudete de las Fuentes), donde noventa ánforas, equivalentes a 7.460 litros, estaban amontonadas en diez metros cuadrados al lado de una habitación con un molino; o en Mas Boscà (Badalona), cuya casa con lagar almacenaba una veintena de ánforas con vino (Belarte, 1997, 175-176), o en Ullastret (Sanmartí y Bruguera, 1998, 17-32), o bien en La Quéjola (San Pedro), donde más de cien ánforas ocupan una habitación (Blánquez y Olmos, 1993). A la vez se prodigan los se-

misótanos a modo de bodegas, especialmente en el área aragonesa próxima a la Celtiberia oriental (BURILLO, 2007, 297-300), como ocurre en San Antonio de Calaceite y Azaila, yacimientos en los que Juan Cabré (1882-1947) había desarrollado importantes excavaciones (GONZÁLEZ REYERO, 1997, 216-227).

Por otra parte, entre los siglos III y principios del II a.C. se detecta una acumulación de objetos, llamativa y sin precedentes, en algunas casas sin talleres ni otras instalaciones productivas suprafamiliares, con mucha probabilidad relacionadas con la venta al por menor, casas a veces reconocibles por tener un porche o soportal delante de la fachada que permite proponerlas como tiendas, al modo de las que existían en las ciudades fenicio-púnicas (BOTTO, 1988, 117-153). En una habitación de Alhonoz (Herrera) (fig. 6.18) había amontonadas seiscientas piezas de cerámica (LÓPEZ PALOMO, 1982, 159-169); en El Cerro de la Cruz (Almedinilla), un departamento estaba repleto de ánforas, platos, lebrillos, pesas de telar y fusayolas (VAQUERIZO, 1990); en un compartimento del Alto Chacón (Teruel) llamó la atención una concentración de cerámicas ibéricas pintadas (ATRIÁN, 1976); en El Amarejo (Bonete) se menciona un almacén de cerámica en un espacio de apenas ocho metros cuadrados (ALFARO, 1995, 235); y en *Ilici*-La Alcudia (Elche) había sesenta y seis piezas ibéricas con decoración compleja apiladas junto a sesenta y tres copas tardías importadas de la Campania, en la llamada «tienda del alfarero» (SALA, 1992). Alguien, en cada uno de estos casos, se dedicaba a la distribución interna de determinados objetos, ya fueran útiles para hilar o montar un telar, o cerámicas con decoración figurada, signo de riqueza y prestigio en esta época, como lo eran las importaciones cerámicas de barniz negro. Y estos datos autorizan a reconocer la existencia de tiendas en la ciudad ibérica.

Tipologías constructivas para el almacenaje

Con mayor rotundidad arquitectónica que la tienda, el almacenamiento con finalidad mercantil al por mayor dio lugar a la adopción por parte de los iberos de, al menos, dos tipologías constructivas específicas que tienen carácter público: el almacén tripartito (PRADOS, 2004, 173-180; 2006, 47-69) y el almacén con el suelo sobreelevado, ambas con antecedentes mediterráneos. El primero,

de raigambre oriental, tiene un buen exponente en la zona baja del *oppidum* del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas) (Vélez y Pérez Avilés, 2009, 241-255), con una cronología del final del siglo v y comienzos del iv, donde cada una de las naves longitudinales y paralelas (45 metros cuadrados útiles en total) (fig. 6.19) tiene un hogar rectangular de adobes cerca de la puerta y una de ellas presenta, además, un posible horno de pan (?) y unas piletas. Estas instalaciones coinciden con algo típico de los llamados *storebuildings* orientales, como es la combinación de actividades productivas con los depósitos de bienes, dado que estos almacenes pertenecían a instituciones que recaudaban tributos en especie y, en parte, los reelaboraban para su ulterior distribución, como podría deducirse de la supuesta panificación de Alarcos.

La segunda tipología es la de los almacenes que tienen una cámara de aire debajo del pavimento para evitar la humedad, que se reconocen por los muros paralelos que dejan que el aire circule bajo el suelo que soportan. Las fuentes griegas citan este sistema constructivo (Fil. Byz., V), según recoge Garlan (1974, 301-303, 369-370), tal vez no exclusivo de su tradición. En el área ibérica llegó a ser frecuente desde Montlaurès (Narbona) hasta El Monastil (Elda), pero la primera evidencia de este recurso constructivo se halló en la Torre de Foios (Lucena) (Gil Mascarell, 1979, 305-313), datada hacia el siglo vi a.C., aunque han sido las excavaciones de la segunda fase de ocupación de La Moleta del Remei (Alcanar) (Gracia y Munilla, 2000, 339-349) las que mejor han descrito tres edificios exentos, de alrededor de 45 metros cuadrados en planta cada uno, compuestos por un almacén con cámara de aire bajo el pavimento y otra estancia sin ella, esta utilizada, en un caso, para procesar productos cárnicos con vistas a su conservación, datados desde finales del siglo v hasta el inicio del siglo iii a.C., periodo en que este pequeño asentamiento se especializó en la transformación y almacenamiento de bienes con vistas, probablemente, a la exportación. Estudios más recientes, tanto de las excavaciones de Alarcos como de las del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas) (García Huerta y Morales, 2009, 167-207), han aportado datos reveladores sobre este tipo de estructuras al describir el enorme almacén de cereal de 400 metros cuadrados de Alarcos y el bastión-almacén con suelo elevado que sobresale de la muralla sur del Cerro de las Cabezas, constituyendo la parte inferior de una torre (140 metros cuadrados en planta), fechada entre el siglo iv

y el 250 a.C., estructura que demuestra el aprovechamiento de la base de las murallas de casamatas o similares como espacio útil, según se ha visto en varios casos, además de constatar los altos índices productivos de la Oretania.

Tráfico comercial y transporte

Emporios ibéricos

Hacia los años 1970-1980, el término *port of trade* acuñado por Polanyi (1886-1964) irrumpió en la protohistoria occidental (POLANYI, 1971, 238-261) como un instrumento para entender la redistribución de bienes desde Oriente hacia el exterior, antes de que existieran los mercados. De este modo, la concentración de almacenes con cerámicas a orillas de un río o junto al mar en un hábitat sin área territorial propia pasó a ser designada con el término citado. La orientación seguida por la investigación desde entonces, sin embargo, ha puesto en cuestión su validez para el contexto ibérico, una vez propuestos para el mismo modelos de ocupación y gestión del suelo y de los recursos que ya no dan cabida a aquellos espacios neutros y sin adscripción administrativa, característicos de la configuración del *port of trade* (AUBET, 1995, 47-65), sino, más bien, a la constitución de emporios, como se calificó La Illeta dels Banyets (Campello) (LLOBREGAT, 1989, 146-166), La Picola (BADIÉ *et al.,* 2000, 264) y El Cerro Macareno (Sevilla) (BELÉN, 2006, 217-246).

La confirmación de la gestión territorial por parte de los iberos ha llevado a la búsqueda de una figura alternativa para los lugares ibéricos especializados en la redistribución y el intercambio, contemplándose la posibilidad del emporio ibérico, centro de operaciones abierto al tráfico de larga distancia. Se sabe que los griegos practicaban un tipo de comercio llamado empórico que se nutría de mercancías heterogéneas, resultado de travesías con múltiples escalas, algunas de las cuales se hacían, simplemente, en un emporio dependiente de una polis, como, en principio, fue Ampurias (L'Escala). Pero también es conocida la vocación mercantil de los púnicos y, así, según reflejan las fuentes escritas, el emporio tuvo un significado variable en el espacio y en el tiempo (LEPORE, 1989; BRESSON y ROUILLARD, 1993), de modo que tiene lógica plantear la contri-

bución indígena al desarrollo de dicho fenómeno desde instalaciones operativas al efecto, dependientes del *oppidum,* en un territorio, como el ibérico, con muy pocos establecimientos coloniales, pero con niveles de producción precisamente excedentarios porque comerciantes extranjeros los transferían a mercados internacionales. Veamos posibles ejemplos.

Bien conocida es la población amurallada de La Illa d'En Reixac (alrededor de 3.000 metros cuadrados de extensión), al pie y a unos 500 metros del *oppidum* del Puig de Sant Andreu (Ullastret) (MARTÍN *et al.,* 1999; 2000, 249-256), ya que su trazado urbanístico ha sido dado a conocer, se han estudiado su arqueometalurgia (ROVIRA HORTOLÁ, 1993, 65-149) y algunas de sus importaciones (VVAA, 1998), todo lo cual coincide en denotar que se trata de un núcleo singular por su localización, por su urbanística y por la función de sus infraestructuras, de carácter marcadamente artesanal, en posición mejor articulada con el mar que el *oppidum* y abierto, en consecuencia, a la dinámica comercial marítima. La zona 15 de La Illa d'en Reixac (MARTÍN *et al.,* 1999) era, en el siglo III a.C., una ínsula pseudo-rectangular de 1.000 metros cuadrados adosada a la muralla suroeste, en la que había estancia rectangulares de dos alturas, unidas por escaleras exteriores, dispuestas alrededor de una plaza de 264 metros cuadrados, con espacio para la circulación de carros, susceptible de constituir un sector comercial tanto por su distribución arquitectónica como por la concentración de ánforas en uno de los edificios. En conjunto, este yacimiento cumple muchos requisitos para ser considerado un emporio asociado al *oppidum* más importante de la zona en que se encuentra. Pero, paradójicamente, está muy cerca de Ampurias (*Emporion,* L'Escala) y podría parecer un contrasentido que compitieran en el comercio exterior dos establecimientos tan próximos, si no se supiera que la fundación foceomasalieta de Rosas tuvo un gran desarrollo en esta época, cuando estableció relaciones propias con los iberos y con Ibiza, al mismo tiempo que empezaba a acuñar plata. Y, por estas razones, atribuir al centro indikete de época helenística un nuevo sistema con respecto a las relaciones comerciales marítimas, que da lugar a un emporio ibérico, en connivencia con los intereses de Rosas, pasa a ser una posibilidad digna de ser tenida en cuenta.

Esta manera de entender determinadas áreas portuarias ibéricas comencé a contemplarla al investigar en paralelo el *oppidum* y el

Grau Vell de *Arse-Saguntum* (Aranegui, 2004b, 59-81), con el resultado de reconsiderar aquellas ciudades que generan un espacio externo abierto al intercambio internacional, proponiendo para este una función equivalente a la del emporio colonial, que, en esta perspectiva, se iberiza (Aranegui, 2006, 73-87), a semejanza de lo observado en otras partes del Mediterráneo (Mele, 1983). Puesto que en El Grau Vell el registro cerámico prerromano arroja un índice de ánforas de transporte muy superior al del contexto del *oppidum,* con procedencias no solo del retropaís, sino, principalmente, de los ámbitos ampuritano, ibicenco y del estrecho de Gibraltar, su relación con el tráfico marítimo parece incuestionable. A este dato se suma la singularidad que supone la construcción allí de una torre, a finales del siglo III a.C., cuando crece el comercio con Italia, visualmente interconectada con el Castillo de Sagunto, el cual, a 177 metros de altura, se divisa desde el mar en mejores condiciones que la aglomeración litoral (fig. 6.20). Se combinan, así, distintas circunstancias para reconocer la iniciativa ibérica en la creación de un emporio donde, contando con unas adecuadas condiciones portuarias, centralizar tanto la comercialización de mercancías procedentes de su *hinterland* productivo como la redistribución de las ajenas, con conexiones geográficas amplias, deducibles de los materiales recuperados en sus espacios de almacenaje y en su entorno marítimo, con destacada presencia de importaciones. Un espacio, asimismo, donde atender las necesidades de los navegantes extranjeros, con las que se relaciona alguna actividad metalúrgica identificada.

La Escuera (San Fulgencio) (unas dos hectáreas y media de extensión total) (Abad y Sala, 2001, 205-264) constituye un yacimiento cuyo estudio definitivo permanece pendiente pero que podría, provisionalmente, considerarse como un emporio de La Alcudia de Elche-*Ilici,* al menos en la ampliación de su segunda fase, dada su localización en el punto más accesible para conectar con el mar desde el estuario del Segura, y dado su registro arqueológico, rico en ánforas e importaciones. Se construyó al final del siglo V y fue objeto de una importante reconstrucción en el siglo III, operativa hasta su abandono en el tránsito al siglo II a.C. Constructivamente destaca por la solidez de su muralla, por sus amplios ejes de circulación, parcialmente pavimentados con losas sobre las que se ven marcas producidas por el paso de carros; por la monumentalidad de un edificio situado junto a su acceso principal, con semisótanos, así como por disponer de espa-

cios de almacenaje, todo lo cual acusa contactos con el exterior que dejan patente una influencia púnica.

El funcionamiento del emporio tiene que implicar necesariamente un conjunto articulado de lugares de intercambio a lo largo de una ruta, en el que pueden tener cabida centros mayores y menores, como los citados, a los que, sin duda, la investigación irá añadiendo varios más (tal vez en *Kesse,* Tarragona; en Torre la Sal, Cabanes...). Se trata de una red que se proyecta hacia las áreas interiores donde surgen espacios económicos de redistribución, como parece que es el caso de la zona inferior del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas).

Comerciantes foráneos en enclaves costeros

La investigación sobre el medio colonial púnico occidental ha acuñado el término «granja» para designar establecimientos dedicados al procesamiento de recursos agropecuarios con vistas a su redistribución, beneficiosa para una sociedad que promueve la explotación del territorio (Gómez Bellard, 2003), pero que no reside permanentemente fuera de la ciudad. Así se interpretó, primero, una tipología constructiva con patio central distinta a la villa romana (Fentress, 2001, 249-268), más tarde una jerarquía del poblamiento rural orientalizante del sur peninsular (Ferrer y De la Bandera, 2007, 45-88) y, finalmente, un elemento del paisaje rural púnico bien estudiado en Ibiza y Cerdeña (Van Dommelen y Gómez Bellard, 2008).

También se ha puesto de manifiesto ya sea la concentración de producción de alimentos y talleres artesanos en áreas externas a la ciudad (Vegas, 1998) o la actividad de compañías privadas de comerciantes púnicos.

Algo de esta situación se advierte en el ámbito litoral contestano cuando se observan instalaciones que disponen de técnicas de transformación de recursos naturales con niveles de productividad por encima de los propiamente ibéricos, dotadas de tipologías constructivas más parecidas a las extranjeras de lo habitual, que no se identifican como emporios porque no parecen depender de una ciudad, sino de un consorcio comercial, y que tienen más entidad urbanística que los barrios artesanales extramuros.

El caso más claro se localiza en La Illeta dels Banyets (Campello) (Olcina *et al.,* 2009) (fig. 6.21), que se proyecta hacia el mar y cuenta

con un baluarte defensivo por el lado de tierra. Ocupa una superficie plana de unas dos hectáreas, recorrida por calles rectilíneas, la principal de las cuales permite una doble dirección de tráfico rodado, entre las que se construyen manzanas de edificios donde se multiplican los espacios productivos, de almacenamiento y de representación, con posibilidades muy superiores a las de las poblaciones medias de su entorno y con las características propias de un complejo industrial dedicado al comercio colonial, desde el final del siglo V a.C. hasta su abandono hacia el 250 a.C. Los seis lagares identificados están hechos aquí con adobes recubiertos de una capa de argamasa de cal, como los gaditanos, y sus cubetas cuadriplican la capacidad media de las ibéricas; hay un gran aljibe y talleres metalúrgicos; además, hay un zona para el procesado de la pesca, única en su género en la costa ibérica; hay cuerdas de esparto y una instalación para el malteado de la cerveza (Abad y Sala, 2009, 117-152), sin olvidar un número importante de grafitos greco-ibéricos y púnicos sobre cerámica ática. El sector alfarero cuenta con una batería de cinco hornos dedicados a proporcionar las ánforas con área de dispersión más extensa de entre las peninsulares de su época. A ello se suma un almacén con pavimento sobreelevado (casi 70 metros cuadrados en planta) que es el más regular en su trazado de los hasta ahora conocidos en el área ibérica, con subestructura de once muretes paralelos, precedidos por un corredor porticado en su primera fase (siglo V a.C.), que cambió de uso tras ser reformado a mediados del siglo IV. Frente al mismo, el edificio tripartito, entendido como un templo en el momento de su descubrimiento, es susceptible de ser mejor interpretado en función del almacenaje, reservando el papel religioso del enclave a una capilla cuadrada, igualmente única en el entorno inmediato, aunque con probables paralelos en *Castulo* (Cazlona) y en centros púnicos centromediterráneos (Marín, 1987; Aranegui, 2010, 689-704).

Se conjugan en Campello, en suma, demasiados rasgos extraordinarios para etiquetar como ibérico este lugar que, sin embargo, encaja en una nueva categoría de aglomeración al servicio del comercio marítimo, activo en el litoral contestano, gestionado, con mucha probabilidad, por comerciantes extranjeros ebusitanos o, más ampliamente, por púnicos, al menos en la segunda fase de utilización del lugar, dispuestos tanto a exportar la producción ibérica, como a suministrar importaciones a sus proveedores, estableciendo una red a la que pertenecen *oppida* de Alicante y Murcia (La Serreta, Coimbra del

Barranco Ancho, El Cigarralejo o El Cabecico del Tesoro), que acusan una evolución hacia una *facies* punicizante en su cultura material en el tránsito de los siglos IV a III a.C. (Aranegui, 1994).

Por mar y por tierra

La arqueología subacuática proporciona una información indispensable para documentar el tráfico marítimo de la antigüedad. Los naufragios jalonan los derroteros de las naves pero se concentran ya sea en determinados parajes difíciles para la navegación o bien en zonas próximas a tierra, pues cuando la nave se averiaba o zozobraba, acercarse a la costa constituía un último intento de salvación, a veces fallido, como muestran los hundimientos en las bocanas a los puertos o abrigos litorales. Con relativa frecuencia los pecios están quemados, accidentalmente o por haber sido objeto de un ataque pirata, amenaza habitual en el Mediterráneo (Str., III, 5,1; An. Flor., *BB,* I, 43) incluso en la época en que Sertorio huyó a África por *Dianium* (Denia) (Str., III, 4,6; Cic., *Verr.,* V, 54; Salust., *Hist.,* III, 6), antes de que la *lex Gabina* (67 a.C.) confiriera a Pompeyo autoridad para erradicar la piratería. Este riesgo hace compresible que el transporte marítimo, público o privado, no fuera en embarcaciones aisladas, sino en flotillas organizadas, patrulladas por naves rápidas, y que en la costa se levantaran puestos vigías.

Las aguas territoriales de la Península se encuentran muy expuestas al expolio e insuficientemente excavadas con método arqueológico, estando algo mejor documentadas para la época ibérica en las Baleares. En términos generales, los datos subacuáticos indican que dicho tráfico estaba dedicado casi enteramente al transporte de mercancías, puesto que los pecios o barcos hundidos registrados son, por aplastante mayoría, cargueros que llevaban ánforas o lingotes de plomo. Las torres de época ibérica sobre puntos panorámicos próximos a Denia, Calpe y Villajoyosa tendrían, en consecuencia, el cometido de vigilar el horizonte marítimo de sus respectivos espacios portuarios.

Siendo una embarcación la obra de ingeniería más sofisticada de las que se utilizaron en el pasado, muy pocos países contaban con una flota propiamente dicha. Fenicios, griegos y púnicos dominaron el arte de navegar que, más tarde, adquirió también Roma. Está demos-

trado que algunos iberos se enrolaban en barcos ajenos y, de hecho, los textos los mencionan en Sicilia y en el sur de Italia como mercenarios (Heródoto, VII, 165; Diod. Síc., XIII, 80, 2). A ello Livio (XXX, 21) añade que Roma dio naves a los embajadores saguntinos en el 203 a.C. para que regresaran a Hispania (¿a *Tarraco*? ¿a *Arse-Saguntum*?) tras su comparecencia ante el Senado, aunque la ocasión más frecuente que debieron tener los iberos para conocer el mar tuvo que ser la práctica del comercio. Los iberos disponían únicamente de pequeños botes y piraguas de escaso calado, según se ve en la decoración de sus cerámicas, aptos para el cabotaje y la navegación fluvial pero no para la navegación regular de altura. Sin embargo, su época asistió a un gran desarrollo de las embarcaciones: había naves ligeras propulsadas por remeros y barcos con vela cuadra, con la bodega libre para alojar la mercancía, cuyo transporte por mar se estima que resultaba cinco veces más ventajoso que el fluvial y veinticinco veces más económico que el terrestre. Las grandes líneas marítimas estaban entonces cubiertas por las potencias mediterráneas, que cruzaban el mar y comenzaban a descubrir el Océano enviando a Occidente expediciones que duraban varios meses y tenían que hibernar fuera de la patria, ya que en invierno no se hacían viajes largos. Aunque la actividad predominante en los contactos marítimos fue la mercantil.

El barco griego naufragado en Cala Sant Vincenç (Pollença) a finales del siglo VI a.C. (Nieto *et al.,* 2005, 33-46) es el más antiguo con presencia de ánforas de la tipología ibérica (tipo I-1, presente en El Oral, El Puig de la Nau o La Quéjola). Se trata de una embarcación de 15 o 20 metros de eslora, construida a la manera masalieta, con un cargamento heterogéneo, con bienes procedentes de Marsella, Magna Grecia, Quíos, Tasos..., entre el que se cuentan unas veinte ánforas peninsulares, de forma ibérica. El pecio de Binissafuller (al sur de Menorca) (Aguelo *et al.,* 2008, 199-207) presenta una arquitectura naval con las tracas ensambladas con mortajas y lengüetas que se ha asignado al ámbito púnico occidental, sugiriéndose incluso su construcción en astilleros de la Península, siendo fundamental subrayar que las ciento cincuenta ánforas ibéricas (I-3, I-5...)[4], posible-

[4] La recuperación de restos arqueológicos en Binissafuller no ha sido siempre profesional y todavía no ha dado lugar a una memoria científica; cabe la posibilidad de que en dicho punto se encuentren vestigios de distintos naufragios, lo que reper-

mente repletas de algún derivado de la uva, de la que se han recogido pepitas, o de salsas de pescado, se han relacionado con La Illeta dels Banyets (Campello), lo que indicaría que en dicho punto se concentraban productos con destino al mercado internacional.

Después de la segunda guerra púnica (218-202 a.C.) el tráfico marítimo del Mediterráneo estuvo fiscalizado por Roma desde el *portorium* que Publio Cornelio Escipión estableció en *Puteoli* (Pozzuoli), en la Campania (194 a.C.), para regular los impuestos aduaneros de la exportación ultramarina, como afirmación de supremacía frente a los, hasta entonces, activos comerciantes púnicos, de modo que naves onerarias romanas cada vez más grandes, de entre 30 y 80 metros de eslora (Lazareto, Escombreras 1, Grand-Congloué 1, Albenga, Mandrague-de-Giens...), se sumaron a otras embarcaciones menores y, todas juntas, acapararon el tráfico comercial, desde y hacia Italia, en el que puntualmente se encuentran lingotes de metales procedentes de la Península y pequeñas cantidades de ánforas y cálatos ibéricos. Las ánforas ibéricas de los pecios baleáricos de Punta de Ses Salines, Sa Tuna... y los yacimientos ibicencos de Na Guardis y Es Trenc indican una de las rutas principales de las mercancías ibéricas.

La navegación fluvial tuvo que contribuir a facilitar la relación de las áreas interiores con la costa y viceversa, aunque la dispersión de importaciones y exportaciones a lo largo de los ríos navegables ibéricos afecta sobre todo a sus respectivos cursos bajos y medios, y no se amplía tierra adentro, en el caso del Ebro, hasta época romana. Por eso el control de los ríos, combinado con el transporte terrestre, fue fundamental para la economía ibérica (VVAA, 1998), con pasos ritualizados por estaciones-santuarios. El testimonio, primero, de las cerámicas áticas en la Meseta Sur y en Extremadura; después, de las primeras ánforas de vino itálico (greco-itálicas, MGS VI) y, finalmente, de las cerámicas campanienses por toda la Península, pone de manifiesto la extensión creciente de los recorridos del comercio interior, realizado principalmente por caminos de herradura. Sin embargo, los iberos conocieron el carro de transporte, cuyas ruedas han dejado huellas en el firme de piedra de los caminos, pero las carriladas prueban que no había un ancho uniforme entre los ejes de

---

cutiría sobre la datación y atribución de los hallazgos, de momento asignados a los siglos IV o III a.C.

las ruedas y ello indica que el tránsito rodado no estaba unificado. Determinados tramos, o la entrada a algunas localidades, sí que se recorrían en carros, pero no así la totalidad de los trayectos. Una tradición antigua informa de una ruta terrestre que permitía ir desde el norte de Italia hasta las *columnas de Hércules* hacia el siglo III a.C. Se trata de la llamada vía Heraclea, mítica por su extensión, por su antigüedad y por hacer accesibles los distritos mineros de Iberia, siglos antes de que la *vía Augusta* regularizara la red viaria de la fachada mediterránea hasta el Estrecho en Hispania (SILLIÈRES, 1990). En época ibérica no hay postas ni mantenimiento de semejante infraestructura de comunicación.



Fig. 6.1. Labrador con arado tirado por yunta de bueyes pintado sobre un cálato de Alcorisa, Museo de Teruel (fot. Museo Teruel).



Fig. 6.2. Ilustración del trabajo de forja (dib. A. Sánchez).

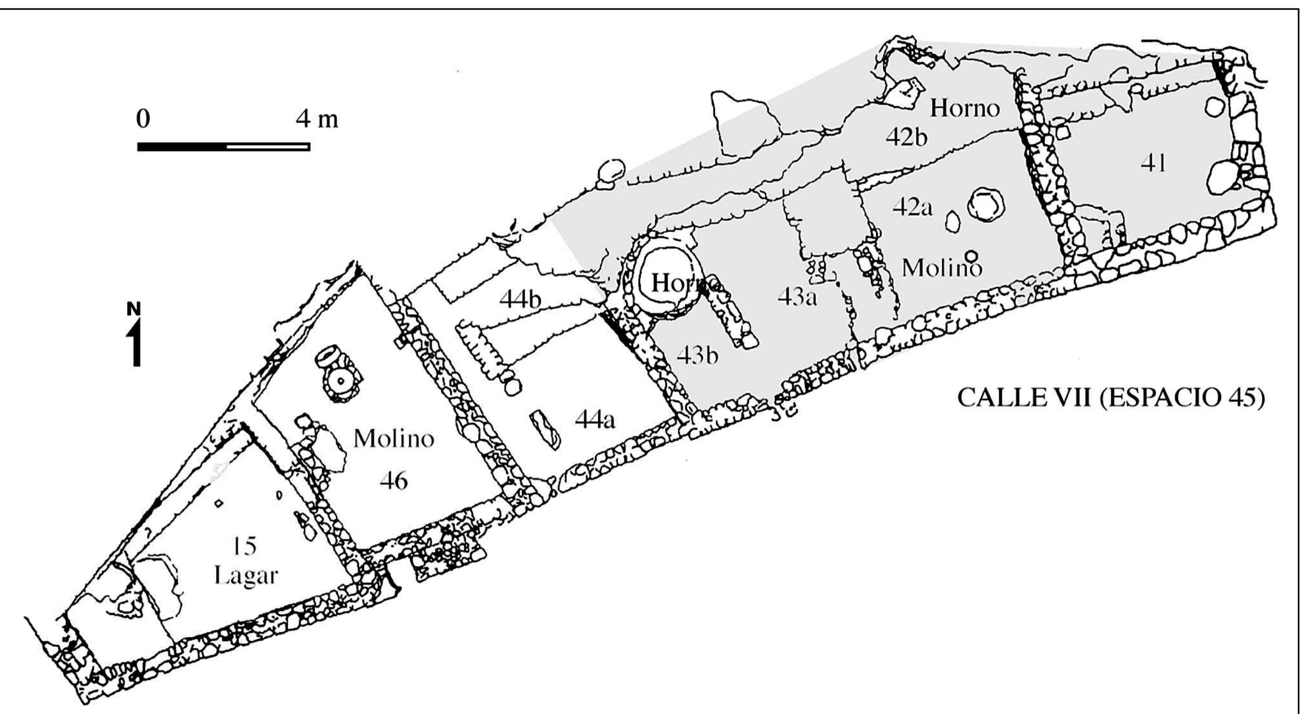


Fig. 6.3. Casa compleja con espacios productivos de *Edeta*-Liria (dib. H. Bonet y C. Mata).

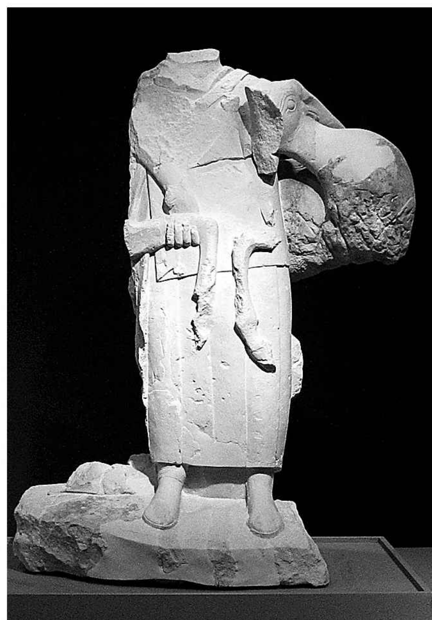


Fig. 6.4. Oferente con cabras del Cerrillo Blanco (Porcuna), Museo de Jaén (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).

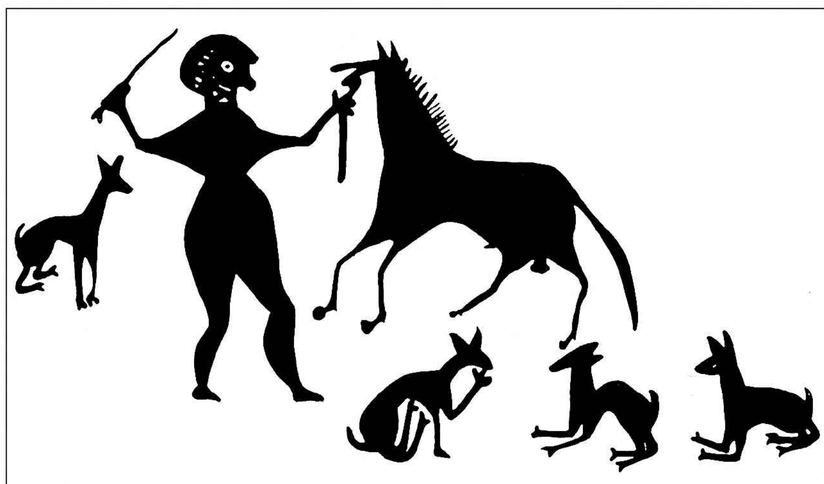


Fig. 6.5. Escena de doma representada sobre una lebeta de *Edeta*-Liria, Museo de Prehistoria (archivo SIP, Valencia).

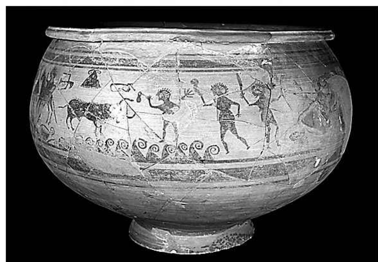


Fig. 6.6. Lebeta de *Edeta*-Liria con escena de juego con toro, Museo de Prehistoria (fot. SIP, Valencia).



Fig. 6.7. Pequeño buey uncido de La Bastida de los Alcusses (Mogente), Museo de Prehistoria de Valencia (fot. C. Mata).



Fig. 6.8. Silo reutilizado como fosa votiva, Mas Castellar (Pontós) (fot. E. Pons).



Fig. 6.9. Molino rotatorio de *Edete*-Liria (fot. H. Bonet).

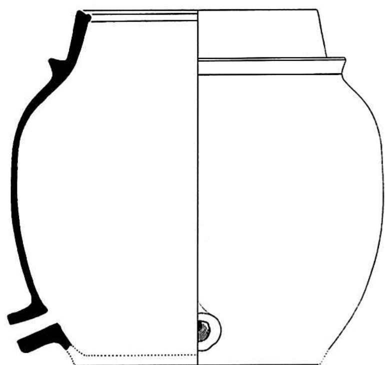


Fig. 6.10. Tipo de vaso susceptible de ser utilizado para elaborar cerveza.



Fig. 6.11. Colmena de tubos cerámicos de *Edeta*-Liria, Museo de Prehistoria (archivo SIP, Valencia).

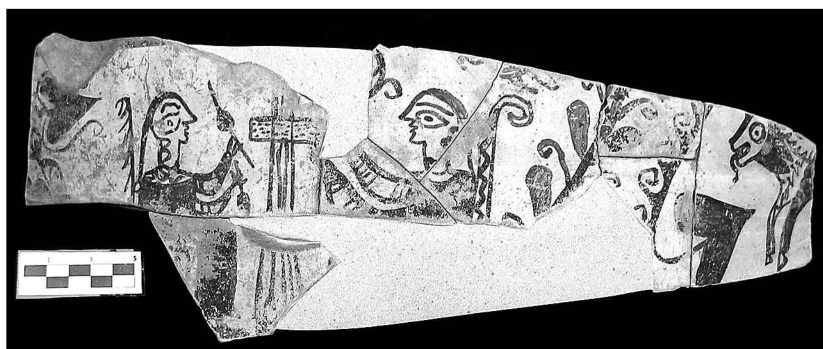


Fig. 6.12. Escena de mujeres hilando pintada sobre un vaso de *Edeta*-Liria, Museo de Prehistoria (foto SIP, Valencia).



Fig. 6.13. Pesas de telar con marcas impresas (Museo de Sagunto).

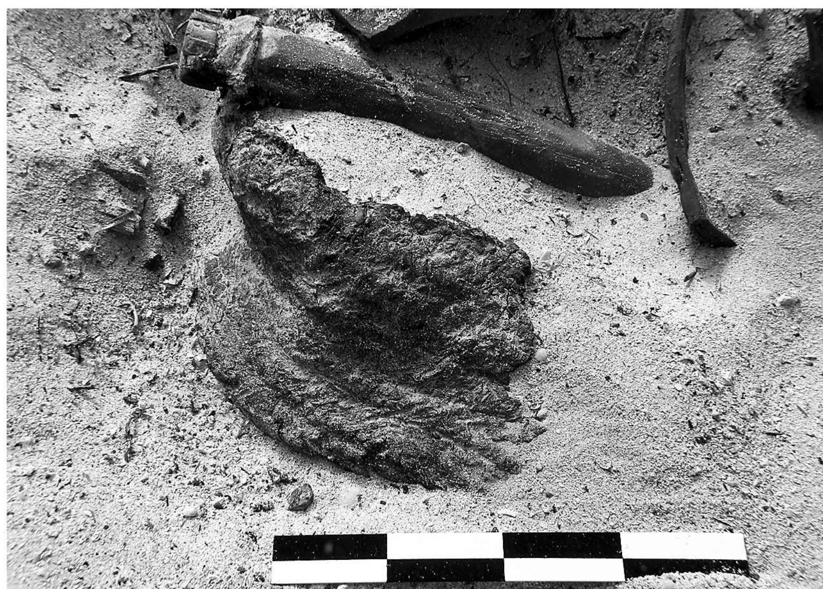


Fig. 6.14. Capazo de esparto con asa de madera del pecio de Binissafuller (Menorca) (fot. C. de Juan).



Fig. 6.15. Ánforas hundidas en Binissafuller (Menorca) (fot. C. de Juan).

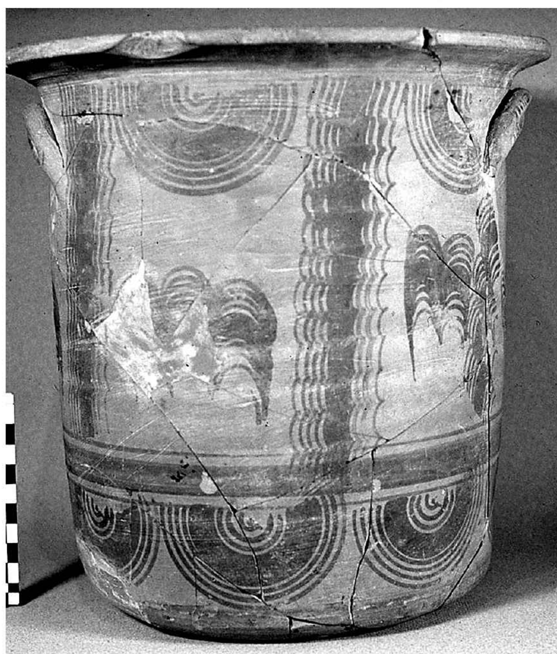


Fig. 6.16. Cálato indikete del área ampuriana hallado en Ensérune (Hérault), Museo de Ensérune (fot. autora).

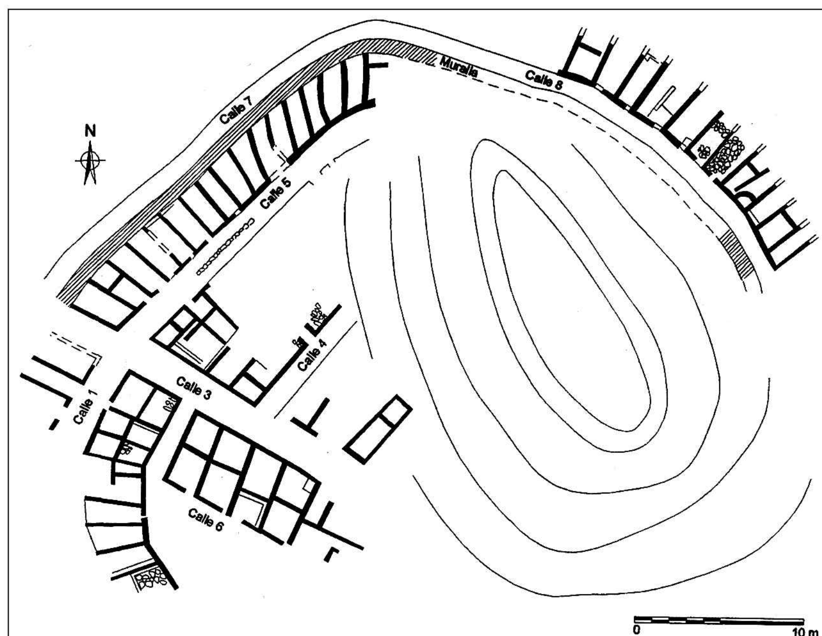


Fig. 6.17. Planta del Molí d'Espígol (Tornabous)
(dib. autora a partir de M. Cura).

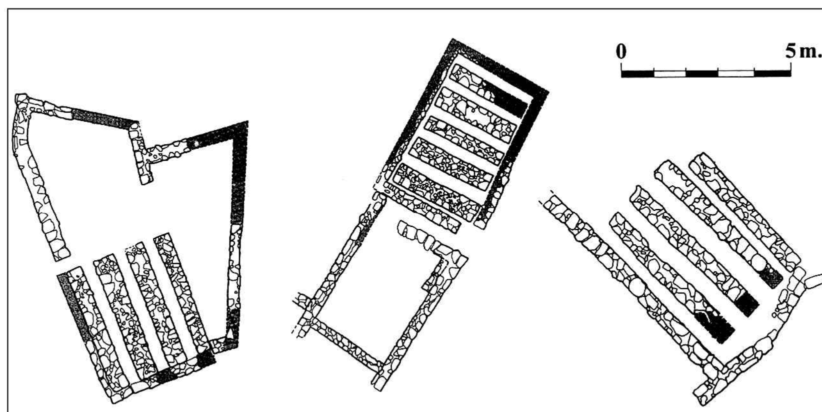


Fig. 6.18. Estancias con espacio de almacenaje con suelo sobreelevado
de la Moleta del Remei (Alcanart) (según F. Gracia).

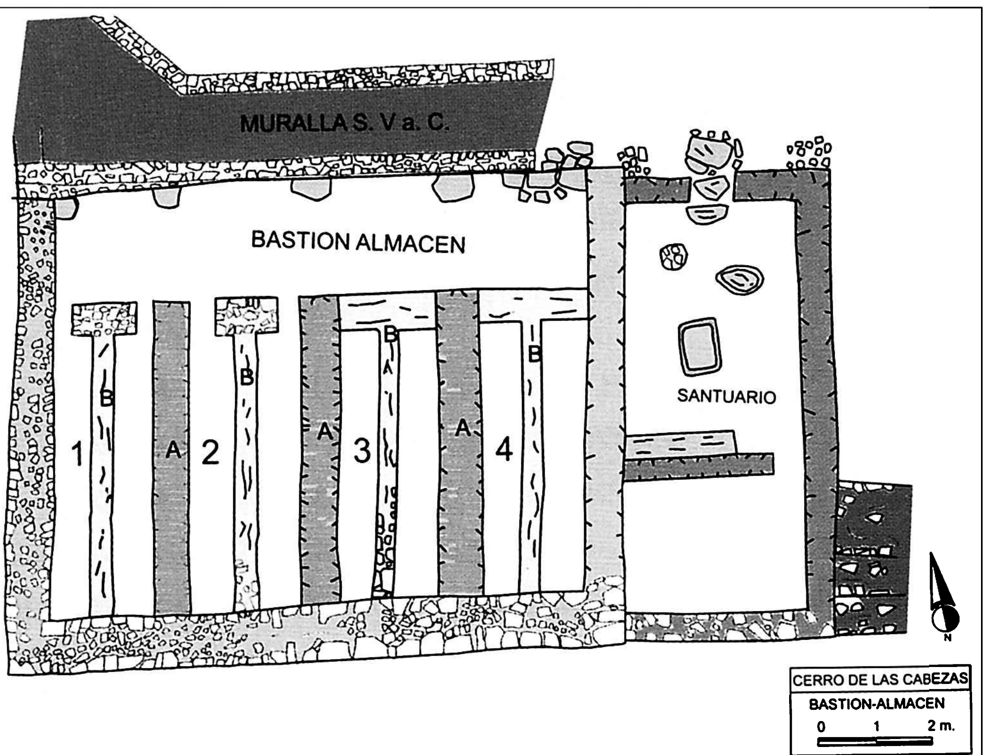


Fig. 6.19. Almacén tripartito del Cerro de la Cabeza (Valdepeñas), según equipo de excavaciones (J. J. Pérez Avilés y J. Vélez).

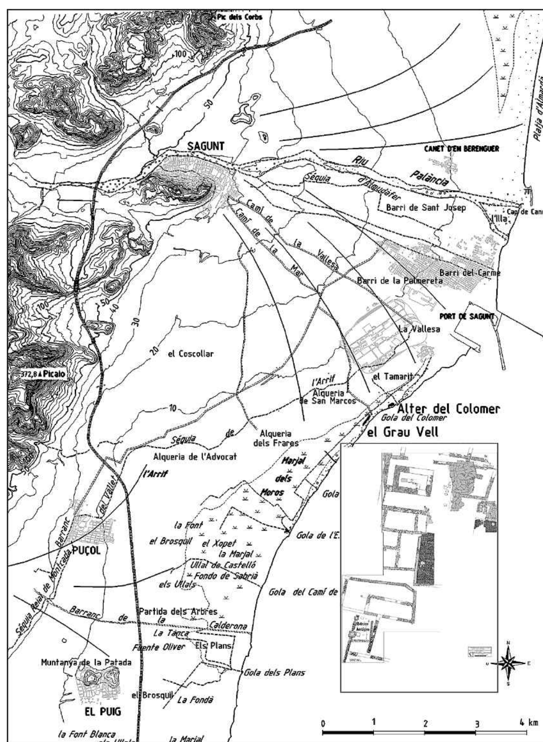


Fig. 6.20. *Arse*-Sagunto y El Grau Vell en el abanico aluvial del antiguo *Udiva,* según P. Carmona y C. Aranegui.

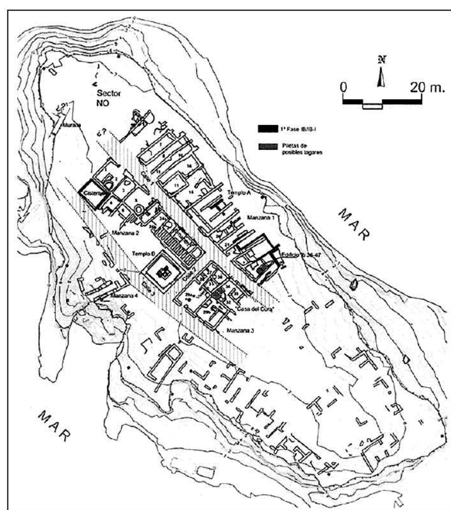


Fig. 6.21. Planta de La Illeta dels Banyets (Campello), según M. Olcina, a partir de E. Llobregat.

CAPÍTULO 7
LAS MONEDAS Y LOS IBEROS

> «[acerca de Alejandro Magno] Coins survive in huge quantities from throughout his realm. They provide direct evidence not only about economic history and monetary policy, but also about ideology, propaganda, and political history...» (John F. CHERRY, *The Personal and the Political: the Greek World,* 2008).

Aproximación a la numismática antigua

Los metales, en particular los nobles, se han asociado desde siempre a la riqueza: no solo se han atesorado y se han transmitido en herencia, sino que también, cuando se impusieron las sociedades complejas en el Mediterráneo, se utilizaron al peso para realizar pagos, lo cual constituye el antecedente de la acuñación regular de un metal precioso. La amonedación supuso la culminación de todo un largo proceso cifrado en instituir un método contable e intercambiable capaz de establecer un valor, garantizado por una autoridad, para pagar con un precio estipulado diversos tipos de gastos, como sucedió en Grecia hacia finales del siglo VII a.C. y se expandió por el Mediterráneo a continuación, proyectándose hasta nuestros días. La moneda acuñada fue una prerrogativa del poder destinada a circular no solo en el interior de un determinado país, sino también entre todas aquellas gentes o instituciones externas susceptibles de satisfacer pagos —corrientes, comerciales, políticos, diplomáticos, fiscales o laborales— con monedas, pasando de unas manos a otras, atesorándose, hasta quedar, muy poco a poco, fuera de la circulación. De este modo, a sus valores intrínseco y económico, pronto se añadió su capacidad de divulgar el prestigio de una ciudad, de un gobernante o de un Estado, con una proyección sin paralelo en el mundo antiguo.

Ningún otro soporte de propaganda oficial se difundió en un radio de acción tan amplio como la moneda y de ahí que algunas emisiones, valiosas y cuidadas, fueran meramente el testimonio de una victoria, de un enlace matrimonial o de un ascenso político.

La emisión de moneda se basa en un sistema ponderal determinado por el erario público, distribuido según la escala de valores a la que se ajusta su acuñación y al lenguaje de aquello que aparece en su anverso y su reverso, todo ello conforme a un juego de unidad, múltiplos y divisores que hacen operativa la finalidad a la que sirve. El oro (con carácter extraordinario), la plata y el bronce constituyeron la materia prima de la inmensa mayoría del numerario mediterráneo antiguo, siendo la plata el valor más alto comúnmente. En el siglo VI a.C., todo el ámbito helénico estaba monetizado: metrópolis y Estados de la cuenca oriental, no solo griegos, acuñaban moneda, ateniéndose a las reglas de equidad que imponen la equivalencia de metales y pesos entre las monedas en contacto. Esta relativa homologación, sin embargo, no evitaba que hubiera monedas fuertes y débiles, como se comprueba al estimar la masa monetaria emitida, sus unidades, su arte y su regularidad a lo largo del tiempo, o la falta de ella. Porque hay que advertir que, aunque la moneda tiene su aplicación óptima en aquello que concierne a las finanzas públicas, gobiernos de nivel medio e incluso pequeño, sin grandes empresas internacionales ni grandes territorios fiscales, se dispusieron a acuñar metal para gastos menores, emulando a otros organismos de su entorno. No se produce iniciativa alguna de amonedación aisladamente, siendo como es la moneda un instrumento de cambio. Existen, sin embargo, situaciones particulares que dan cabida a emisiones extraordinarias con valores y en lugares no habituales, por ejemplo, en caso de guerra, resueltas las cuales dejan de acuñarse. La moneda para gastos corrientes de subsistencia, se instaló en Occidente poco a poco y de manera irregular. A veces por la conveniencia de insertarse en la circulación monetaria, sin duda orientada y dirigida por los países hegemónicos; a veces para relegar el trueque en sus actividades cotidianas.

La combinación de riqueza y poder ha dado lugar a resaltar con el nombre de *medallas* la generalidad de las monedas, objetos reverenciados. Además de su valor como metal, sus letreros y su arte han alimentado un coleccionismo que se remonta a la antigüedad y que continúa bien asentado hasta el presente. Las instituciones europeas

se dotaron de *cabinets des médailles,* de departamentos de *coins and medals,* de *monetarios,* del siglo XVIII en adelante y son estas grandes colecciones las que han vertebrado la ciencia numismática que, en la actualidad, avanza renovando la metodología de estudio y prestando cada vez más atención al contexto arqueológico de las monedas (ARÉVALO, 2009). El Gabinete Numismático de Cataluña, creado en 1932 con donaciones de particulares eruditos, es un buen ejemplo de la especificidad del objeto numismático y de la singularidad que su conservación y estudio requieren.

Introducción a la moneda ibérica. Un poco de historia

Las monedas, por tanto, con sus efigies y rótulos inscritos, se han considerado siempre objetos dignos de estudio, si bien la perspectiva moderna de la catalogación de la moneda antigua no tiene en España su primer y honroso precedente hasta la aparición de los *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades* de Antonio Agustín (1517-1586), formado en el Colegio de San Clemente de Bolonia. Un buen ejemplo del avance de los conocimientos en el siglo XVIII se aprecia en la obra que con el título *Medallas de las Colonias, Municipios y pueblos antiguos de España* (1757-1758) publicó Henrique Flórez (1702-1773), más conocido como autor de la magna obra *España Sagrada,* publicada en veintinueve tomos siguiendo un objetivo más retórico que ilustrado. Solo al cabo de más de un siglo, Antonio Delgado (1805-1879) publicaría en tres volúmenes su *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España* (1871-1876), seguido por el *Estudio histórico de la moneda antigua española* de Jacobo Zóbel y Zangróniz (1842-1896), que adopta un criterio más moderno, ceñido a la historia de España, después mejorado y ampliado por Antonio Vives y Escudero (1859-1925), coleccionista culto con sólidos conocimientos de arqueología y, sobre todo, de numismática, cuya obra *La Moneda Hispánica* (1926), bien ilustrada, no ha dejado de ser reeditada desde su aparición y es citada hasta hoy por buena parte de los especialistas, siquiera como antecedente del *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem* (1994) de Leandre Villaronga, de obligada referencia para la época anterior al cambio de era, hecho con un método contemporáneo que ha creado escuela.

El desarrollo de la numismática ibérica ha tenido que profundizar en sus contenidos atendiendo en paralelo dos líneas de estudio complementarias: la del comportamiento del documento en sí (su metal, técnica, forma, metrología y cuantificación), que autoriza la adscripción de las piezas a un determinado sistema monetario, y la de su contextualización económica y cultural (su dispersión, estilo, epigrafía e índice de circulación), que facilitan su encuadre histórico. Así se ha construido una base epistemológica que permite concretar aquello que es propio de la cultura ibérica, con la diversidad geográfica que la caracteriza, sujeta, sin embargo, a una periodización a grandes rasgos coincidente en todas sus áreas, que deja ver la importancia de los factores externos sobre las monedas ibéricas, como no podría ser de otro modo, puesto que el pequeño mundo particular de estas gira en la órbita de las acuñaciones fuertes coetáneas. Y, de este modo, la segunda mitad del siglo IV y el comienzo del III a.C. constituyen el primer capítulo de la numismática ibérica; el centro del siglo II, la etapa con mayor número de emisiones de plata y de bronce, y el segundo tercio del siglo I a.C., el principio del fin de las series con letreros ibéricos (UNTERMANN, 1975).

La edición de catálogos numismáticos continúa hasta nuestros días, por una parte, en la vertiente convencional de dar a conocer las piezas existentes (RIPOLLÈS y ABASCAL, 2000), a veces en el marco de una recopilación general para una época determinada (BURNETT *et al.,* 1992), y, por otra parte, enfocando el estudio de la moneda a partir de un problema histórico determinado (GARCÍA-BELLIDO, 1995, 257-292). El paso desde la numismática a la historia no suele prescindir ni de la consideración de la circulación monetaria, es decir, de la estimación de la importancia de una moneda a partir de su difusión, ni de la convivencia de valores diversos, basada principalmente en el estudio de los conjuntos que se ocultaron en un momento de inseguridad, que reciben el nombre de tesoros. Pero, junto a estos enfoques, la investigación reciente se ha beneficiado de la publicación monográfica de cecas, muy importante desde finales del siglo XX. Los talleres del Valle del Ebro (DOMÍNGUEZ, 1979), *Arse-Saguntum* (VILLARONGA, 1967; RIPOLLÈS y LLORENS, 2002), *Lauro* (LLORENS y RIPOLLÈS, 1998), *Saitabi* (Játiva) (RIPOLLÈS, 2007), entre otros, cuentan con una documentación metódica moderna y bien argumentada que ha supuesto un avance notable para la numismática ibérica.

El contexto del inicio de la emisión de moneda

La llegada de los foceos a *Massalia* (600 a.C.) y a *Emporion* (575 a.C.) introdujo unas nuevas prácticas de pagos corrientes instaurando, a partir del 525 a.C., una forma de dinero mediante la acuñación de la plata, desconocida hasta entonces (RIPOLLÈS, 2009). Pequeñísimas cantidades de plata fueron marcadas, primero, con imágenes y, luego, también con las iniciales o el topónimo completo de la ceca de *Emporion* que fue el taller más fuerte de la Península. Un siglo después, monedas con la rosa en el reverso o el topónimo de *Rhode,* emitidas por la ciudad masalieta situada al norte de Ampurias (L'Escala), se sumaron a las primeras. Los valores que circularon inicialmente por iniciativa emporitana fueron pequeños óbolos (divisores) sin letreros, llamados de tipo Auriol, de pesos heterogéneos, que parecen haber servido para ir remplazando el trueque en especie por el intercambio de plata, antes que se impusieran dracmas y moneda fragmentaria. Unos y otras fueron objeto de imitación no solo en el noreste peninsular, sino también en un sector céltico del sur de Francia, hasta constituirse un área relativamente amplia con una cultura numismática fiel a la tradición emporitana, potente en la acuñación de plata, en buena parte procedente del distrito minero pirenaico, ilustrativa de la política de Ampurias respecto a las poblaciones de su entorno.

La aparición de monedas en contextos ibéricos no se remonta más allá de inicios del siglo V a.C. de atenerse a los hallazgos arqueológicos contextualizados, únicos que pueden avalar la historia del uso de la moneda, objeto de larga permanencia en manos de sus usuarios, por definición. Los yacimientos arqueológicos del Ibérico Antiguo (siglos VI y V a.C.) no proporcionan monedas, aunque se conocen monedas acuñadas en el último cuarto del siglo VI a.C., localizadas en emplazamientos costeros. El Ibérico Pleno supone, por el contrario, una evolución de las transacciones comerciales de la que son testimonio sistemas de pesos (fig. 7.1) (GARCÍA-BELLIDO, 2002, 93-106), platillos de balanza, plomos inscritos en ibérico en los que constan cifras y la plata intercambiada al peso (fig. 7.2). Es a partir del siglo IV cuando se constatan, por una parte, discos de plata sin acuñar en La Bastida de les Alcusses o en El Puig de Alcoy y, por otra, la circulación de recortes de plata en una zona que abarca

desde Girona a Alicante. En este área también hay ocultaciones de tesoros datadas en el siglo IV a.C. (VILLARONGA, 1993) que siempre contienen moneda griega (ocultaciones de Pont de Molins, Morella, Puig de la Nau, el Montgó, Orihuela...), indicativa del origen del impulso de la penetración de numerario en la vertiente mediterránea ibérica. Se produce, asimismo, tanto un cambio en la ocupación del suelo, patente en la aparición de nuevos núcleos fortificados, como el inicio de una escritura propia, la ibérica, motivada por el comercio (véase capítulo 2), además de un intento de control de ciertas salidas al mar de su litoral (véanse capítulos 3 y 4), todos ellos hitos fundamentales pero relativamente efímeros y con final violento.

A mediados del siglo IV, la colonia fenicio-púnica de *Ibusim* (Ibiza) negociaba con Ampurias según se advierte por la distribución de cerámicas griegas, así como por la salida de bienes propios envasados en ánforas, siendo la primera de las de su origen que incorporó la acuñación de monedas, pues *Gadir* (Cádiz), *Malaka* (Málaga) y *Seks* (Almuñécar) no establecieron su propia ceca sino a partir del inicio del siglo III, todas ellas con metrología adecuada a su cultura púnica, que tiene como materia prima el bronce y como valor de referencia el *shekel* (moneda de plata) púnico, a la manera que se adaptó en Sicilia occidental. Otras ciudades del sur peninsular siguieron su pauta y acuñaron bronce con letreros en fenicio o en Ibérico y tipos variados, pero reconocibles dentro de la tradición púnica, característica de la que será la segunda gran área de la numismática ibérica.

La ciudad mejor estudiada y pionera en su incorporación a la emisión de monedas es *Arse-Saguntum* (RIPOLLÈS y LLORENS, 2002), pues reúne evidencias, bien en el *oppidum,* en su puerto o en su territorio, de la circulación de fragmentos de plata al peso, así como un número significativo de monedas de *Massalia* y *Emporion,* y una dinámica de desarrollo urbano y empórico que da lugar a que sus acuñaciones se puedan remontar hasta la segunda mitad del siglo IV a.C., en relación con los intereses griegos en la ruta del sur. La ceca de *Arse* no pueden desligarse de la influencia griega que determina su peso y algunos de sus tipos más representativos (RIPOLLÈS, 2005, 187-208) (fig. 7.3), con paralelos en la Magna Grecia y Sicilia, aunque los letreros se hagan en ibérico oriental y sea, así, la escritura el medio de apropiación de las emisiones por parte de la ciudad.

Complementariamente se admite que en el siglo III a.C., antes de la segunda guerra púnica, *Saitabi* (Játiva) estableció su ceca y emi-

tió plata, siguiendo la pauta de *Arse,* y que al menos la ciudad meridional de *Castulo* (Cazlona) comenzó sus acuñaciones de bronce. El precoz empleo del latín en la primera serie de e *Ipolca/Obulco* (Porcuna), con cabeza femenina en el anverso y espigas en el reverso, deja esta ceca al margen de las ibéricas entendidas en sentido estricto, pese a que las series subsiguientes sean bilingües (latín e ibérico) y dejen constancia de magistrados que tienen que ser, por la etimología de algunos de sus nombres, del país, constituyendo un ejemplo de aproximación al medio humano, característico de la política romana de la época.

La moneda ibérica en el marco de la segunda guerra púnica (218-202 a.C.)

La confrontación de Barkas (cartagineses) y Escipiones (romanos) tuvo enormes consecuencias en todo el Mediterráneo occidental. El área de cultura ibérica, estratégica para ambas potencias, asistió entonces por primera vez a un movimiento de tropas y se vio afectada por un final que supuso ser controlada políticamente por Roma, tras siglos de contactos exteriores de índole comercial, articulados en la doble tradición helénica y púnica. En lo que respecta a la moneda, esta situación, entre el final del siglo III y la institución de las provincias Citerior y Ulterior (198 a.C.), generó, de entrada, una mayor incidencia de numerario, puesto que se abrieron nuevas cecas que contribuyeron al incremento de acuñaciones de plata, no solo en la zona de influencia griega, sino también por parte de ciudades, pendientes de identificación, del ámbito de *Qart Hadasht* (Cartagena), que, con *Ibusim* y *Gadir* —que incorporan ahora alguna emisión de plata—, se verían obligadas a proporcionar a los Barka valores homologables a los establecidos por Roma, estos acuñados en gran parte para la ocasión por Ampurias. Esta ciudad suministró dracmas (4,70/4,50 gramos), con anversos de cabeza femenina con diadema de espigas rodeada por tres delfines y reverso con Pegaso con cabeza en forma de figura humana, a las que se sumaron las numerosas imitaciones ibéricas de las dracmas, con diversificación de letreros (Villaronga, 2004).

Durante la guerra e inmediatamente después se produjeron muchas ocultaciones de tesoros que prueban, en primer lugar, que la circulación de moneda de plata se había ampliado con motivo de la

guerra, sobre todo porque los estipendios militares se pagaban utilizando todas las monedas disponibles, que llegaban incluso a los mercenarios ibéricos, quienes pudieron reunir así una riqueza que antes les era difícilmente accesible. Atestiguan estos tesoros, en segundo lugar, la geografía de cada uno de los bandos en litigio, porque hay ocultaciones, como las de Cheste (Ripollès y Ribera, 2005, 19-33) o Mogente (García-Bellido, 1990), con predominio de moneda cartaginesa acuñada en la Península, mientras que en Orpesa la Vella (Ripollès, 2005) predomina la moneda ampuritana.

Las emisiones ibéricas de los siglos II y I a.C.

Finalizada la guerra, Hispania quedó incluida en el mapa provincial de Roma y sujeta a sus disposiciones jurídico-administrativas (Liv., XXXII, 28, 11-12), únicas a partir de este momento con potestad para autorizar la fabricación de moneda y, en su caso, controlarla. Como vencer a Aníbal había supuesto una considerable inversión romana en gastos de guerra, la recuperación económica de la *res publica* pasó por requisar toda la moneda y objetos de metales nobles existentes en Hispania para llevarlos a Roma, donde esta riqueza fue conocida con el nombre de *argentum oscense* (Liv., XL, 43, 6). En consecuencia, la normalización que había alcanzado la moneda años antes experimentó un retroceso, con la paralización tanto de emisiones propias como de llegada de numerario desde Roma, situación que no se empezó a recuperar hasta entrado el segundo cuarto del siglo II a.C. Se iniciaron entonces las acuñaciones ibéricas ajustadas a la metrología del denario (plata) y del as (bronce) (fig. 7.4), sin exigencia de cambio en tipos ni en leyendas de tradición ibérica. De este modo, las ciudades ibéricas emisoras de moneda se multiplicaron en poco tiempo aunque «la secuencia cronológica de la producción de moneda de Hispania es una de las cuestiones más inciertas... La incertidumbre afecta [...] particularmente a lo que se refiere al denario ibérico» (Ripollès, 2005, 196). En la Citerior, muchas acuñaron plata hasta alrededor del 70 a.C. y, a partir del 150 a.C., dejaron constancia de los nombres de los responsables de la acuñación, con frecuencia indígenas, y, sin una progresión regular, adoptaron el latín, algunas pasando por una fase de emisiones bilingües.

Para esta etapa, contra lo que podría suponerse, son muchas las incógnitas que se tienen acerca de la finalidad de las monedas que se acuñan en Hispania. ¿Por qué algunas ciudades, como la celtibérica *Turiasu* (Tarazona) (GOZALBES, 2002, 125-145), emitieron tanta plata? ¿Qué tipo de necesidades, locales u otras, se pagaban en moneda? Desde el punto de vista cultural, se siguen considerando ibéricas aquellas que, ubicadas en territorio ibérico, ostentan letreros en esta escritura, generalmente referida a topónimos, etnónimos o antropónimos, dejando en diferente consideración las cecas localizadas en suelo celtibérico, que, sin embargo, utilizaron el signario ibérico y siguieron pautas similares a las primeras.

En la Citerior litoral *Kesse* (Tarragona) fija el peso más generalizado para el bronce, cuyos tipos tienen una relativa regularidad, con las cabezas varoniles en los anversos y caballos, jinetes, toros..., en los reversos, dándose algunas coincidencias en las unidades de talleres distintos. *Arse* incorporó a finales del siglo II a.C. diseños claramente romanos para sus monedas de bronce, en una etapa en la que también introdujo el etnónimo *saguntinu(m)...,* en latín, en sus epígrafes monetarios, hecho sujeto a interpretaciones diversas, bien en clave de la dualidad de poblaciones asentadas en el lugar, o de evolución de la población a tenor de los tiempos, con asunción de un cambio de nombre[1].

---

[1] La interpretación de las series monetarias bilingües de Sagunto está condicionada por la historia de esta antigua ciudad, la más rica en documentación histórica de las de la Hispania de época romano-republicana, por su protagonismo en la ruptura de hostilidades que llevó a la segunda guerra púnica y consiguiente triunfo de Roma sobre Cartago. La numismática ibérica cuenta, sin embargo, con otras acuñaciones bilingües: *Castulo, Saitabi...,* en alguna ocasión incluso con una sustitución de un topónimo por otro, como *Kesse-Tarraco*. La historia numismática de *Arse-Saguntum* es, sin duda, peculiar, como demuestra una investigación que ha privilegiado el estudio de esta ceca (Leandre Villaronga, Pere Pau Ripollès, María del Mar Llorens...). Su antigüedad, sus emisiones de plata, sus diseños y continuidad hacen de las monedas de *Arse-Saguntum* un caso *único*. Pero precisamente de ello se deriva la sospecha de una excesiva adecuación de los datos numismáticos a los textos históricos, puesto que en numismática los *casos únicos* no tienen sentido, como quizá la profundización sobre el estudio de otras cecas confirme algún día. Mi conclusión acerca de *Arse* y su puerto, El Grau Vell, es que se trata de dos partes inseparables de una misma ciudad ibérica, ciertamente precoz, tanto en sus contactos comerciales mediterráneos filohelénicos, como en su romanización, que se reconoció en el topónimo inventado por Roma para demostrar que la guerra contra Aníbal había sido justa (ARANEGUI, 2004b, 25-28), pese a lo que pensaban muchos eruditos de la antigüedad.

En la Ulterior las acuñaciones son llamativamente heterogéneas. *Castulo* fue aquí una de las cecas importantes y más estables (García-Bellido, 1982; Arévalo, 1997, 194-232), de la que se conocen 389 cuños, los más característicos con cabeza humana en el anverso y esfinge en el reverso; adoptó el patrón metrológico vigente en Roma, pero mantuvo algún tiempo su escritura y su tipología. Parece confirmarse que la ampliación de la actividad minera tras el arriendo de explotaciones a publicanos itálicos dio lugar a que se hicieran en paralelo acuñaciones mineras y ciudadanas para los distintos pagos, mostrando la relación de acuñaciones y distritos minero-metalúrgicos, característica de la Alta Andalucía. Las acuñaciones, ciertamente, fueron proliferando, aunque algunos talleres emitieron moneda durante muy poco tiempo y en escasa cantidad (fig. 7.5).

La investigación contemporánea cuestiona que las monedas ibéricas sirvieran para financiar obras públicas, servicios o bien el pago de los gastos que regularmente requería Roma de los iberos, porque la financiación del ejército y el fisco hubieran exigido un volumen de numerario y un ritmo de emisión distintos a los que las piezas ibéricas denotan. Sin negar que los conflictos bélicos influyeran sobre la recaudación, muchos numismáticos se inclinan hoy por atribuir el hecho de la moneda ibérica a un cambio cultural, afectado por la política de cada momento, pero no supeditado solamente a los pagos de guerras, tropas e impuestos, sino, en buena medida, a gastos de menor cuantía, propios de los *oppida* autóctonos y de las necesidades de sus habitantes quienes, familiarizándose con la moneda extranjera y produciendo la propia, adquirieron la capacidad de resolver sus transacciones de una manera civilizada.



Fig. 7.1. Recortes de plata al modo que se utilizaban para realizar intercambios evaluados en metal al peso (fot. P. P. Ripollès).

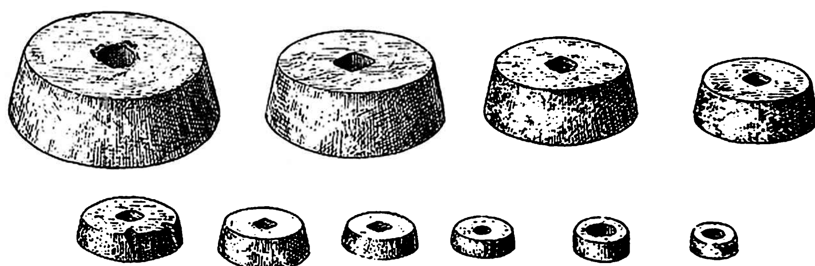


Fig. 7.2. Escala ponderal de la tumba 221 de El Cigarralejo, Museo de El Cigarralejo, Mula (dib. E. Cuadrado).



Fig. 7.3. Anverso y reverso de una dracma ibérica de *Arse*-Sagunto (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de un as de *Kese*-Tarragona (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de un as de *Arse*-Sagunto con leyenda bilingüe ibérica y latina (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de un as de *Castulo*-Cazlona (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de un as de *Iliturgi*-Granada (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de una unidad de bronce de *Untikesken*-Ampurias (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de un as de *Saiti*-Játiva (fot. P. P. Ripollès).




Anverso y reverso de un denario de *Bolskan*-Huesca (fot. P. P. Ripollès).

Fig. 7.4. Acuñaciones ibéricas.

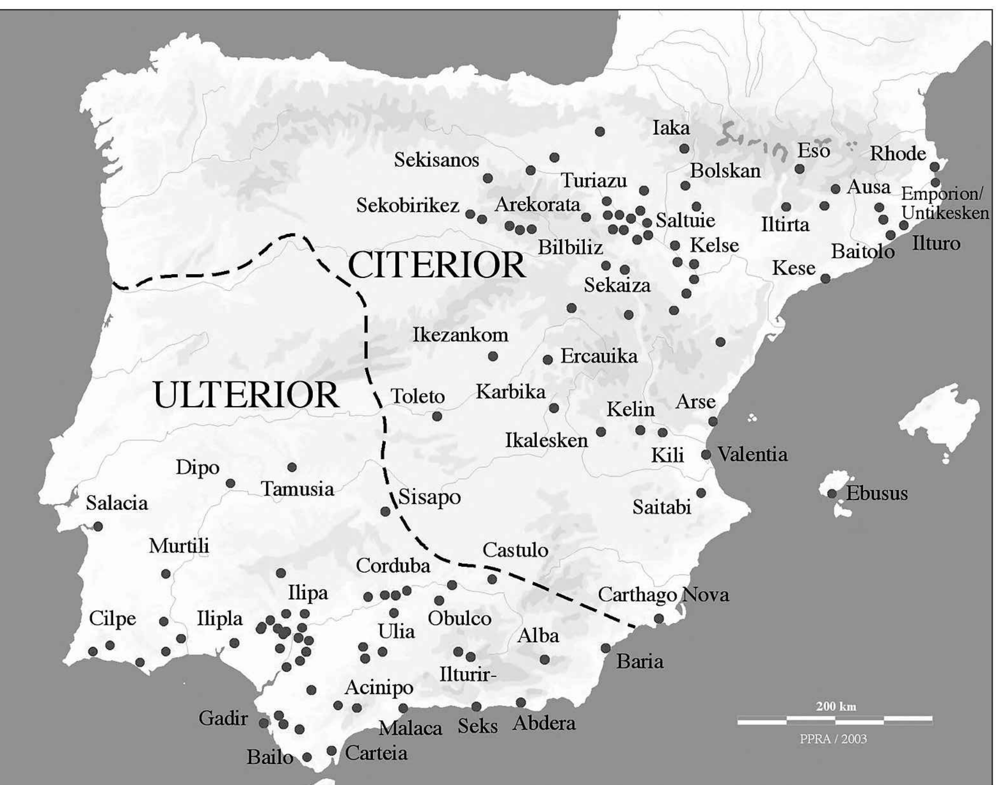


Fig. 7.5. Localización de las cecas prerromanas según P. P. Ripollès.

Capítulo 8
FORMAS Y LENGUAJES ARTÍSTICOS. CUESTIÓN DE ESTILO

Punto de partida

Limitaciones del idealismo

Puesto que las muestras figurativas ibéricas no alcanzan el nivel de obras maestras en la perspectiva convencional (Panofsky, 2002), la historia del arte antiguo ha tardado mucho tiempo en aceptarlas con valor propio (VVAA, 1997a), en especial porque la mayoría de los tratadistas ha visto esta escultura, arquitectura o pintura a través de los fundamentos historicistas, como un fenómeno periférico, eco lejano y desacompasado de los grandes centros artísticos del Mediterráneo oriental, de la Magna Grecia o de Italia, y apenas le ha concedido un código de lectura propio. Los grandes manuales sobre la antigüedad publicados fuera de España en la primera mitad del siglo xx, después de algunos de los importantes descubrimientos españoles, apenas hablaban del arte ibérico, solo reconocido (bajo el nombre de *primitivo*) en el ensayo de Pierre Paris, y, cuando en aquellos días una pieza de la magnitud de la dama de Elche, por ejemplo, generaba una bibliografía internacional, el discurso que se le dedicaba se centraba en el arte jonio-focense (Langlotz, 1966), en el fenómeno orientalizante (Boardman, 1994; Lomas y Shefton, 2004) o en la romanización (García y Bellido, 1943), sin invertir, en ningún caso, la dirección de la mirada para observarla desde el contexto local. Helenistas como Langlotz (1875-1978), Picard (1883-1965) y Carpenter (1889-1980) nutrieron esta percepción a pesar de ser conscientes de que la noción clásica de estilo (ese plus estético que magnifica la forma), aun desvaída por la distancia, era difícil o imposible de aplicar a la estatuaria ibérica, cuya peculiaridad atribuyeron

a unos autores que, como había dicho Camille Jullian (1859-1933), se suponían pertenecientes a una segunda generación colonial, alejada de la civilización griega.

José Pijoan (1880-1963), como director de la *Summa Artis: historia general del arte* (1927), y Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), en tanto que impulsor de una *Historia de España* (1935), metodológicamente moderna para su tiempo, prestaron atención a la cultura ibérica, aunque abordaron sus formas artísticas con las ideas del difusionismo, justificando sus vinculaciones coloniales, directas o indirectas, y tratando de aplicar a las piezas las secuencias que ordenan el arte en sucesivos estilos orientalizante, arcaico, clásico y helenístico, a veces sustituidos por una influencia mediterránea difusa, al observar los desfases cronológicos y las interferencias estéticas propias de lo ibérico, imposible de ceñir a una evolución winckelmanniana[1]. Así, tanto Bosch Gimpera, para la pintura cerámica, como García y Bellido (1954, 671), Blanco Freijeiro (1960, 101) y Almagro Basch (1975, 251-279), para la escultura, se inclinaron por un proceso de aculturación, sometido a una mayor impronta orientalizante en el sur y deudor, en el sureste, de la influencia jonio-focense que inundó el Mediterráneo acompañando, supuestamente, una colonización que la investigación contemporánea cuestionaba en esta zona al poner reparos al significado de *Hemeroskopeion* (Denia) (Str., III, 4, 6-8). Surgieron, en consecuencia, en concreto en los trabajos de García y Bellido para la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, y de Blanco (1956, 3), los estilos ibérico-oriental, greco-ibérico e ibero-romano, resultado de las tesis de los estudiosos más que del repertorio objeto de estudio, pues la investigación continuaba teniendo pendiente concretar lo que de ibérico había en cada caso, si es que se pretendía dar contenido a una historia del arte ibérico con algo más que lo que otras civilizaciones habían dejado en su solar.

Tampoco hay que olvidar que en la comprensión de las obras artísticas por parte de los especialistas han influido las situaciones políticas. De ello es ilustrativa la posición de García y Bellido cuando se in-

[1] Johann Joachim Winckelmann (1717-1768) fue el gran historiador, idealista y neoclásico, del arte antiguo, autor de una *Historia del Arte de la Antigüedad* (1764) que consagró una evolución de «ciclo biológico» para el arte (nacimiento, crecimiento, plenitud y decadencia) de enorme trascendencia.

clinó por la romanidad de la dama de Elche[2] y por entender algunos frisos pintados de la cerámica de Liria como desfiles de legionarios de los tiempos de Octavio (42-36 a.C.). Era la época del primer franquismo, del regreso de la dama desde el Louvre, en 1941, cuando España e Italia colaboraban políticamente y Mussolini (1883-1945) regalaba a Franco (1892-1975) réplicas en bronce de la estatua del Augusto llamado de *Prima Porta* (Museos Vaticanos) para que se erigieran en las ciudades de *Caesar Augusta* y *Tarraco,* a la vez que se buscaban vinculaciones, cuanto más vernáculas, más profundas, entre los dos países.

Arte y sociedad

La *Storicità dell'Arte Classica* (1950) de Ranuccio Bianchi Bandinelli (1900-1975), junto a la brillante actividad intelectual del grupo de sus discípulos italianos, colaboradores en las publicaciones periódicas *Studi Miscellanei* y *Dialoghi d'Archeologia* de los años 1960 a 1980, introdujeron corrientes de pensamiento gramsciano[3] en los estudios de la *Arqueología como Historia del Arte,* que fueron relegando el historicismo idealista a favor de la importancia social de quienes encargaban las diversas piezas artísticas, minorías con distintas expectativas, distintas categorías de artesanos y distintos repertorios temáticos, decisivos en el resultado de un proyecto y de su estética. Desde este planteamiento, la razón de la forma se transfiere a y reside en los usuarios del arte, a la vez que el término *periférico* queda postergado y la *incapacidad* de los pueblos locales para la expresión artística, pierde razón de ser.

En aquellos años, por otra parte, el modo mediante el cual el hecho artístico se ligaba a la sociedad que le daba vida, renovó el protago-

---

[2] «... la fechas asignable a la dama ... queda aún vagando ... se aleja cada vez más del siglo V ... El arte llamado ibérico (escultura y pintura cerámica con escenas), así como las acuñaciones autónomas y la propagación del alfabeto, son fenómenos culturales que advienen tras las guerras hannibálicas, o sea desde el comienzo de la conquista romana y quizá en íntima conexión con ella» (GARCÍA Y BELLIDO, 1943, 61).

[3] Antonio Gramsci (1891-1937) fue un comprometido pensador marxista que desarrolló el concepto de intelectual y de clases hegemónicas y subalternas mientras estaba preso, dotando de nuevas perspectivas al comunismo italiano en relación con las posiciones ortodoxas, y logrando una importante aceptación entre destacados pensadores, entre los que se cuentan notables arqueólogos.

nismo del contexto histórico en la línea ideológica de Georg Lukács (1885-1971) que divulgó su compatriota Arnold Hauser (1892-1978), cuya *Historia social de la literatura y el arte,* traducida al castellano en 1963, fue bien recibida en los medios académicos más abiertos a la vanguardia de aquella década.

El *Arte Ibérico* de Tarradell (1968) recogió en buena medida estas orientaciones, al considerar el arte como una producción cultural de los grupos ibéricos que lo generaron —no lo *recibieron*—, al prescindir del aparato de los paralelismos y al ver la idiosincrasia de cada zona y de cada época como marco de una expresión artística que, sin ser totalmente ajena al arte griego, no dependía de este. Así fue como se empezó a elevar dicho arte a la categoría de fuente de la historia cultural no de los colonizadores, sino de los iberos. Y, en esta línea, siguiendo a Massimo Pallottino (1909-1995) en su vertiente de etruscólogo, Enrique Llobregat (1972) reclamó un grado de iniciativa autóctona para el arte ibérico, huyendo de las posturas exclusivamente difusionistas. Por mi parte (Aranegui, 1975, 45-64), realicé una aproximación a los *estilos* decorativos de la cerámica ibérica, relacionándolos, como había apuntado Tarradell, con el distinto perfil social de edetanos (vasos de *Edeta*/Liria) y de contestanos (vasos de *Ilici*/La Alcudia de Elche), en consideración al lenguaje de los frisos pintados y buscando una clave sociológica de sentido identitario, totalmente deslindada de lo griego, de lo púnico y, por supuesto, de lo romano, pese a alguna coincidencia en las formas de las vasijas, que nada afecta al lenguaje figurativo. Hoy la decoración cerámica es susceptible de otras aproximaciones que superan la citada.

Una cosa con otra, la comparación con lo externo a través del análisis estilístico estaba entrando en crisis incluso entre los clasicistas, tal y como demostró Walter Trillmich (1990, 608-610) al estudiar una cabeza humana de Verdolay, argumentando que ni los presuntos modelos, ni el tratamiento de la misma soportaban la comparación con la Grecia metropolitana.

Así fue como, a medida que se producía un mejor conocimiento arqueológico del sur peninsular (fig. 8.1), se fue afianzando la tesis de la trascendencia del factor orientalizante en la generación de la cultura ibérica (Bendala, 2006, 369-385) y debilitando la helenización directa de la misma, si bien, en la perspectiva del arte, la búsqueda de referentes orientales incurría en los mismos desfases y problemas que la convencional visión clásica (Chapa, 2005b).

Pese a ello, todavía la década de 1980 vio resurgir la cuestión del helenismo como fuente pretérita del arte ibérico por iniciativa del grupo liderado por Ricardo Olmos, conservador entonces de la sección griega del Museo Arqueológico Nacional y, después, investigador del CSIC, impulsor infatigable de una serie de estudios breves que, bien en la colección *Iberia Graeca,* bien en las actas de la reunión de Ampurias de 1983 (VVAA, 1987b) o en la colección *Lynks,* mostraron el balance de una nueva aproximación a la huella griega en Iberia, ampliada y revisada por Rouillard (1991), desde una perspectiva concreta basada en la cerámica. Fiel a su trayectoria, Olmos fue elaborando una recopilación de objetos figurativos prerromanos (OLMOS *et al.,* 1992), inspirada en la investigación estructuralista de representaciones griegas que había dado lugar al proyecto difundido bajo el título de *La cité des images* (BÉRARD, 1984). El catálogo peninsular tuvo el acierto de dar a conocer la precariedad del corpus ibérico para ser tratado como sistema de imágenes del que extraer conocimientos socioculturales comparables a los que proporciona la cerámica ática, o bien a los propios del arte etrusco. No se trata únicamente de que, para Iberia, se carece del apoyo teórico-cultural que acompaña las representaciones griegas, sino también que las escenas y composiciones apuntan aquí contenidos muy alejados de aquellas, como cabía esperar. Un logro de estos estudios fue, como es evidente, la puesta en tela de juicio del carácter arcaizante de las formas ibéricas (OLMOS y ROUILLARD, 1996). Y, por consiguiente, el viaje de las imágenes de un compendio cultural a otro pudo contemplarse bajo supuestos más abiertos y, sobre todo, participados por las entidades ibéricas (SÁNCHEZ, 2000).

Pilar León (2003, 23) ha seguido manteniendo la explicación del «desfase cronológico y la inevolución técnica» indicando que «la causa decisiva, que provoca dicha situación, es [...] el alejamiento de los focos artísticos dinámicos y vitales ubicados en el otro extremo del Mediterráneo», y suscribiendo lo decisivo de los referentes joniofocenses en el estilo ibérico, añadiendo que «el apego a lo arcaico no significa tanto influencia directa o nexo con una determinada escuela o estilo, cuanto una actitud u opción selectiva por parte del artesanado ibérico, fuertemente impactado por las formas arcaicas y fijado a ellas, por ser las primeras que descubrió y conoció» (ead., 26).

Aunque Francis Haskell (1928-2000) (1994) representa una tendencia erudita y esteticista de la historia del arte, de ámbito anglo-

sajón, muy distinta de las que acaban de ser aludidas, y pese a su predecible indiferencia ante cualquier *tosca* pieza ibérica, que jamás mencionó en sus obras, su autoridad puede ser un buen complemento de reflexión para este apartado, cuando dice: «La existencia del arte más simple es un hecho histórico importante» y, en particular, cuando añade: «... los documentos ofrecidos por las artes visuales pueden ser [...] "incontestables" , pero no son, en modo alguno, fácilmente descifrables [...] Por otra parte, es igualmente insostenible la teoría de que las artes invariablemente "reflejan" alguna creencia o estado de ánimo o suceso político que se aprehende con mayor facilidad leyendo las fuentes escritas», para concluir que «el historiador interpreta mejor eso que decidimos llamar arte si lo estudia conjuntamente con otro testimonio disponible, pero el arte tiene un "lenguaje" propio que solo pueden entender quienes se esfuerzan por desentrañar sus cambiantes propósitos, convenciones, estilos y técnicas» (1994, 9).

Desde la arqueología protohistórica es necesario franquear el umbral desde la descripción y datación de los objetos artísticos hacia su historización basada en el contexto al que pertenecen, con recurso a los sistemas de imágenes, desplegando el esfuerzo «por desentrañar sus cambiantes propósitos», para indagar acerca de lo que representa, con el fin de recoger no solo estéticas de estilo, sino también aspectos de la sociedad ibérica inalcanzables desde otras fuentes.

El Cerro de los Santos y otros primeros hallazgos

Así como de la escritura se tienen noticias desde el siglo XVI, el conocimiento de las piezas artísticas del área ibérica no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo XIX. Escritura y escultura fueron muy importantes para que la identidad ibérica fuera reconocida como cultura, si bien el camino hacia este objetivo fue largo y tortuoso. En lo que a representaciones de gran formato se refiere, El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo) fue el primer lugar de concentración de hallazgos escultóricos, en consonancia con el topónimo, que se dice que proviene del siglo XVI, y con la gran dama, encontrada en 1870, como obra maestra (LUCAS, 1994, 15-42). En este yacimiento manchego, verdaderamente sorprendente, y en su entorno (en los términos de Bonete, Fuente la Higuera, Chinchilla...),

existe una riqueza ibérica incuestionable (Soria, 2000), en otros tiempos puesta en tela de juicio por la investigación internacional, a raíz de la confusión creada por las falsificaciones de esculturas hechas por Vicente Juan y Amat y, en menor medida, por los titubeos del pensamiento de sus primeros editores. Desde una perspectiva historiográfica, la estatuaria del Cerro está ligada al discurso de ingreso de Juan de Dios de la Rada y Delgado en la Real Academia de la Historia (1875), exponente de la falta de recursos conceptuales y metodológicos con que un doctor en jurisprudencia por la Escuela de Diplomática —institución donde se formaban entonces los arqueólogos— hizo frente a un hecho artístico sin precedentes, acerca del cual combinó alusiones a Oriente, a la astrología, a los iberos y a los visigodos, a falta no ya de un criterio sino, además, de, al menos, un oficio anticuario que le permitiera distinguir originales y falsificaciones. Ello no fue obstáculo para que fuera nombrado director del Museo Arqueológico Nacional, cargo que ejerció entre 1894 y 1900, mientras algunas esculturas fraudulentas ingresaban en sus fondos.

Nadie, en aquellas fechas, estaba en disposición de argumentar metodológicamente sobre esculturas como las ibéricas, ya que solo el arte oriental y, sobre todo, el arte clásico contaban con un soporte teórico para atribuir las obras a una determinada época a partir de la noción académica de escuela o de estilo. De modo que una o, por defecto, el otro fueron aludidos como referencia por cuantos trataron, desde el propio país o en el extranjero, las piezas recién descubiertas en España, cuya labra en caliza local planteaba su atribución a talleres próximos a los hallazgos.

Las falsificaciones debieron tener salida en el anticuariado coetáneo, puesto que fueron relativamente abundantes, certificando, como también lo hace el tema del discurso de De la Rada, una cierta popularidad de las antigüedades ibéricas. Lo más grave fue que, adquiridas por coleccionistas de alto nivel, como Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) o Jacobo Zóbel y Zangroniz, no fueron denunciadas con suficiente firmeza, por lo que contribuyeron al descrédito en círculos académicos internacionales no solo de la cultura ibérica, sino también de la arqueología española en su conjunto. Como compensación, hubo una reacción, e hispanistas de la talla de Arthur Engel —que había advertido quién era Juan y Amat—, Léon Heuzey, Théodore Reinach (1830-1928) o Pierre Paris (véase capítulo 5) trabajaron desde Francia junto a José Ramón Mélida, director del Mu-

seo Arqueológico Nacional desde 1916, hasta que, finalmente, las series de piezas originales quedaron libres de sospecha. Fue una laboriosa autopsia, en absoluto exenta de dificultades, que demostró que los argumentos válidos para el análisis de la escultura oriental o clásica no funcionan en el caso ibérico, especialmente cuando se trata de figuras humanas, que son las más genuinas y las, desde el principio, más admiradas.

Una clave de la aceptación de la escultura ibérica en medios vanguardistas residió precisamente en su falta de canon. En efecto, la ausencia de dictados teóricos hizo atractivas estas imágenes cuando, a comienzos del siglo XX, los artistas buscaban expresarse libremente y se interesaban por el arte africano o de cualquier pueblo *aborigen* ajeno a la cultura europea, tal y como entonces se entendía. En este clima se comprenden las peripecias que habían hecho llegar dos cabezas esculpidas en caliza del Cerro de los Santos, una masculina y otra femenina, al estudio de Pablo Picasso (1881-1973) en París (fig. 8.2), después de que hubieran sido robadas, sin su conocimiento, del Museo del Louvre con la complicidad del secretario de Gillaume Apollinaire (1880-1918), quien hizo lo necesario para su devolución, y que hoy se exhiben en el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye. También André Malraux (1901-1976) introdujo fotos de la dama de Elche en su *Musée imaginaire* (1947), con mucha probabilidad guiado por la conciencia antifascista que le llevó a apoyar la Segunda República durante la guerra civil y a admirar la genialidad española.

Sin embargo, el hallazgo de las esfinges de Agost (1893), esculpidas en bulto redondo y de alrededor de un metro de altura, puso de manifiesto la adopción de tipos de repertorio de tradición orientalizante y clásica en el área cultural ibérica (fig. 8.3), no atribuidos por todos los autores, de entrada, a la sociedad ibérica, sino a la colonización que había incidido sobre el litoral mediterráneo peninsular, hasta que la proliferación de hallazgos, como las esfinges del Salobral, la bicha de Balazote o el grifo de Redován, mostró que el bestiario fantástico había pervivido en el siglo V a.C. en contextos ibéricos, en el curso de una evolución cultural todavía abierta a debate en nuestros días (LEÓN, 2003), pero que no separa cronológicamente la opción de las representaciones animales de las humanas, a diferencia de lo que ocurrió en Grecia.

Cuando la dama de Elche (fig. 8.4), después de su traslado a París en 1897, entró libre de sospechas en la sala de antigüedades orientales del Louvre, junto a alguno de los relieves con soldados de *Urso* (Osuna), se despejaron las dudas sobre la autenticidad de la escultura ibérica, puesto que, por una parte, había sido encontrada en la antigua *Ilici,* es decir, en una ciudad antigua con inscripciones latinas y monedas, y, por otra, Pierre Paris había sido testigo de ello. Los comentarios que reconocidos especialistas hicieron sobre la misma denotan el recurso al *provincialismo* para calificar la pieza. Así, la pérdida evidente de las pautas de proporcionalidad y estilo del busto se atribuían a la deficiente conexión de los focos artísticos metropolitanos con los periféricos, que, en palabras de Jullian (1903, 101-111), daban pie para afirmar que el autor debía de ser un griego occidental, perdido en el fin del mundo y, por lo tanto, errático en la aplicación canónica de la forma, y que, en la conclusión de Théodore Reinach (1898, 39-60), llevan a contemplar una mezcla greco-oriental animada con un característico toque español, muy del gusto romántico de la época.

La aproximación a modelos externos siguió siendo durante muchos años la única pauta de valoración del arte ibérico. La pintura de tema figurativo sobre vasos cerámicos, descubierta en la necrópolis del Cabezo del Tío Pío de Archena, en La Alcudia de Elche y en El Castellar de Oliva en el tránsito del siglo XIX al XX, levantó un cierto revuelo cuando fue comparada a la micénica, no solo porque lo prehelénico gozó en aquellos momentos de una celebridad cuya presunta irradiación hasta Iberia no hacía más que confirmar, sino también porque la manera de esquematizar un caballo o un guerrero sobre un vaso funerario del Dipylon de Atenas, o de Argos, del comienzo del primer milenio antes de la era, no es opuesta a la que se aprecia en los mejores ejemplos ibéricos prerromanos, como no lo son las formas de las artes populares o los dibujos infantiles, a veces, sin embargo, distantes en el tiempo y en el espacio. El problema reside en que no todas las similitudes son cuestión de estilo.

La cámara sepulcral de Toya (Galera) (fig. 8.5), descubierta en 1909 (Cabré, 1925), con su estructura de sillares, planta cuadrada de cinco metros de lado subdividida en tres naves y provista de bancos corridos, alojada en el centro de un túmulo, añadió a la cultura ibérica la *influencia* etrusca (Blázquez, 1960, 233-237), después de haber sido cotejada con ejemplos griegos y norteafricanos y antes de estudiarse detalladamente su ajuar, que demuestra que su cronología

no es la misma que la de los supuestos modelos arquitectónicos y que las dos veces consecutivas que fue utilizada para alojar enterramientos (siglos V-IV a.C.) (MADRIGAL, 1997) se depositaron en ella ofrendas valiosas, incluso con presencia de una rueda de carro funerario, pieza excepcional en las tumbas ibéricas. Hoy se concluye que la llegada de algún objeto etrusco a un contexto ibérico no dio lugar a desarrollos tipológicos ni estéticos compartidos por una y otra culturas.

Hacia nuevas claves interpretativas

En la interpretación evolucionista-difusionista, micénicos, fenicios, griegos, etruscos, celtas y romanos dejaban abierto un trasiego de tradiciones artísticas, que debían servir para explicar las opciones ibéricas, hoy superado. El que la vía de los paralelos formales siempre denotara referentes mediterráneos más arcaicos que los que correspondían a su tiempo, según se repite en todos los casos que afectan a escultura, pintura y arquitectura, denotaba las limitaciones de un estudio de índole comparatista que hacía derivar las obras de un modelo, preferentemente griego, para su comprensión, al margen de sus destinatarios y del artesanado capaz de ejecutarlas (BRUN, 2009). De hecho, un aspecto problemático del arte ibérico afecta al autor: ¿colonial o autóctono? Puesto que en Iberia no hay arte en gran formato anterior al ibérico, es imposible explicar la escultura como una evolución local. De modo que, en la perspectiva evolucionista, se trataría de un arte dependiente de un foco externo —la Magna Grecia se ha mencionado al respecto varias veces—, ejecutado por unos artistas que aplicaban una estética *anticuada* con respecto a dichos focos. El porqué de dicho anacronismo se solía imputar a la lejanía e irregularidad de los contactos propia del Extremo Occidente, lo que no deja de ser un tópico.

El estudio del arte mediante tipologías derivadas tardaría en dotarse de los análisis críticos necesarios para superar esta paradoja y proceder a una renovación conceptual y metodológica. Ello se fue logrando al admitir que las imágenes se difunden cuando se dan las circunstancias que lo justifican y que, cuando estas se interrumpen, pueden permanecer tiempo sin ser utilizadas, lo que no impide que, en un momento dado, puedan reaparecer, con un significado distinto, puesto que este depende de su contexto histórico (LISSARRAGUE, 1987, 261-269).

Con todo, con mucho mayor número de elementos hallados por casualidad que contextualizados en una excavación, se constituyó el singular corpus del arte ibérico, a día de hoy inacabado, galería de imágenes que articula temas zoomorfos (Chapa, 1985), que ya no están en auge en el Mediterráneo oriental cuando son adoptados por los jefes iberos, representaciones humanas (Ruano, 1987), ajenas en su tratamiento estético a la evolución preconizada por el arte griego, cuyos estilos convencionales no llegan nunca a estar reflejados en lo ibérico, con el complemento de una arquitectura de plantas heterogéneas, siempre diferenciadas en algo de sus supuestos prototipos. El diálogo con el exterior ya tenía unos dos siglos de tradición en tiempo de los iberos y, por ello, ciertos temas y composiciones que el difusionismo vio como una influencia directa oriental o clásica podían estar instalados en un bagaje entendido por las jefaturas como propio, susceptible de ser interpretado por cada grupo a su manera, encargando su plasmación a artesanos que solo excepcionalmente saben aplicar una técnica y estética a nivel de las de otros ámbitos artísticos coetáneos, principalmente ricos en la Península Itálica y Sicilia.

Hoy, y, en particular, para el caso ibérico, parece más operativo actualizar el concepto de estilo separándolo de aquello que se rige por principios estético-ornamentales para reconocerle validez en un marco sociológico de intercambio de información entre sus usuarios (Martinelli, 2005). En efecto, los antropólogos han visto que los grupos humanos se distinguen, se identifican y se reconocen mejor por las manifestaciones simbólicas que comparten que por los niveles técnicos que dominan mutuamente, por lo que un tótem o un tatuaje, aunque estén representados con diferente pericia, unen más que, por ejemplo, el uso común del torno para fabricar la cerámica, ya que la función social cuenta más que la económica para la solidaridad étnica. Por otra parte, en la irregular afirmación de las jefaturas ibéricas se puede encontrar la razón de ser de sus irregulares expresiones artísticas.

No obstante, volviendo al inicio, hay que admitir que la adopción de la escultura figurativa desde el siglo v a.C. distingue la cultura ibérica del resto de las de sociedades prerromanas del Extremo Occidente, donde este recurso expresivo es, en este siglo, extremadamente selectivo. En el centro y el norte de la Península, en dicho siglo, los temas animales o humanos solo están asociados a la orfebrería en el oeste peninsular y son inexistentes en el área de la Meseta. En

la zona específicamente ibérica, el lenguaje de las formas plásticas en gran formato es una prerrogativa del sector meridional, que gana algo de terreno, muy poco a poco, con el paso del tiempo, pero que siguió siendo siempre sumamente rara en el noreste ibérico, en cuya costa se ubican, sin embargo, las colonias griegas propiamente dichas.

Es evidente que *Gadir, Ibussim* y *Emporion* contaron con importantes obras artísticas, como los sarcófagos antropomorfos, las terracotas o la magna representación del Asclepios helenístico, respectivamente, pero se admite como lo más probable que dichas piezas, a excepción de alguna terracota, llegaran a dichas colonias desde fuera y, de hecho, cuando se propone el funcionamiento de talleres artísticos coloniales, salvo en el caso de la decoración arquitectónica de Ampurias, se hace referencia a las artes menores (marfil, bronce, cerámica...) en vez de a la gran escultura. El caso es que en la periferia inmediata a las colonias no aparecieron grupos emergentes demandantes de manifestaciones artísticas en gran formato. Este fue un fenómeno principesco restringido, propio de la cúspide de la sociedad ibérica meridional.

Arquitectura

Una sencilla manera de edificar

Con una uniformidad en el uso de los recursos constructivos básicos que afecta a la totalidad del área ibérica, la arquitectura utiliza la piedra local en bloques careados, el adobe, el tapial, la madera, elementos vegetales y argamasas de tierra sin cal, si bien los aparejos son más cuidados en las murallas (fig. 8.6) o torres, en las tumbas monumentales y, excepcionalmente, en algún otro edificio, que en las casas. En la mayor parte de las construcciones, la disposición de los mampuestos está determinada por la funcionalidad (Belarte, 1997). Los muros ibéricos de piedra se asientan directamente sobre la roca natural formando el zócalo de los edificios, de una altura variable que puede oscilar entre 0,30 y 2 metros, zócalo que sirve de base para disponer los adobes o el tapial que completan el alzado, hasta llegar a las cubiertas de arcilla, cañizo y ramajes sobre un envigado de troncos, que rematan los edificios en cubiertas planas, sin conocimiento de la teja. Los suelos y las paredes se enlucen y, a veces, se pintan de colores

azulados o rojizos. En ocasiones, una habitación, con frecuencia con hogar, presenta un suelo más consistente de tierra apisonada con cal; algún sector de la casa o algún tramo de una calle, pueden aparecer pavimentados con losas irregulares de piedra o pequeños guijarros, o simplemente tener un piso de roca recortada o alisada, como se ve, sobre todo, en los hábitats escalonados en una pendiente (fig. 8.7). Los vanos que comunican unas estancias con otras, o las puertas que dan a la calle, suelen tener un dintel de madera y, en casos muy contados (en El Molí d'Espígol, en La Quéjola...), se ha señalado la posibilidad de que el acceso principal a una estancia singular esté enmarcado por dos pilastras adosadas al muro, de las que quedan basas escasamente cimentadas, que, tal vez, podrían entenderse también como guardacantones, si dicho acceso es apto para el paso de carros o carretas. En la arquitectura ibérica en su conjunto no existen los capiteles hasta que se producen los contactos con Roma en el siglo II a.C.

Los iberos acometen proyectos arquitectónicos complejos al edificar algunas murallas y ciertos monumentos funerarios. Es dudoso que constructores extranjeros trabajaran para ellos, aunque en casos puntuales sí que se aprecian pautas que denotan su intervención, si bien la inmensa mayoría de las veces se detectan influencias adaptadas por los maestros de obra locales. Estos conocen el papel de la piedra angular, que utilizan sistemáticamente entre las paredes maestras, y aplican, con frecuencia, una proporción 2:1 entre longitud y anchura de un edificio de planta rectangular, del tipo de una torre, porque asegura poder asentar techos y cubiertas con garantía para su estabilidad.

La práctica constructiva ibérica se sirve de distintos procedimientos de replanteo del área en que se va a acometer una obra, que afectan a su proporcionalidad y composición. Se han llevado a cabo repetidos intentos en busca de módulos y pies métricos que, a partir de una pauta geométrica, pudieran vincularse a alguna tradición externa por la vía de la metrología[4]. Los resultados han sido desiguales. Las dimensiones de los adobes, por ejemplo, suelen mantener una altura de alrededor de 10 centímetros, pero varían en anchura y longitud in-

---

[4] La concepción geométrica del urbanismo de una ciudad o de alguno de sus edificios suele afectar a los programas de carácter público. En el urbanismo ibérico no se diferencian claramente los sectores públicos de los privados. Solo las murallas tienen el empaque de una obra pública.

cluso en un mismo edificio, sin que ello pueda imputarse a su pertenencia a distintas fases constructivas.

Ante la falta de modulaciones métricas coincidentes con las orientales o griegas, Moret (1998, 83-92) abogó por la aplicación de un pie de 32 centímetros en las estructuras defensivas ausetanas y de los ilercavones del Ebro, que tuvo que ser reconsiderado más tarde (Olmos, 2009). Puntualmente se ha observado la aplicación de un pie jonio de 29,6 centímetros (muralla del Puig de Sant Andreu de Ullastret) (fig. 8.8), revelador de la participación excepcional de arquitectos con una cultura griega en una obra pública ibérica, próxima a Ampurias, pero no se observa una regularidad compartida, basada en una determinada unidad métrica, en un zona geográfica o en un periodo cronológico dados. Incluso en los casos en que se ha querido insistir en el empleo de un pie de 33 centímetros, como en la torre funeraria de Pozo Moro, la afirmación de su uso no ha impedido atribuir el desplome de este monumento, teóricamente mejor diseñado que otros, a deficiencias en su cálculo. En algunos lugares ocurre que una tipología arquitectónica colonial, como el edificio de tres naves de La Illeta dels Banyets de Campello, se presenta con una modulación a la manera ibérica, de modo que, en definitiva, la realidad denota una gran bidireccionalidad de pautas constructivas, con una muy reducida intervención de equipos totalmente extranjeros en la arquitectura ibérica y, por consiguiente, para quienes defienden la práctica modular de la misma (Olmos, 2008), con una mezcla de sistemas métricos mediterráneos difícil de tipificar.

Tipologías arquitectónicas

También las plantas de la arquitectura monumental ibérica destacan por su disparidad. Torres, cámaras hipogeas, túmulos escalonados, pilares-estela... resaltan las incineraciones funerarias de las jefaturas meridionales, y baluartes con o sin camino de ronda, con o sin torres intercaladas, de trazado perimetral o de barrera, protegen los lugares mejor defendidos en cualquier área ibérica. Esta disparidad se hace, así, patente tanto en el caso de las tumbas como en el de las murallas, al considerar que los monumentos funerarios de Pozo Moro (Chinchilla) o Toya (Peal de Becerro) constituyen casos únicos, o que las murallas del Puig de Sant Andreu (Ullastret) o Castellet de

Banyoles (Tivissa) son exponentes, asimismo, únicos, todos ellos deudores de una particular inspiración mediterránea, dado que ninguno se deriva de una tradición local. De modo que, en definitiva, plantean la adaptación de modelos que se adecuan caso a caso. O, lo que es lo mismo: una falta de proyección unificada de las tipologías que denotan ostentación, característica de un estadio político pre-estatal. La idea del mausoleo y de la muralla sí que se divulga, pero la forma que estos adquieren varía, pese a lo cual hay una evolución que va imponiendo las cortinas defensivas de casamatas, con torres intercaladas y precedidas de fosos, con accesos provistos de estructuras de recubrimiento (Bonet y Mata, 2009, 287-306), en distintos *oppida* del Ibérico Pleno, igual que las murallas de barrera en las ciudadelas, mientras que se multiplican los pilares-estela (fig. 8.9) y las plataformas culminadas por esculturas en diversas necrópolis del área suroriental en el siglo IV, cuando ya es posible contemplar la vigencia de alguna tipología arquitectónica, como las citadas, compartida por una región ibérica grande. Hasta ese momento, las jefaturas no tiene asentadas sus fórmulas arquitectónicas de exhibición.

La problemática cambia cuando se trata de edificios más sencillos, como las torres de planta circular o cuadrada, la casa de planta rectangular más simple o la tumba bajo encachado tumular, puesto que todas ellas son estructuras que siguen pautas tradicionales y son más parecidas entre sí. La innovación ibérica respecto a la casa reside en el desarrollo de viviendas de varias habitaciones y patio, propias del área ibérica en su conjunto, desde Ullastret a Puente Tablas, así como en la identificación de salas aptas para la celebración de banquetes, con hogares, cocinas, pilares que sujetan el techo, dada su amplitud, cerámicas importadas y bancos adosado a alguna de las paredes, igualmente repetidas en la geografía ibérica (véase capítulo 3).

Desde el punto de vista productivo, la separación de los espacios para la molienda, para el telar, para los pequeños talleres metalúrgicos, los lagares y almazaras constituyen la gran aportación de la arquitectura doméstica a la funcionalidad del espacio en que se vive (fig. 8.10), puesto que, en cualquier región, suponen un cambio muy importante con respecto a las etapas precedentes, cuando predominaban las estancias para varios usos. A través de los equipamientos productivos se comprueba que estas actividades permanecen en los *oppida,* que, por tanto, no siempre proyectan hacia el área periurbana la transformación de bienes a escala suprafamiliar, tal y como ocurre

en otras civilizaciones mediterráneas de nivel urbano. Entre los iberos, solo la alfarería y, puntualmente, las herrerías se ubican fuera de las zonas habitadas de primer nivel. También se define en época ibérica el lugar destinado al almacenaje, más grande que la despensa doméstica, que tiene en los espacios con suelo sobreelevado y ventilado (véase capítulo 6) un patrón constructivo bien atestiguado.

Urbanismo

Los núcleos donde vivían los iberos conforman hábitats agregados con construcciones de paredes medianeras, separadas por calles, lo cual, sumado a las exigencias de la orografía, al límite del recinto o a la existencia de una muralla, da lugar a que sigan unos principios de orden urbanístico que tienen en los ejes de circulación su mejor expresión. La ubicación estratégica en altura del hábitat es predominante, con los edificios más importantes, hipotéticamente, en la zona culminante, llamada a veces acrópolis, aunque sin una base empírica que demuestre que esa fuera su función. Excepcionalmente alguna población puede establecerse en el llano.

La cultura ibérica se inicia tanto con un despliegue de nuevos asentamientos, como con la reconstrucción de los preexistentes, hecho que vuelve a repetirse hacia el inicio del Ibérico Pleno. En uno y otro caso, se aplican algunas novedades constructivas con respecto a la tradición de cada región, llevándose a cabo trabajos de acondicionamiento sobre el área de la futura ciudad o aldea, especialmente visibles cuando se abancalan las ladera rebajando la roca, como se aprecia en *Edeta* (Liria) o San Antonio de Calaceite, o cuando se emplazan cisternas comunitarias para recoger agua de lluvia, ya sea junto a una instalación en forma de torre circular, como El Coll del Moro (Gandesa), o en una granja, como Castellet de Bernabé (Liria), con una cisterna de solo 14 metros cuadrados de capacidad. En aglomeraciones más grandes, como Els Estinclells (Verdú) (fig. 8.11), Meca (Ayora) o Covalta (Albaida), el depósito para el agua llega a tener más de 120 metros cuadrados de capacidad, si bien esta reserva se constata en pocos casos, con la evidencia ocasional de que se usaba como abrevadero (Valenzuela, 2010, 69-82), sobreentendiéndose entonces que el ganado se encerraba intramuros, tal vez en prevención de robos.

La extensión de los asentamientos determina la complejidad de la distribución de sus construcciones. Los más pequeños suelen disponer la parte zaguera de las estancias contra la línea que delimita el caserío y las puertas de acceso a las mismas en el lado opuesto, abriendo hacia el espacio de circulación que adopta la forma de una plazoleta, y entonces se habla de un urbanismo radial, como el que se ve en Anseresa (Olius) o en La Moleta del Remei (Alcanar); o con casas a ambos lados de una calle rectilínea, en cuyo caso se trata de un urbanismo articulado por una calle central, como en El Puntal dels Llops (Olocau). En los poblados de dimensiones medias o grandes, la topografía determina la organización constructiva. Si se ocupa una pendiente, las curvas de nivel imponen una distribución en abanico de los edificios y su disposición escalonada, como ocurre en *Edeta* (Liria) o en *Kerunta* (Sant Julià de Ramis), intercomunicados por calles secundarias empinadas, con escalones, y accesibles a través de otras calles más amplias paralelas a la pendiente. Si se trata de una cima amesetada, manzanas de casas y vías de circulación se ordenan sin una geometría estricta y, en cualquier caso, sin que ningún edificio rija la disposición de los demás, lo que es más frecuente en la tradición púnica que en la clásica, aunque entre los iberos ello es debido a que no adoptan una tipología arquitectónica que distinga un lugar público del resto. El caserío se distribuye sin recurrir apenas a la zonificación funcional, de modo que pequeños talleres metalúrgicos, talleres textiles, áreas de molienda, de almacenaje y de venta al por menor conviven con unidades residenciales de distintos tamaños y categorías.

Los soportales en las fachadas de algunas viviendas, como ocurre en Alhonoz (Herrera) o en El Alto Chacón (Teruel), plantean, a partir de su registro arqueológico, la posibilidad de su utilización para la venta de productos al por menor.

La máxima jerarquía de las calles es la de aquellas aptas para el tráfico rodado, para lo cual deben tener como mínimo dos metros de anchura, o bien más si son de dos direcciones, lo que ocurre en muy pocos casos. En términos generales, una amplitud viaria de cuatro metros resulta excesiva para el urbanismo ibérico y, cuando se presenta, lleva a pensar en un tráfico excepcional, en relación con la producción y el comercio exterior.

En definitiva, si del asentamiento en su conjunto se pasa a determinadas unidades del mismo, se aprecian pautas más regulares en la distribución de los espacios construidos. En la zona 14, adosada a la

muralla oeste, del Puig de Sant Andreu (Ullastret) y en el sector norte del Castellet de Banyoles (edificios 1 a 3) (Tivissa), se observan patios grandes y regulares a los que se abren habitaciones bien alineadas. Junto a la muralla meridional del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas) también se ve una implantación más ordenada de los edificios, todo lo cual deja entrever un urbanismo meramente funcional para la generalidad de un poblado, sin grandes planteamientos aplicados al conjunto, pero capaz de resolver y articular con más precisión alguno de sus sectores asociados a las jefaturas.

Imágenes de piedra

El oficio de esculpir y el valor de las imágenes

Entre Valencia y la Alta Andalucía, toda la gran estatuaria ibérica está esculpida en piedra local recién extraída de cantera. La de Santiago de Calatrava proporcionó la materia prima de los grupos del Cerrillo Blanco de Porcuna, a 18,5 kilómetros de distancia, y la cantera del Ferriol, la de La Alcudia de Elche. Probablemente, el escultor empezaba a trabajar a pie de cantera y concluía su trabajo en el lugar al que estaba destinado, utilizando un instrumental muy sencillo, similar al que se usa para la talla sobre madera y distinto al que se necesita para las piedras duras, del tipo del mármol, no conocidas en el arte ibérico. Salvo alguna excepción, como la dama sedente de la tumba 452 del Cigarralejo (Mula), esculpida en tres piezas superpuestas, las representaciones y, en su caso, sus peanas, son monobloques, ya se trate de una figura aislada o de una composición de grupo (fig. 8.12), con lo que se evitan los ensamblajes, incluso en el caso de estatuaria de gran formato. La mayor parte de las obras ha perdido la policromía, si bien diferentes hallazgos, entre los que destaca la dama de Baza (fig. 8.13), revelan que, al menos las representaciones humanas, estaban recubiertas por una ligera capa que coloreaba en rojo, azul, negro, blanco y ocre sus superficies y, en el caso citado, incluso con una impregnación de estaño que daba brillo a la imagen, según han demostrado los últimos análisis.

Así, la escultura ibérica se sirve de técnicas sencillas, pero sin antecedentes locales, que no varían ni a lo largo de la geografía, ni en el curso del tiempo comprendido entre el comienzo del siglo V y el II a.C. en el que se data.

La disposición en que se muestra la estatuaria sitúa al espectador ya sea ante una sola imagen estática (fig. 8.14), o ante una composición con personajes casi siempre en movimiento (fig. 8.15), plasmada en bulto redondo o, con menor frecuencia, en altorelieve, sin que se puedan apreciar claras diferencias cronológicas entre una y otra, más allá de la desaparición de los grupos en acción al acabar el siglo IV a.C. El conjunto de animales, en pie o echados, es muy característico desde el principio al fin del ciclo ibérico, llegando a configurar una galería de imágenes de repertorio, de máxima difusión, puesto que cuenta con ejemplos puntuales en Pontós y Mailhac (Aude), en el norte ibero. Sobresalen el toro, el león, la esfinge y el grifo, sin que estos últimos, en tanto que seres híbridos de tradición orientalizante, pertenezcan a una cronología anterior a la de los demás. Algunas veces las piezas zoomorfas cumplen una función arquitectónica en los ángulos de un monumento, como ocurre en la torre de Pozo Moro (Chinchilla), o bien se adosan a los flancos de un acceso, como se ha visto en el programa ornamental del Pajarillo (Huelma); también el Aqueloo, o bicha, de Balazote estaba adosado a una estructura. Pero en otros casos los animales se erigen sobre una estructura construida que los realza como signos heráldicos, muy repetidos en las necrópolis del sureste. Salvo contadas excepciones, los animales en posición echada aparecen con las patas encajadas en el tronco —más que articuladas con este—, el costillar geométricamente marcado y, cuando se requiere, con las fauces abiertas, la lengua fuera y el rabo sobre los cuartos traseros, como si se tratara de seres esclerotizados, en vez de vivos.

Ciertamente, las representaciones específicas y más originales de la estatuaria son aquellas que muestran a hombres y a mujeres, armados, enjoyados y vestidos a la manera ibérica: el guerrero, el caballero (fig. 8.16), los oferentes y la dama no tienen el carácter de imágenes de repertorio, sino que idealizan a las elites locales, que legitiman su poder detentando la ostentación (BOURDIEU, 1999).

En las necrópolis, las imágenes humanas consistentes en una sola composición estática tienen un destacado exponente en el jinete, al menos por dos veces presente en Los Villares (Hoya Gonzalo) (SANZ GAMO y BLÁNQUEZ, 2010, 253-277), si bien son las damas las representaciones más repetidas a partir del tránsito al Ibérico Pleno. También en reposo, ocupan, sin embargo, espacios muy distintos en el paisaje funerario a los de la escultura de caballeros o, en su caso, zoomorfa: el plano de apoyo de la base de la mayoría de las damas in-

dica que no estaban colocadas igual que las esculturas de otra temática, porque carecen de peana con base horizontal. En efecto, en el siglo IV a.C., la dama entronizada o el busto femenino se asentaban sobre el suelo de tierra en el interior de una tumba, como se vio en Baza. A esta regla escapa el citado ejemplar con peana del Cigarralejo, desconociéndose en los demás ejemplos femeninos exentos su asociación a cualquier estructura arquitectónica visible en una necrópolis. Sin embargo, en el entorno de un santuarios, en particular en El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), estatuas masculinas y femeninas se exhiben en las mismas condiciones e, incluso, hay alguna composición conjunta de hombre y mujer.

En el contexto de su época, expuesto a episodios violentos contra los monumentos, la expresión de la forma tiene en los personajes esculpidos características propiamente ibéricas, fruto tanto del arraigo local como del gusto de unas elites que se reconocen en lo suyo con autosuficiencia, sin que se pretenda en su representación un seguimiento, siquiera aproximado, de la teoría estética clásica, de cuya iconografía solo se toman, ocasionalmente, detalles aislados (CHAPA, 2003). La estructura física del cuerpo humano con visos realistas y de proporcionalidad está fuera del objetivo de sus autores, que aumentan el tamaño de aquello que les parece más importante (alhajas, casco, orejas masculinas...) (fig. 8.17) sin atenerse a una escala; la postura o gestualidad de los diferentes tipos siguen esquemas convencionales. La musculatura y estructura anatómica de los personajes no se analizan, de modo que, cuando están en movimiento, su naturaleza aparece acolchada, para doblarse o inclinarse como si no tuvieran articulaciones, lo mismo en el guerrero con casco de Pozo Moro, que en El Cerrillo Blanco. En los rostros humanos se procede de manera parecida, endureciendo las cuencas de los ojos, los pómulos, el mentón..., y aprovechando ojos, nariz y boca para romper esa máscara inexpresiva con el fin de generar un efecto distante de vida, que a algunos estudiosos les sugiere una cierta vinculación con el periodo severo del arcaísmo griego y a otros un estilo oriental, aunque ello puede calificarse, simplemente, de ibérico (LEÓN, 1998, 30).

Los escultores no trabajan la volumetría de la forma mediante una transición de planos, sino que la dibujan sobre la caliza trazando surcos en bisel que producen una línea de sombra que disimula el deficiente tratamiento tridimensional de las formas. La panoplia del jinete desmontado del Cerrillo Blanco (inicios del siglo V) o los plie-

gues del manto de la gran dama oferente del Cerro de los Santos (mediados del siglo IV), muestran —con distinta finura— esta simplificación, que solo alguna pieza excepcional desmiente. Una gran proliferación de pequeños detalles que describen minuciosamente los elementos de indumentaria, las joyas, los peinados, los tocados o, cuando procede, los hocicos de los animales, subraya el recurso a lo anecdótico, en detrimento de la tectónica de la imagen que protagoniza el tema, que puede aparecer como un mero soporte de una serie de atributos.

Los maestros escultores y los talleres

En líneas generales, la suposición del trabajo de escultores extranjeros al servicio de los iberos, manejada por la investigación tradicional, sigue en pie, pues, a pesar de todas las limitaciones de la estatuaria propia, cuesta entenderla sin un proceso de aprendizaje en contacto con ambientes externos. Una parte considerable de los temas, en especial el bestiario, y de las composiciones denota, complementariamente, una adscripción mediterránea, asimilada probablemente sin apenas intervención expresa de maestros foráneos.

A este respecto, un factor que no se ha señalado suficientemente es que la escultura en gran formato no es habitual en la cultura ibérica, sino algo puntualmente requerido. Ello implica una actividad discontinua, que solo excepcionalmente llega a crear tradición artesanal. Por lo que hoy se sabe, incluso un centro artístico de la categoría de La Alcudia de Elche (fig. 8.18) carece de continuidad y, consiguientemente, de progresiva influencia de un estilo sobre su entorno inmediato, como se desprende de la comparación de las damas de La Alcudia con la de la vecina necrópolis de Cabezo Lucero. Y esta discontinuidad impide, por consiguiente, que se produzca una evolución en los lenguajes artísticos. En contra, consecuentemente, de los *estilos regionales,* la mayor o menor corrección de las obras es imputable a las elites titulares de los monumentos, responsables de la calidad de los encargos. Hay aristócratas que consiguen tener a su servicio un artesanado competente (fig. 8.19), y otros, incluso en una misma localidad, que se tienen que valer de autores de segunda fila para interpretar los mismos temas. Hay, así, distintos artistas itinerantes junto a otros locales, como será evidente, llegado el caso, incluso en la acuñación de monedas.

Las series escultóricas de *Obulco* (Porcuna) o de la misma *Ilici* (La Alcudia de Elche) han proporcionado piezas que se han atribuido a distintos periodos, separados por intervalos sin imágenes esculpidas, de modo que únicamente el santuario del Cerro de los Santos parece haber mantenido una actividad regular durante alrededor de dos siglos, que autoriza en él el desarrollo de un estilo local, que evoluciona hacia la romanización (NOGUERA, 1994, 189-222). Ante estas evidencias, lo más probable es que un equipo trabajara para una jefatura y, una vez concluido un proyecto, se clausurara en el *oppidum* la actividad de esculpir. Salvo excepciones, no habría talleres de escultura permanentes.

Así se entiende que, al menos a nuestros ojos, algunas esculturas ibéricas destaquen por su calidad sobre las demás y que hayan sido atribuidas a escultores extranjeros o de formación colonial. Entre las consideradas más antiguas, al torito de Porcuna se le ha reconocido una frescura de trazos que lo sitúan en primera línea, junto a la cabeza del grifo de Redován, ambos supuestamente de influencia oriental. En los relieves de la torre de Pozo Moro aparece un caso único y dispar, obra, se ha dicho (OLMOS, 1996, 99-114), de un equipo relacionado con Cádiz (donde, sin embargo, no se conoce nada parecido). La esfinge de Agost, con el ala levantada y la cabeza vuelta al espectador, y el caballo de Casas de Juan Núñez (fig. 8.20) se consideran deudores del arte griego e incluso para este último se ha vuelto a hablar de un artista de origen samio, a causa de la tipología de la palmeta que adorna el ángulo de su manta de montar (FAUSTOFERRI, 2000, 315-323). Las cabezas de Verdolay, sin embargo, parecen acusar una influencia magno-griega (TRILLMICH, 1990).

En El Cerrillo Blanco de Porcuna se han visto como marcas de taller unos rombos grafitados sobre el cuello del grifo-león, sobre el grupo del lobo y el cordero y sobre el del cazador con liebre, así como una inscripción en ibérico incisa sobre la corva de un caballo (CHAPA *et al.,* 2009, 723-737)[5], todo ello en una necrópolis cuyo programa

---

[5] Las inscripciones ibéricas son muy poco frecuentes en la Alta Andalucía en comparación con el este peninsular. Su datación con anterioridad al final del siglo V, se supone, aunque está por confirmar, por lo que el ejemplo sobre escultura del Cerrillo Blanco sugiere haber sido hecho después de terminada la pieza y, tal vez, por alguien ajeno al lugar propiamente dicho, de no ser que se trate de un letrero meramente ornamental.

monumental fue tan desmesurado que, con seguridad, debió de contar con varios equipos de escultores, cuyas obras denotan un conocimiento de monomaquias y gripomaquias a la griega (NEGUERUELA, 1990), llevada a la plástica en talleres locales, sin duda competentes.

Descartando la atribución a artistas de categoría metropolitana, que ni la técnica ni los conceptos artísticos aplicados a la escultura ibérica justifican, se reconoce, en conclusión, una selección temática y compositiva de reminiscencias mediterráneas, típicamente ibérica, que se traduce en una estatuaria a grandes rasgos compartida por las jefaturas ibéricas meridionales, materializada, no obstante, en obras muy desiguales dentro de una misma cronología, es decir, debidas a escultores más o menos instruidos, alguno, tal vez, púnico o suritálico, al servicio, primero, de los poderosos príncipes de comienzos del siglo V a.C. y, a continuación, de los jefes de linajes de los *oppida*. Algunas de las primeras propuestas, como Pozo Moro (Chinchilla), quedaron como casos únicos, sin continuidad en la sociedad ibérica, mientras que otras se abrieron camino en un contexto de ostentación sujeto a fenómenos violentos de destrucción, que acabaron liquidando los ciclos artísticos más complejos y extraordinarios.

En estas circunstancias, el lenguaje artístico puede ser compartido, pero la cuestión de estilo hay que declinarla en plural, como cuando se mira por un caleidoscopio. Un encargo en una determinada época puede quedar asociado a un determinado estilo, susceptible de modificación al cambiar ya sea el comanditario o el artesanado disponible.

Pintura

La cerámica a torno

Las cerámicas ibéricas, como en general las del mundo antiguo, son un testimonio fiel de la actividad humana: donde esta ha tenido lugar, a partir del Neolítico, queda cerámica, porque era imprescindible para cocinar, comer, guardar cosas, trabajar, celebrar reuniones, hacer ofrendas a los dioses, enterrar a los muertos..., y porque en la vida cotidiana, inevitablemente, un día se rompía y sus fragmentos quedaban integrados en la estratigrafía arqueológica, a la que aportan información cultural y cronológica. Por ser tan frágil, la vajilla se

renueva constantemente, de modo que su estudio, mejor que el de otros utensilios, proporciona secuencias indispensables para distinguir modos de vida, contactos con otros pueblos, así como cambios de costumbres. Y, finalmente, por estar tan integrada en los quehaceres humanos, la arqueología tiende a considerar una determinada *facies* cerámica desde el punto de vista étnico: como indicador de un pueblo concreto. Por eso, al reconocer un conjunto cerámico, de alguna manera se nombra un etnónimo —un nivel *ibérico* con cerámicas *etruscas* o *púnicas,* por ejemplo—, aunque la antropología no siempre confirme que un objeto sea transmisor de cultura.

Las alfarerías ibéricas estaban situadas fuera del hábitat, utilizaban el torno rápido, cocían las piezas en hornos cerrados, casi siempre de planta redondeada, aplicando algún detalle pintado a casi la mitad de la producción fina; también producían cerámica común y envases de transporte, que quedan al margen de la valoración artística pero que proporcionan datos sobre el ámbito privado y económico. A pesar de que muy pocos talleres alfareros ibéricos están publicados con suficiente detalle, la cerámica se ha considerado decisiva para establecer áreas regionales, porque hay rasgos tipológicos y técnicos adscribibles a ámbitos geográficos concretos (TARRADELL y SANMARTÍ, 1980, 303-330). En efecto, Andalucía oriental no presenta las mismas formas que Murcia, Albacete y Alicante; la provincia de Valencia cuenta con diversas producciones relativamente bien caracterizadas y Aragón ofrece un panorama propio. Cataluña muestra, al menos, tres zonas con otras tantas tradiciones: la septentrional con una alta incidencia de cerámicas grises, excepcionalmente con pinturas en blanco; la meridional, bien representada por el centro alfarero de Fontscaldes (Valls), con vasijas de color ocre decoradas con motivos geométricos y florales, y la zona ilergete con cerámicas de cocción oxidante y pintadas, además de una producción exclusiva de barniz rojo.

De este modo, la generalización del torno no dio lugar a que se homogeneizaran todas las cerámicas ibéricas, sino que tanto las piezas de granulometría gruesa, más ordinarias, como las finas mantuvieron características regionales, en parte porque se trata de producciones que dan servicio casi exclusivamente a las poblaciones de los territorios en donde están ubicadas, los cuales mantuvieron formas y usos derivados de sus respectivas tradiciones.

Entre los años 1970 y 1980 se hizo un gran esfuerzo por lograr una tipología moderna de la cerámica ibérica y fue entonces cuando

se comprobó la atomización de talleres y la vigencia de muy pocos casos de amplia difusión, como son las urnas de orejetas perforadas, los cálatos, la cerámica gris de la costa catalana, algunas de las estampilladas y, sobre todo, las ánforas. Esta atomización resta operatividad a la clasificación tipológica, puesto que esta acusa, generalmente, un alcance local o regional que multiplica en exceso el registro necesario para sacar conclusiones globales. Como en otros aspectos de la cultura material, la cerámica ibérica se presenta con variantes, aunque dentro de un marco definido por aspectos técnicos y funcionales compatibles (Mata y Bonet, 1992, 117-174) aunque no iguales. De todas las cerámicas ibéricas, son las grises catalanas las que cuentan con más claridad con jarritas bitroncocónicas (fig. 8.21), caliciformes y boles susceptibles de interpretarse como un servicio de mesa, exponente de un hábito de comensalidad exclusivo, menos evidente en los demás repertorios, con vasijas, mayores o menores, predominantemente de almacenamiento.

También fue en estas décadas cuando se realizó el balance de las imitaciones de formas griegas por parte de los iberos (Page, 1984) que puso de manifiesto un fenómeno de apropiación tipológica sin apenas trascendencia cultural en lo que a helenización de la sociedad ibérica se refiere (fig. 8.22). Las formas de las crateras, jarros y copas se copiaron incluso con detalle; las decoraciones áticas, no, sin que haya constancia de que sirvieran para los mismos usos que tenían atribuidos en Grecia (Dietler, 2009, 3-48).

Breve historiografía de la pintura figurativa ibérica sobre cerámica

Entre 1907 y 1936, la investigación española tuvo el propósito de fomentar el contacto internacional siguiendo criterios promovidos por la Junta de Ampliación de Estudios. En esta línea se inserta el acuerdo del Museo Arqueológico Nacional y del Institut d'Estudis Catalans con la Unión Académica Internacional para participar en la elaboración de *corpora* de vasos cerámicos antiguos (*CVA*), griegos e itálicos principalmente, destinado a incluir los hallazgos y colecciones de España en la recopilación académica ilustrada que debía facilitar su difusión universal, siguiendo las pautas establecidas en París en 1920. La guerra civil (1936-1939) truncó buena parte de tal apertura hasta el punto de sustituir la catalogación de las cerámicas pintadas

clásicas por las autóctonas, lanzando la serie de los *Corpora Vasorum Hispanorum,* con el mismo formato que los anteriores, poco después de la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), el 24 de noviembre de 1939, y en consonancia con las situación del momento, tan proclive a utilizar a los pueblos peninsulares, prerromanos pese al nombre del proyecto, como armas de la unidad española frente al extranjero. Esta *hispanización* nunca fue aceptada por la Unión Académica Internacional.

Pero fue en ese marco en el que la sección de arqueología del Instituto Diego de Velázquez inauguró el primer encargo de los *vasos hispanos* a Juan Cabré, editor de las piezas pintadas de Azaila en 1944, precedidas de un prólogo de Blas Taracena (1895-1954), cerámicas que consideró célticas adaptándose a los tiempos que corrían, que le hicieron abandonar el término hispano[6], entonces conciliador y del gusto de Gómez Moreno, al que antes había recurrido. Se ha dicho que otro de estos encargos, no concluido en su momento, contemplaba las cerámicas de La Alcudia de Elche, aunque el texto póstumo de Alejandro Ramos (1906-1984) (1990) sobre sus vasos pintados no alude a ello. De ahí que el segundo volumen de esta serie, ya en el programa del Instituto Rodrigo Caro, fuera el del Cerro de San Miguel de Liria (BALLESTER *et al.,* 1954) (fig. 8.23), seguido, años después, por el de la celtibérica Numancia, obra de Federico de Wattemberg (1923-1967) (1963), último de una serie que Olmos (1999, 155-166) ha juzgado como *una utopía de la posguerra.*

Fue Taracena, como secretario del Instituto de Arte y Arqueología Diego de Velázquez del CSIC, quien admitió el volumen de Liria para su publicación, gracias a los buenos oficios tanto de Ballester como de Pericot y, en términos generales, con la confianza profesional que le inspiraba el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia a quien fuera director del Museo Numantino. El *corpus* de Liria tiene, en consecuencia, una primera posibili-

---

[6] Después de unos tiempos de *paniberismo* que atribuían el legado cultural ibérico al conjunto de la Península, con Cánovas del Castillo como principal militante de esta idea, y tras la interpretación de los pueblos celtas e iberos como rivales, representando el antagonismo del centro y la periferia peninsulares, se adoptó el etnónimo *hispano* para la época anterior a la romanización de España (!) y de ahí que algunos objetos ibéricos, como la fíbula anular, ciertas cerámicas, etcétera, aparecieran con este calificativo en publicaciones de los años 1940 a 1980.

dad de valoración como testimonio historiográfico de la pintura ibérica a mediados del siglo XX, pues la colección en que vio la luz y las instituciones que lo hicieron posible patrocinaron una obra llamada a ser la primera monografía en gran formato dedicada a la cerámica con escenificaciones pintadas, tras una etapa de debates en la que, no sin pasión, la filiación, dispersión territorial y cronología de los vasos con temas vegetales y humanos había sido objeto de una polémica tan crispada como la de la identidad o identidades de las Españas.

El *corpus* de Liria es también un ejemplo de la metodología más moderna de su tiempo, es decir, del tratamiento de las piezas según su materialidad, con sus medidas, la descripción de sus formas y de sus pinturas, con el propósito de crear un léxico y unas nomenclaturas lo más objetivos posible en la óptica del positivismo, lo cual fue, en su momento, un modelo a seguir. La consideración del contexto de los departamentos donde ocurrieron los hallazgos, la atención a su restauración, al calco, en el que participó el pintor Juan Bautista Porcar (1889-1974), al dibujo, tipología y fotografía, consiguieron dar a conocer un conjunto de enorme singularidad que se mantuvo como referente durante más de treinta años. Todavía los cuadros y las tablas de motivos dibujados por José Alcácer se copian y reproducen en algunos estudios más recientes, como los de Elena M. Maestro (1975) o Miguel A. Elvira (1979), entre los que me incluyo (ARANEGUI, 1975), y si la lectura de las decoraciones complejas de Liria ha podido alcanzar nuevos horizontes (ARANEGUI *et al.,* 1997), ha sido porque el *Corpus Vasorum Hispanorum* de 1954 ha facilitado el acceso a un repertorio único e inagotable, tanto desde el punto de vista iconográfico propiamente dicho, como epigráfico, ya que casi un centenar de vasos contiene letreros en ibérico añadidos a la decoración.

Sin embargo, aquello que el tiempo transcurrido desde su primera publicación ha ido haciendo más y más patente es el déficit en la interpretación de la temática en el *corpus*. En los años cincuenta se fue instaurando una división modernizadora entre arte, arqueología e historia antigua que dio lugar a que la protohistoria asumiera la consideración de artefacto o pieza de cultura material para muchos de sus elementos, obviando su tratamiento en tanto que representaciones simbólicas de la sociedad que los hizo. En el *corpus,* las cerámicas se clasifican por su técnica (prehistóricas, arcaizantes, importadas e ibéricas) y, a continuación, por tipos, de modo que las decoraciones no constituyen más que un atributo de la forma que no se relaciona con

su función, pese a su vistosidad y a que en la publicación haya más ilustraciones de frisos con escenificaciones que perfiles de vasijas. Los autores del *corpus* describen los motivos y las figuraciones (con una terminología ajena a la empleada para las artes clásicas), pero se mantienen al margen de su interpretación, con una cierta reserva respecto a *mirar más allá* de lo que estrictamente *se ve,* en coherencia con las reglas del positivismo estricto. Sin embargo, reservan exclusivamente la pintura decorativa para hablar de *estilo,* algo que entienden como sinónimo de modalidad pictórica.

Los pasos siguientes han ido, principalmente, en dirección a valorar el repertorio tipológico junto a la composición de sus temas ornamentales, para plantear su significación en atención a cada contexto así como al reflejo que proporcionan de la elite que los utilizó (Olmos *et al.,* 1992; Aranegui *et al.,* 1997; Tortosa, 2004; Fuentes, 2006; Mata *et al.,* 2010). Y, de este modo, el estilo deviene historia.

Las escenificaciones pintadas

La pintura figurativa tiene en la Península sus primeras manifestaciones en cerámicas muy minoritarias de época orientalizante (siglos VII-VI a.C.) con representaciones de temas florales y animales sumamente originales en el occidente colonial fenicio (Aubet, 1982, 213-225; Belén *et al.,* 2004, 151-169). Son propias de muy pocos centros, considerados de nivel aristocrático, localizados en las provincias de Sevilla, Córdoba y Jaén, cuyo foco más reciente y evolucionado se ha señalado en Cabra con una datación de la segunda mitad del siglo VI a.C. (Blánquez, 2003). Estos antecedentes son tan puntuales y lejanos que parecen haber quedado aislados de las pinturas cerámicas de época ibérica, que, de hecho, se inician con todo un conjunto de motivos geométricos y no adoptan ampliamente temas animales o humanos hasta el tránsito al siglo III a.C.

El que a partir de este siglo algunos pueblos ibéricos plasmen escenificaciones sobre sus cerámicas es un hecho muy característico y singular, porque en la fecha en que lo hacen casi todo el Mediterráneo está abandonando las decoraciones figuradas sobre cerámica. Las habían utilizado antes, en los siglos VI, V y IV a.C., no solo en Grecia, sino también en Etruria, la Magna Grecia, Sicilia (Trendall, 1989) o alrededor de Marsella y muy a principios del siglo III a.C. aun quedaban

en Italia algunas regiones, como la apula o la campana, que decoraban las cerámicas con imágenes, pero, en general, en estas décadas se estaban buscando otros soportes para la expresión artística, de modo que la pintura mural, la terracota y el relieve escultórico acabaron por sustituir con ventaja a las vasijas.

En Ampurias (L'Escala), unos fragmentos pertenecientes a una pieza bitroncocónica con asas, conocidos con el nombre de Vaso Cazurro (fig. 8.24) en atención a quien lo adquirió en 1909 como procedente de la necrópolis del Portitxol, muestran un caso, extraordinario por el momento, en el que una escena de caza de ciervos está enmarcada por un motivo griego, como son las puntas de diamante, y otro ibérico, como son los semicírculos concéntricos, apareciendo sus protagonistas con un tratamiento anatómico y pictórico cuyos mejores referentes se encuentran en el Bajo Ródano, entre las crateras y otras piezas que se consideran allí de factura indígena e influencia masalieta, datadas entre los siglos VI y IV a.C. (GOURY, 1995, 309-324). En el área indikete, principalmente en Ullastret (MARTÍN, 1988, 47-56), hay un reducido número de vasijas grises que ostentan figuraciones pintadas en blanco (fig. 8.25) y otras pocas que muestran decoraciones incisas. ¿Se derivan también de un proceso similar al del Gard francés? Se acepte o se rechace esta posibilidad, lo cierto es que son pinturas independientes a las de las cerámicas edetanas o contestanas.

En las regiones centrales, las escenas representadas con pintura rojiza sobre cerámica ocre cubren, con mucho menor empaque, el vacío que habían dejado los programas escultóricos funerarios meridionales. Regularmente en *Edeta*-Liria y su entorno, con frecuencia en La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Pennàguila) y excepcionalmente en San Antonio (Calaceite), en El Corral de Saus (Mogente) (IZQUIERDO, 1996, 239-262), El Castellar (Oliva) (fig. 8.26), La Peña del Águila (Denia), en La Albufereta (Alicante), en Archena (TORTOSA, 1999, 167-171), en El Tolmo (Minateda), La Hoya de Santa Ana (Chinchilla), Cola de Zama (Hellín) (SANZ GAMO, 1997) y Santa Catalina del Monte (Verdolay), se ofrecen vasos con cuadros figurados con categoría de don de prestigio, en un momento en que el enterramiento ha perdido monumentalidad y la ostentación del ajuar se cifra en objetos menores hechos *in situ.* Por otra parte, puesto que muchos hallazgos provienen de *oppida,* el soporte cerámico contribuye a ampliar el ámbito de las imágenes hacia la ciudad, con anterioridad prácticamente excluida de su presencia.

Estos contextos indican que los vasos portadores de imágenes no fueron el resultado de una rutina de alfar, sino que se confeccionaron por encargo, a solicitud del usuario, para ser exhibidos en acontecimientos de la vida colectiva que, sin embargo, se conocen mal. En los *oppida,* las tinajas, cálatos o jarros con estos adornos no constituyen un servicio de mesa tradicional, ni un juego de formas adecuado para la bebida, pero se concentran en espacios singulares, a veces sagrados, que apuntan hacia su uso y exhibición en ocasiones festivas, lo que añade una razón más para considerar el tema de estas decoraciones en un marco cultural (fig. 8.27).

La pintura cerámica ibérica anterior a la segunda guerra púnica se restringe a los ejemplos de pintura blanca de Cataluña, a *Edeta*-Liria, Calaceite, Oliva, La Peña del Águila del Montgó, La Albufereta, La Serreta y a algunas piezas del Cigarralejo (Mula) o del Cabezo del Tío Pío en Archena. Después, cuando se van imponiendo temas con seres fantásticos, la primera romanización está ya en curso y, en ese proceso, *Carthago Nova* es la ciudad más importante del sureste ibérico, donde la importante serie de cerámicas pintadas de *Ilici* es la que mejor expone el protagonismo de figuras aladas y animales heráldicos, muy distinto al anterior que, con interpretaciones diversas, se prodigan por las provincias de Murcia, Albacete, Alicante y Valencia.

Intentemos, pues, acceder al imaginario ibérico a través de estas representaciones. La provincia de Girona ofrece una respuesta a pequeña escala, en cierto modo paralela a la de los pueblos autóctonos en contacto con Marsella, pero con algún indicio de aproximación al mundo ibérico con el que comparte temas de jinetes y guerreros. Al sur del Ebro, en el primer momento (300-150 a.C.) de la pintura figurativa, denominada estilo Oliva-Liria por los primeros lugares de procedencia de las piezas, abundan los personajes reales que protagonizan escenas idealizadas de caza, desfiles (fig. 8.28), danzas guerreras o cuadros con mujeres aristocráticas, lenguaje que se comparte a lo largo del área comprendida entre Teruel, Castellón, Valencia, Alicante (fig. 8.29), Murcia (fig. 8.30) y Albacete. La temática muestra el rango de los protagonistas, sus grupos de edad y la importancia de los linajes, representados en acciones colectivas, preferentemente sobre vasijas de buen tamaño como son las tinajas y las lebetas, seguidas por piezas menores como los cálatos, los vasos caliciformes y los jarros, sin que las escenas afecten a los platos en los que solo se pintan guirnaldas vegetales o peces.

En el Ibérico Tardío (150 a 50 a.C.), principalmente al sur del Júcar, se asiste a la eclosión de un nuevo estilo pictórico que fue descubierto en los yacimientos de La Alcudia de Elche y de Archena, y que hoy se extiende a Elda, Lorca, Cartagena, Salchite, Lezuza o Hellín. En él se advierte un lenguaje expresivo diferente, alejado de los desfiles de personajes armados, de los jinetes y de las aristócratas, proclive a representar a seres míticos entre los que hay figuras aladas, grandes aves, una fiera tradicionalmente llamada *carnassier,* jóvenes héroes (fig. 8.31) y heroínas que bailan (fig. 8.32), que han sustituido el discurso épico por símbolos sacralizados y ritos iniciáticos en los que la investigación aprecia ya sea una vinculación con lo púnico (¿diosa alada?), o bien un intento de recuperación de lo ancestral (¿gripomaquia de La Alcudia de Elche?), mediante una temática adoptada bajo la mirada de las ciudades de *Carthago Nova* e *Ilici* romanas. La secuencia de león y palmera de la necrópolis de Zama Norte (Hellín) es un exponente de la síntesis púnico-romana en la pintura cerámica ibérica tardía.

Complementariamente, fuera de esta zona, hay repetidas manifestaciones de iconografía mítica, pues las escenificaciones con personajes fantásticos se prodigan por numerosas localidades de la geografía valenciana (Mata *et al.,* 2010) y albaceteña, incluida la colonia de *Valentia* (Olmos y Serrano, 2000, 59-85), siempre con muy pocos ejemplares en cada lugar y sin que la calidad de la pintura sea, en los casos más tardíos, destacable.

En Aragón, en el siglo I a.C., con la romanización en curso, se constata un dato muy particular, único hasta el momento, mediante el cual los yacimientos de Azaila y Alcorisa se muestran depositarios de sendos cálatos decorados con la misma escena por un pintor competente (Aranegui, 1999). Un labrador con arado uncido a una yunta de bueyes, jinetes que cazan jabalíes y personajes en actitud de salutación, rodeados de pájaros y perros, confieren a la pintura cerámica el valor de testimonio de un posible acuerdo para mantener el equilibrio de las áreas de cultivo y las zonas de bosque, utilizando un recurso expresivo ajeno a la tradición de una zona que, por otra parte, plasmó en el documento epigráfico de *Contrebia* (Botorrita) los pactos propios de su derecho consuetudinario (Fatás, 1980).

Los maestros pintores y sus talleres

La pintura blanca sobre cerámica gris de los indiketes del noreste es, paradójicamente dada la proximidad de Ampurias, muy elemental, esquemática y torpe, por lo que no plantea el concurso de pintores de vasos propiamente dichos para su realización, más simple que la de los paralelos del Gard sugeridos. También hay diversos ejemplos en que la cerámica gris catalana se ornamenta con motivos incisos, mejor o peor trazados (figs. 8.33 y 8.34). Pintar escenas correctamente sobre cerámica requiere, sin duda, una cierta destreza, un dominio que se adquiere con la práctica, que los mejores pintores de vasos del área central poseen, con un nivel sobresaliente en algunos ejemplares, pero con aptitudes deficientes en otros (fig. 8.35), según se advierte especialmente cuando la muestra de un yacimiento es abundante, como ocurre en *Edeta*-Liria. Al observar la lebeta de los guerreros, no solo llama la atención la soltura del trazo con que están pintadas las figuras, sino también el ritmo con que se suceden los jinetes y los infantes, su movimiento, los detalles de sus indumentarias y, en fin, el conjunto del friso continuo, cuya ejecución no es atribuible a un pintor novel. Así pues, como en el caso de la escultura, es de suponer que algún artista con cierta experiencia ejecutara puntualmente los temas solicitados en la capital edetana. Los letreros que acompañan casi un tercio de estas pinturas contienen nombres de persona. De entenderse esas menciones como correspondientes a los autores de la decoración, denotarían que se trataba de iberos. El problema es que, de acuerdo con esta información epigráfica, la nómina de pintores sería demasiado extensa y variada, ya que apenas se repiten nombres de persona asociados a pinturas similares. Así, esta diversidad ha llevado a entenderlos como los de quienes entregaban, ofrecían o donaban las extraordinarias piezas, en el curso de una ceremonia, permaneciendo los letreros como una práctica típica de *Edeta* que, mucho más tarde, será adoptada en el Bajo Aragón y en la Soria celtibéricos.

Lo que no es exclusivamente edetano es la temática y composición de las escenas. En la primera época, tanto en el Camp de Túria como en Oliva, La Serreta, Archena, Verdolay o Mula, tanto entre edetanos como entre contestanos y mastienos, se representan episodios con guerreros, escenas de caza y celebraciones al son de la música, con participación de mujeres, ordenados en una franja conti-

nua o dividida en metopas, enmarcadas por motivos geométricos. El foco mejor conocido de este lenguaje se sitúa en Liria, donde es posible identificar varias modalidades pictóricas. Una se ha llamado «estilo florido» por el detalle con que se plasman los personajes y por la exuberancia de elementos que rellenan los espacios entre los mismos; otra modalidad es el «estilo silueteado», con figuras pintadas como sombras chinescas, sin apenas motivos complementarios. De todo ello se puede sacar la conclusión de una diversificación de ceremonias ilustradas por distintos niveles de artesanado.

La segunda etapa de la pintura sobre cerámica ocre ibérica supone un cambio temático muy importante y una realización ajustada a un conocimiento más avanzado del campo pictórico, perceptible sobre todo en los mejores ejemplos alicantinos y murcianos. En estos una figura completa, o el prótomo de la misma —novedad del momento—, no solo aparece en el centro de una de las caras del vaso, sino que constituye además la masa cromática más potente, enmarcada por motivos en espiral que contribuyen a potenciarla, subrayada por cenefas ondulantes. Las aves con alas explayadas se combinan con el cuadrúpedo feroz que vuelve su cabeza y algunos de los signos, en parte comunes a las decoraciones de la primera etapa, se codifican y repiten: la estrella frente a la hoja de hiedra, la flor tripétala frente a la roseta..., mostrando un léxico mucho más elaborado que el primero. La maestría de los mejores pintores de esta fase es digna de la mayor atención en el marco de la última fase del arte ibérico, aunque también aquí hay pintores que desfiguran el código de representación ejecutándolo vulgarmente,

Objetos suntuarios de metales nobles y de cerámica

La investigación especializada reconoce que las joyas personales de oro se difundieron al producirse el primer contacto fenicio en el ámbito peninsular, como uno de los efectos del cambio hacia las sociedades estructuradas. Alrededor del siglo VII a.C. aparecen en el sur y suroeste, con carácter extraordinario, objetos rituales, como los seis betilos de oro de Lebrija, y, más frecuentemente, aderezos para el ornato masculino y femenino, como los del tesoro del Carambolo (Camas) o los del ajuar funerario de La Aliseda (Cáceres); también en el noreste se identifican colgantes zoomorfos y otros elemen-

tos de bronce propios del atuendo guerrero de gala (Rafel, 2005), a la vez que en el noroeste hacen acto de presencia los torques áureos, como el de Labra, o la diadema de Ribadeo. Hacia estas regiones fluye, asimismo, un conjunto de pebeteros, coladores, ralladores, jarros y bandejas de bronce orientalizantes que se suman a ganchos para asar carne, propios, en origen, de ambientes áulicos. Son los signos del despegue socioeconómico de las principales cuencas minero-metalúrgicas de la época y de la jerarquización de sus gentes (Armada, 2011, 158-183).

La importancia de la apariencia

Llegado el tiempo de los iberos, los objetos de bronce relacionados con el banquete disminuyen hasta quedar reducidos a los aguamaniles de asas móviles, ya sin los jarros piriformes con los que, inicialmente, formaban servicio y a algunos pocos cazos de bronce y asadores de hierro. Solo en contadas ocasiones aparece ahora un jarro de bronce, generalmente de taller itálico, o bien un pebetero de estilo oriental, como el de La Quéjola (San Pedro) (Jiménez, 2000, 1581-1594) (fig. 8.36). En su lugar, las vajillas cerámicas áticas, y principalmente las crateras y copas para beber, se difunden ampliamente en ambientes funerarios: la impronta griega se impone sobre el pasado orientalizante.

Sin embargo, los elementos metálicos vistosos de la indumentaria personal se multiplican (fig. 8.37), como demuestran las representaciones (fig. 8.38), si bien, paradójicamente, a partir del siglo v a.C., los hallazgos arqueológicos proporcionan menos joyas que la etapa precedente, reduciéndose, además, la cantidad de metal precioso empleada en su elaboración. Las ocultaciones de joyas de oro y plata que se han ido descubriendo (Perea, 1996; Oliver y Perea, 1999, 198-208; Ripollès y Ribera, 2005) es frecuente que coincidan o estén próximas a tesoros con monedas (figs. 8.39 y 8.40), lo que vendría a ratificar el sentido del oro como riqueza al producirse el conocimiento del metal al peso o acuñado, y su consiguiente transmisión hereditaria reduciría el número de su amortización en las tumbas. De aceptarse esta explicación, el nuevo concepto del precio del oro, como el de la plata, llegaría desde Marsella y Ampurias en paralelo a la introducción de la pre-moneda y, de hecho, el depósito del Puig de la Nau (Benicarló), con dos

pares de pendientes y un pasador de oro, más una pulsera de plata, apareció acompañado por una moneda ampuritana.

Con mayor presencia arqueológica llegan del exterior en este momento cuentas de collar y colgantes de hueso, de piedras duras trabajadas o de pasta vítrea, de estilo púnico, con anterioridad muy escasos y ahora ocasionalmente ofrecidos en el ajuar funerario que contiene con frecuencia, asimismo, elementos del ornato de la indumentaria de bronce .

Esto es debido a que las jefaturas desarrollan un gusto característico por la vistosidad de la joyería, por las vestimentas y por el armamento de parada (fig. 8.41), que tienen en bandas-diademas, arracadas, brazaletes en espiral, colgantes con cadenillas, fíbulas, broches de cinturón, discos-coraza (*cardiophylax*), grebas (o cnémidas) y armas de desfile sus mejores exponentes femeninos y masculinos, la mayoría de las veces fabricados en el área propia, aunque puede haber alguna importación, generalmente itálica.

Entre los adornos femeninos, la diadema o banda áurea de extremos triangulares reviste el interés de incorporar a la cultura ibérica una tipología de época orientalizante, de la que se conocen siete ejemplares localizados entre el Guadalquivir y el Mediterráneo, que se convierte en exponente de la aristocracia hasta entrado el siglo III a.C. En Jávea (véase capítulo 5), una diadema de oro (de 372 milímetros de longitud por 82 milímetros de anchura y un peso de 133,6 gramos) (fig. 8.42) compuesta por una pieza rectangular con una fila de ovas en su parte inferior y con dos triángulos unidos a cada extremo de la misma mediante pequeñas bisagras, llamadas charnelas, apareció con un broche o colgante con una cadenita, una pulsera y tres finas cadenas de oro trenzado y, en plata, un brazalete en espiral, así como varias cintas fragmentadas. Tras su publicación por José Ramón Mélida y, poco después, por Elías Tormo, especialistas extranjeros la describieron ya en el primer decenio del siglo XX: Pierre Paris la dio a conocer en Francia y Horace Sandars la divulgó entre los arqueólogos ingleses. Más tarde Giovanni Becatti la publicó en Italia y Hermanfried Schubart ilustró con ella la portada de su obra sobre los iberos escrita en alemán, de modo que tal diadema constituye una de las piezas de la cultura ibérica más difundidas a nivel internacional.

No obstante, su interpretación técnica ha sido ignorada hasta hace poco tiempo a pesar de que es fundamental, ya que la orfebrería de las diferentes culturas mediterráneas es reconocible, de modo

que una joya puede vincularse a un determinado taller en razón de la manera en que está fabricada. Estudiando este aspecto, se han despejado las dudas respecto a la posibilidad de que fuera una pieza importada de Grecia o de la Magna Grecia, en lugar de ser una producción local. La diadema de Jávea está hecha con una lámina finísima continua de oro a la que se superpone un patrón decorativo distribuido en franjas horizontales, con rosetas, roleos y grecas que se logran mediante la aplicación de filigrana y de glóbulos, con esferas de dos tamaños. A continuación, la lámina de la base se ha recortado en encaje, como cuando se borda un tejido y se recorta la tela sobrante para que quede calado. Tiene interés observar cómo es la filigrana, manera de utilizar el oro muy compleja por requerir el dominio de la temperatura y de la soldadura además de una gran habilidad de manejo del metal, hasta conseguir estirar el hilo antes de que se enfríe y se solidifique, pero que tiene la ventaja de proporcionar un hilo de mucha longitud a partir de una mínima cantidad de oro, así que todas las joyas de filigrana pesan menos que las de oro pleno o macizo, aunque causan un efecto ornamental similar. Esta técnica se utilizó con regularidad en Grecia a partir del siglo IV a.C. En la pieza de Jávea, la filigrana se presenta con hilos trabajados que imitan una sarta de gránulos o un cordón, siendo la única joya de la que los especialistas modernos han dicho que denota una elaboración griega helenística innovadora aplicada a una forma que no es griega, sino de origen tartésico-orientalizante (Perea, 1996). Se llega, finalmente, a la conclusión de que puede atribuirse a un taller situado en las proximidades del lugar de hallazgo, en el que habría artesanos griegos o magnogriegos al servicio de una clientela ibérica. De este modo, tipología y tecnología encuentran una justificación.

El excepcional conjunto de utensilios de orfebre de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) quedó depositado en la tumba 100, que se tiende a relacionar con un orfebre (véase capítulo 4) (fig. 8.43). Es evidente que un yunque, una sierra, unas tenazas, un soplete, un pesa y un juego de matrices decoradas con temas heroicos o alusivos a la fecundidad, son los instrumentos para hacer joyas de oro o plata mediante el repujado, la soldadura y la filigrana. Pero el ajuar también contiene armamento y cerámica ática, por lo que es posible que la tumba no acogiera al artesano propiamente dicho, sino al aristócrata que detentaba el privilegio de ostentar lo simbólico manteniendo a un orfebre, que podía ser extranjero, a su servicio, hasta el

punto de quedar su instrumental amortizado en el momento de la muerte del patrón.

Con mucha menor relevancia, en la llamada habitación sagrada de La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penàguila) se encontró una matriz para hacer joyas junto al famoso grupo de la *kurotrophos* modelado en terracota y un plomo inscrito en ibérico (GRAU *et al.,* 2008), contexto que contribuye a plantear el monopolio de los instrumentos de orfebrería por parte de una determinada elite.

La representación de objetos de metales preciosos ocupa un destacado lugar en la estatuaria femenina y en especial en las damas profusamente engalanadas. A partir de esta evidencia se aprecia cómo la tipología de las joyas se convierte en un indicador de etnicidad, patente en las bandas-diadema, con sus particularismos, si se tiene en cuenta, por ejemplo, que la tipología púnica de los grandes pendientes en forma de cestillo (*à boisseau*) de la dama de Baza se diferencia de las ínfulas que cuelgan de las rodelas de la dama de Elche, o que el pasador en forma de T que cierra la túnica de la dama del Cerro de los Santos ocupa el lugar de la fíbula anular que se ve en otras representaciones.

Salvo en el caso de las fíbulas anulares, existentes en oro y en plata (tesoro de Cheste, Turís, Caravaca de la Cruz...), indistintamente masculinas y femeninas, la base de los adornos de la indumentaria del ibero y de su panoplia de parada es el bronce o el hierro, aunque es frecuente que se enriquezcan con nielados de plata, repetidos, en particular, en las falcatas que se encuentran desde Almedinilla hasta Sagunto, procedentes de un probable taller situado en el sureste. El procedimiento para esta decoración consiste en imprimir con una matriz un motivo sobre el hierro, negativo sobre el que se embute, a continuación, plata. Es probable que estas armas se deban a un artesanado ibérico de bienes de prestigio. El nombre de persona grabado en el contrafilo de una de estas espadas se entendió como el del eventual propietario de la misma, antes que el de su artífice (ARANEGUI y DE HOZ, 1992, 319-329). Tuvo que haber, sin embargo, talleres, verosímilmente ibéricos, especializados en hacer armamento de esta categoría; al respecto llama la atención la inscripción ibérica sobre algún casco, como el de Pozo Moro (Chinchilla) (ALCALÁ, 2003), que reitera la posibilidad de que la panoplia de lujo contenga el nombre de su autor material.

El aspecto del guerrero (FARNIÉ y QUESADA, 2005), como el de la dama, conlleva una ostentación de la etnicidad. Esta se construye, en

parte, mediante la adopción de tipologías preibéricas, que dan arraigo a la casta dirigente. La importancia que adquieren los broches de cinturón, con el predominio de los de placa rectangular en el sur sobre los de garfios en el norte —ambos con antecedentes—, equivale a la diferenciación regional que se observa en los colgantes zoomorfos del área del Ebro y en su proyección territorial (Sardà y Graells, 2007, 265-275), regionalización igualmente apuntada, como se ha visto, en las alhajas femeninas.

De nuevo la vajilla

Después de dos siglos sin apenas servicios metálicos para la comida o la bebida, en el tránsito del Ibérico Pleno al Ibérico Tardío hizo acto de presencia la vajilla de plata entre los iberos con una selección tipológica restringida a las pateras con umbo central (*phialai*), a las bandejas, caliciformes, copitas con dos asas y cuencos, si el de Torres (Jaén) (Museo del Louvre), descubierto en 1618 con monedas ibéricas y romanas en su interior, orlado por una inscripción ibérica, se mantiene como una copa (hay quien lo ve como un casco...). Las pateras con umbo, o fiales, características de los rituales de libación (véase capítulo 5), que se dispersan desde Jaén hasta las Landas aquitanas, aportan una síntesis tipológica y ornamental característica de la primera romanización. La fiera repujada sobre el umbo u *omphalos* de Tivissa parece una concesión a un tótem ibérico, por no ser usual en el ámbito itálico, en tanto que las cuadrigas y los peces (fig. 8.44) de otras de las copas del mismo lugar se entienden desde una clara influencia itálica. Lo mismo sucede con la quimera con serpiente trasportando una cabeza humana, de Santisteban del Puerto (fig. 8.45), que repite una composición atestiguada en la estatuaria hispana de época tardo-republicana (Aranegui, 2005, 213-227). Por su parte, los veintidós platos de Abengibre (Albacete) (Olmos y Perea, 1994, 377-401) combinan una fina decoración de palmetas clásicas grabadas a buril con inscripciones incisas en escritura ibérica. De este modo, la vajilla de plata incorpora un elevado número de epígrafes (fig. 8.46) que, si no en todos los casos, en algunos podrían atribuirse a la firma del artesano que la fabricó, siguiendo una costumbre de orfebres itinerantes acreditada en el ramo de la vajilla (Botto y Oggiano, 2003, 128-146), que, con un cierto retraso, llegaría también al medio ibérico. En efecto, en un

contexto funerario de Vieille Aubagnan (Landas) se recuperó una de estas copas de libación con cabeza de lobo en el umbo. En ella, la inscripción con el nombre de persona *be-ti-(n)* está repujada a la vez que su decoración, en la que aparece un personaje corriendo con un perro y otro con túnica ante un pequeño edificio, admitiéndose su procedencia de Iberia y su parecido con una de las de Tivissa (HEBERT, 1990, 1-40). La perspectiva de que la vajilla de plata también pueda demostrar que hubo orfebres ibéricos cuenta, pues, con probabilidades, lo que no es de extrañar en un país tan rico en plata.

La toréutica: los exvotos de bronce

Las pequeñas esculturas antropomorfas de bronce aparecieron muy selectivamente en la Península en época orientalizante, siendo dudosa su fabricación *in situ*. Los bronces de Sancti Petri (Cádiz), la Astarté de Camas, el fauno simposiasta de Capilla, el centauro de Rollos, entre otros, suponen una reducida cantidad de hallazgos en comparación con los pebeteros, jarros y aguamaniles de bronce coetáneos, en parte atribuidos a talleres tartésicos. Todas las estatuillas, sin embargo, son de buen arte y se distribuyeron como importaciones de lujo que, en ningún caso, generaron una tradición técnica o iconográfica con pervivencia clara a lo largo del tiempo.

En época ibérica, los bronces de forma humana de entre siete y once centímetros de altura, excepcionalmente algo mayores, constituyen la donación tipo de los santuarios de las zonas mineras de Jaén, Ciudad Real y Murcia (véase capítulo 5) desde mediados del siglo IV a.C. en adelante, práctica que no se proyecta al ámbito funerario[7]. Se conocen más de diez mil ejemplares votivos, reunidos desde el primer momento en que se prestó atención al mundo ibérico y se iniciaron programas pioneros en su investigación de campo (CALVO y CABRÉ, 1917; LANTIER, 1935), si bien hay un alto censo de piezas de las que se ignoran las circunstancias del hallazgo por haber ido a parar a colecciones particulares a través del mercado de antigüedades

[7] En el hipogeo funerario del Cerrillo de la Compañía de Hornos (Peal de Becerro), datado por sus excavadores en el Ibérico Antiguo, se recuperaron dos siluetas, una masculina y otra femenina, recortadas sobre una plancha de hierro, sin relación, en mi opinión, con los exvotos de bronce ibéricos.

(Moreno, 2007; Rueda, 2011), donde circularon, y todavía circulan, mezcladas con bastantes falsificaciones.

Generalmente fabricados por el procedimiento de fusión a la cera perdida[8], con una aleación de cobre, estaño y un alto porcentaje de plomo, que da plasticidad al bronce, existen también exvotos esquemáticos obtenidos mediante un trabajo de forja sobre varilla de metal fundido y, finalmente, hay algún ejemplo recortado sobre una plancha de bronce.

En torno a los santuarios rupestres de Jaén se han identificado talleres de toreutas o broncistas a partir del instrumental hallado: el acabado de las piezas requiere el uso de pequeños cinceles, buriles, punzones y limas. El resultado de este trabajo artesanal es, como de costumbre en el medio ibérico, irregular, aunque se considera que de los dos grandes centros jienenses, Despeñaperros y El Castellar, el primero ejerce un papel rector que influye en el segundo, aportándole tipos y técnicas.

Estos bronces ibéricos se han seriado atendiendo convencionalmente a su estilo (Nicolini, 1969; Prados, 1992), a la interpretación de sus tipos (Prados, 1997, 273-282; ead., 2007, 217-226) y a su contexto identitario territorial (Rueda, 2011). El primero de los aspectos pone de manifiesto el mismo desajuste entre estilo y época que afecta a la escultura en piedra, pues si se quiere entender un grupo de estatuillas como reflejo directo del arcaísmo griego, su contexto arqueológico no autoriza ni la fecha que correspondería, ni su aislamiento de otras piezas que no reúnen las mismas categorías estéticas. Por todo lo cual se vuelve a observar una elaboración desigual, al servicio de centros sacros, asimismo de diversa importancia, frecuentados por clientelas en consonancia. Y tampoco en este caso se descarta la eventual presencia de broncistas itinerantes formados en su oficio, en alternancia con otros menos hábiles.

A diferencia del universo de divinidades y seres fantásticos del repertorio de la toréutica orientalizante peninsular, la figuración humana de los y las donantes (fig. 8.47) es la propia de la inmensa mayoría de los genuinos bronces ibéricos, entre los que animales, objetos y

---

[8] Esta técnica exige modelar la figura en cera de abeja, recubrirla de arcilla, calentar el conjunto para que se derrita la cera y reemplazarla por bronce líquido, que, al solidificarse, se acaba de retocar, una vez roto el molde de barro. Cada pieza exige, por tanto, todo el proceso, que no permite una fabricación en serie.

representaciones de partes del organismo humano (ojos, senos, pies, dentaduras...) apenas tiene vigencia. De ello se deduce lo decisivo de afirmarse mediante rituales de paso para unas jefaturas cuya cohesión debe hacerse patente cada pocos años. A partir del siglo V y, con más seguridad, de mediados del IV a.C. en adelante, la pubertad, los esponsales, la edad adulta y, quizá entrada ya la romanización, la gestación y la maternidad dan lugar a que se depositen exvotos de bronce exclusivamente en determinados santuarios que rigen determinadas áreas territoriales. Las estatuillas reproducen los grupos masculinos y femeninos en posición estante, o, en su caso, a caballo (fig. 8.48), poniendo mucho más énfasis en sus vestimentas, aderezos y gestualidad que en su rostro, totalmente estereotipado.

A las series de damas —nunca sentadas en tronos— y guerreros, compartidas con la escultura caliza y la pintura cerámica, los bronces suman dos representaciones específicas. Por una parte, los hombres y mujeres con túnicas llamadas de volantes (fig. 8.49), aparentemente de telas muy finas que dejan entrever un cuerpo bien proporcionado, los varones con cinta ciñéndoles la cabeza, cabello tonsurado en la coronilla y brazaletes por encima de los codos, y las mujeres con cofia y joyas, entre las que se repiten los brazaletes en espiral, todo ello resaltado con un fino uso del buril y motivos impresos con instrumento[9]. Y, por otra, los desnudos en los que la calidad artística es ligeramente inferior a la del grupo anterior (fig. 8.50), con el que coinciden en la repetición de la actitud y gestualidad por parte de hombres y mujeres y en los detalles incisos con buril. Las jóvenes con cabello trenzado, las damas con manto, los jinetes y los infantes guerreros encuentran su correspondencia en las demás manifestaciones artísticas. Por último, los bronces aportan piezas femeninas cuya gestualidad es expresiva de la fecundidad al estar dirigidas las manos hacia los senos y el pubis, actitud que se encuentra con relativa frecuencia en terracotas púnicas y, en general, mediterráneas, pero que se desconoce en la escultura ibérica de gran formato. Algún exvoto de bronce representa a un recién nacido, integrándolo en el grupo aristocrático, probablemente en una fase cronológicamente avanzada.

---

[9] Esta técnica es similar a la empleada en la decoración de algunas falcatas.

La coroplastia: imágenes de barro

Las cualidades plásticas de la arcilla mezclada con agua se han conocido desde siempre, universalmente y, puesto que se trata de una materia prima fácil de obtener, su utilización para hacer figurillas abarca temas y categorías muy amplias: desde representaciones del trabajo cotidiano, hasta las de objetos, altas personalidades y divinidades. Estas últimas suelen estar hechas a molde, alcanzando en el Mediterráneo las grandes civilizaciones exponentes de notable calidad artística, incluso con ejemplos en gran formato. Pero este no fue el caso ibérico, con muy pocas terracotas de temática ordinaria y con una escasa presencia de talleres de coroplastia hábiles en el artesanado de piezas a molde.

Como ejemplos precoces del tratamiento estético de la terracota en medio ibérico son representativos hallazgos procedentes de yacimientos localizados en polos opuestos. En Ullastret, una copa en forma de rostro y un vaso plástico de cerámica gris en forma de suido (fig. 8.51) que muestra una inscripción post-cocción en ibérico, de ambiente votivo, son susceptibles de ser datados en el siglo v a.C. En el sur, en una fecha similar, dos frascos en forma de granada de la necrópolis de La Bobadilla (Alcaudete) (fig. 8.52), uno de ellos tal vez importado, adquieren un significado alegórico, que se repite en el siglo IV en El Cigarralejo (Mula) y en El Cabecico del Tesoro (Verdolay). Son objetos suntuarios, excepcionales.

Extraordinarios son también el busto-placa de la tumba 127A de La Albufereta (Alicante), de taller ibicenco (Olmos, 2007), y la estatuilla de terracota, atribuida por su estilo al siglo IV a.C., depositada en la tumba 271 del Cabecico del Tesoro (Verdolay) como parte de un ajuar datado en la segunda mitad del siglo III a.C. (García Cano y Page, 2004, 118-119), que muestra a una intérprete de música con lira, sentada en un rico taburete y con el torso desnudo. Se trata de dos imágenes habituales en contextos púnicos que no ejercieron influencia en la iconografía ibérica.

De hecho, la pequeña escultura local en arcilla de temas figurativos no se amplía hasta el Ibérico Pleno avanzado y durante el Ibérico Tardío, a partir del modelado manual o bien del uso de moldes (fig. 8.53), sin prejuicio de que las piezas a molde puedan completarse con detalles aplicados o incisos hechos a mano (fig. 8.54). Am-

bos procedimientos dan lugar a una plástica ibérica menor, de un nivel artesanal en general mediocre.

En esta etapa, el primer capítulo de la coroplastia ibérica lo representa, tal vez, un reducido elenco de imitaciones de vasos de barniz negro provistos de un gollete (*askos*) o de un pico vertedor (*guttus*), formas utilizadas en origen para dispensar un líquido (aceite perfumado, vino, hidromiel...), vertiéndolo o dejándolo caer gota a gota a través de un orificio que puede adoptar la forma de la cabeza de un animal o configurarse como una planta, hecha generalmente a molde y adherida a la pared torneada del recipiente. Entre los iberos se documentan, asimismo, hallazgos puntuales de *gutti* en forma de pie con sandalia que dan lugar a alguna imitación local (PÉREZ BALLESTER y GÓMEZ BELLARD, 2004, 31-47) (fig. 8.55) pudiendo aparecer, por otra parte, un detalle plástico en el centro interno de las fiales cerámicas ibéricas. En Los Villares-*Kelin,* la cabeza de un cánido (fig. 8.56) configura el gollete de una posible sítula o cubo con asa, de uso ritual, como lo eran las metálicas o de barniz negro de procedencia externa.

A partir del siglo III a.C. se potencian, pues, las posibilidades del trabajo alfarero al asimilarse los vasos de libaciones y los biberones[10], ambos frecuentes en contextos votivos y funerarios.

Aproximadamente en las mismas fechas en que se copian estos servicios, se documenta toda una serie de pequeños monigotes macizos muy sencillos, con pegotes y pequeñas incisiones o trazos pintados para señalar alguna de sus facciones, que constituyen un grupo de representaciones populares, sin posibilidades de atribución cultural precisa ni connotaciones cronológicas en sí mismos. Son característicos de los santuarios del sureste, en particular de La Serreta y de La Encarnación.

En esta misma zona se registran coetáneamente composiciones de grupos huecas, de superior calidad artística, que tienen en el grupo con *auletris* de una tumba indeterminada del Cigarralejo su mejor exponente técnico (BLECH, 1992, 23-31). La Serreta ofrece su hallazgo más emblemático, popularmente llamado *la diosa madre,* dentro de esta categoría, que vuelve a estar presente en la necrópolis del Cabe-

---

[10] Dado que algunas representaciones de mujeres con criaturas tienen asociada un ave, se reserva para esta imagen, al mismo tiempo alusiva a una divinidad femenina, la función de vaso-biberón.

cico del Tesoro. En paralelo, aparecen las figuritas hechas total o parcialmente a molde: con la cabeza a molde y el cuerpo y algunas de las vestimentas modelados. Como un caso local puntual, las cabezas masculinas y femeninas del Camp de Túria con el distintivo de la tira cruzada bajo el cuello, extremadamente frágiles, parecen representaciones de antepasados propias de ambientes rituales.

Capítulo a parte merecen los *thymiateria* en forma de cabeza de Demeter-Koré (véase capítulo 5) porque reflejan con claridad el cruce de caminos propio del medio ibérico de época helenística, ofreciendo una imagen sagrada de rasgos clásicos difundida por los púnicos en la que se opera un cambio de función, al eliminarse su uso como quemaperfumes. Ejemplares importados, versiones peninsulares realizadas en talleres púnicos e imitaciones locales de marcada influencia púnica (Horn y Marín, 2007) certifican que, en este caso, la coroplastia de la ciudad púnica de *Baria*-Villaricos se proyecta hacia el sureste, donde se han identificado talleres que realizan estas imágenes al menos en El Tossal de les Basses y en Guardamar del Segura (fig. 8.57). La frecuencia con que dichas estatuillas aparecen en necrópolis como la del Cabecico del Tesoro (Verdolay) plantea una posible causa de la supresión de la combustión de sustancias olorosas en estas piezas, ya que entre los púnicos centro-mediterráneos su contexto preferente está en los santuarios, mientras que en el Extremo Occidente, aunque no faltan en espacios votivos, afectan a contextos funerarios de manera importante. ¿No disponen los iberos de inciensos perfumados, o no asimilan el ritual que supone quemarlos? La cronología de estas cabezas se centra en el siglo III a.C. aunque se prolonga a lo largo del siglo II.

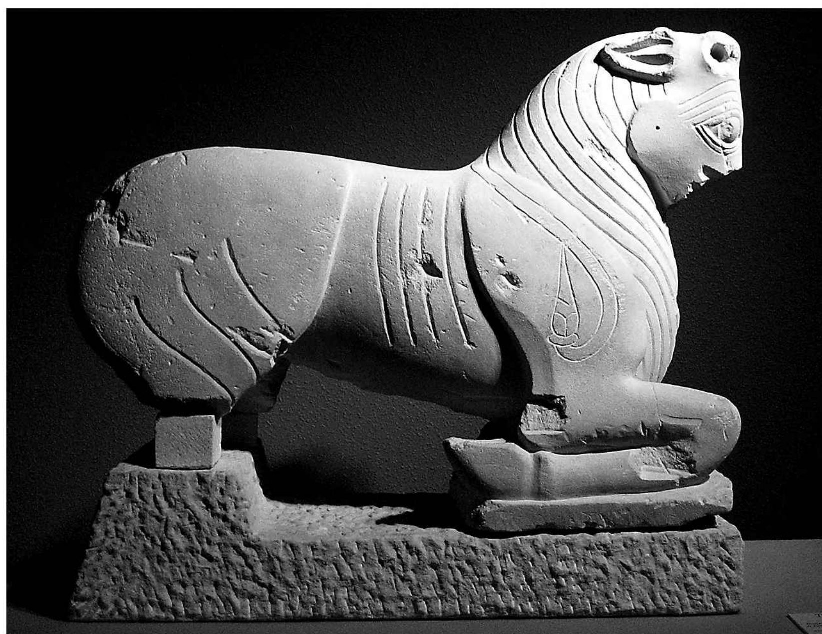


Fig. 8.1. El torito de Porcuna, Museo de Jaén (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).

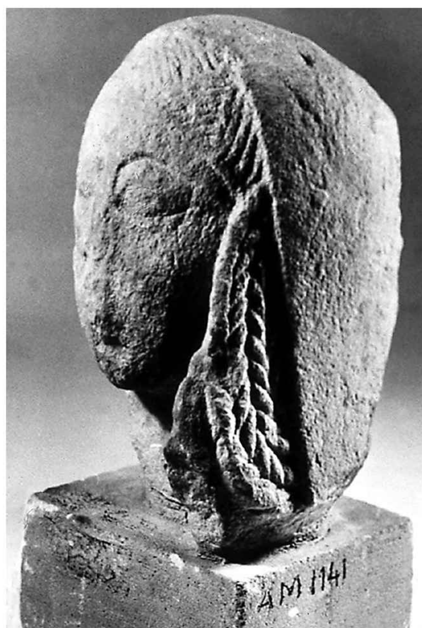


Fig. 8.2. Cabeza femenina del Cerro de los Santos que estuvo en el estudio de Picasso en París, MAN de Saint-Germain-en-Laye, inv. AM 1141 (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 8.3. Esfinge de Agost, MAN (fot. T. Chapa).



Fig. 8.4. Rostro de la dama de Elche
(archivo FUIA, Univ. Alicante).

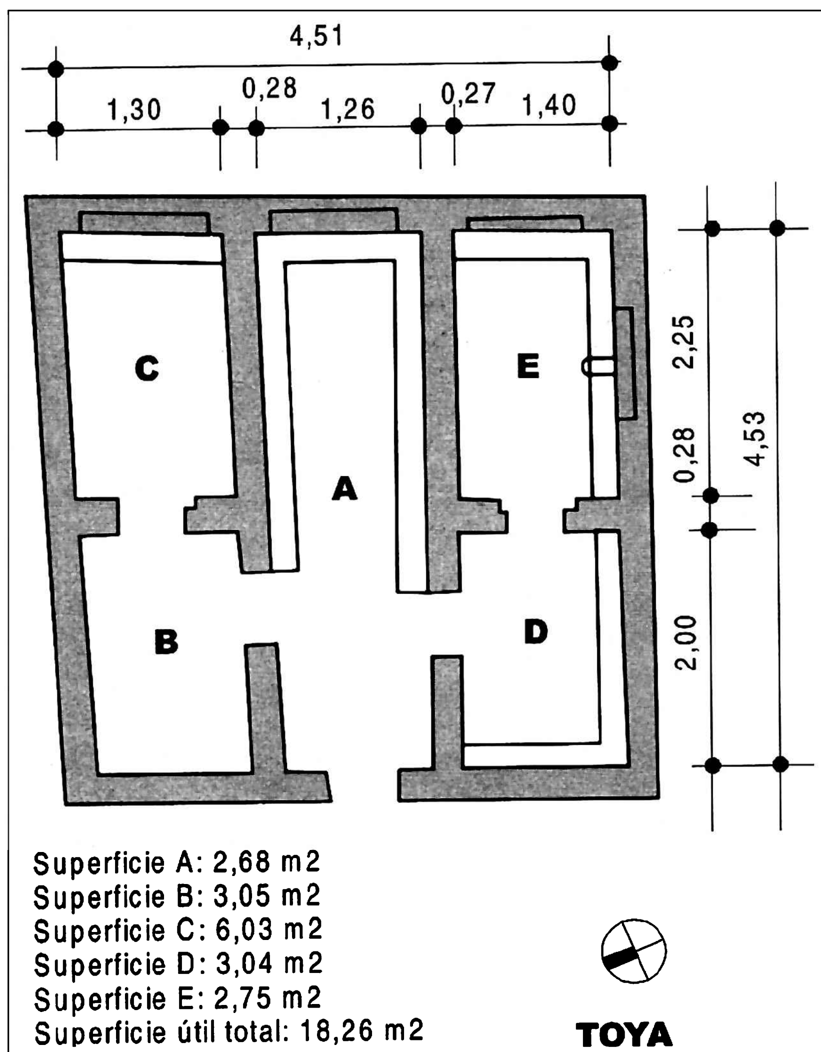


Fig. 8.5. Planta de la cámara sepulcral de Toya (Peal de Becerro), según J. Sánchez.



Fig. 8.6. La Muralla del Montgrós (El Brull), fotomontaje cortesía de A. López Mullor.



Fig. 8.7. Urbanismo escalonado en la ladera sur de *Edeta*-Liria (fot. autora).



Fig. 8.8. Lienzo torreado de la muralla del Puig de Sant Andreu, Ullastret (fot. MAC Girona).

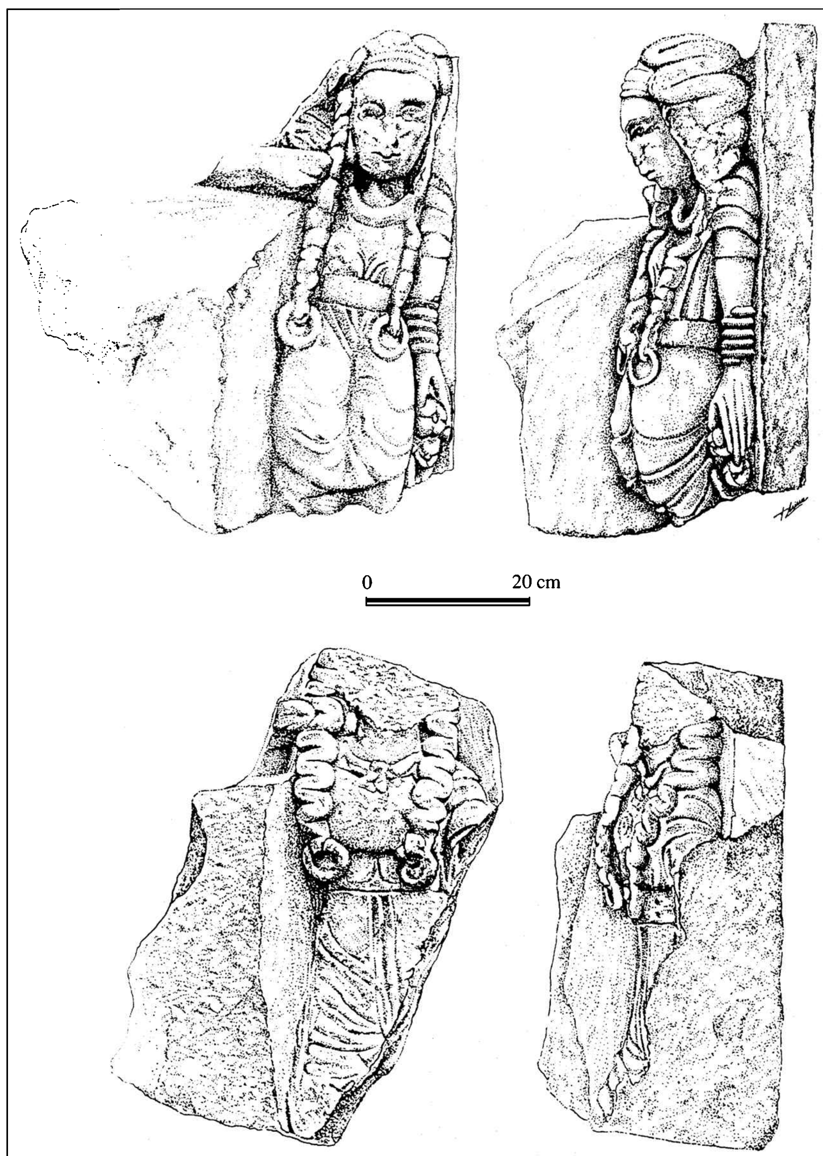


Fig. 8.9. Nacela decorada con mujeres jóvenes del pilar-estela del Corral de Saus (Mogente), Museo de Prehistoria (archivo SIP, Valencia).

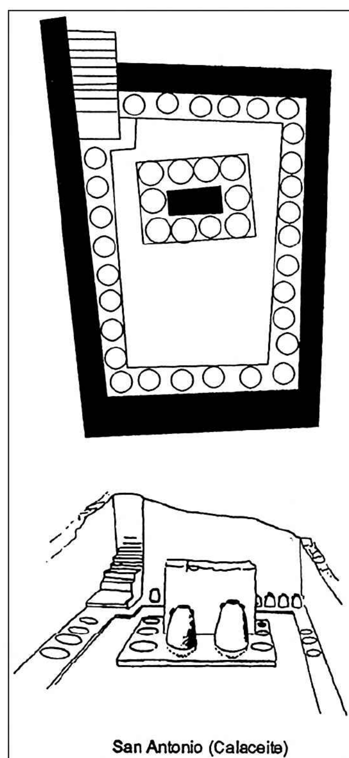
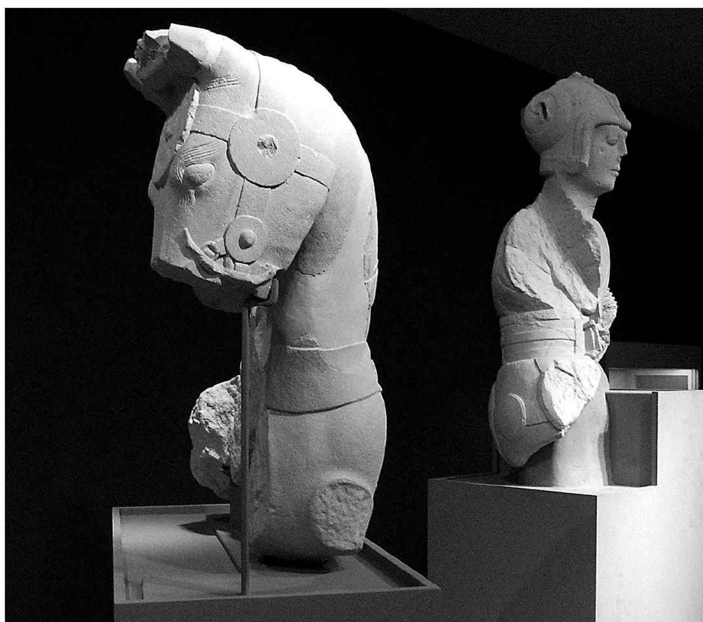


Fig. 8.10. Bodega de una casa de San Antorio de Calaceite, dib. autora a partir de F. Pallarés.



Fig. 8.11. Urbanismo radial de Els Estinclells (Verdú) (fot. D. Asensio *et al.*).



Estatuaria de Cerrillo Blanco, Museo de Jaén (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Toro en pie de Cerrillo Blanco, Museo de Jaén (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).

Fig. 8.12. Piezas escultóricas del Cerrillo Blanco (Porcuna).



Fig. 8.13. La dama de Baza, MAN (fot. Ministerio de Cultura 1983).



Fig. 8.14. Figura masculina del Cerro de los Santos con indumentaria civil y distintivo de tira cruzada debajo del cuello, Museo de Albacete (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).

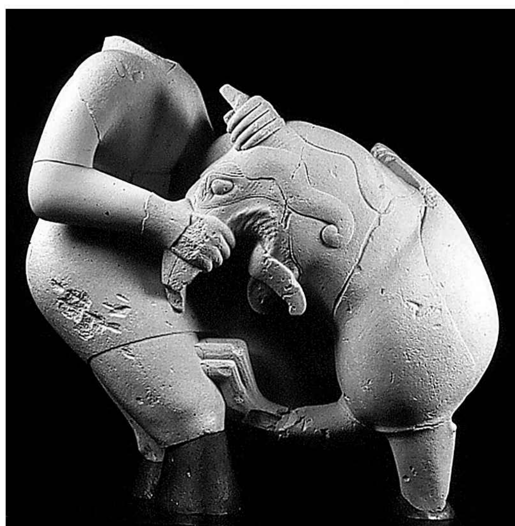


Fig. 8.15. Gripomaquia del Cerrillo Blanco, Museo de Jaén (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 8.16. Jinete de Los Villares (Hoya Gonzalo) (fot. J. Blánquez).



Fig. 8.17. Cabeza masculina con pendiente del Cerro de los Santos (fot. J. M. Noguera).



Fig. 8.18. Fragmentos pertenecientes a una dama sedente con una adormidera en la mano, procedentes de La Alcudia de Elche, Museo de La Alcudia (archivo FUIA, Univ. de Alicante).

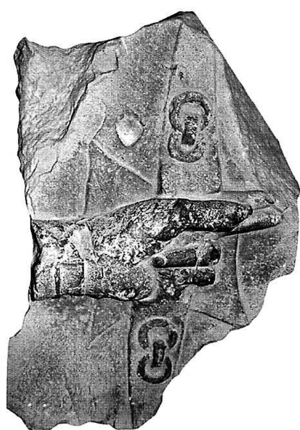


Fig. 8.19. Fragmento esculpido con una mano que coge la manilla de un escudo, *Ilici*-La Alcudia de Elche, Museo de La Alcudia (archivo FUIA, Univ. Alicante).



Fig. 8.20. Caballo de La Losa, Museo de Albacete (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 8.21. Jarrita bitroncocónica gris (fot. autora).

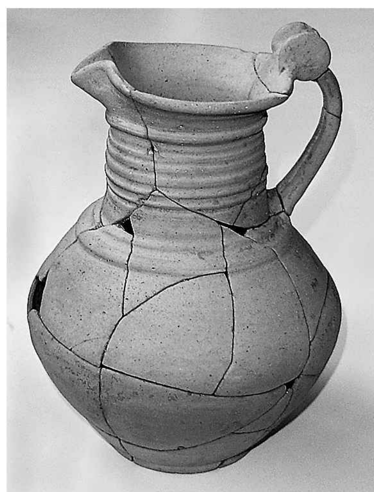


Fig. 8.22. Imitación ibérica de formas clásicas: enócoe de La Mina (fot. Museo de Castellón).

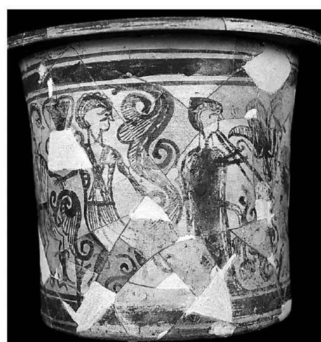


Fig. 8.23. Cálato con desfile nupcial de *Edeta*-Liria, Museo de Prehistoria (archivo SIP, Valencia).



Fig. 8.24. Vaso Cazurro procedente de Ampurias (fot. MAC Barcelona).

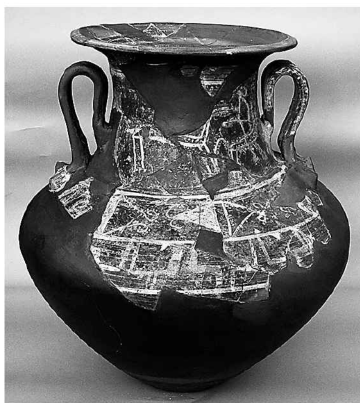


Fig. 8.25. Vasija gris con pintura blanca de Ullastret, Museo de Ullastret (fot. A. Martín).

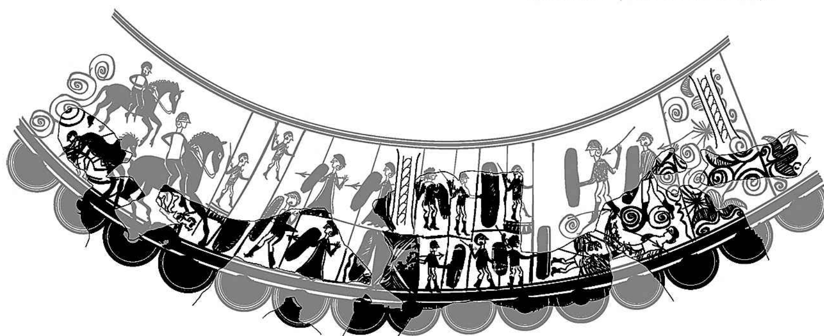


Fig. 8.26. Friso pintado sobre una urna cineraria del Castellar (Oliva), MAC Barcelona (dib. C. Aranegui y P. Mas).

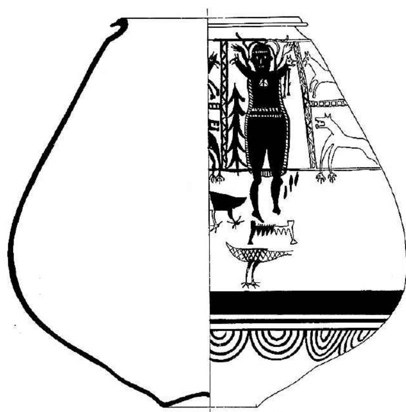


Fig. 8.27. Representación de la llamada «diosa de los lobos» sobre una vasija de La Umbría de Salchite, Moratalla, según P. Lillo.



Fig. 8.28. Lebeta de los Guerreros de *Edeta*-Liria, Museo de Prehistoria (fot. SIP, Valencia).

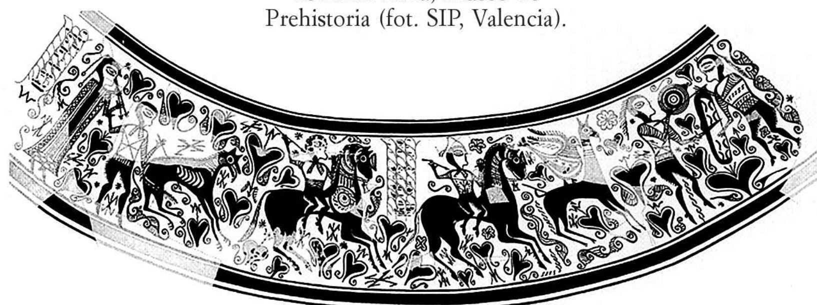


Fig. 8.29. Friso con auletris, jinetes e infantes de La Serreta, Museo C. Visedo de Alcoy (cortesía Museo de Alcoy).

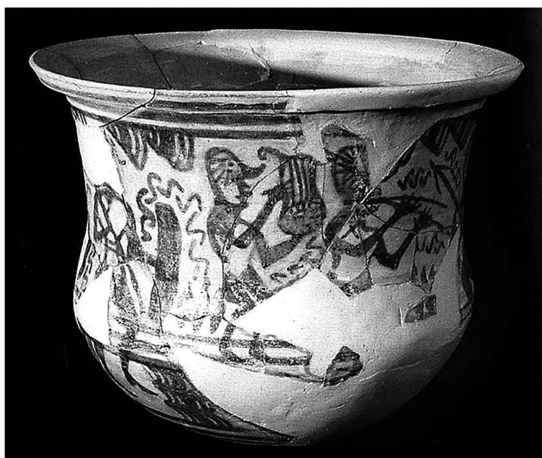


Fig. 8.30. Caliciforme con desfile de músicos de la necrópolis de El Cigarralejo, Museo de El Cigarralejo, Mula (fot. Museo de El Cigarralejo).

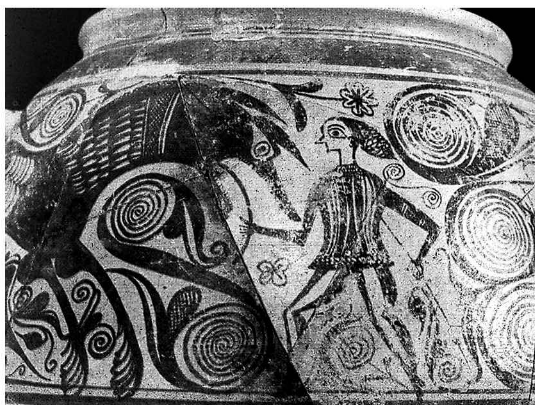


Fig. 8.31. Joven enfrentado a una fiera enorme. Cuadro pintado sobre una tinaja de *Ilici*-La Alcudia. Museo de La Alcudia de Elche, FUIA, Univ. de Alicante.



Fig. 8.32. Mujer bailando en corro rodeada de flora y fauna pintada sobre una vasija de *Ilici*-La Alcudia de Elche, Museo de La Alcudia, FUIA, Univ. de Alicante.

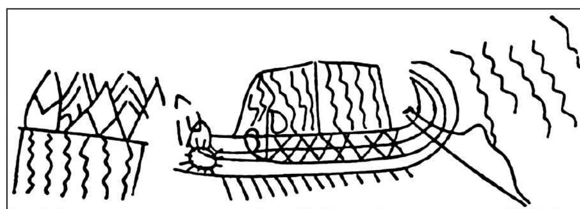


Fig. 8.33. Cuadro con nave provista de vela, remos y timón inciso sobre una jarrita bicónica gris de Mas Boscà, Museo de Badalona, dib. J. Maluquer de Motes.



Fig. 8.34. Cuenco gris con inscripción ibérica y motivos incisos que imitan los de la cerámica ocre pintada (fot. J. Velaza).



Fig. 8.35. Piragua pintada sobre una lebeta de *Edete*-Liria, Museo de Prehistoria (fot. SIP, Valencia).



Fig. 8.36. Representación de la llamada «diosa de los lobos» sobre una vasija de La Umbría de Salchite, Moratalla, según P. Lillo.

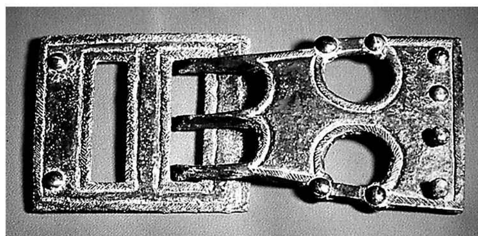


Fig. 8.37. Hebilla de cinturón de garfios del Puig de Sant Andreu, Museo de Ullastret (fot. MAC Girona).



Fig. 8.38. Fragmento esculpido de una representación masculina vestida con túnica y manto sujeto con la típica fíbula anular ibérica, Museo de La Alcudia de Elche, FUIA, Univ. de Alicante.

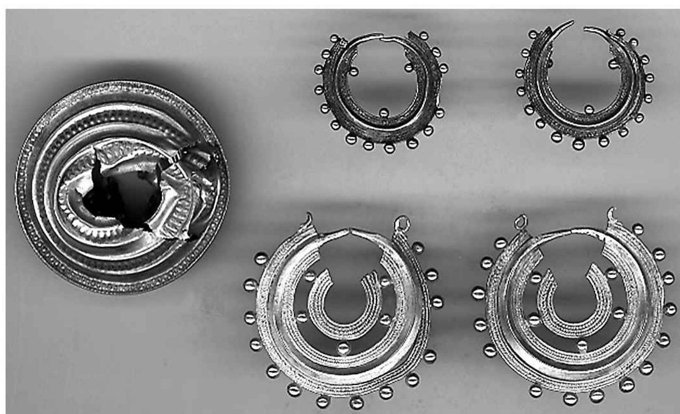


Fig. 8.39. Piezas de oro del Puig de la Nau (Benicarló). Museo de Castellón (fot. A. Oliver).



Fig. 8.40. Tesoro de Cheste, Ayuntamiento de Valencia (fot. P. P. Ripollès y A. Ribera).

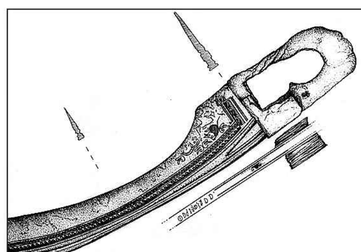


Fig. 8.41. Falcata decorada y con inscripción en el contrafilo, Museo de Prehistoria de Valencia (dib. C. Aranegui y A. Barrachina).

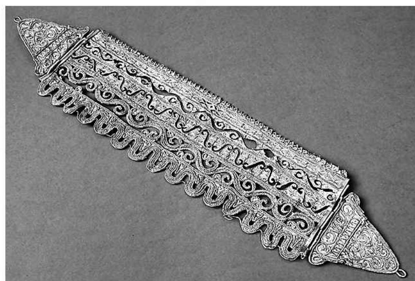


Fig. 8.42. Diadema de Jávea, MAN (fot. A. Perea).



Fig. 8.43. Matriz de orfebre para repujar joyas de la tumba 100 de Cabezo Lucero, MARQ (fot. A. Perea).



Fig. 8.44. Pez sobredorado en una copa de libaciones de Tivissa, MAC Barcelona (fot. Ministerio de Cultura 1983).



Fig. 8.45. Copa de libaciones de Santisteban del Puerto (Jaén) con cabeza humana entre las garras de un león, MAN (fot. Olmos *et al.* 1992).

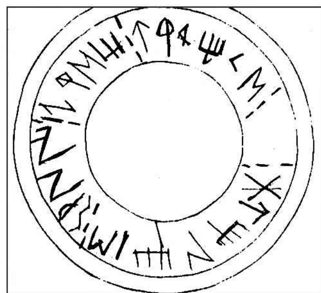


Fig. 8.46. Inscripción ibérica bajo una de las copas de plata de Tivissa, posible nombre del orfebre (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 8.47. Exvoto femenino juvenil con un ave en la mano izquierda procedente de El Collado de los jardines (Santa Elena), MAN (fot. MAN).



Fig. 8.48. Exvoto representando a un jinete del santuario de La Luz (Murcia) (fot. L. Prados).



Fig. 8.49. Exvoto masculino con diadema y brazalete, vestido con túnica transparente, procedente de Sierra Morena (fot. C. Rueda).

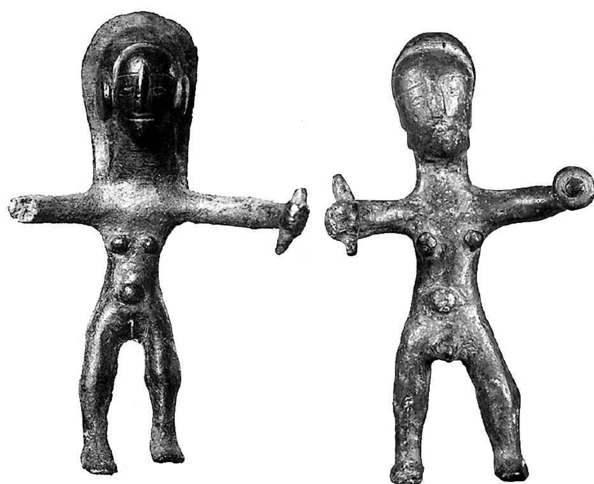


Fig. 8.50. Evotos femenino y masculino desnudos ofreciendo falcata y *caetra* en miniatura, procedentes de la provincia de Jaén (fot. C. Rueda).



Fig. 8.51. Vaso en forma de cerdo, con inscripción, procedente del Puig de Sant Andreu, Museo de Ullastret (fot. MAC Girona).



Fig. 8.52. Vaso en forma de granada de la necrópolis de La Bobadilla, Museo de Jaén (fot. C. Mata).



Fig. 8.53. Fragmento de molde para hacer terracotas con una posible representación del dios púnico Bes, hallada en la tumba de El Corral de Saus (Mogente), Museo de Prehistoria (fot. SIP, Valencia).



Fig. 8.54. Terracota del santuario de La Serreta (fot. Museo C. Visedo de Alchoy).

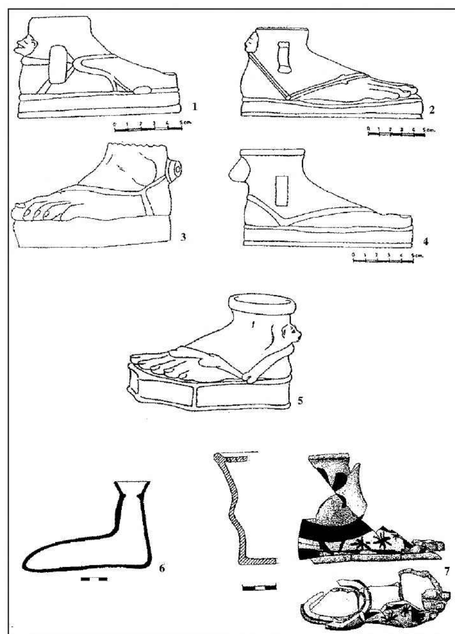


Fig. 8.55. Vasos en forma de pie imitados de un modelo helenístico de barniz negro, según J. Pérez Ballester y C. Gómez Bellard.

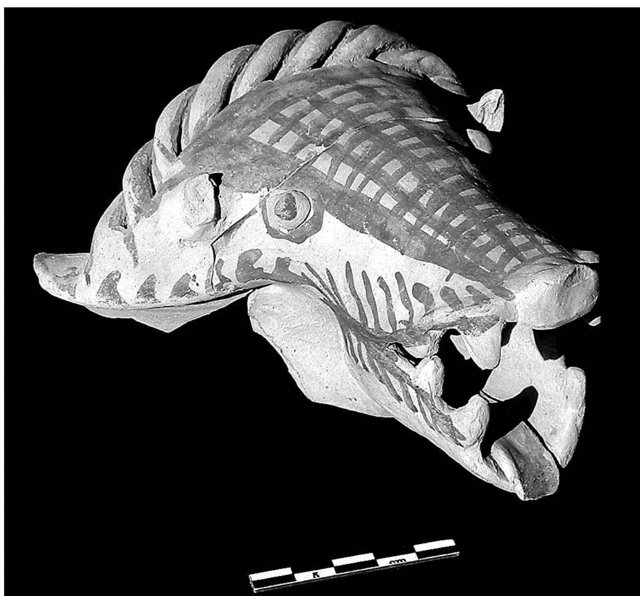


Fig. 8.56. Pico vertedor en forma de cabeza de jabalí de una posible sítula de *Kelin*-Los Villares (Caudete de las Fuentes) (fot. C. Mata).

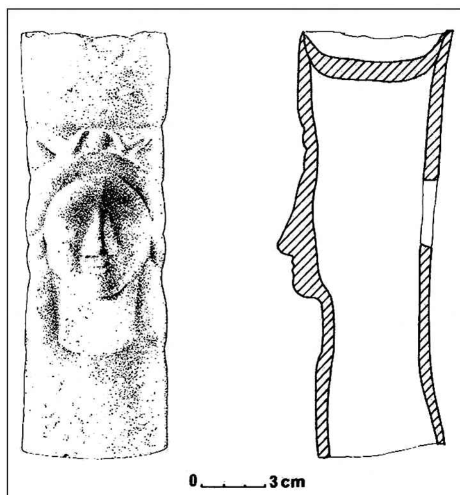


Fig. 8.57. Imitación del *thymiaterion* en forma de cabeza de Demeter-Koré del Castillo de Guardamar, según L. Abad.

Capítulo 9
LA VIDA DE LOS IBEROS EN LA PROVINCIA HISPANIA CITERIOR

> «[Escipión ante la restitución de Sagunto] ... hizo venir a los rehenes y en primer lugar los exhortó a que nadie se desalentase, pues habían pasado a poder del pueblo romano, que prefería obligar a los hombres por la gratitud más que por el miedo y tener a las naciones extranjeras unidas a él con una alianza leal antes que sometidas con una esclavitud digna de lástima...
>
> ... Entretanto salió de entre la multitud una mujer entrada en años, esposa de Mandonio el hermano de Indíbil, reyezuelo de los ilergetes, se echó llorando a los pies del general y comenzó a suplicarle que recomendara muy especialmente a los guardianes atención y respeto con las mujeres. Escipión dijo que no les iba a faltar nada en absoluto, y entonces la mujer replicó: "A eso no le damos demasiada importancia, pues con cualquier cosa tenemos suficiente, dada nuestra situación. Es otra la preocupación que me inquieta al considerar la edad de estas otras, pues yo ya estoy libre de los ultrajes que puede sufrir una mujer". Estaban en torno a ella, en la flor de la edad y de la belleza, las hijas de Indíbil y otras igualmente nobles que la veneraban como madre todas ellas. Entonces Escipión le dijo: "Mis principios y los del pueblo romano me llevarían a impedir que se violase lo que en cualquier parte es inviolable; ahora me impulsan además a ser más escrupuloso vuestra virtud y dignidad, ya que ni siquiera en el infortunio os olvidáis de la honestidad de una matrona"» (Livio, XXVI, 7-10, 11-16).

La sociedad ibérica vista por los romanos

¿Qué sería de la cultura ibérica si los textos clásicos no mencionaran a los iberos? De entrada, que estarían en el censo de culturas anónimas, que se prolongan en nuestro entorno hasta la época del

Bronce Final («Bronce Atlántico», «Campos de Urnas»...) y, a continuación, que se ignoraría toda una serie de indicaciones relacionadas con la manera en que los escritores latinos quisieron ver la sociedad ibérica, versión determinante de la percepción que el gran público tiene de la misma, cuando afirma, por ejemplo, que hombres y mujeres bailaban cogidos de la mano (Str., III, 3-7), o evoca los nombre de los jefes Edecón o Culchas (Polyb., XI, 20, 3-5; Liv., XXXIII, 13, 3-4), o recuerda otras anécdotas de sabor popular derivadas de las fuentes, con las que ciertas comarcas de hoy se identifican. Por otra parte, puesto que las culturas sin nombre propio se relacionan en menor medida que las nominadas con los constructos de pertenencia —salvo cuando un topónimo se convierte excepcionalmente en identitario (Stonehenge, cerca de Salisbury; Aralar, en Navarra; Atapuerca, en Burgos...)—, sin el etnónimo «iberos» no se habría generado la historiografía que con este existe.

El peso de los textos escritos en la tradición histórica es, necesariamente, tan grande que, llegado el momento del contacto con Roma, cuando el número de referencias a los iberos se multiplica, se impone compatibilizar lo arqueológico, la plausible interpretación, tanto ecológica como simbólica, de una parte de ello, con lo que relataron, con un sesgo intencionado, los escritores de la antigüedad, para equilibrar un estado de la cuestión que encaje en la actualidad, que responda a cuestiones vigentes para un lector contemporáneo, manteniendo el rigor histórico. En un contexto como el actual en que ya no se excava para confirmar o negar las fuentes clásicas, y pese a que estas relatan sobre todo la conquista, las batallas y la historia política de la temprana presencia romana en Occidente, no se puede negar que hay aspectos, como las virtudes de las mujeres ensalzadas en la cita de Livio, imposibles de contemplar sin los textos, y tales aspectos dotan de humanidad a las gentes, incluso cuando traducen la admiración de un alto general, como Escipión, hacia las mujeres. La arqueología, que no hace tanto traducía la crónica histórica en niveles de fundación, de abandono o destrucción visibles mediante la excavación en un lugar dado, aporta hoy una orientación que se distancia de dicha crónica, puesto que parte de hipótesis distintas y persigue objetivos diferentes. A través del estudio de testimonios materiales de la vida vivida —trasunto de las prácticas individuales y colectivas—, de la evidencia de múltiples testimonios de contacto externo, de la historización del paisaje y de las repre-

sentaciones iconográficas, se puede dejar atrás la confrontación entre fuentes y métodos específicos de una y otra disciplinas. En ambas, lo decisivo es la adecuación de aquello que se desea despejar al discurso que lo avala y, así, destacar, en la cita *escogida* para encabezar este capítulo, el reconocimiento de la *dignidad de una matrona* ibérica puede tener interés desde un determinado enfoque, como el de este libro, y ser irrelevante desde otro encuadre que, con seguridad, podría haber elegido otra cita como introducción a la vida de los iberos en la Citerior.

En cualquier caso, la historia resultante de unas fuentes escritas o materiales se desenvolverá en los límites de los objetivos y metodología de quien interprete los datos, a los que, con certeza, el marco cronológico impondrá un telón de fondo: en la época tardía de los iberos, la segunda guerra púnica (218-202 a.C.) marca el tiempo del encuentro con Roma. Antes de esta fecha hubo intercambios comerciales recíprocos, apenas diferenciados de los que operaban coetáneamente con griegos, púnicos, etruscos o celtas, pero, a partir de esa fecha, se produjo la conquista del país y su consecuente transformación.

El 218 a.C., el Senado Romano, a instancias de los Escipiones, envió un ejército expedicionario a Iberia para impedir que las tropas cartaginesas bajo el mando de Aníbal siguieran avanzando hacia Italia a lo largo de la ruta mediterránea peninsular (Apian., *Iber.,* XIV). A resultas de ello se desencadenó la guerra que decidió el dominio de Roma sobre la cuenca occidental del Mediterráneo, celebrado desde entonces con elogiosos recuerdos hacia los Escipiones y, a otro nivel, hacia Sagunto (fig. 9.1), cuyo asedio por Aníbal se erigió en debatido *casus belli* y escenario de la perfidia púnica y, tras el triunfo romano, en paradigma de la fidelidad saguntina.

Las tácticas desplegadas en la batalla de *Baecula* (Turruñuelos, Santo Tomé) (Polyb., X, 38, 7) o la preparación del asedio de *Qart Hadasht* (Cartagena) (Liv., XXVI, 42, 1-5) pusieron en juego los máximos avances técnicos y armamentísticos de los Estados rivales de Roma y Cartago. Fue esta la primera ocasión en que verdaderos ejércitos, formados por cuerpos militares y tropas mercenarias, que incluían a iberos y celtíberos, avituallados con el concurso de flotas que los asistían por mar, asentados en campamentos durante el invierno, hicieron acto de presencia en territorio ibérico y la primera vez que semejantes fuerzas procedieron, por una parte, al asalto y destrucción de los *oppida* que habían prestado ayuda a los Barka y, por otra, acometieron

la construcción de imponentes recintos amurallados, como los de *Tarraco* y *Emporion,* mientras, desde el año 198 a.C., las provincias Citerior y Ulterior, las primeras extra-itálicas, articulaban el este de la Península, que pasó a llamarse Hispania de acuerdo con el nombre —*Spal*— que le habían dado los fenicios. La Meseta y toda la vertiente atlántica y cantábrica, tardarían mucho tiempo en ser incorporadas a la administración romana, en parte porque el primer interés de Roma se centró en la fachada del Mar Latino y en la Alta Andalucía.

Sin duda, la conquista sucedió en un clima de tensión política muy distinto al propio de los contactos comerciales previamente establecidos, a propósito de los cuales se había producido una paulatina jerarquización de la sociedad ibérica. Ahora las revueltas ibéricas eran sofocadas por las armas. Cneo Escipión reprimió en el 206 a.C. a los ilergetes y ausetanos del Ebro (Liv., XXI, 61, 6-11) y Catón, desde el campamento instalado en Ampurias (L'Escala) (fig. 9.2), actuó en el 195 a.C. al mando de un ejército consular (Liv., XXXIV, 8, 4-7) contra los pueblos que se rebelaron tanto a causa del decreto que les obligaba a suprimir sus murallas como contra el pago de impuestos a Roma. Pero, al mismo tiempo, algunos antiguos *oppida* se vieron reforzados y se convirtieron en lugares centrales de unos territorios más extensos y mejor administrados que los de época prerromana, en los que las elites ibéricas romanizadas siguieron teniendo poder.

¿En qué términos tuvo lugar tan decisiva transformación?, ¿cuál fue el papel de los iberos en la nueva situación? La casuística de este cambio se inscribe en el proceso de romanización.

Distintos enfoques de un viejo problema

El reconocimiento de la civilización romana ha sido consustancial para la cultura de la vieja Europa, lo que no impide que dicho reconocimiento se haya entendido de varias maneras. La idea procedente del pensamiento ilustrado asumía no solo el beneficio de la adscripción a la civilización clásica por parte de cualquier pueblo ajeno a la misma, sino también la atribución de dicha incorporación a la potencia dominante cuya acción violenta era minimizada. Romanizarse suponía, así, abandonar la barbarie y acceder a la civilización gracias a la acción de la gran metrópolis, capaz de convertir a aquellos iberos, «gent forta, resistent a la fatiga; lleugers, àgils, destres, aficionats a les

danses [...] d'estatura mitjana o petita, magres i nervats, de pell fosca i cabell negre [...] frugals i sobris», que describiera Antoni Rovira i Virgili (1882-1949) (Valls y Soldevila, 1922) o imaginara Adolf Schulten en su periplo peninsular (Wulff, 2004), en ciudadanos romanos, es decir, en individuos sujetos a derecho mediante una política flexible y adaptada a distintas situaciones como fue la romana.

La Europa del siglo xix, escarmentada por las guerras napoleónicas, no compartió con la Ilustración el supuesto de las ventajas de integrarse en un sistema, digamos, universal y moderno desde el momento en que sacó a colación el principio esencialista de pureza étnica, arraigando la identidad en lo genético y diferencial, como prerrogativa de aquellos pueblos que o bien habían quedado al margen de la romanización, como los germanos, o, con otro matiz, la habían asimilado construyendo un sello propio, caso de los galo-romanos (calificativo que ha pasado a acompañar cualquier resto romano —anfiteatro, templo, escultura, epígrafe latino...— localizado en Francia). Pero esta situación no se produjo en España, donde lo romano pasó a ser, generalmente, considerado exógeno y enemigo de las plurales identidades autóctonas (Pereira, 1988, 245-259; Cruz Andreotti y Mora, 2004), no concebidas en tanto que integradoras de lo exterior, sino expuestas a ser anuladas si sucumbían al *invasor*.

La investigación del último tercio del siglo xx, especialmente desde el ámbito anglosajón (Webster y Cooper, 1996; Mattingly, 1997), cuestionó estas maneras de analizar el proceso hacia la civilización y buscó otros paradigmas. Romanizarse dejó de ser un fenómeno unidireccional y homogeneizador (Woolf, 1994, 116-143;) y *hacerse romano* (Keay, 2001, 117-144) pasó a convertirse en un consenso en el que tenían cabida una pluralidad de casos y circunstancias entre los que actitudes de asimilación, pero también de resistencia, eran posibles. Sobre esta base se desarrolla la tesis poscolonialista, resultado, en su aplicación a la historia antigua, de la proyección hacia el pasado de un posicionamiento presentista que, tras recientes experiencias descolonizadoras traumáticas, trabaja contra el victimismo y a favor de la reinvención del sujeto histórico. No se trata ya de buscar —en vano— lo que pudiera haber sobrevivido, en este caso, de la cultura ibérica, sino de adaptar modelos menos categóricos al hecho de la transformación cultural. Desde esta tesis cobran otro grado de protagonismo las etnias prerromanas, a las que se concede un papel decisivo en el éxito de la romanización (Van Dommelen, 2005, 143-167),

contemplándose dinámicas bidireccionales con resultado de hibridación social (BOURDIEU, 2000) que hacen, en definitiva, indispensable la participación del, en terminología marxista, grupo subsidiario para que se produzca el verdadero tránsito a la civilización.

La práctica arqueológica reconoce fenómenos de ruptura y de continuidad en el hábitat ibérico en trance de romanización. La ruptura afecta en buena medida al sistema del *oppidum,* abandonado o radicalmente transformado al establecerse el dominio de Roma, mientras que la continuidad se observa en los sistemas de producción, en la tipología de las construcciones domésticas y en muchos de los útiles que facilitan la vida cotidiana, que siguieron siendo operativos durante la primera etapa de la conquista romana.

Sin embargo, sería un error simplificar el proceso de romanización limitándolo al binomio ruptura-continuidad, pues la imposición de una estructura de rango estatal desencadenó una complejidad de estrategias, desde el ámbito de las vías de comunicación al simbólico, que son interesantes sobre todo en la primera fase de su implantación, cuando las aproximaciones a la nueva situación fueron originales y generaron reacciones del mayor interés.

Reorganizando el territorio. La importancia de las vías de comunicación y de los santuarios viarios

La diferencia entre la ciudad y el campo se había ido imponiendo en todas las áreas geográficas desde finales del siglo V a.C., dando lugar, en nuestro caso, al mapa de los *oppida* ibéricos, involucrados en una red de rutas litorales e interiores que facilitaban el tránsito entre las regiones mediterráneas, su retropaís inmediato, el área de la Meseta y la Alta Andalucía, incluso utilizando los cursos fluviales más fáciles de recorrer en piraguas monóxilas de pequeño tamaño, apropiadas también para el pequeño cabotaje. Los romanos encontraron, por lo tanto, territorios articulados y con un hábitat eficiente, basado en un principio de diferenciación entre lo urbano y lo rural más simple que el de la *civitas,* pero que facilitaba sus objetivos.

Sin embargo, los iberos apenas se proyectaron por vía marítima, de modo que las obras portuarias tuvieron que ser acometidas por Roma, para quien la comunicación naval era primordial e imprescindible. *Emporion, Tarraco, Dertosa, Saguntum, Ebusus, Carthago Nova,*

Baria, Malaca, Carteia, Gades..., que ya habían tenido una función portuaria, vieron reforzadas la capacidad y seguridad de sus puertos como resultado de la primera romanización, cuando naves onerarias (cargueros) de más de cincuenta metros de eslora las frecuentaban, mientras que otras escalas intermedias eran atendidas por embarcaciones menores, tal vez construidas en la Citerior, que distribuían las mercancías de las naves fondeadas a una cierta distancia de la costa, como revela con frecuencia la arqueología subacuática[1].

Para controlar todos esos movimientos ya existían en la costa ibérica torres de vigilancia orientadas al mar, atribuidas por los textos a los cartagineses (Liv., XXIX, 23,1; Plin. *Nat.,* II, 181), sistema que no solo se mantuvo, sino que creció en número en esta etapa, como se ha documentado cerca de Denia y Calpe (Bolufer y Sala, 2009).

El mejor exponente de la situación del transporte por tierra en el momento de la romanización es la convencionalmente llamada Vía Heraclea. Formando parte de las infraestructuras prerromanas, Timeo (Ps. Aristóteles, *Mirabiles Auscultationes,* 85), siguiendo una fuente del siglo IV o III a.C., menciona una ruta que permitía ir desde Italia hasta las Columnas de Hércules, atravesando los Pirineos (¿por el Coll de Panissars, como la posterior Vía Augusta?) y descendiendo por la vertiente mediterránea. No es posible que ofreciera las prestaciones propias de una vía romana (postas, miliarios...) y ni tan siquiera que estuviera pavimentada, salvo en determinados tramos, porque ni se han encontrado vestigios que prueben una calzada regular, ni es factible, en fecha tan temprana, que su mantenimiento fuera atendido uniformemente, como requiere un servicio de tan largo recorrido, pero no cabe duda de que existía un camino que vertebraba la fachada oriental de la Península desde el sur de Francia hasta Andalucía porque Polibio da las distancias de su trayecto al describir campañas militares realizadas en el último tercio del siglo II a.C. De ello se deduce que esta ruta era apta para las caballerías y, en algún punto, para el tráfico rodado (fig. 9.3), y que atravesaba los ríos, todavía sin puentes de piedra, por los pasos aptos para ser vadeados con barcazas. Probablemente el tramo mejor estudiado de esta vía sea el

---

[1] El trasiego de mercancías ocasiona, en estos casos, la pérdida de algunos envases o el vertido de cerámicas al mar, formándose depósitos que se reconocen arqueológicamente por ser más heterogéneos que los propios de un solo cargamento hundido.

popularmente llamado «Camino de Aníbal» (SILLIÈRES, 1990) entre *Saitabi* (Játiva) y *Castulo* (Cazlona), que se adentra por El Castellaret de Baix (Fuente la Higuera), pasa cerca del Castellar de Meca (Ayora) y prosigue hacia Chinchilla, El Cerro de los Santos (Montealegre) y *Libisosa* (Lezuza), diseñando un recorrido que optimiza las infraestructuras ibéricas, como es propio de la primera romanización.

Templos en nudos de comunicación

Un hecho sobresaliente de esa estrategia tuvo lugar al inicio del proceso de romanización. Tiene que ver con las inversiones en determinados santuarios situados en los caminos, en detrimento de otros, con anterioridad famosos[2], que fue el prólogo del desarrollo de ciertas poblaciones, como Villajoyosa en la costa o *Libisosa* (Lezuza) en el interior, a la vez que denota la doble atención hacia lo funcional y hacia lo simbólico que se desplegó en aquel momento. Mediante esta política, la acción de Roma llegó a los ejes viarios y a la sociedad autóctona, ya que los santuarios mantuvieron su tradicional papel de cohesionar a las poblaciones iberas. Ante éstas apareció una tipología constructiva —el templo— antes inexistente y ostensiblemente itálica. El ejemplo del Cerro de los Santos es paradigmático (fig. 9.4). Se trata de un templo *in antis* (15,6 x 6,9 metros) situado en el punto culminante del área sacra (CASTELO, 1993, 79-87) que no es canónico en su disposición, puesto que no tiene podio, pero en el que una escalinata de acceso frontal salva el desnivel de la pendiente y conduce a una *cella* provista de bancos corridos en sus lados largos, con la fachada sustentada por columnas lisas con capiteles jónico-itálicos. Se construyó probablemente en el segundo tercio del siglo II a.C., bajo la dirección de un maestro de obra que utilizó paramentos calizos isódomos unidos con grapas metálicas en forma de T (SANZ, 1997, 289), técnica que se repite en toda la arquitectura monumental hispánica de época republicana. Una transformación tan importante debió de afectar también a los encargados del mantenimiento del lugar y a la ritualidad celebrada en el mismo.

[2] La red de santuarios abierta al contacto púnico fue destruida cuando se inició la romanización. Así lo prueban los ejemplos de La Serreta, Coimbra del Barranco Ancho, La Escuera, La Encarnación, etcétera, en parte posteriormente reconstruidos.

En la vía de comunicación entre Cartagena y Granada, el santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz), que había sido destruido en el momento de la segunda guerra púnica, vio elevarse a comienzos del siglo II a.C. un complejo religioso compuesto por un templo *in antis* y otro más pequeño con pavimentos romanos y revestimientos de terracotas arquitectónicas centro-itálicas (fig. 9.5) (véase capítulo 5). También el templo que domina el santuario de La Luz (Murcia) (LILLO, 1993-1994, 155-174), del que se han recuperado múltiples exvotos de bronce de tipología iberorromana, puede ser considerado dentro del mismo programa de intervención en los ejes viarios del sureste minero-metalúrgico, ya que fue distinguido con el proyecto más monumental de los citados anteriormente, teniendo en cuenta la habilitación de su entorno con rampas que salvan una pendiente distribuida en terrazas. A propósito de estos templos hay que recordar que la primera explotación romana de las minas surorientales, apreciable a través del tráfico de lingotes marcados con nombres itálicos, se documenta hacia la mitad del siglo II a.C. (ALONSO y PINEDO, 1999) y genera un flujo hacia Roma que salía de *Carthago Nova* y pasaba por la costa dianense antes de orientarse hacia las Pitiusas y seguir por la ruta de las islas hacia el estrecho de Bonifacio. Sin embargo, los depósitos votivos bastetanos que jalonan el camino hacia Sierra Morena carecen no solo de edificios religiosos, sino también de exvotos figurativos (ADROHER, 2008).

Otro itinerario estratégico para el transporte, en el norte de la provincia de Girona, se vio realzado por un santuario construido hacia el 100 a.C. al que pertenece un templo tetrástilo y pseudo-períptero de orden toscano, implantado sobre la parte central del *oppidum* indikete de *Kerunta* (Sant Julià de Ramis) (fig. 9.6), dominando panorámicamente el paso que descendía de los Pirineos, una vez que las minorías romanizadas del *oppidum* habían partido hacia la ciudad de nueva planta de *Gerunda* (Girona) (NOLLA *et al.,* 2010).

En conjunto, la apropiación de determinadas vías ibéricas que Roma llevó a cabo mediante la construcción de templos estuvo limitada a edificios modestos si se comparan con los itálicos, generalmente de planta *in antis* y orden jónico o toscano, construidos en caliza casi siempre local y pavimentados con la técnica del *opus signinum,* de los que apenas se conoce el programa iconográfico salvo en lo referente a los exvotos. Pese a su simplicidad, estos pequeños templos suponen dotaciones que faltan en el resto de la Península en

esta época, lo cual hace de esta intervención un refuerzo de los ejes de largo recorrido iniciados por los santuarios federales ibéricos, como El Cerro de los Santos, alternativos a aquellos que cerraban el área territorial de un *oppidum,* como los relacionados con *Castulo* (Cazlona), *Iltiraka* (Úbeda la Vieja), en el interior, o el de La Escuera (San Fulgencio) con respecto a *Ilici* (La Alcudia de Elche), en la costa. En adelante, el control viario recaerá en una institución pública de orden estatal, muy superior al *oppidum*.

Pero la primera construcción de templos en el área ibérica es, sobre todo, un exponente de cómo las elites ibéricas y romanas encontraron un ámbito común de representación, dotado de una suntuosidad que es la que conviene a la riqueza y poder de los primeros iberorromanos (Mateos *et al.,* 2009).

Del *oppidum* a la *civitas*

Si el exponente de definición del *oppidum* se basaba en la jerarquía de su extensión y dotaciones defensivas, a partir de la romanización será lo político-administrativo lo que distinga el estatuto de las aglomeraciones humanas. De hecho, mejorada la red de comunicaciones, la siguiente repercusión de la romanización sobre los *oppida* muestra una diversidad de casos, susceptible de resumirse en términos alternativos de continuidad, abandono pacífico y destrucción, reveladora de una profunda reorganización del poblamiento, tendente a integrarlo en un orden jurídico sin precedentes. Los núcleos de importantes ciudades romanas de la Tarraconense y de la Bética se hallan sobre, o en contacto con, los de precedentes poblaciones ibéricas, como ocurre desde *Kesse-Tarraco* hasta *Ilturir/Iliberri-Florentia Iliberritana* (Granada), y entonces se puede hablar de continuidad, aunque nunca es una continuidad arqueológica estricta porque la superficie del antiguo *oppidum* varía, las murallas se reconstruyen, las cisternas se multiplican y el tejido urbano se ordena de una manera diferente a la ibérica.

Un ejemplo de continuidad se aprecia, a pequeña escala, en la parte elevada de *Arse-Saguntum,* no afectada por un urbanismo compacto moderno que haya imposibilitado la lectura de la fase romano-republicana. Una muralla con torres cuadradas ciñe la ciudad reconstruida a la vez que se adjunta, al este de la misma, un espacio presidido por un pequeño templo tripartito sobre podio alto, con

una cisterna delantera, abierto a un amplio espacio, al que se accede por rampas, donde se elevó un monumento, en memoria, tal vez, de aquel antiguo santuario de Ártemis-Diana profanado por Aníbal (Plin., *Nat.,* XVI, 216). Es muy probable que la serie de relieves de caliza travertínica, hallados mayoritariamente bajo el foro municipal de *Saguntum* (Chiner, 1990, 72-75), esté en relación con este complejo republicano del que se conservaría, por lo tanto, un fragmento de un frontón de mediano tamaño decorado con un prótomo de grifo (fig. 9.7), una acrótera en forma de palmeta, un friso esculpido con personajes y un caballo y alguna escultura en bulto redondo, estando aquí las piezas ensambladas con grapas metálicas en forma de cola de milano y ocupando las figuras más de una hilada de sillares, lo que podría indicar el procedimiento del traslado por puntos de la composición a la piedra desde un esquema o cartón. Así se constata el recurso a la figuración monumental en medio urbano, desconocido en época ibérica, que da a la ciudad preeminencia semántica sobre la necrópolis. En otro sector de la ciudad se construyó un pequeño *sacellum* que ha proporcionado estatuillas de bronce de Hércules y Baco con su cortejo[3], coincidiendo, asimismo, con la mejora de las infraestructuras portuarias, que favorecieron el tráfico de su puerto (Aranegui, 2004b). Tan significativas novedades se han interpretado como consecuencia de la instalación de una primera población de publicanos latinos en la ciudad pro-romana a comienzos del siglo II a.C. (Aranegui, 2003, 133-140), eventual soporte de los destacamentos militares enviados contra los *oppida* rebeldes. Pero Sagunto, siendo singular, no es un caso único. Córdoba-*Corduba,* El Tolmo de Minateda (Hellín)-*Ilunum,* El Tossal de Manises (La Albufereta)-*Lucentum,* etcétera, son yacimientos ibéricos con estratigrafías que denotan el impacto de la primera romanización sobre las fases precedentes de los que se desconoce, sin embargo, si la transición urbanística se vio acompañada por la introducción de un programa religioso, como ocurrió en *Saguntum*.

[3] En el Ibérico Tardío la estatuilla de bronce es típica de selectas poblaciones autóctonas romanizadas que no la habían utilizado con anterioridad, como tan bien se aprecia en santuarios de las Baleares. Sin embargo, algunos santuarios de Sierra Morena, antes con característicos exvotos de bronce, adoptan al final la terracota para sus ofrendas, todo ello en relación con la variación del rango de las clientelas propio de este momento.

El abandono pacífico de un *oppidum* se conoce peor arqueológicamente. Cuando se comprueba, indica un cambio de modelo en el hábitat para adecuarlo a una situación nueva pactada con los iberos. Así ocurrió en El Puig de Sant Andreu (Ullastret), cuyas espléndidas murallas permanecieron en pie rodeando un área culminada por los nuevos templos A y C (fig. 9.8), de planta *in antis* (véase capítulo 5), mientras las jefaturas indiketes que habían vivido allí accedían a trasladarse a un nuevo lugar, tal vez a *Emporion* (L'Escala), donde en esta etapa crece la población, se reconstruyen las murallas y se incrementa el uso de la escritura ibérica.

La crisis del modelo ibérico tuvo que ser necesariamente pareja a la de los establecimientos rurales que formaban parte de su patrón demográfico, aunque la tipología de estos pequeños asentamientos, adecuada para sus fines, se mantuvo en los casos de abandono pacífico de los *oppida* e incluso se multiplicó, ya fuera para dar lugar a espacios agropecuarios o bien de vigilancia y defensa del entorno, a veces acompañados por un lugar sacro en sus proximidades, con frecuencia en altura, orientado hacia la población campesina y sin arquitectura monumental. Se aprecia, en consecuencia, un distinto proceder según se trate de establecimientos principales o secundarios, estos probablemente vinculados a las antiguas elites ubicadas en nuevos centros urbanos, antes de que se prodigara la villa romana y estas granjas desaparecieran.

En el área ibérica central, sin embargo, la violencia parece haber puesto fin hacia el 175 a.C. no solo a distintos poblados, entre otros, a *Edeta*-Liria y a La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penàguila), sino también a los pequeños núcleos de su entorno. En estos *oppida* y en sus caseríos se repite el bloqueo de las puertas de acceso y el abandono precipitado del hábitat como efecto de un severo reajuste que llevó una veintena de años en concluirse y que la investigación ha preferido imputar a rivalidades internas, aunque la intervención romana en el desarrollo de las mismas no puede ponerse en duda. En el estado actual de conocimientos, la comarca de Liria presenta un estancamiento documental en lo referente a los ciento cincuenta años anteriores al cambio de era que coincide con el auge del Camp de Morvedre (Sagunto), del área de la colonia romana de *Valentia* (138 a.C.) y del recinto amurallado de La Carència (Turís) (fig. 9.9). Establecimientos que pueden considerarse como *oppida* romanizados y fundaciones *ex novo* pasaron a constituir la nueva red poblacional gobernada por

la República Romana y algunos adquirieron capacidad y autorización para emitir moneda (véase capítulo 7).

Para una fase más avanzada, estudios recientes han dado a conocer santuarios construidos junto al acceso principal a los núcleos de población. En El Cerro de las Vírgenes (Torreparedones, Baena) se ha documentado un edificio extramuros de tipología púnica (fig. 9.10), con patios consecutivos y columnas exentas de significado sacro, con abundantes exvotos sencillos de piedra de iconografía ibérica (Cunliffe y Fernández Castro, 1999, 321-398), cuya planta se puede comparar a la de Atalayuelas (Fuerte del Rey-Torredelcampo) (Rueda, 2011), pero la datación de ambos, posterior al 80 a.C., es demasiado tardía para incluirlos en la serie ibérica objeto de este capítulo. No dejan, sin embargo, de indicar la intención de recuperar por la vía de la ritualidad la clientela rural de los lugares a los que están asociados, a juzgar por las ofrendas, que son sencillas, como las estatuillas calizas antropomorfas o los pequeños vasos, de tradición ibérica, hechos de manera rudimentaria. En estos casos se ve la acción de la *civitas* sobre un territorio que pretende mantener algunas de las antiguas tradiciones del *oppidum*.

Pero ¿a qué obedece la elección de una tipología religiosa púnica? Probablemente a la percepción de lo púnico como ancestral por parte de los iberos meridionales, así como a la aceptación de dicha propuesta por parte de la sociedad local. Transcurrido un plazo de tiempo desde la derrota cartaginesa en Iberia, la huella púnica permaneció en la costa andaluza, en sus terracotas y pebeteros, como se aprecia en La Algaida (Cádiz) y en Salobreña (Granada), así que tal tradición pudo ser considerada por parte de Roma un instrumento eficaz para restituir la tradición *autóctona* del sur peninsular, al mismo tiempo que la invocación a la *dea caelestis,* como se lee en una cabeza de Torreparedones, romanizaba la memoria de la Tanit púnica (Ferrer, 2002, 185-217).

Renegociando identidades

Existen acontecimientos que marcan un antes y un después en el devenir histórico de los grupos humanos y son propicios a la reinvención de tradiciones identitarias (Hobsbawm y Ranger, 2002). Así ocurrió entre los iberos tras la guerra, cuando Roma necesitó la colaboración de las minorías locales para garantizar la pacificación indispensable para concluir la conquista de la Celtiberia y para ad-

ministrar la Citerior, cuyas gentes, mayoritariamente iberas, pronto pudieron reconocerse como parte de un Estado pluriétnico.

A la altura del siglo II a.C., los pueblos iberos habían recorrido la más larga historia de contactos mediterráneos y continentales de los habitantes peninsulares y vivido consiguientes procesos de multiculturalidad que otros desconocían. Pero no habían experimentado la integración política. Al verse situados frente a Roma, sus rasgos privativos eran el *oppidum* y la lengua y escritura propias, mientras que su expresión simbólica debe deducirse, a falta de otros datos, del exvoto autorepresentativo y de la pintura sobre cerámica. De todo ello, solo el *oppidum* tenía necesariamente que adecuarse a ese nuevo plus político que exigía el pago de impuestos a una provincia de un Estado extranjero. Porque, en lo que respecta a las particularidades lingüísticas o religiosas, la Roma que venció a Aníbal no pretendía unificar a sus súbditos, ya que estaba integrada por poblaciones itálicas que no tenían tradiciones ni lenguas homogéneas pero sí un estatuto jurídico-fiscal claro que las hacía romanas, como lo irían teniendo cada vez más pueblos. De modo que el mosaico étnico era entonces plural y nada hace pensar que hubiera intención de que dejara de serlo, porque así era la situación heredada del mundo helenístico, contemplada en el derecho romano, que ordenaba el contexto oficial. Aunque tampoco era operativo mantener excesivas compartimentaciones en la realidad de los países, por lo que, con Roma, los pequeños etnónimos comarcales o regionales fueron subsumidos en una identidad ibérica de más amplio alcance que las que se suponen vigentes antes de la conquista.

Las nuevas jefaturas ibéricas, por su parte, volvieron a desplegar formas de contacto clientelar con el poder romano, evidentes en lo relativo a ciertas manifestaciones, principalmente, externas (fig. 9.11) (cambios en la indumentaria civil y militar, señalización de la tumba...). Y, a la inversa, también Roma desplegó estrategias encaminadas a incentivar la etnogénesis para fijar la territorialidad, como se hizo patente, sobre todo por parte de Sertorio, en la Citerior septentrional, entre el 80 y el 72 a.C. (García Mora, 1991), con la creación de mitos y leyendas. También hay indicios del uso de algunas representaciones simbólicas para reforzar la cohesión de los pueblos iberos, especialmente en el sureste, pues convertirse en romano también pasaba, en la primera etapa republicana en las Hispanias, por impulsar tradiciones *autóctonas* que, con frecuencia, se recompusieron y hasta se reinventaron. Y la estrategia implícita en ese impulso, tanto en Iberia como

entre los galos y otros pueblos celtas, hizo indispensable la respuesta afirmativa de los notables y su consiguiente ostentación, con un llamativo renacimiento de las expresiones artísticas *vernáculas* por parte de los segmentos sociales pioneros en la romanización.

Arquitectura y escultura

Es posible que en el Ibérico Tardío el aspecto de ciudades de origen ibérico, púnico y griego fuera muy parecido desde el exterior de sus murallas, porque todas estaban provistas de torres, fosos, puertas complejas y cisternas. Era en el interior del hábitat donde el urbanismo, la casa y sus enseres, el habla y las costumbres de los habitantes, marcaban diferencias que se vieron alteradas por alguna interferencia significativa al iniciarse la romanización, como fueron los mencionados templos elevados en ciertos *oppida* ibéricos.

En este preciso marco reaparecieron los monumentos funerarios con decoración figurada (ABAD, 2003, 75-100), algunos de los cuales, como el del guerrero con falcata de *Urso*-Osuna, repiten técnicas constructivas iguales a las utilizadas en los templos. Asimismo, la planta de algunas tumbas, como las de la mayoría de los templos, puede entenderse desde la perspectiva itálica, como es el caso de los sepulcros en forma de edículo, dado o *naiskos* con relieves ornamentales en friso continuo del siglo II a.C. (BELTRÁN, 2002, 293-328). Se conocen ejemplos desde Sant Vicenç (Malla) (RODÁ, 1993, 207-219) o Sant Martí Sarroca (Barcelona), sin ornamentación alusiva al pasado ibérico, hasta Pino Hermoso (Orihuela), Horta Major (Alcoy) (GONZÁLEZ VILLAESCUSA, 2001, 288-296), El Tolmo (Minateda) (ABAD, 2003), Osuna (fig. 9.12) o Córdoba, con figuraciones ibéricas que reflejan la evolución de las minorías indígenas hacia su nuevo estatus romanizado. En consecuencia, se puede concluir que, en el mitad meridional del área ibérica, los cortejos fúnebres con muchachas que tocan la flauta, con plañideras, con guerreros o cazadores, así como las escenas con carros funerarios, sirven para reforzar la *nueva* identidad ibera de ciertas familias, en un contexto que no puede entenderse sin la presencia de Roma.

Tampoco se explicarían sin dicha presencia las estelas funerarias con figuraciones ibéricas incisas, a veces con inscripciones en ibérico (fig. 9.13), que se prodigan por las provincias de Lérida, Teruel, Cas-

tellón y Jaén (Izquierdo, 1998, 115-131; Arasa y Izquierdo, 1998, 79-102) para señalizar las tumbas más destacadas de sus correspondientes necrópolis, en áreas que apenas habían tenido manifestaciones figurativas ibéricas, pero que ahora se reconocen en ellas, pues, en cierto modo, se romanizan *iberizándose*.

Pese a tratarse de un tema que no es exclusivamente funerario, encajan de igual manera en época tardo-republicana construcciones menores decoradas con el relieve del *domador de caballos* (*despotes hippon*) (fig. 9.14) o de las *señora de los animales* (*potnia theron*). Esta representación se propagó por el sureste, pues se conoce en Sagunto, Pixòcol (Balones), El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo), El Bancal del Tesoro (Lorca), La Encarnación (Caravaca de la Cruz), Montiel y Villaricos, esculpida en losas de, todo lo más, 60 centímetros de altura, labradas para ser encastradas en algún nicho u hornacina (¿tumba?, ¿mojón de delimitación territorial?). Y, aunque hay piezas sin un contexto preciso, las que lo tienen (por ejemplo, en La Encarnación o en El Bancal del Tesoro...) apuntan hacia una cronología centrada en el siglo II a.C. La repetición del esquema básico del *domador* o *señora* y la versión pintada del tema en La Alcudia de Elche (VVAA, 1997a, núm. 43, 250) muestran, en suma, la convergencia ideológica de las elites de un amplio sector de la geografía ibérica, que es lo que este resurgir de las identidades pretendía.

El ejemplo más reciente y evolucionado de esta política de evocación de lo autóctono está en el grupo ecuestre de bronce del *sacellum* de Azaila (Beltrán, 1995), que ensalza a una *gens* de origen hispano en una fecha tardía, con una estética perfectamente romana.

Es, por último, significativo que, mientras se asiste a un mestizaje estético, aumenten en la antigua área ibérica las imágenes alusivas a la maternidad, que refuerzan con un determinado lenguaje la importancia del arraigo familiar, pues la expresión en femenino de la continuidad de los linajes residían en el pasado en la joyería y la indumentaria de las matronas, ahora casi sustituidas por un tema sin antecedentes ibéricos pero, aparentemente, del gusto de la sociedad del Ibérico Tardío.

Pintura cerámica

Hacia la segunda mitad del siglo II a.C., coincidiendo con las alteraciones que pusieron fin a determinados yacimientos, comenzó a

producirse un cambio en la pintura figurada de los vasos de tipología ibérica que, en parte, tiene que ver con la asimilación de ideas llegadas desde Italia y, en parte, con la invención de nuevos mitos identitarios (OLMOS y SERRANO, 2000). Estos cambiaron por completo el sentido de las primeras escenificaciones ibéricas, al ceder protagonismo a contenidos simbólicos en detrimento de la autorepresentación de la sociedad local. Es decir que, por una parte, se recuperó la pintura sobre cerámica pero, por otra, se cambió sustancialmente su discurso.

En relación con la Italia meridional pueden entenderse los platos de peces ibéricos que no corresponden a usos domésticos sino rituales: en un determinado contexto, los peces guían a los difuntos por el mar bajo el que se oculta el más allá, y adquieren un sentido apotropaico que favorece el viaje hacia la bienaventuranza, por lo que su imagen aparece en ambientes sacros y funerarios, desde Tivissa hasta Chinchilla, área de dispersión, de nuevo, inusitadamente extensa para los comportamientos ibéricos anteriores (ARANEGUI, 1996a).

Pero lo más llamativo de la última etapa de la pintura cerámica (véase capítulo 8) reside en el sistema de imágenes, compartido por varias ciudades, que asocia animales fantásticos y seres sobrehumanos que se enfrentan a monstruos para acreditar su fuerza, o se rodean de una naturaleza benéfica para indicar su fecundidad (fig. 9.15), articulando un rico código de signos masculinos y femeninos, que tuvo que ser definido, en este momento, por un centro potente que bien podría haber sido *Carthago Nova,* políticamente superior a *Ilici* donde, sin embargo, se concentran los hallazgos. Con una categoría artística más elaborada que la de la pintura edetana (250-150 a.C.), especialmente apreciable en el movimiento de los animales y en la expresividad de los rostros humanos, poco antes del 100 a.C. entra en circulación una temática que extrae de la antigua tradición ibérica alguno de sus motivos, como el del lobo o *carnassier* o las danzas con mujeres, y del arte púnico occidental otros, como el de los seres humanos alados, para adornar la vajilla con que se celebran rituales en los que la comunidad se autoafirma (fig. 9.16). Cualquier intento de comparación de la iconografía de la precedente escultura ilicitana de gran formato con esta pintura cerámica compleja resulta, cuanto menos, forzado, porque el tradicional mundo de los guerreros y damas, con su armamento, indumentaria y joyas, ha desaparecido de este repertorio de baja época, que se dota de un léxico renovado para el que el ave con alas desplegadas representa el tema de mayor difusión.

También en Zaragoza y Teruel se produce puntualmente un intento de codificación de una expresión pictórica que, en este caso, tiende puentes hacia las iconografías de *Edeta,* si bien en una etapa en la que sus talleres cerámicos habían dejado de funcionar. De modo que se *reinventa* una tradición que proyecta el uso ceremonial de las vasijas pintadas y con letreros, a la manera ibérica, hasta introducirla en la villa romana, como bien denotan algunas enócoes de La Caridad (Caminreal) con nombres celtibéricos escritos con el signarlo ibérico, casi iguales a otras de Numancia (BURILLO, 1997, 223-242) (fig. 9.17).

En términos generales, se asiste, primero, a la ampliación del área geográfica de unos signos de identidad de supuesta tradición ibérica, que irrumpen en la Celtiberia, y, por último, al desarrollo del capítulo final de la pintura cerámica de tema animal y humano, que se caracteriza por mostrar una fragmentación del imaginario sintomática de la fragilidad social de sus destinatarios. Las vasijas de Corral de Saus (Mogente), Los Villares (Caudete de las Fuentes) (fig. 9.18), de la misma *Valentia,* del Tossal de Manises (Alicante), las de la fase más reciente de La Alcudia (Elche), El Monastil (Elda), Salchite (Moratalla), etcétera, dan a conocer, a veces con escasa calidad gráfica, escenas prácticamente únicas referidas a un mundo iniciático plagado de monstruos o seres míticos, puramente residual. De este modo, el epílogo del repertorio pictórico refiere hazañas de héroes ancestrales o paisajes simbólicos que no debieron ser objeto de la proyección pública que habían tenido las primeras piezas decoradas por encargo, sino tener un uso semi-privado, antes de que la cerámica cediera la voz de la pintura a otros soportes.

Así se confirma en la cerámica pintada posterior, con motivos sencillos fabricados en serie que dan lugar a que en enterramientos de La Torre Ciega (Cartagena) y de La Albufereta (Alicante) haya vasos idénticos, con cenefas de hojas de olivo o vid y frutos ajenas a la tradición ibérica que, sin embargo, tal vez pretendan recordar, cuando la época de los vasos singulares pintados ya había quedado atrás .

A modo de epílogo

Si de los iberos hubiera trascendido alguna disposición normativa, algún relato tradicional, el nombre de alguna divinidad o alguna institución política; si se supiera cómo eran las familias o cómo se distri-

buía la propiedad del suelo, habría un abanico mayor para razonar hoy sobre su cultura. Pero no es así: la memoria ibérica se sustenta en topónimos (fig. 9.19), etnónimos y restos arqueológicos dignos de la mejor de las tutelas. Incluso la *fides* (lealtad) (RODRÍGUEZ ADRADOS, 1946) y su forma más extrema, la *devotio* (Str., III, 4, 18) (RAMOS LOSCERTALES, 1924), que hicieron de los iberos excelentes guardias personales, resulta problemático reservarlas estrictamente a los individuos de la vertiente mediterránea peninsular y, en cualquier caso, aluden a un talante personal considerado por los romanos más innato que adquirido. De ahí que el desenlace de las culturas ibéricas ponga de manifiesto la fragilidad de aquello que no está institucionalizado. Los modos de vida propios de los iberos, su lengua y su escritura, continuaron durante un tiempo porque no fueron obstáculo para integrarse en el mundo romano, en el que acabaron diluyéndose, sin dejar apenas rastro; sin facilitarnos, ni tan siquiera, esa ansiada inscripción bilingüe, en ibérico y en latín, que tanto ayudaría a descifrar el idioma ibérico.

El dominio de Roma se fue asentando sin necesidad de imponer, de entrada, un imaginario nuevo, aproximándose a los usos y costumbres de los iberos (fig. 9.20), incluso extendiéndolos al área celtibérica. De hecho, la identidad ibérica en tanto que referida al conjunto de la parte oriental de la Península no solo se afianzó durante la primera romanización, sino que constituye un hecho propio de la misma que puso fin a la articulación de entidades menores (indiketes, layetanos, edetanos, bastetanos, etcétera), con anterioridad operativas, y acuñó una identidad aglutinante ibérica.

La construcción de lo ancestral se ve afectada por este tipo de estrategias con caminos de ida y vuelta que, en definitiva, no hacen sino confirmar que los signos de identidad son plurilineales y cambiantes, tanto para los naturales de un país como para sus conquistadores, de modo que no dan soporte histórico a las trasnochadas *esencias patrias*.



Fig. 9.1. El Castillo de Sagunto, sede de la ciudad romana de época republicana (fot. autora).

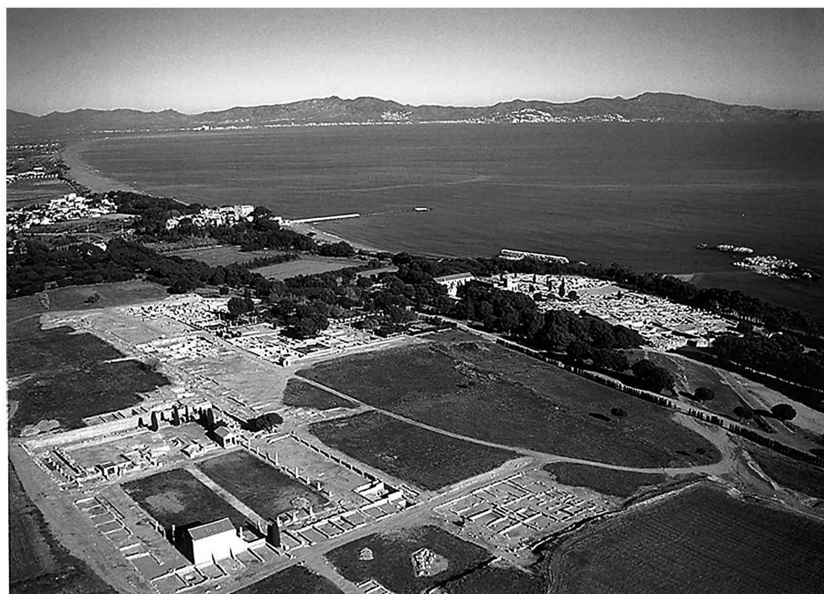


Fig. 9.2. *Emporiae,* con los núcleos portuario y del foro (fot. MAC Empúries).



Fig. 9.3. Representación de un carro sobre una cerámica ibérica tardía de Elche de la Sierra (Albacete) (dib. P. Lillo).

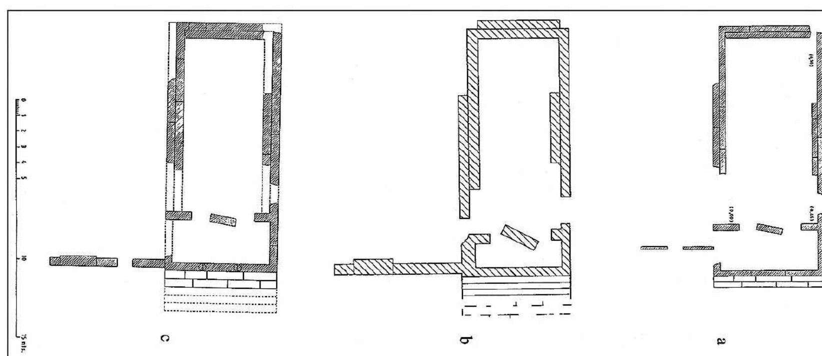


Fig. 9.4. Planta del templo de El Cerro de los Santos interpretada por Savirón (1875), De la Rada y Delgado (1875) y por J. M. Noguera (1998) (cortesía de J. M. Noguera).



Fig. 9.5. Decoración con placas de terracota itálicas del templete de la Encarnación, Museo de la Soledad, Caravaca de la Cruz (según S. Ramallo).

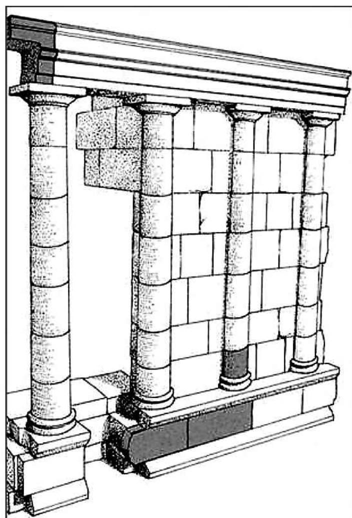


Fig. 9.6. Restitución del orden del templo de *Kerunta*-Sant Julià de Ramis, según J. M.ª Nolla *et al.*



Fig. 9.7. Relieve con cabeza de grifo del complejo republicano del Castillo de Sagunto (fot. autora).



Fig. 9.8. Restos del templo A de Ullastret (fot. autora).

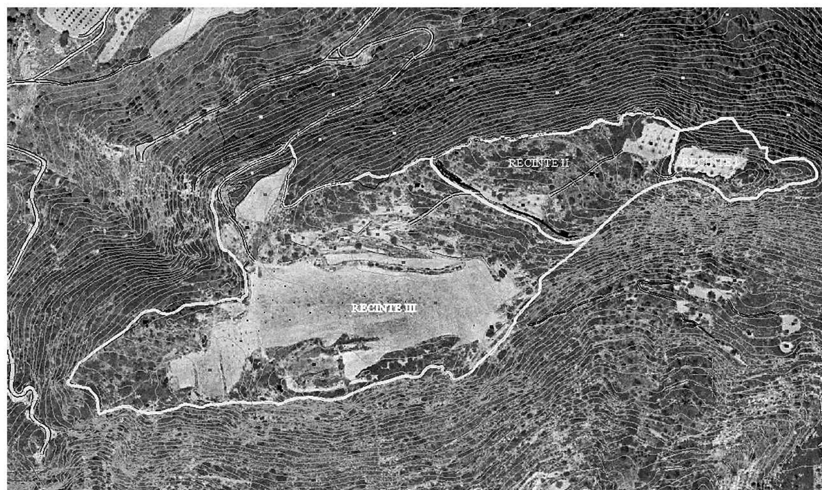


Fig. 9.9. Ciudad iberorromana de *Kili*-La Carència (Turís), según R. Albiach.

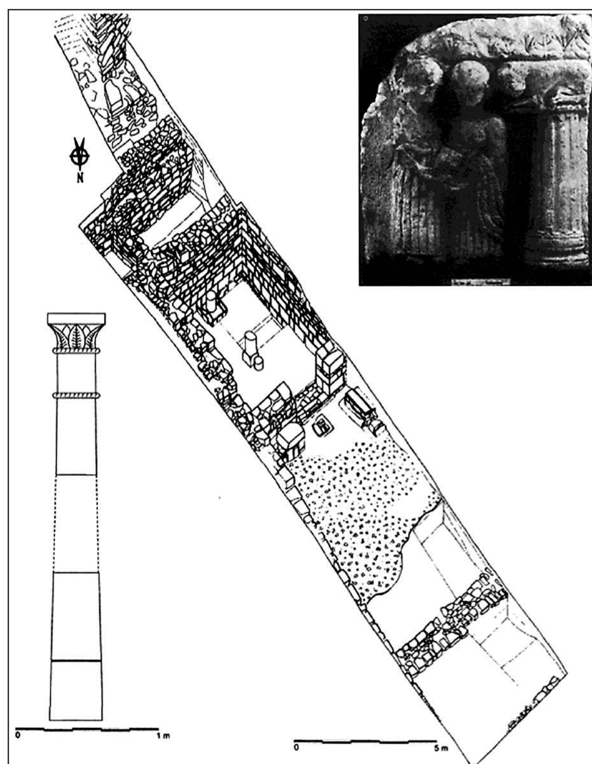


Fig. 9.10. Santuario tardío de El Cerro de las Vírgenes (Torreparedones) con planta y elementos de tradición púnica, según B. Cunliffe y M.ª C. Fernández Castro.



Fig. 9.11. Escultura de El Cerro de los Santos vestida con toga (fot. Museo de Albacete).



Fig. 9.12. Altorrelieve con desfile de guerreros procedente de una tumba romana de *Urso*-Osuna (archivo exposición «Los Iberos» 1997-1998).



Fig. 9.13. Estela sepulcral decorada con lanzas y epígrafe en ibérico, Museo de Badalona (fot. J. Velaza).



Fig. 9.14. Pequeña estela con el tema del domador de caballos procedente de Sagunto (fot. Museo de Sagunto).

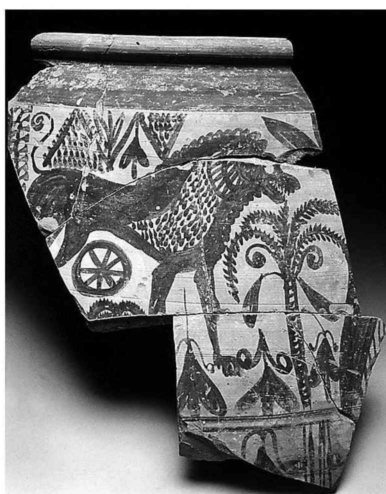


Fig. 9.15. Representación de león y palmera, derivada de un esquema púnico, en una vasija tardía de la necrópolis de Zama, Museo de Albacete (fot. R. Sanz Gamo).



Fig. 9.16. Frisos de la cerámica tardía de *Ilici.*

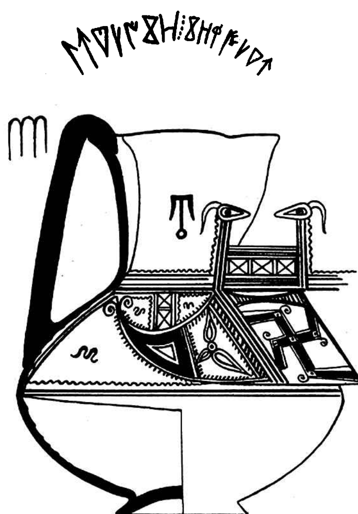


Fig. 9.17. Enócoe de Numancia con letrero escrito con signos ibéricos orientales, según F. Burillo.

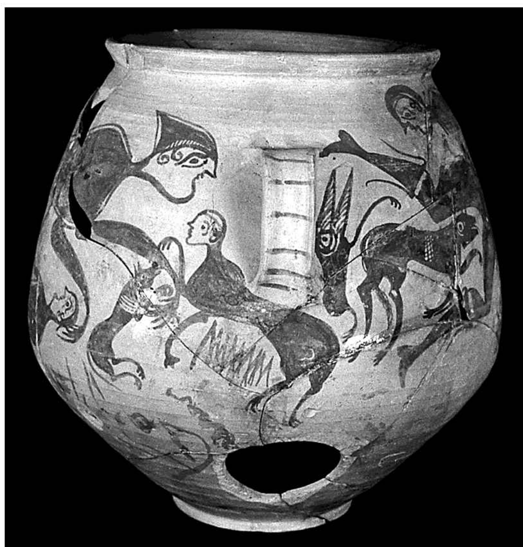


Fig. 9.18. Centauro y seres híbridos representados sobre una vasija de *Kelin*-Los Villares (Caudete de las Fuentes) (fot. C. Mata).





Fig. 9.19. As de *Saitabi*-Játiva con el topónimo en latín y en ibérico (fot. P. P. Ripollès).



Fig. 9.20. Metopa de un monumento funerario tardío de Sagunto en la que el bucranio (cráneo de toro) ha sido sustituido por una cabeza de toro (fot. Museo de Sagunto).

EL TIEMPO POLÍTICO DE LOS IBEROS EN SU ENTORNO INMEDIATO.

CRONOLOGÍA

Hacia 900 a.C.	Fundación de *Gadir* (Cádiz) por los tirios.
814 a.C.	Fundación de Cartago por los tirios.
654 a.C.	Fundación de *Ibusim* (Ibiza) por los cartagineses.
600 a.C.	Fundación de *Massalia* (Marsella) por los focenses.
590 a.C.	Fundación de *Emporion* (Ampurias) por los masalietas.
600/550-450/425 a.C.	Periodo Ibérico Antiguo.
574 a.C.	Nabucodonosor II de Babilonia conquista la ciudad de Tiro. Repliegue de las colonias fenicias de Occidente.
550 a.C.	Decadencia de la cultura orientalizante tartésica: fin del supuesto reinado de Argantonio.
540 a.C.	Los persas toman Focea. Batalla de Alalía: los cartagineses aliados con los etruscos vencen a los focenses en Córcega. *Massalia* se convierte en la gran ciudad griega de Occidente.
500 a.C.	Datación del monumento funerario ibérico de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete).
500/480 a.C.	Datación de la primera fase de las murallas de Ullastret (Girona).
480 a.C.	Los cartagineses son vencidos en Himera por los griegos de Siracusa.
474 a.C.	Los etruscos son vencidos en Cumas por los griegos de Siracusa.
475/450 a.C.	Datación del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén).
450/425-200 a.C.	Periodo Ibérico Pleno.
425/375 a.C.	Datación de la dama de Elche.
400/350 a.C.	Datación del monumento del Pajarillo (Huelma, Jaén).
375 a.C.	*Massalia* funda *Rhode* en el norte del golfo de Roses.

348 a.C.	El tratado llamado de *Mastia* establece a la altura de Cartagena el límite de libre circulación para los cartagineses en el litoral ibérico.
350/300 a.C.	Datación de las primeras esculturas del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete).
300 a.C.	Destrucción violenta de poblados ibéricos del tipo de La Bastida de les Alcusses (Mogente).
300/150 a.C.	Datación de la cerámica ibérica decorada con escenificaciones.
250 a.C.	Datación de las murallas del Castellet de Banyoles (Tivissa).
230 a.C.	Akra Leuké (¿en Alta Andalucía?) es sometida por Amílcar Barka.
229-226 a.C.	Fundación de *Qart Hadasht* (Cartagena) por Asdrúbal.
226 a.C.	Tratado romano-cartaginés llamado del Ebro: la divisoria entre las respectivas áreas de influencia se traslada hasta este río.
219 a.C.	Aníbal sitia Sagunto y Escipión desembarca en Ampurias para impedir el avance cartaginés. Se inicia la segunda guerra púnica.
209 a.C.	Indíbil asume el mando de los ilergetes y se rebela contra Roma.
208 a.C.	Escipión Africano vence a Asdrúbal en la batalla de *Baecula* (Turruñuelos).
206 a.C.	Escipión funda *Itálica* (Santiponce) y toma *Gadir* (Cádiz). El régulo ibérico Culchas domina veintiocho poblaciones comprendidas entre Murcia y Jaén; Edecón, rey de los edetanos, se somete a Escipión.
205/203 a.C.	Una embajada saguntina llega a Roma para pedir al Senado la reconstrucción de su ciudad, destruida por los cartagineses.
202 a.C.	Derrota de Aníbal en la batalla de Zama, cerca de Útica (Tunicia). Fin de la segunda guerra púnica. Roma inicia su hegemonía en la cuenca mediterránea occidental.
200/50 a.C.	Periodo Ibérico Tardío. Datación de la cerámica ibérica decorada con figuras simbólicas.
198 a.C.	Roma crea las provincias de Hispania Citerior y de Hispania Ulterior en la fachada oriental peninsular.
195 a.C.	Catón reduce desde Ampurias a los iberos que se niegan a pagar impuestos a Roma. También destruye *Rhode*-Rosas.
171 a.C.	Fundación de la colonia latina de *Carteia* (San Roque) para instalar a los hijos de soldados romanos y mujeres hispanas.

155/133 a.C.	Guerras celtibéricas: Roma domina a los pueblos del centro de la Península.
-138 a.C.	Fundación de la colonia latina de *Valentia* (Valencia) para instalar a los licenciados del ejército romano.
133 a.C.	Sitio y conquista de Numancia (Soria) por Roma. Muerte de Viriato.
82/72 a.C.	Sertorio actúa contra sus adversarios romanos desde Hispania. Su centro de operaciones es *Bolskan* (Huesca) y *Dianium* (Denia) es el puerto por el que huye a África.
49/44 a.C.	Enfrentamientos entre César y Pompeyo en Hispania, con batallas, principalmente, en Andalucía.
19 a.C.	Augusto concluye la conquista de Hispania incorporando Galicia. Con ello se inaugura un célebre periodo de paz. Hispania pasa a dividirse en tres provincias: Tarraconense, Bética y Lusitania.

REFERENCIAS

Fuentes *

An. Flor., *BB*	Annio floro, *Bellum Balearicum*
Apian. *Iber.*	Apiano, *Iberia*
Cic. *Verr.*	Cicerón, *Verrinas*
CIL	*Corpus Inscriptionum Latinarum,* Berlín
De Agr.	Catón, *De Agricultura*
Diod. Sic.	Diodoro Sículo
Fil. Byz.	Filón de Bizancio, *Poliorcética*
Heródoto	
Liv.	Tito Livio, *Ab Urbe conditia*
OM	*Ora Maritima,* Rufo Festo Avieno
Plin., *Nat.,*	C. Plinio, *Naturalis Historia*
Polyb.	Polibio, *Historia*

Ps. Aristóteles, *Mirabilis Auscultationes* Pseudo Aristóteles (genérico para los seguidores del aristotelismo), *Mirabilis Auscultationes*

Salust., *Hist.*	*Salustio, Historiae*
Str.	Estrabón, *Geografía*

Bibliografía

ABAD, Lorenzo (1983), «Un conjunto de materiales de La Serreta de Alcoy», *Lucentum,* 2, pp. 173-197.

— (1992), «Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar», *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester,* Trabajos Varios del SIP 89, Valencia, pp. 225-237.

— (2003), «El tránsito funerario. De las formas y los ritos ibéricos a la consolidación de los modelos romanos», en Lorenzo ABAD (ed.), *De Iberia in Hispaniam,* Alicante, pp. 75-100.

— (2009), «Contestania, griegos e iberos», en Manuel OLCINA y Julio J. RAMÓN (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica,* Alicante, pp. 20-29.

---

* La consulta de los textos clásicos puede ampliarse en la serie *Fontes Hispaniae antiquae (FHA),* II-VII, 1925-1987, promovida por la Universidad de Barcelona

ABAD, Lorenzo, y SANZ, Rubí (1995), «La cerámica ibérica con decoración figurada en la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad», *Saguntum,* 28, pp. 73-84.

ABAD, Lorenzo; SALA, Feliciana, y ALBEROLA, Elena María (1995-1997), «La necrópolis y área sacra ibérica de "Las Agualejas" (Monforte del Cid, Alicante)», *Lucentum,* 14-16, pp. 7-18.

ABAD, Lorenzo, y SALA, Feliciana (eds.) (2001), *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera,* Madrid.

— (2009), «Sistemas de almacenamiento y conservación de alimentos en tierras valencianas», en Rosario GARCÍA HUERTA y David RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares,* Cuenca, pp. 117-152.

ABAD MIR, Susana (2006), «Arqueología de la muerte. Algunos aspectos teóricos y metodológicos», *Historiae,* 3, pp. 1-23.

ADROHER, ANDRÉS M. (2008), «La Bastetania arqueológica. Estado de la cuestión», en *I Congreso Internacional de Arqueología Bastetana,* Varia 9, Madrid, pp. 211-245.

AGUELO, Xavier; PALOMO, Antoni; PONS, Octavi, y DE JUAN, Carles (2008), «El pecio de Binissafúller», en José PÉREZ BALLESTER y Guillermo PASCUAL (eds.), *V Jornadas de Arqueología Subacuática,* Valencia, 199-207.

ALCALÁ, Laura (2003), *La necrópolis ibérica de Pozo Moro,* Madrid.

ALFARO, Carmen (1984), *Tejido y cestería en la Península Ibérica,* Bibliotheca Praehistorica Hispana 21, Madrid.

ALFARO, María Mercedes (1995), «El poblado ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete)», en Juan BLÁNQUEZ (ed.), *El mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000,* Toledo, pp. 231-237.

ALFÖLDY, Géza (1984), «Drei stadtische Eliten im römisches Hispanien», *Gerión,* 2, pp. 193-238.

ALMARCHE, Francisco (1918), *La antigua civilización ibérica del Reino de Valencia,* Valencia.

ALMAGRO, Martín (1975), «Las raíces del arte ibérico», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* 11, pp. 251-279.

ALMAGRO GORBEA, Martín (1983a), «Manifestaciones de plástica ibérica halladas en Segóbriga, Saelices (Cuenca)», *Trabajos de Prehistoria,* 40, pp. 221-244.

— (1983b), «Pozo Moro, el monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», *Madrider Mitteilungen,* 24, pp. 229-287.

ALONSO, Daniel, y PINEDO, Juan (1999), *Metamorfosis. El puerto de Cartagena ante el tercer milenio,* Cartagena.

ALONSO, Natalia (1999), *De la llavor a la farina,* Lattes.

ÁLVAREZ, Manuel (2009), «Identidad y etnia en Tartessos», *Arqueología Espacial,* 27, pp. 79-111.

ÁLVAREZ, Ramón; DURÁN, Montserrat; MESTRES, Imma, y MOLAS, Maria Dolors (2000), «El jaciment del Camp de les Lloses (Tona, Osona) i el seu taller de metalls», en Consuelo MATA y Guillem PÉREZ JORDÀ (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 271-281.

ÁLVAREZ, Ramón; ASENSIO, David; JORNET, Rafael; MIRÓ, María Teresa, y SANMARTÍ, Joan (2008), «Residències aristocràtiques al món ibèric septentrional. El cas del Castellet de Banyoles (Tivissa, Ribera d'Ebre, Tarragona)», *La Cámara de Toya y la arquitectura monumental ibérica,* Varia 7, Madrid, pp. 87-102.

ARANEGUI, Carmen (1975), «Las artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana», en *XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte,* Granada, pp. 45-64.

— (1994), «*Iberica sacra loca*. Entre el Cabo de la Nao, Cartagena y El Cerro de los Santos», *Revista de Estudios Ibéricos,* 1, pp. 115-138.

— (1996a), «Los platos de peces y el "más allá"», *Complutum,* 6, 1, pp. 401-414.

— (1996b), «Los orígenes de la ciudad de Denia en Roc Chabás», *Saitabi,* 46, pp. 13-27.

— (ed.) (1998), *Actas del Congreso Internacional Los Iberos Príncipes de Occidente. Las estructuras del poder en la sociedad ibérica, Saguntum-extra,* 2, Barcelona.

— (1999), «Personaje con arado en la cerámica ibérica (ss. II-I a.C.). Del mito al rito», *Pallas,* 50, 2, pp. 109-120.

— (2003), «Nuevos datos sobre el templo republicano de Sagunto (Valencia)», en Xavier LAFON (ed.), *Hommages offerts à Pierre Gros,* Aix-en-Provence, pp. 133-140.

— (2004a), «A propósito del vaso de los guerreros del Castellar de Oliva (Valencia)», *Anales de la Universidad de Murcia,* 17-18, pp. 229-238.

— (2004b), *Arse-Saguntum. Oppidum, emporio y municipio romano,* Barcelona.

— (2005), «Leones funerarios de época iberorromana. La serie asociada a cabezas humanas», en Trinidad NOGALES (ed.), *IV Reunión Española de Escultura Romana,* Mérida, pp. 213-227.

— (2006), «Dar, intercambiar, comprar y vender en el Mediterráneo antiguo», en Inmaculada AGUILAR (ed.), *El comercio y el Mediterráneo. Valencia y la cultura del mar,* Valencia, pp. 73-87.

— (2008), «La prevalencia de las representaciones femeninas: el caso de la cultura ibérica», en Lourdes PRADOS y Clara RUIZ (eds.), *Arqueología del género. I Encuentro internacional en la UAM,* Madrid, pp. 205-224.

— (2009), «La circulación de los bienes almacenados en el área ibérica», en Rosario GARCÍA HUERTA y David RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.), *Sistemas*

de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares, Cuenca, pp. 153-166.

— (2010), «Ocupación económica, ritual y estratégica del litoral valenciano», *Mainake,* 32, pp. 689-704.

ARANEGUI, Carmen, y DE HOZ, Javier (1992), «Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y *venationes*», en *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester,* Trabajos Varios del SIP 89, Valencia, pp. 319-329.

ARANEGUI, Carmen; JODIN, André; LLOBREGAT, Enrique; ROUILLARD, Pierre, y UROZ, José (1993), *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante),* Colección de la Casa de Velázquez 41, Madrid.

ARANEGUI, Carmen; MATA, Consuelo, y PÉREZ BALLESTER, José (1997), *Damas y caballeros en la ciudad ibérica,* Madrid.

ARANEGUI, Carmen; VIVES-FERRÁNDIZ, Jaime, y BALLESTER, Javerio (2006), «Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos en la fachada ibérica central», *Arqueomediterrània,* 9, pp. 79-87.

ARASA, Ferrán, e IZQUIERDO, Isabel (1998), «Estela antropomorfa con inscripción ibérica del Mas de Barberán (Nogueruelas, Teruel)», *Archivo Español de Arqueología,* 71, pp. 79-102.

ARÉVALO, Alicia (1997), «Las acuñaciones ibéricas meridionales, turdetanas y de Salacia en la Hispania Ulterior», en *Historia Monetaria de Hispania Antigua,* Madrid, pp. 194-232.

— (ed.) (2009), *Moneda y Arqueología,* XIII Congreso Nacional de Numismática, Madrid-Cádiz.

ARMADA, Xosé-Lois (2011), «Feasting Metals and the Ideology of Power in the Late Bronze Age of Atlantic Iberia», en Gonzalo ARANDA, Sandra MONTÓN-SUBÍAS, Margarita SÁNCHEZ ROMERO (eds.), *Guess who's coming to dinner. Feasting Rituals in the Prehistoric Societies of Europe and the Near East,* Vermont, pp. 158-183.

ASENSIO, David (2009), «L'arquitectura domèstica en el nucli fortificat ilergeta dels Estinclells (Verdú, l'Urgell), segle III a.C.», en María C. BELARTE (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (1er mileni a.C.), Arqueomediterrània,* 11, pp. 125-142.

ASENSIO, David; MIRÓ, María Teresa, y SANMARTÍ, Joan (2002), «El nucli ibèric del Castellet de Banyoles (Tivissa, Ribera d'Ebre), un estat de la questió», *Ilercavonia,* 3, pp. 185-203.

ATRIÁN, Purificación (1976), *Alto Chacón (Teruel). Campañas realizadas en 1969, 1970-71, 1972,* Excavaciones Arqueológicas en España 92, Madrid.

AUBET, María Eugenia (1982), «Cerámicas polícromas con motivos figurados de Setefilla (Sevilla)», *Homenaje a Concepción Fernández Chicarro,* Madrid, pp. 213-225.

— (1995), «From Trading Post to Town in the Phoenician World», en Barry CUNLIFFE y Simon KEAY (eds.), *Social Complexity end the Develop-*

ment of Town in Iberia from Copper Age to the Second Century AD, Londres, pp. 47-65.
— (2000), «Arquitectura colonial e intercambio», en Alfredo GONZÁLEZ PRATS (ed.), *Fenicios y territorio,* II Seminario Internacional sobre temas fenicios, Alicante, pp. 13-45.
AYARZAGÜENA, Mariano (1995), «El paso del Estrecho en la Prehistoria según los estudios del s. XIX», en Eduardo RIPOLL y Manuel LADERO (eds.), *II Congreso Internacional «El estrecho de Gibraltar»,* I, Madrid, pp. 307-315.
BADIE, Alain; GAILLEDRAT, Eric; MORET, Pierre; ROUILLARD, Pierre; SÁNCHEZ, María José, y SILLIÈRES, Pierre (2000), *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante),* Madrid.
BALLESTER, Isidro, y PERICOT, Luis (1929), «La Bastida de les Alcuses (Mogente)», *Archivo de Prehistoria Levantina,* 1, pp. 179-213.
BALLESTER, Isidro; FLETCHER, Domingo; PLA, Enrique; JORDÁ, Francisco, y ALCÁCER, José (1954), *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria,* Madrid.
BALLESTER, Xaverio (2001), «La *adfinitas* de las lenguas aquitana e ibérica», *Paleohispánica,* 1, pp. 21-33.
— (2005), «Lengua ibérica: hacia un debate tipológico», *Paleohispánica,* 5, pp. 361-392.
BARBERÁ, José (1981), «El edificio público de Burriac», en *XII Congreso Nacional de Arqueología,* Jaén, pp. 603-610.
— (1998), «Los depósitos rituales de restos de óvidos del poblado ibérico de La Penya del Moro en St. Just Desvern (Baix Llobregat, Barcelona)», en Carmen ARANEGUI (ed.), *Actas del Congreso Internacional Los Iberos Príncipes de Occidente. Las estructuras del poder en la sociedad ibérica, Saguntum-extra,* 2, Barcelona, pp. 129-136.
BARBERÁ, José, y PASCUAL, Ricardo (1979-1980), «Burriac, un yacimiento protohistórico de la costa catalana (Cabrera de Mar, Barcelona)», *Ampurias,* 41-42, pp. 203-242.
BARTRA, Roger (1992), *El salvaje en el espejo,* México.
BATS, Michel (2002), «Du cratère sympotique au stamnos funéraire: tombes aristocratiques du Midi de la Gaule (IVe-Ie s. av. J.-C.)», en *Identités et cultures dans le monde méditerranéen antique. Hommage à F. Croissant,* París, pp. 277-302.
— (2004), «Les colonies massaliètes de Gaule meridionale: sources et modèles d'un urbanisme militaire hellénistique», en Sandrine AUGUSTA-BOULAROT, Xavier LAFON (eds.), *Des Ibères aux Vénètes,* Roma, pp. 51-64.
BELARTE, Maria Carme (1997), «Arquitectura domèstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica», *Arqueomediterrània,* 1.
— (ed.) (2009), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (1er mileni a.C.), Arqueomediterrània,* 11.

BELÉN, María (2006), «Ánforas de los ss. VI-IV en Turdetania», *Spal,* 15, pp. 217-246.
BELÉN, María; BOBILLO, Ana Rut; GARCÍA MORILLO, María del Carmen, y ROMÁN, Juan Manuel (2004), «Imaginería orientalizante en la cerámica de Carmona (Sevilla)», *Huelva Arqueológica,* 20, 3, pp. 151-169.
BELTRÁN, José (2002), «La arquitectura funeraria en la Hispania meridional durante los siglos II a.C. y I d.C.», en Desiderio VAQUERIZO (ed.), *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano,* Córdoba, pp. 293-328.
BELTRÁN, Miguel (dir.) (1995), *Azaila,* Zaragoza.
BENDALA, Manuel (2006), «Hispania/España: un Oriente en Occidente», *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología,* 44, pp. 369-385.
BÉNICHOU-SAFAR, Hélène (2005), «Un au-delà pour les enfants carthaginois incinérés?», *Ktema,* 30, pp. 123-135.
BÉRARD, Claude (ed.) (1984), *La cité des images,* Lausanne.
BHABHA, Homi K. (1994), *The Location of Culture,* Londres-Nueva York.
BIANCHI BANDINELLI, Giuliano A. (1973), *Los Etruscos y la Italia anterior a Roma,* Madrid.
BLANCO, Antonio (1956), «Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizante en la Península», *Archivo Español de Arqueología,* 29, pp. 3 ss.
— (1960), «Die klassichen Wurzeln der iberischen Kunst», *Madrider Mitteilungen,* 1, pp. 101 ss.
— (1963), «El ajuar de una tumba de Cástulo», *Archivo Español de Arqueología,* 36, pp. 43-56.
BLÁNQUEZ, Juan (ed.) (1995), *El mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000,* Toledo.
— (1996), «Lugares de culto en el mundo ibérico. Nuevas propuestas interpretativas en el sureste meseteño», *Revista de Estudios Ibéricos,* 2, pp. 147-172.
— (2003), *Cerámicas orientalizantes del Museo de Cabra,* Cabra.
BLÁNQUEZ, Juan, y ANTONA, Víctor (eds.) (1992), *Simposio de Arqueología Ibérica,* 2, *Las necrópolis,* Varia 1, Madrid.
BLÁNQUEZ, Juan, y OLMOS, Ricardo (1993), «El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico», en Juan BLÁNQUEZ, Rubí SANZ, María Teresa MUSAT (coords.), *Jornadas de arqueología albacetense,* Albacete, pp. 83-108.
BLÁZQUEZ, José María (1960), «La cámara sepulcral de Toya y sus paralelos etruscos», *Oretania,* 5, pp. 233-237.
— (1999), «Últimas aportaciones al conocimiento de los dioses ibéricos. Monumentos funerarios», en *Pueblos, lenguas y escrituras de la España prerromana,* Salamanca, pp. 91-108.
BLECH, Michael (1992), «Algunas reflexiones sobre la plástica en barro, basadas en las terracotas procedentes de la necrópolis de El Cigarralejo, Mula (Murcia)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología,* 32, pp. 23-31.

BOARDMAN, John (1994), *The Diffusion of Classical Art in Antiquity,* Londres.
BOLUFER, Joaquim, y SALA, Feliciana (2009), «Una torre de guaita ibèrica al Tossal de l'Empedrola», en *Calp, Arqueología y Museo,* Alicante.
BONET, Helena (1995), *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio,* Valencia.
— (2010), «Ritos y lugares de culto en ámbito doméstico», en Trinidad TORTOSA y Sebastián CELESTINO (dirs.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 55, Madrid, pp. 177-201.
BONET, Helena, y MATA, Consuelo (1997), «Testimonios de apicultura en época ibérica», *Verdolay,* 7, pp. 277-285.
— (2001), «Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano entre los siglos VII y II a.C.», en *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias y Hispania,* Madrid, pp. 175-186.
— (2002), *El Puntal dels Llops, un fortín edetano,* Trabajos Varios del SIP 99, Valencia.
— (2009), «Sistemas de acceso y puertas de los poblados ibéricos del País Valenciano», *Revista d'Arqueologia de Ponent,* 19, pp. 287-306.
BONET, Helena, y VIVES-FERRÁNDIZ, Jaime (eds.) (2011), *La Bastida de les Alcusses 1928-2010,* Valencia.
BONNET, Corine (1996), *Astarté. Dossier documentaire et perspectivas historiques,* Roma.
BORY DE SAINT-VINCENT, Jean-Baptiste (1803), *Essai sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide, ou Précise de l'histoire générale de l'archipel des Canaries,* París.
BOSCH GIMPERA, Pere (1915), *El problema de la cerámica ibérica,* Memorias de la comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas, Madrid.
— (1932), *Etnología de la Península Ibérica,* Barcelona.
BOTTO, Massimo (1988), «L'attività economica dei Fenici in Oriente tra il IX e la prima metà dell VIII sec. a.C.», *Egitto e Vicino Oriente,* 11, pp. 117-153.
BOTTO, Massimo, y OGGIANO, Ida (2003), «L'Artigianato», en José Ángel ZAMORA (ed.), *El hombre fenicio. Estudios y materiales,* Madrid, pp. 128-146.
BOURDIEU, Pierre (1999), *Creencias artísticas y bienes simbólicos,* Madrid.
— (2000), *Cuestiones de sociología,* Madrid.
BOUSO, Mónica; FERNÁNDEZ, María José; GAGO, Noelia, y PONS, Enriqueta (2000), «La producción agrícola y la transformación y conservación de cereales en Mas Castellar-Pontós», en Consuelo MATA y Guillem PÉREZ JORDÀ (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 115-124.
BRESSON, Alain, y ROUILLARD, Pierre (1993), *L'emporion,* París.

BRONCANO, Santiago (1989), *El depósito votivo ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete), Excavaciones Arqueológicas en España,* 156, Madrid.

BROTÓNS, Francisco; RAMALLO, Sebastián, y NOGUERA, José Miguel (1998), «El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos», *Revista de Estudios Ibéricos,* 3, pp. 11-69.

BRUN, Jean-Pierre (ed.) (2009), *Artisanats antiques d'Italie et de Gaule. Mélanges offerts à Maria Francesca Buonaiuto,* Nápoles.

BRUN, Patrice (1987), *Princes et princesses de la Celtique: le premier Âge du Fer en Europe, 850-450 avant J.-C.,* París.

BURILLO, Francisco (1982), «El urbanismo del poblado ibérico de El Taratrato de Alcañiz», *Kalathos,* 2, pp. 44-67.

— (ed.) (1984), *Arqueología Espacial,* 1, Teruel.

— (1997), «Textos, cerámica y ritual celtibérico», *Kalathos,* 16, pp. 223-242.

— (2007), *Los Celtíberos. Etnias y Estados,* Barcelona.

BURNETT, Andrew; AMANDRY, Michel, y RIPOLLÈS, Pere Pau (eds.) (1992), *The Provincial Coinage. Supplement,* 1, Londres-París.

BUXÓ, Raimon (ed.) (2004), *Eines i feines del camp a Catalunya. L'estudi de l'agricultura a través de l'arqueologia,* Girona.

CABRÉ, Juan (1925), «Arquitectura hispánica. El sepulcro de Toya», *Archivo Español de Arte y Arqueología,* 1.

— (1944), *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica de Azaila (Museos Arqueológicos de Madrid, Barcelona y Zaragoza),* Madrid.

CABRERA, Ana (2010), *El ritual del sacrificio de animales en la cultura ibérica: una perspectiva arqueológica,* Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

CALVO, Carlos, y CABRÉ, Juan (1917), *Excavaciones en la Cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén),* Madrid.

CAMPANELLA, Lorenzana, y GARBATTI, Giuseppe (2008), «Nuovi bruciaprofumi a testa feminile da Sulcis (Sardegna). Aspetti archeologici e storicoreligiosi», *Daidalos,* 8.

CASAS, Sandra; CODINA, Ferran; MARGALL, Joan; MARTÍN, Aurora; PRADO, Gabriel de, y PATIÑO, Carles (2005), «Els temples de l'oppidum d'Ullastret. Aportacions al seu coneiximent», en Oriol MERCADAL (coord.), *Món ibèric als Països Catalans,* vol. 2, XIII Col. Int. Puigcerdà, Puigcerdà, pp. 989-1001.

CASTELO, Raquel (1993), «El templo situado en el Cerro de los Santos, Montealegre, Albacete», *Verdolay,* 5, pp. 79-87.

CASTELLÓ, Josep S.; GÓMEZ BELLARD, Carlos, y ÁLVAREZ, Nuria (2000), «Estudio preliminar de las ánforas del Alt de Benimaquia (Denia, Alicante)», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló,* 21, pp. 121-136.

CHAPA, Teresa (1985), *La escultura ibérica zoomorfa,* Madrid.

— (2003), «El tiempo de la escultura ibérica. Un análisis iconográfico», en Trinidad Tortosa y Juan Antonio Santos (eds.), *Arqueología e iconografía. Indagar en imágenes,* Roma, pp. 99-119.
— (2005a), «Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina,* Madrid, pp. 117-137.
— (2005b), «Las primeras manifestaciones escultóricas ibéricas en el oriente peninsular», *Archivo Español de Arqueología,* 78, pp. 23-47.
— (2006), «Sacrificio y sacerdocio entre los iberos», en José Luis Escacena y Eduardo Ferrer (eds.), *Entre dios y los hombres: el sacerdocio en la Antigüedad,* Sevilla, pp. 157-180.
Chapa, Teresa, y Pereira, Juan (1991), «El oro como elemento de prestigio social en época ibérica», *Archivo Español de Arqueología,* 64, pp. 23-35.
Chapa, Teresa; Belén, María; Martínez Navarrete, María Isabel; Rodero, Alicia; Ceprián, Bautista, y Pereira, Juan (2009), «Sculptors' Signatures on Iberian Stone Statues from Ipolca-Obulca (Porcuna, Jaén, Spain)», *Antiquity,* 83, pp. 723-737.
Chapa, Teresa, e Izquierdo, Isabel (eds.) (2010), *La Dama de Baza: un viaje femenino al más allá,* Madrid.
Chiner, Paloma (1990), *La decoración arquitectónica en Sagunto,* Valencia.
Coll, Ramón, y Cazorla, Fernando (1998), «Una cueva-santuario ibérica en el Maresme: la Cova de les Encantades de Montcabrer, Cabrera de Mar, Barcelona», en Carmen Aranegui (ed.), *Actas del Congreso Internacional Los Iberos Príncipes de Occidente. Las estructuras del poder en la sociedad ibérica, Saguntum-extra,* 2, Barcelona, pp. 275-283.
Conde, María José (1987), «Estudi sobre un recipient ibèric: vas amb broc inferior», *Fonaments,* 6, pp. 27-60.
— (1992), «Una producció ceràmica característica del món ibèric: el kalathos barret de copa», *Fonaments,* 8, pp. 117-169.
Cortadella, Jorge (2003), *Etnología de la Península Ibérica de Bosch Gimpera,* Pamplona.
Cruz Andreotti, Gonzalo, y Mora, Bernabé (eds.) (2004), *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano,* Málaga.
Csordas, Thomas J. (ed.) (1994), *Embodiment and Experience. The Existencial Ground of Culture and Self,* Cambridge.
Cuadrado, Emeterio (1987), *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia),* Bibliotheca Praehistorica Hispana 23, Madrid.
Cunliffe, Barry, y Fernández Castro, María Cruz (1999), *The Guadajoz Projet,* I, *Torreparedones and its Hinterland,* Oxford.
Cura, Miquel (2006), *El Molí d'Espígol (Tornabous, Urgell). Excavacions arqueológiques 1987-1992,* Monografies 7, Barcelona.
Cura, Miquel, y Principal, Jordi (1993), «El Molí d'Espígol (Tornabous), noves constatacions arqueològiques i noves propostes interpretatives entorn del món pre-romà», *Laietània,* 8, pp. 61-84.

DÍES, Enrique (2006), «El sistema defensivo del Puig de la Nau (Benicarló). Análisis y propuesta de restitución», en Arturo OLIVER (ed.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica,* Castellón, pp. 47-61.

DÍES, Enrique (1991), *Benimaquia,* pp. 13-24.

DIETLER, Michael (1995), «The cup of Gyptis: Rethinking the Colonial Encounter in Early -Iron-Age Western Europe and the Relevance of World-Systems Models», *Journal of European Archaeology,* 3, 2, pp. 89-111.

— (1999), «Consumtion, Cultural Frontiers and Identity: Anthropological Approaches to Greek Colonial Encounters», *Confini e frontiera nella grecità d'Occidente,* XXXVII Convegno di studi sulla Magna Grecia, Tarento, pp. 75-91.

— (2009), «Colonial Encounters in Iberia and the Western Mediterranean. An Exploratory Framework», en Michael DIETLER y Carolina LÓPEZ-RUIZ (eds.), *Colonial Encounters in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations,* Chicago-Londres, pp. 3-48.

DOMERGUE, Claude (coord.) (1989), *Minería y metalurgia en las antiguas colonizaciones mediterráneas y europeas,* Madrid.

DOMÍNGUEZ, Almudena (1979), *Las cecas ibéricas del Valle Medio del Ebro,* Zaragoza.

EARLE, Timothy (1997), *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory,* Stanford.

ELVIRA, Miguel A. (1979), «Aproximación al estilo florido en la cerámica ibérica», *Archivo Español de Arqueología,* 52, pp. 205-225.

ESCACENA, José L.; FERNÁNDEZ FLORES, Álvaro, y RODRÍGUEZ AZOGUE, Araceli (2007), «Sobre El Carambolo: un *híppos* sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico», *Archivo Español de Arqueología,* 80, pp. 5-28.

ESTEBAN, César (2002), «Elementos astronómicos en el mundo religioso y funerario ibérico», *Trabajos de Prehistoria,* 59, 2, pp. 81-100.

FARNIÉ, Cristina, y QUESADA, Fernando (2005), *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica,* Murcia.

FATÁS, Guillermo (1980), *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza),* II, *Tabula Contrebiensis,* Zaragoza.

FAUSTOFERRI, Anna Maria (2000), «Artisti Ionici itineranti», en Friedrich KRIZINGER (ed.), *Die Ägäis und das westliche Mittelmeer,* Viena, pp. 315-323.

FENTRESS, Elizabeth (2001), «Villas, Wine and Kilns: the Landscape of Jerba in the Hellenistic Period», *Journal of Roman Archaeology,* 14, pp. 249-268.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Macarena (2009), «Sistemas de almacenamiento en Alarcos. El ejemplo del edificio tripartito», en Rosario GARCÍA HUERTA y

David RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares,* Cuenca, pp. 225-239.

FERNANDEZ URIEL, Pilar; GONZÁLEZ WAGNER, Carlos, y LÓPEZ PARDO, Fernando (eds.) (2000), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo,* Madrid.

FERRER, Eduardo (ed.) (2002), *Ex Oriente Lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica,* Sevilla.

FERRER, Eduardo, y BANDERA, María Luisa de la (2007), «Santuarios, aldeas y granjas. El poblamiento durante el Bronce Final y el periodo orientalizante», *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones,* Sevilla, pp. 45-88.

FERRER, Joan (2009), «El sistema de numerales ibérico», *Paleohispánica,* 9, pp. 451-479.

FLETCHER, Domingo (1949), «Defensa del iberismo», *Anales del Centro de Cultura Valenciana,* 10, 24, p. 166.

— (1951), «¿Existieron los Iberos?», *IV Congreso Arqueológico del Sureste,* Cartagena.

— (1960), *Problemas de la cultura ibérica. Parte primera de La Bastida de les Alcuses,* Trabajos Varios del SIP 22, Valencia.

— (1965), *La necrópolis de La Solivella (Alcalá de Chivert),* Trabajos Varios del SIP 32, Valencia.

FOGELIN, Lars (2007), «The Archaeology of Religious Ritual», *Annual Review of Anthropology,* 36, pp. 55-71.

FUENTES, María Mercedes (2006), «Propuesta de definición del estilo pictórico de La Serreta», *Recerques del Museu d'Alcoi,* 15, pp. 29-74.

GARCÉS, Ignaci (1993), «Terracotas femeninas de aspecto ibérico en Cataluña y Arangón», *Pyrenae,* 24, pp. 207-223.

GARCÍA-BELLIDO, María Paz (1982), *Las monedas de Cástulo con escritura indígena. Historia numismática de una ciudad minera,* Barcelona.

— (1990), *El Tesoro de Mogente y su entorno monetal,* Estudis numismàtics valencians, 5, Valencia.

— (1995), «Célticos y púnicos en la Beturia según los documentos monetales», *Cuadernos Emeritenses,* 9, pp. 257-292.

— (1998), «Sobre la moneda de los íberos», *Revista de Estudios Ibéricos,* 3, pp. 109-126.

— (2002), «Los primeros testimonios metrológicos y monetales de fenicios y griegos en el Sur peninsular», *Archivo Español de Arqueología,* 75, pp. 93-106.

GARCÍA CANO, José Miguel, y PAGE, Virginia (2004), *Terracotas y vasos plásticos de las necrópolis del Cabecico del Tesoso, Verdolay, Murcia,* Murcia.

— (2007), *30 años de investigación en Coimbra del Barranco Ancho. Jumilla,* Murcia.

García Gandía, José R., y Moratalla, Jesús (1998-1999), «Nuevos datos sobre la arquitectura de prestigio: la regia de las Tres Hermanas (Aspe, Alicante)», *Lucentum,* 17-18, pp. 163-182.

García Huerta, Rosario, y Morales, Francisco José (2002), «Los Oretanos», en Juan Pereira (coord.), *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Catilla-La Mancha),* Albacete, pp. 217-238.

— (2009), «Sistemas de almacenamiento y tratamiento de alimentos entre los pueblos prerromanos de la meseta meridional», en Rosario García Huerta y David Rodríguez González (eds.), *Sistemas de almacenamiento y tratamiento de alimentos entre los pueblos prerromanos peninsulares,* Cuenca, pp. 167-207.

Garcia i Roselló, Joan (1993), *Turó de Dos Pins. Necròpolis Ibèrica,* Sabadell.

Garcia i Roselló, Joan; Pujol, Jaume; Cela, Xavier; Zamora, Dolors, y Sala, Óscar (2000), «Burriac. Un centre d'intercanvi de comerç a la Laietània ibèrica», en Consuelo Mata y Guillem Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 369-380.

García León, J. Miguel, y Espinosa, Antonio (eds.) (2005), *I Jornadas sobre la actualidad del patrimonio arqueológico de la Marina Baixa, Universidad Miguel Hernández, Campus de Altea,* Alicante.

García Mora, Félix (1991), *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio,* Granada.

García y Bellido, Antonio (1943), *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941,* Madrid.

— (1954), «Arte Ibérico», en Ramón Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España,* I y III, Madrid, pp. 671 ss.

Garlan, Yves (1974), *Recherches de poliorcétique grecque,* París.

— (2003), *La guerra en la Antigüedad,* Madrid.

Gil-Mascarell, Milagros (1971), *Yacimientos ibéricos de la Región Valenciana. Estudio del poblamiento,* resumen de la tesis doctoral, Valencia.

— (1975), «Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* 11, pp. 281-332.

— (1979), «Excavaciones en la Torre de Foios (Llucena, Castellón)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón,* 4, pp. 305-313.

Godelier, Maurice (1999), «Chefferies et États, une approche anthropologique», en Pascal Ruby (ed.), *Les princes de la protohistoire et l'émergence de l'état,* Nápoles-Roma, pp. 19-30.

Gómez Bellard, Carlos (ed.) (2003), *Ecohistoria del paisaje histórico. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo,* Valencia.

Gómez Moreno, Manuel (1925), «Sobre los iberos y su lengua», en *Homenaje a Menéndez Pidal,* III, Madrid, pp. 475-499.

GÓMEZ RAMOS, Pedro (1999), *Obtención de metales en la Prehistoria de la Península Ibérica,* British Archaeological Reports International Series, 753, Oxford.

GONZÁLEZ-ALCALDE, Julio (2006), «Cuevas-santuario ibéricas en Cataluña», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló,* 25, pp. 187-248.

GONZÁLEZ MARCÉN, Paloma; MONTÓN, Sandra, y PICAZO, Marina (eds.) (2006), «Dones i activitats de manteniment en temps de canvi», *Treballs d'Arqueologia,* 11, pp. 115-135.

GONZÁLEZ NAVARRETE, Juan (1987), *Escultura Ibérica del Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén,* Jaén.

GONZÁLEZ REYERO, Susana (1997), *Juan Cabré Aguiló y la construcción de la cultura ibérica en la primera mitad del siglo XX,* Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, Murcia.

GONZÁLEZ VILLAESCUSA, Ricardo (2001), *El mundo funerario romano en el País Valenciano,* Madrid, pp. 215-225.

GOZALBES, Manuel (2002), «La producción de *Turiasu:* plata frente a bronce», en *Funció i producció de les seques indígenes,* Barcelona, pp. 125-145.

GOURY, Dominic (1995), «Les vases pseudo-ioniens des vallées de la Cèze et de la Tave (Gard)», *Sur les pas des Grecs en Occident. Hommages à A. Nickels,* Etudes Massaliètes 4, París-Lattes, pp. 309-324.

GRÀCIA, Francesc (2009), «Producción y almacenamiento de excedentes agrícolas en el NE peninsular entre los siglos VII y II a.C. Análisis crítico», en Rosario GARCÍA HUERTA y David RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares,* Cuenca, pp. 9-71.

GRÀCIA, Francesc, y MUNILLA, Glòria (2000), «Los graneros sobreelevados en el Mediterráneo Occidental», en *Els productes alimentaris d'origen vegetal. Col.loqui Internacional per a l'estudi de l'Edat del Ferro,* Girona, pp. 339-349.

GRÀCIA, Francesc; FULLOLA, Josep Maria, y VILANOVA, Francesc (2002), *59 anys iI 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a LLuís Pericot (1919-1974),* Barcelona.

GRACIA, Francisco (2011), *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio,* Madrid.

GRAELLS, Raimon (2008), «Mistophoroi ilergetes en el siglo IV a.C.: el ejemplo de las tumbas de caballo de la necrópolis de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Catalunya, España)», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums,* 55, pp. 81-158.

GRAELLS, Raimon, y ARMADA, Xosé-Lois (2011), «La tumba de Les Ferreres de Calaceite a partir de los materiales del Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye», *Studi Etruschi,* 74, pp. 17-37.

GRAU, Elena, y PONS, Enriqueta (2005), «Les activitats agrícoles i el seu desenvolupament al llarg del primer mil.leni a.n.e.», en Emili GIRALT (dir.),

Josep Guitart (coord.), *Història agraria dels Països Catalans, Antiguitat,* Barcelona, pp. 181-291.
Grau, Ignacio; Olmos, Ricardo, y Perea, Alicia (2008), «La habitación sagrada de la ciudad ibérica de La Sereta», *Archivo Español de Arqueología,* 81, pp. 5-29.
Grottanelli, Cristiano (1979), «Santuari e divinità delle colonie d'occidente», en *La religione fenicia. Matrici orientali e sviluppi occidentali,* Roma, pp. 107-133.
Gubel, Eric (1987), *Phoenician Furniture,* Studia Phoenicia, 7, Lovaina.
Guérin, Pierre (dir.) (2003), *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano,* Trabajos Varios del SIP, 101, Valencia.
Gutiérrez, Luis M. (2002), *El oppidum de Giribaile,* Jaén.
Habermas, Jürgen (1993), *El discurso filosófico de la Modernidad,* Madrid.
Haskell, Francis (1994), *La historia y sus imágenes: el arte y la interpretación del pasado,* Madrid.
Hebert, Jean-Claude (1990), «Les deux phiales à inscriptions ibériques du tumulus núm. III de la lande "Masplède" à Vieille Aubagnan (Landes)», *Bulletin de la Société de Borda-Dax,* 115, pp. 1-40.
Hobsbawm, Eric J. (1971), *Las revoluciones burguesas,* Madrid.
Hobsbawm, Eric J., y Ranger, Terence (2002), *La invención de la tradición*, Barcelona.
Horn, Federica, y Marín, María Cruz (2007), *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina,* Sevilla.
De Hoz, Javier (1984), «Los grafitos de El Cigrralejo y los signos mercantiles griegos en Hispania», *Boletín de Estudios de Arte y Arqueología,* 19, pp. 11-14.
— (2009), «La escritura greco-ibérica», en Manuel Olcina y Julio J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania ibérica,* Alicante, pp. 31-41.
Humphreys, S. Craig (1983), *The Family, Women and Death: Comparative Studies,* Londres.
Hurst, Henry, y Owen, Sarah (eds.) (2005), *Ancient Colonizations. Analogy, Similarity and Difference,* Londres.
Izquierdo, Isabel (1998), «Iberian Anthropomorphic Steles: La Serrada (Ares del Maestre, Castellón) and Mas de Barberán (Nogueruela, Teruel) Examples», *Journal of Iberian Archaeology,* 0, pp. 115-131.
— (2000), *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela,* Trabajos Varios del SIP, 98, Valencia.
— (2001), «La trama del tejido y el vestido femenino en la cultura ibérica», en Manuela Martín (ed.), *Tejer y vestir: de la Antigüedad al Islam,* Madrid, pp. 287-311.
Jardón, Paula; Quixal, David; Mata, Consuelo; Ntinou, María, y Pascual, Guillermo (2009), «La Fonteta Ràquia: une installation apicole du III siè-

cle av. J.-C. dans la péninsula Ibérique», *Lunula Archeologia Protohistorica,* 17, pp. 193-200.

JIMÉNEZ, Javier (2000), «Timiaterios "chipriotas" de bronce de centros de producción occidentales», *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos,* Cádiz, pp. 1581-1594.

JUAN I MOLTÓ, Jordi (1987-1988), «El conjunt de tarracotes votives del santuari de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila)», *Saguntum,* 21, pp. 295-329.

JUAN I TRESSERRAS, Jordi (2000a), «La cerveza: un producto de consumo básico entre las comunidades ibéricas del NE peninsular», en Consuelo MATA y Guillem PÉREZ JORDÀ (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 141-148.

— (2000b), «Apéndice», *Archivo Español de Arqueología,* 73, pp. 103-104.

JUAN I TRESSERRAS, Jordi, y MATAMALA, Juan Carlos (2004), «Los contenidos de las ánforas del Mediterráneo occidental», en Joan SANMARTÍ, Daniela UGOLINI, Joan RAMON, David ASENSIO (eds.), *La circulación d'àmfores al Mediterrani Occidental durant la protohistòria (segles VIII-III a.C.), aspectes quantitatius i análisis de continguts, Arqueomediterrània,* 8, pp. 283-291.

JULLIAN, Camille (1903), «La thalassocratie phocéenne. À propos du buste d'Elche», *Bulletin Hispanique,* 5, 2, pp. 101-111.

JUNYENT, Emili (1996), «El poblat fortificat dels Vilars», en *Història, Política, Societat i Cultura dels Països Catalans,* Enciclopedia Catalana 1, Barcelona, pp. 254-255.

JUNYENT, Emili, y BALDELLOU, Vicent (1972), «Estudio de una casa ibérica en el poblado de Mas Boscá», *Príncipe de Viana,* 126-127, pp. 45-67.

KANT, Immanuel (2004), *Antropología,* Madrid.

KEAY, Simon (2001), «Romanization and the Hispaniae», en Simon KEAY y Nicola TEROMATO (eds.), *Italy and the West. Comparative Issues in Romanization,* Oxford, pp. 117-144.

LABORDE, Alexandre de (1806-1820), *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne,* 4 vols., París. Traducción española vol. 1, Abadía de Montserrat, 1975.

— (1808), *Itinéraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des diferentes branches de l'administration et de l'industrie de ce Royaume,* 5 vols. y 1 atlas, París.

LAFUENTE, Ángel (1992), «La producción de cerámica ibérica del taller de Fontscaldes (Valls, Alt Camp)», en *La ceràmica de técnica ibèric a la Catalunya romana (segles II-I a.C.),* Barcelona, pp. 47-77.

LANGLOTZ, Ernst (1966), *Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung des Küsten des Mittelemeers duch die Stadt Phokaia,* Colonia.

LANTIER, Raimond (1935), *El santuario ibérico del Castellar de Santisteban,* Madrid.

LASHERAS, Ana Belén (2009), *España en París. La imagen nacional en las exposiciones universales, 1855-1900,* Santander.

LÁZARO, Abilio; ARANEGUI, Carmen; FLETCHER, Domingo, y MESADO, Norberto (1981), *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón),* Trabajos Varios del SIP 79, Valencia.
LENERZ DE WILDE, Majolie (1986), *Art celtique et armes ibériques,* Suplemento 1 a la revista *Aquitania,* París.
LEÓN, Pilar (1998), *La sculpture des Ibères,* París.
— (2003), «Jonia e Iberia», *Romvla,* 2, pp. 13-42.
LEPORE, Ettore (1989), «L'emporion: problemi storiografici e metodologici», en *Marines marchantes et commerce grec, carthaginois et étrusques Dans la Mer Tyrrhenienne,* Bruselas.
LÉVÊQUE, Pierre (1985), *Bêtes, dieux, hommes. L'imaginaire des premières religions,* París.
LILLO, Pedro (1981), *El poblamiento ibérico en Murcia,* Murcia.
— (1993-1994), «Notas sobre el templo del Santuario de la Luz (Murcia)», *Anales de Prehistoria y Arqueología,* 9-10, pp. 155-174.
LISSARRAGUE, François (1987), «Voyages d'images: iconographie et aires culturelles», *Revue d'Etudes Anciennes,* 89, pp. 261-269.
LLINÀS, Joan; MERINO, Josep; MIRÓ, Maite; PALAHÍ, Lluis, y SAGRERA, Jordi (1998), *La Peralada ibèrica i medieval segons l'arqueologia. Les excavacions de 1898 a 1995,* Monografíes emporitanes, 4, Figueres.
LLOBREGAT, Enrique (1972), *Contestania Ibérica,* Alicante.
— (1989), «Los "graffiti" en escritura grecoibérica y púnica de la Illeta dels Banyets. El Campello, Alicante», *Archivo de Prehistoria Levantina,* 19, pp. 146-166.
LLORENS, María del Mar, y RIPOLLÈS, Pere Pau (1998), *Les encunyacions ibèriques de Lauro,* Granollers.
LOMAS, Kathryn, y SHEFTON, Brian B. (2004), *Greek identity in the western Mediterranean: Papers in Honour of Brian Shefton,* Leiden-Boston.
LÓPEZ MULLOR, Albert; FIERRO, Xavier, y RIERA, Manel (2005), «Resultats de les excavacions de 1997 a l'oppidum del Turó de Montgròs (Osona)», en *Món ibèric als Països Catalans. XIII Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà,* Puigcerdà, pp. 141-162.
LÓPEZ BRAVO, Fernando (2002), «La urna ibérica de orejetas perforadas», *Complutum,* 14, pp. 97-116.
LÓPEZ CASTRO, José Luis (2004), «Un santuario rural en Baria (Villaricos)», en *II Congreso Internacional sobre el Mundo Púnico,* Estudios Orientales 5-6, Barcelona, pp. 77-90.
LÓPEZ PALOMO, Luis Alberto (1982), «El poblado de Alhonoz (Herrera, Sevilla)», en *Homenaje a Concepción Fernández Chicarro,* Madrid, pp. 159-169.
LÓPEZ PARDO, Fernando (2009), «Nergal y la deidad del banquete infernal de Pozo Moro», *Archivo Español de Arqueología,* 82, pp. 31-68.

López Seguí, Eduardo (2000), «La alfarería ibérica en Alicante. Los alfares de la Illeta dels Banyets, La Alcudia y El Tossal de Manises», en Consuelo Mata y Guillem Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 245-248.
Loraux, Nicole (1991), «¿Qué es una diosa?», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres,* I, *La Antigüedad,* Barcelona, pp. 29-69.
Lucas, María Rosario (1994), «Historiografía de la escultura ibérica hasta la ley de 1911», *Revista de Estudios Ibéricos,* 1, pp. 15-42.
Lucas, María Rosario, y Ruano, Encarnación (1990), «Sobre la arquitectura ibérica de Cástulo (Jaén). Reconstrucción de una fachada monumental», *Archivo Español de Arqueología,* 63, pp. 43-64.
Lull, Vicente, y Picazo, Marina (1989), «Arqueología de la muerte y estructura social», *Archivo Español de Arqueología,* 62, pp. 5-20.
Madrigal, Antonio (1997), «El ajuar de la cámara funeraria ibérica de Toya (Peal de Becerro, Jaén)», *Trabajos de Prehistoria,* 54, 1, pp. 167-181.
Maestro, Elena (1975), *Cerámica ibérica decorada con figura humana,* Monografías arqueológicas, 31, Zaragoza.
Maluquer, Juan (1968), *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica,* Barcelona.
Maluquer, Juan, y Picazo, Marina (1992), «Una casa de finals del segle V a l'oppidum d'Ullastret», *Fonaments,* 8, pp. 25-51.
Mangin, Michel (1981), *Un quartier de commerçants et d'artisans d'Alesia. Contribution à l'histoire de l'habitat urbain en Gaule,* 2 vols., París.
Marín, María Cruz (1987), «¿Tanit en España?», *Lucentum,* 4, pp. 43-79.
Márquez, Fernando (1959), *Siete arqueólogos, siete culturas,* Buenos Aires.
Martí, María Ángeles (1998), *El área territorial de Arse-Saguntum en época ibérica,* Valencia.
Martín, Aurora (1988), «Algunes precisions més sobre la ceràmica ibèrica indiketa decorada amb pintura blanca», *Fonaments,* 7, pp. 47-56.
Martín, Aurora; Buxó, Raimon; López, Joan B., y Mataró, Montserrat (dirs.) (1999), *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1987-1992),* Monografies d'Ullastret, Girona.
Martín, Aurora; Plana, Rosa, y Caravaca, Jordi (2000), «Les activitats artesanals al poblat d'Ullastret (Baix Empordà) i el seu territori», en Consuelo Mata y Guillem Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 249-256.
Martín, Gabriela (1970), *Dianium. Arqueología romana de Denia,* Valencia.
Martinelli, Bruno (dir.) (2005), *L'interrogation du style. Anthropologie, technique et esthétique,* Aix-en-Provence.
Martínez Valle, Asunción; Castellano, Juan J.; Cuartero, Felipe, y Sáez, Antonio (2001), «Los hornos ibéricos de las Casillas del Cura (Venta del

Moro, Valencia)», *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel,* anejos a la revista *Lucentum,* 45, Alicante, pp. 135-150.

MATA, Consuelo (1991), *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la Cultura Ibérica,* Trabajos Varios del SIP, 88, Valencia.

MATA, Consuelo, y BONET, Helena (1992), «La cerámica ibérica: ensayo de tipología», *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester,* Trabajos Varios del SIP, 89, pp. 117-174.

MATA, Consuelo, y SORIA, Lucía (1997), «Marcas y epígrafes sobre contenedores de época ibérica», *Archivo de Prehistoria Levantina,* 22, pp. 297-374.

MATA, Consuelo, y PÉREZ JORDÀ, Guillem (eds.) (2000), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia.

MATA, Consuelo; MORENO, Andrea; PÉREZ JORDÀ, Guillem; QUIXAL, David, y VIVES-FERRÁNDIZ, Jaime (2009), «Casas y cosas del campo: hábitat agrícola y estructura social en los territorios de Edeta y Kelin», en María C. BELARTE (ed.), *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (1er mileni a.C.), Arqueomediterrània,* 11, Barcelona.

MATA, Consuelo; BADAL, Ernestina; COLLADO, Eva, y RIPOLLÈS, Pere Pau (eds.) (2010), *De lo real a lo imaginario,* Trabajos Varios del SIP, 111, Valencia.

MATEOS, Pedro; CELESTINO, Sebastián; PIZZO, Antonio, y TORTOSA, Trinidad (eds.) (2009), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 45, Madrid.

MATTINGLY, David J. (1997), «Dialogues in Roman Imperialism», *Journal of Roman Studies,* Suppl. 23, Oxford.

MELE, Antonio (1983), *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes,* Pisa-Roma.

MESKELL, Lynn (1995), «Godesses, Gimbutas and "New Age" Archaeology», *Antiquity,* 69, pp. 74-86.

MIRÓ, María Teresa (2006), *La ceràmica àtica de figures roges de la ciutat grega d'Emporion,* Monografíes emporitanes, 14, Barcelona.

MITXELENA, Koldo (1964), *Textos arcaicos vascos,* Madrid.

MOLINOS, Manuel; CHAPA, Teresa; RUIZ, Arturo; PEREIRA, Juan; MADRIGAL, Antonio; ESTEBAN, Ángela; MAYORAL, Victorino, y LLORENTE, Montserrat (2008), *El santuario heroico de «El Pajarillo» (Huelma, Jaén),* Jaén.

MOLIST, Núria, y ROVIRA, Jordi (1991), «La fortificación ibèrica del Turó del Montgròs (El Brull, Osona)», en VVAA, *Fortificacions. La problemàtica del ibèric plé (segles IV-III a.C.),* Manresa, pp. 249-264.

MONRÓS, Meritxel (2010), «L'edifici singular A de la ciutat ibèrica del Molí d'Espígol (Tornabous, L'Urgell), interpretació i funcionalitat», *Cypsela,* 18, pp. 209-222.

MORA, Gloria (2004), «Pierre Paris y el hispanismo arqueológico», en Trinidad TORTOSA (coord.), *El yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicante), pasado y presente de un enclave ibérico,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 30, Madrid, pp. 27-42.

MORATALLA, Jesús (2005), «El territorio meridional de la Contestania», en Lorenzo ABAD, Feliciana SALA, Ignacio GRAU (eds.), *La Contestania ibérica treinta años después,* Alicante, pp. 91-117.

MORENA, José Antonio de la (1989), *El santuario ibérico de Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba),* Estudios cordobeses, 46, Córdoba.

MORENO, Margarita (2007), *Exvotos ibéricos,* I, *El Instituto Valencia de Don Juan,* Jaén.

MORET, Pierre (1996a), *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine,* Madrid.

— (1996b), «Torres circulares del Bajo Aragón y zonas vecinas: hacia la definición de un modelo regional», en Arturo OLIVER (ed.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica,* Castellón, pp. 187-218.

— (1997), «Pierre Paris (1859-1931), precursor de la arqueología ibérica», en VVAA, *Los Iberos Príncipes de Occidente,* Barcelona, pp. 70-71.

— (1998), «Rostros de piedra. Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones urbanas ibéricas», en Carmen ARANEGUI (ed.), *Actas del Congreso Internacional Los Iberos Príncipes de Occidente. Las estructuras del poder en la sociedad ibérica, Saguntum-extra,* 2, Barcelona, pp. 83-92.

NEGUERUELA, Iván (1990), *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén),* Madrid.

NEVILLE, Ann (2007), *Mountains of Silver & Rivers of Gold. The Phoenicians in Iberia,* Oxford.

NICOLINI, Gérard (1969), *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques,* París.

NIETO, Xavier; SANTOS, Marta, y TARONGÍ, Francesc (2005), «El barco griego de Cala Sant Vicenç (Pollença, Mallorca)», en Bianca Maria GIANNATTASIO, Cristina CANEPA, Luisa GRASSO y Eliana PICCARDI (dirs.), *Aequora, jam, mare... Mare, uomini e merci nel Mediterráneo antico,* Florencia, pp. 33-46.

NOGUERA, Jaume (2002), *Ibers al Ebre,* Móra d'Ebre.

NOLLA, Josep M.; PALAHÍ, Lluís, y VIVÓ, Jordi (2010), *De l'oppidum a la civitas. La romanització inicial de la Indigètia,* Girona.

NOGUERA, José Miguel (1994), *La escultura romana de la provincia de Albacete (Hispania Citerior-Conventus Carthaginensis),* Albacete.

— (2003), «La escultura hispanorromana en piedra de época republicana», en Lorenzo ABAD (ed.), *De Iberia in Hispaniam,* Madrid, pp. 151-208.

NORDSTRÖM, Solveig (1967), *Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera (San Fulgencio, Alicante),* Trabajos Varios del SIP 34, Valencia.

OLCINA, Manuel (2005), «La Illeta dels Banyets, El Tossal de Manises y La Serreta», en Lorenzo ABAD, Feliciana SALA, Ignacio GRAU (eds.), *La Contestania ibérica treinta años después,* Alicante, pp. 147-178.

— (2009), *Lucentum (Tossal de Manises, Alicante), arqueología e historia,* Alicante.

OLCINA, Manuel; MARTÍNEZ-CARMONA, Adoración, y SALA, Feliciana (2009), *La Illeta dels Banyets (el Campello, Alicante). Épocas ibérica y romana,* Alicante.

OLIVER, Arturo (coord.) (2006), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica,* Castellón.

OLIVER, Arturo, y PEREA, Alicia (1999), «El depósito ritual del Puig de la Nau (Benicarló, Castellón)», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló,* 20, pp. 198-208.

OLMOS, Pau (2008), «Adaptació metrològica grega en la arquitectura ibèrica: Puig de Sant Andreu d'Ullastret i Mas Castellar de Pontós», *Cypsela,* 17, pp. 273-285.

— (2009), «Aproximació a la metrologia ibèrica a Catalunya (segles V-II a.C.)», *Revista d'Arqueologia de Ponent,* 19, pp. 51-74.

OLMOS, Ricardo (1996), «Pozo Moro. Ensayo de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico», en *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica,* Madrid, pp. 99-114.

— (1999), «Una utopía de posguerra: el *Corpus Vasorum Hispanorum*», en Juan BLÁNQUEZ y Lourdes ROLDÁN (eds.), *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas,* Madrid, pp. 155-166.

— (2004) «La Dama de Galera: la apropiación sacerdotal de un modelo divino», en Juan PEREIRA, Teresa CHAPA, Antonio MADRIGAL, Ana URIARTE y Victorino MAYORAL (2004), *La necropolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional,* Madrid, pp. 213-238.

— (2007), «El lenguaje de la diosa de los pebeteros: signo icónico y función narrativa en dos tumbas de La Albufereta (Alicante)», en Frédérique HORN y María Cruz MARÍN (eds.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana. Los pebeteros en forma de cabeza femenina,* Sevilla, pp. 367-390.

OLMOS, Ricardo; TORTOSA, Trinidad, e IGUACEL, Pilar (1992), *La sociedad ibérica a través de la imagen,* Madrid.

OLMOS, Ricardo, y PEREA, Alicia (1994), «Los platos de Abenjibre: una aproximación», *Iberos y Griegos,* 1, Madrid, pp. 377-401.

OLMOS, Ricardo, y ROUILLARD, Pierre (eds.) (1996), *Formas arcaicas y arte ibérico,* Madrid.

OLMOS, Ricardo, y SERRANO, María Luisa (2000), «El vaso del "Ciclo de la Vida" de Valencia: una reflexión sobre la imagen metafórica en época ibero-helenística», *Archivo Español de Arqueología,* 73, pp. 59-85.

ORFILA, Margarita; BARATTA, Giulia, y MAYER, Marc (2010), «Los santuarios de Calescoves (Alaior, Menorca), Coberxo Blanc y Cova dels Jurats o L'Esglesia. Informe preliminar», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada,* 20, pp. 439-477.

PAGE, Virginia (1984), *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia,* Madrid.

PALLARÈS, Ramon (1983-1984), «El sistema defensivo frontal del Castellet de Banyoles, Tivissa, Ribera d'Ebre», *Pyrenae,* 19-20, pp. 113-126.

PANOFSKY, Erwin (2002), *Estudios sobre iconología,* Madrid.

PANOSA, María Isabel (1999), *La escritura ibérica en Cataluña y su contexto socioeconómico (siglos V-I a.C.),* Vitoria.

PARIS, Pierre (1903-1904), *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive,* 2 vols., París.

PEREA, Alicia (1996), «La orfebrería peninsular en el marco del arcaísmo mediterráneo: dos perspectivas», en Ricardo OLMOS y Pierre ROUILLARD (eds.), *Formas arcaicas y arte ibérico,* Madrid, pp. 95-110.

PEREA, Alicia, y ARANEGUI, Carmen (2001), *Argantonio. Rey de Tartessos,* Alicante.

PEREA, Alicia, y ARMBRUSTER, Barbara (2011), «Tomb 100 at Cabezo Lucero: New Light on Goldworking in Fourth-Century BC Iberia», *Antiquity,* 85, pp. 158-171.

PEREIRA, Gerardo (1988), «Cambios estructurales versus romanización convencional. La transformación del paisaje político en el Norte de Hispania», *Estudios sobre la Tabula Siarensis,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 9, Madrid, pp. 245-259.

PEREIRA, Juan; CHAPA, Teresa; MADRIGAL, Antonio; URIARTE, Ana, y MAYORAL, Victorino (2004), *La necropolis ibérica de Galera (Granada). La colección del Museo Arqueológico Nacional,* Madrid.

PEREZ, Joseph (2009), *La leyenda negra,* Madrid.

PÉREZ BALLESTER, José, y BORREDÁ, Rosario (2004), «La Carraposa (Rotglà i Corbera-Llanera de Ranes). Un lugar de culto ibérico en el valle del Cànyoles (La Costera, Valencia)», *Madrider Mitteilungen,* 45, pp. 274-320.

PÉREZ BALLESTER, José, y GÓMEZ BELLARD, Carlos (2004), «Imitaciones de vasos plásticos en el mundo ibérico», en Ricardo OLMOS, Pierre ROUILLARD (eds.), *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de Era),* Collection Casa de Velázquez, 89, Madrid, pp. 31-47.

PERICAY, Pere, y MALUQUER, Juan (1963), «Problemas de la lengua indígena en Cataluna», en *II Symposium de Prehistoria Peninsular,* Barcelona, pp. 101-143.

PHILIPON, Edouard (1909), *Les Ibères,* París.

PLA, Enrique (1959), «El problema del tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en la Región Valenciana», en *V Congreso Nacional de Arqueología,* Zaragoza, pp. 128-133.

— (1968), «Instrumentos de trabajo ibéricos en la Región Valenciana», en *Estudios de Economía antigua de la Península Ibérica,* Barcelona, pp. 143-190.

POLANYI, Karl (1971), «Ports of Trade», en George DALTON (ed.), *Primitive, Archaic and Modern Economies,* Boston, pp. 238-261.

PONS, Enriqueta (2002), *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà), un complex arqueològic d'època ibèrica: excavacions 1990-1998,* Girona.

PONS, Enriqueta; COLOMINAS, Lidia; SAÑA, María, y VARGAS, Anna (2011), «Mas Castellar, Pontós, Gérone», en Réjane ROURE y Lionel PERNET (dirs.), *Des rites et des homes,* París, pp. 205-210.

PRADO, Gabriel de (2010), «La fortificación ibérica del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Cataluña), aspectos técnicos, formales y funcionales», en Henri TRÉZINY (ed.), *Grecs et indigènes de la Catalogne a la Mer Noire,* París-Aix-en-Provence, pp. 567-581.

PRADOS, Fernando (2004), «¿Almacenes o centros redistribuidores de carácter sacro? Una reflexión en torno a un modelo arquitectónico tipificado en la Protohistoria mediterránea», en *El mundo púnico. Religión, Antropología y cultura material, Estudios Orientales,* 5, 6, pp. 173-180.

— (2006), «Sobre arquitectura ibérica y dependencias sacras: un módulo tipificado a debate», *Lucentum,* 25, pp. 47-69.

PRADOS, Lourdes (1992), *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional,* Madrid.

— (2007), «Iconografía, arqueología y género: En busca de la divinidad femenina», en Margarita SÁNCHEZ ROMERO (ed.), *Arqueología y género, Complutum,* 18, pp. 217-226.

— (2010), «La mujer aristocrática en el paisaje funerario ibérico», en Teresa CHAPA e Isabel IZQUIERDO (eds.), *La Dama de Baza: un viaje femenino al más allá,* Madrid, pp. 223-240.

PRALON, Didier (1992), «La légende de la fondation de Marseille», en *Marseille grecque et la Gaule,* Etudes massaliètes 3, Aix-en-Provence, pp. 51-55.

PUIG, Anna Maria, y MARTÍN, María Aurora (coords.) (2006), *La colònia grega de Rhode (Roses, Alt Empordà),* Girona.

QUESADA, Fernando (1997), *El armamento en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.),* Montagnac.

— (2002), «La evolución de la panoplia. Modos de combate y tácticas de los iberos», *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a.C.),* Madrid, pp. 35-64.

RADA, Juan de D. de la (1875), *Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre,* Madrid.

RADDATZ, Klaus (1969), «Die Schatzfunde der iberischen Halbinsel vom Ende des Dritten bis zur Mitte des resten Jahrhundersts vor Chr.Geb.», *Madrider Forschungen,* 5, pp. 258-264.

RAFEL, Núria (1994), *El Coll del Mozo: recinte fortificat ibèric. Campanyes del 1982 al 1983 (Gandesa, Terra Alta),* Barcelona.
— (2005), «Los soportes de Calaceite y las manufacturas ornamentales de bronce del ibérico antiguo», en Sebastián CELESTINO y Javier JIMÉNEZ (eds.), *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Int. de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 35, Mérida, pp. 491-501.
— (2007), «El textil como indicador de género en el registro funerario», *Treballs d'Arqueologia,* 13, pp. 113-144.
RAMON, Joan (1995), *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental,* Colección Instrumenta, 2, Barcelona.
RAMOS, Alejandro (1966), «Fragmentos de escultura ibérica de Elche», *Archivo de Prehistoria Levantina,* 11, pp. 149-153.
— (1990), *Cerámica ibérica de La Alcudia (Elche, Alicante),* Alicante.
RAMOS LOSCERTALES, José M. (1924), «La *devotio* ibérica», *Anuario de Historia del Derecho,* 1, pp. 7-26.
REINACH, Théodore (1898), «La tête d'Elche au Musée du Louvre», *Revue d'études grecques,* 11, pp. 39-60.
RIBERA, Albert (1982), *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, púnicas, ibéricas),* Trabajos Varios del SIP, 73, Valencia.
RIPOLLÈS, Pere Pau (2005), «Las acuñaciones antiguas de la Península Ibérica: dependencias e innovaciones», en *XIII Congreso Internacional de Numismática,* 1, Madrid-Cádiz, pp. 187-208.
— (2007), *Las acuñaciones de la ciudad ibérica de Saitabi,* Valencia.
— (2009), «El dinero en la Contestania durante los siglos V-III a.C.», en Manuel OLCINA y Julio J. RAMÓN (eds.), *Huellas griegas en la Contestania Ibérica,* Alicante, pp. 62-75.
RIPOLLÈS, Pere Pau, y ABASCAL, Juan M. (2000), *Monedas Hispánicas,* Madrid.
RIPOLLÈS, Pere Pau, y LLORENS, María Del Mar (eds.) (2002), *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y de su territorio,* Sagunto.
RIPOLLÈS, Pere Pau, y RIBERA, Albert (2005), «El tesoro de Cheste», en Albert RIBERA y Pere Pau RIPOLLÈS (eds.), *Tesoros monetarios de Valencia y su entorno,* Valencia, pp. 19-33.
RÍSQUEZ, Carmen, y GARCÍA LUQUE, Antonia (2007), «¿Actividades de mantenimiento en el registro funerario?», *Treballs d'Arqueologia,* 13 pp. 145-170.
RODÁ, Isabel (1993), «Escultura republicana en la Tarraconense», en Trinidad NOGALES (ed.), *I Reunión Española de Escultura Romana,* Mérida, pp. 207-219.
RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco (1946), «La "fides" ibérica», *Emerita,* 14.
RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso (2004), *El edificio protohistórico de «La Mata» (Campanario, Badajoz) y su entorno territorial,* Cáceres.
ROSSER, Pablo, y FUENTES, Carolina (eds.) (2007), *Tossal de les Basses. Seis mil años de historia de Alicante,* Alicante.

ROUILLARD, Pierre (1991), *Les Grecs et la péninsule Ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ,* París.
— (1995), «Le Pays Valencien et les archéologues fraçais du XIXe siècle», en *Homenaje a Milagros Gil-Mascarell, Saguntum,* 29, pp. 105-112.
— (2002), «Identités et cultures dans le monde méditerranéen antique», en *Études réunies par Christel Müller et Francis Prost en l'honneur de Francis Croissant,* París, p. 43.
ROVIRA HORTOLÁ, María Carme (1993), «Estudi arqueometal.lurgi de l'Illa d'en Reixac-Ullastret (Baix Empordà)», *Revista d'Arqueologia de Ponent,* 3, pp. 65-149.
— (1998), «L'exhibició d'armes i cranis en els hàbitats ibers septentrionals», *Cypsela,* 12, pp. 167-182.
— (2000), «Los talleres de herrero en el mundo ibérico: aspectos técnicos y sociales», en Consuelo MATA y Guillem PÉREZ JORDÀ (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 265-270.
ROVIRA, Salvador (2000), «Continuismo e innovación en la siderurgia ibérica», en Consuelo MATA y Guillem PÉREZ JORDÀ (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants, Saguntum-extra,* 3, Valencia, pp. 209-228.
RUANO, Encarnación (1987), *La escultura ibérica de piedra en el mundo ibérico,* 3 vols., Madrid.
— (1988), «El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete), una nueva interpretación del santuario», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid,* 15, pp. 253-273.
RUBY, Pascal (ed.) (1999), *Les princes de la protohistoire et l'émergence de l'état,* Nápoles-Roma.
RUEDA, Carmen (2011), *Territorio, culto e iconografía en los santuarios iberos del Alto Guadalquivir,* Jaén.
RUIZ, Arturo (2009a), «Identidad social y príncipes. El caso del Alto Guadalquivir», *Arqueología Espacial,* 27, pp. 113-130.
— (2009b), «Del espacio urbano a la ciudad en la sociedad ibera», en Pedro MATEOS, Sebastián CELESTINO, Antonio PIZZO y Trinidad TORTOSA (eds.) (2009), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 45, Madrid, pp. 153-173.
RUIZ, Arturo; MOLINOS, Manuel, y CHOCLÁN, Concepcción (1991), «Fortificaciones ibéricas en la Alta Andalucía», en *Fortificacions. La problemàtica del ibèric plé (segles IV-III a.C.),* Manresa, pp. 109-126.
RUIZ, Arturo, y MOLINOS, Manuel (1993), *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico,* Madrid.
— (2007), *Iberos en Jaén,* Jaén.
RUIZ, Arturo; SÁNCHEZ, Alberto, y BELLÓN, Juan Pedro (2003), «Aventuras y desventuras de los iberos durante el franquismo», en Fernando WULFF y Manuel ÁLVAREZ (eds.), *Antigüedad y franquismo,* Málaga, pp. 161-188.

SALA, Feliciana (1992), *La «tienda del alfarero» del yacimiento ibérico de La Alcudia,* Alicante.
SÁNCHEZ, Carmen (2000), «Vasos griegos para los príncipes ibéricos», en Paloma CABRERA y Carmen SÁNCHEZ (eds.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles,* Madrid, pp. 179-193.
SÁNCHEZ GÓMEZ, María Luisa (2002), *El contexto arqueológico del Santuario ibérico del Cerro de los Santos,* Albacete.
SANDARS, Horace (1911-1912), «The Weapons of the Iberians», *Archaeologia,* 36, p. 63.
SANMARTÍ, Enric (1993), *Una tomba de guerrer de la primera Edat del Ferro trobada a Llinars del Vallès (Vallès Oriental, Barcelona),* Treballs del Museu de Granollers, 1, Granollers.
SANMARTÍ, Enric; BARBERÁ, Josep; COSTA, Felip, y GARCIA, Pere (1982), «Les troballes funeràries d'època ibèrica arcaica de la Granja Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Vallès Occidental, Barcelona)», *Ampurias,* 44, pp. 71-104.
SANMARTÍ, Joan (1987), *La Laietània Ibèrica: estudi d'arqueologia i d'història,* Barcelona.
SANMARTÍ, Joan, y SANTACANA, Joan (1992), *El poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès). Campanyes 1983-1988,* Excavacions arqueològiques a Catalunya 11, Barcelona.
— (2005), *Els Ibers del nord,* Barcelona.
SANMARTÍ, Joan, y BRUGUERA, Ramón (1998), «Les àmfores ibèriques del celler del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà)», *Cypsela,* 12, pp. 183-194.
SANMARTÍ, Joan; UGOLINI, Daniela, y ASENSIO, David (eds.) (2004), *La circulació d'àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III a.C.), aspectes quantitatius i anàlisi de continguts, Arqueomediterrània,* 8, Barcelona.
SANTIAGO, R. Araceli (1989), «En torno al plomo de Pech Maho», *Faventia,* 11/2, pp. 163-179.
SANZ, Rubí (1997), *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición,* Murcia.
SANZ, Rubí, y BLÁNQUEZ, Juan (2010), «Caballeros ibéricos en torno a la Vía Hercúlea. Una mirada sobre la escultura ibérica», en Primitiva BUENO, Antonio GILMAN, Concha MARTÍN-MORALES y Francisco Javier SÁNCHEZ-PALENCIA (eds.), *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre prehistoria reciente, protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a María Dolores Fernández Posse,* Madrid, pp. 253-277.
SARDÀ, Samuel, y GRAELLS, Raimon (2004-2005), «Sobre la identificació d'un tipus d'urna d'orelletes arcaic a Catalunya», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló,* 24, pp. 173-188.

SARRIÓN, Inocencio (2003), «Dos nuevas inscripciones ibéricas del Castellet de Bernabé», en Pierre GUÉRIN (dir.), *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano,* Trabajos Varios del SIP 101, Valencia, pp. 363-368.

SAVIRÓN, Paulino (1875), «Noticias de varias excavaciones del Cerro de los Santos», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* 8, 10, 12, 14 y 15.

SCHUBART, Hermanfried (1963), «Untersuchungen an den Iberischen Befestigungen des Montgó bei Denia (Prov. Alicante)», *Madrider Mitteilungen,* 4, pp. 51-85.

SERRA RÀFOLS, José de C. (1941), «El tesoro de Tivissa», *Ampurias,* 3, pp. 15-33.

SILES, Jaime (1985), *Léxico de inscripciones ibéricas,* Madrid.

SILLIÈRES, Pierre (1977), «Le "Camino de Aníbal", itinéraire des Gobelets de Vicarello de Castulo à Saetabis», *Mélanges de la Casa de Velázquez,* 13, pp. 31-83.

— (1990), *Les voies de communications de l'Hispanie méridionale,* París.

SORIA, Lucía (2000), *La Cultura Ibérica en la provincia de Albacete: génesis y evolución a partir del estudio del poblamiento,* Albacete.

SUHR, Elmer G. (1963), «The Spinnig Afrodita in Minor Arts», *American Journal of Archaeology,* 61, 1, pp. 63-69.

TARRADELL, Miquel (1961), «Ensayo de estratigrafía comparada y cronología de los poblados ibéricos valencianos», *Saitabi,* 11, pp. 3-20.

— (1963), *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización,* Valencia.

— (1968), *Arte Ibérico,* Barcelona.

TARRADELL, Miquel, y SANMARTÍ, Enric (1980), «L'état actuel des études sur la céramique ibérique», *Annales littéraires de l'Université de Besançon,* 36, pp. 303-330.

TORELLI, Mario (1997), *Il rango, il rito e l'immagine. Alle origini della rappresentazione storica romana,* Roma.

TORRECILLAS, Juan Félix (1985), *La necrópolis de época tartésica del «Cerrillo Blanco» (Porcuna, Jaén),* Jaén.

TORTOSA, Trinidad (1999), «Tras las huellas de dos recipientes ibéricos: el vaso de los guerreros de Archena y el vaso Cazurro», en Juan BLÁNQUEZ y Lourdes ROLDÁN (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas,* Madrid, 167-171.

— (coord.) (2004), *El yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicanrte), pasado y presente de un enclave ibérico,* anejos al *Archivo Español de Arqueología,* 30, Madrid.

TOVAR, ANTONIO (1987), «Estado actual de los estudios ibéricos», *Homenaje a Domingo Fletcher Valls, 1, Archivo de Prehistoria Levantina,* 17, pp. 29-48.

TRENDALL, Arthur D. (1989), *Red Figured Vases of South Italy and Sicily,* Londres.

TRILLMICH, Walter (1990), «Early Iberian Sculpture an Phocean Colonisation», en Jean-Paul DESCOEUDRES (dir.), *Greek Colonist and Native Population,* Camberra, pp. 608-610.

TRUSZKOWSKI, Elizabeth (2006), *Étude stylistique des sculptures du sanctuaire ibérique du Cerro de los Santos (Albacete, Espagne),* Montagnac.

TSANTINI, Evanthia (2007), *Estudi de la producción i la distribución d'àmfores ibèriques en el NE peninsular a través de la seva caracterització arqueomètrica,* tesis doctoral, Universidad de Barcelona.

TUSA, Vincenzo (1996), «L'area industriale di Mozia», en Enrico ACQUARO (ed.), *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione,* Pisa-Roma, pp. 1003-1022.

UNTERMANN, Jürgen (1975-1997), *Monumenta Linguarum Hispanicarum,* I, *Die Münzlegenden,* 2 vols., 1975; II, *Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich,* 1980; III, *Die Iberischen Inschriften aus Spanien,* 1990; IV, *Die tartessischen, keltiberischen uns lusitanien Inschriften,* 1997, Wiesbaden.

— (1992), «Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica», *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum,* 2-3, pp. 19-34.

VALENZUELA, Silvia (2008), *Alimentació i ramaderia al Penedès durant la protohistòria (segles VII-III a.C.),* Barcelona.

— (2010), «Alimentació i artesanat. Els macromamífers de la bassa del poblat ibèric dels Estinclells (Verdú, Urgell)», *Urtx,* 24, pp. 69-82.

VALLS, Ferran, y SOLDEVILA, Ferran (1922), *Història de Catalunya,* Barcelona.

VAN DOMMELEN, Peter (2005), «Urban Foundations? Colonial Settlement and Urbanization in the Western Mediterranean», en Robin OSBORNE y Barry CUNLIFFE (eds.), *Mediterranean Urbanization 800-600 BC,* Proceedings of the British Academy 126, Oxford, pp. 143-167.

VAN DOMMELEN, Peter, y GÓMEZ BELLARD, Carlos (2008), *Rural Landscape of the Punic World,* Monographs in Mediterranean Archaeology 11, Londres.

VAQUERIZO, Desiderio (1999), *La cultura ibérica en Córdoba. Ensayo de síntesis,* Córdoba.

VEGAS, Mercedes (1998), *Cartago fenicio-púnica. Las excavaciones alemanas en Cartago 1975-1997, Cuadernos de Arqueología Mediterránea,* 4.

VELAZA, Javier (1992), «*Basped-* sur le plomb grec d'Emporion, un anthroponyme ibérique?», *Beiträge zu Namenforschung,* 27, pp. 264-267.

— (2006), «Lengua *vs.* cultura material: el (viejo) problema de la lengua indígena de Catalunya», en María Carme BELARTE y Joan SANMARTÍ (eds.), *De les comunitats locals als estats arcaics: la formación de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental, Arqueomediterrània,* 9, pp. 273-280.

VÉLEZ, Julián, y PÉREZ AVILÉS, José (2009), «El *oppidum* del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). El bastión almacén de la muralla sur», en Rosario GARCÍA HUERTA, David RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares,* Cuenca, pp. 241-255.

VERNANT, Jean-Pierre, y GNOLI, Gherardo (dirs.) (1982), *La mort, les morts dans les sociétés anciennes,* Cambridge.

VILLARONGA, Leandre (1967), *Las monedas de Arse-Saguntum,* Barcelona.

— (1993), *Tresors monetaris de la Península Ibèrica anteriors a August,* Barcelona.

— (2004), *Numismàtica antiga de la Península Ibèrica,* Barcelona.

VIVES-FERRÁNDIZ, Jaime (2005), *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.),* Barcelona.

VVAA (1975), *Cincuenta aniversario del Laboratorio de Arqueología de Valencia, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* 11.

— (1987a), *Iberos,* Jaén.

— (1987b), *Ceràmiques gregues i hel·lenístiques a la Península Ibèrica,* Barcelona.

— (1989), *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. a II d.E.), Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón,* 14.

— (1991), *Fortificacions. La problemàtica del ibèric plé (segles IV-III a.C.),* Manresa.

— (1997a), *Los Iberos, Príncipes de Occidente,* Barcelona (versiones en catalán, francés y alemán).

— (1997b), *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico, Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló,* 18.

— (1998), *Comerç i vies de comunicación. XI Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà,* Puigcerdà.

WALKER, Susan (1983), «Women and Housing in Classical Greece», en Averil CAMERON y Amélie KUYHRT (eds.), *Images of Women in Antiquity,* Londres.

WATTEMBERG, Federico de (1963), *Corpus Vasorum Hispanorum. Las cerámicas indígenas de Numancia,* Madrid.

WEBSTER, Jane, y COOPER, Nicholas J. (1996), *Roman Imperialism. Post-colonial perspectives,* Leicester Archaeological Monographs, 3, Leicester.

WOOLF, Greg (1994), «Becoming Roman, Staying Greek. Culture, Identity and the Civilizing Process in the Roman East», *Proceedings of the Cambridge Philological Society,* 40, pp. 116-143.

WULFF, Fernando (2003), *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX),* Barcelona.

— (2004), «Adolf Schulten. Historia Antigua, Arqueología y racismo en medio siglo de historia europea», en Adolf SCHULTEN, *Historia de Numancia,* Pamplona, pp. VII-CCLVI.

— (2009), «¿Por qué las identidades hoy? Historia antigua y Arqueología ante un cambio de paradigma», en Fernando WULFF y Manuel ÁLVAREZ (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana,* Málaga, pp. 11-50.

XELLA, Apolo (1969), «Sull'introduzione del culto di Demetra e Kore a Cartagine», *Studi e materiali di Storia delle Religioni,* 40, pp. 215-228.

ZÓBEL, Jacobo (1878 y 1880), «Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el Imperio Romano», en *Memorial Numismático Español,* Barcelona.

ZOFÍO, Sebastián, y CHAPA, Teresa (2005), «Enterrar el pasado: la destrucción del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)», *Verdolay,* 9, pp. 95-120.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro de Carmen Aranegui,
Los iberos ayer y hoy,
se terminó de imprimir en Madrid
en la primavera de MMXII



«Los primeros en ser invadidos...
los últimos en ser dominados»
(Octavio Augusto)

Marcial Pons

ISBN: 978-84-92820-72-6



Las culturas de los iberos han despertado el interés de historiadores y arqueólogos desde finales del siglo XIX, cuando quedaron unidas al sentimiento de pertenencia de los españoles, con múltiples acepciones, reflexiones y conclusiones. La arqueología ibérica contemporánea se ha esmerado en tratar la documentación correspondiente con métodos avanzados derivados tanto de la *Nueva Arqueología* como del positivismo, con el objetivo de presentar una sociedad estructurada —la primera en el ámbito peninsular— en el umbral de una organización de nivel urbano.

Este libro quiere poner en conocimiento del lector los contenidos (epigrafía, paisaje, ocupación del suelo, necrópolis, santuarios, arte...) que sirven de base para referirse a las Culturas Ibéricas y sus contextos, en plural. En unos casos el registro arqueológico propiamente dicho se convierte en el argumento de peso a favor de una determinada propuesta; en otros, los paradigmas mantenidos por posicionamientos poscolonialistas, atentos a los procesos activos entre los grupos autóctonos, abogan a favor de una pluralidad con elementos, no obstante, transversales.

En este discurso la cultura artística de los iberos, entendida como un sistema de imágenes imputable a su evolución interna, ocupa un destacado lugar. No en vano es este un aspecto singular, en calidad y cantidad, en el marco protohistórico del Mediterráneo occidental.